
UN ROMANCE DE CAMBIAFORMAS CON PAREJA RECHAZADA Y BEBÉ SECRETO
RECHAZADA Y
CON UN
BEBÉ SECRETO
PARA MI ALFA
PREDESTINADO
VERA FAE
VIA THORN

Rechazada y con un bebé secreto para mi alfa predestinado

Un romance de cambiaformas con pareja rechazada y bebé secreto

Vera Fae & Via Thorn

Copyright © 2025 por Vera Fae & Via Thorn

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, incluidos el fotocopiado, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor.

La historia, todos los nombres, personajes e incidentes representados en esta producción son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos reales.

Boletín

PULSE AQUÍ

para suscribirte a mi boletín y recibir actualizaciones EXCLUSIVAS sobre todas las ofertas, avances secretos y nuevos lanzamientos.

Índice

Rechazada y con un bebé secreto para mi alfa predestinado

Advertencia sobre el contenido

1. Ava

2. Leo

3. Ava

4. Leo

5. Ava

6. Leo

7. Ava

8. Ava

9. Ava

10. Ava

11. Ava
12. Leo
13. Ava
14. Ava
15. Leo
16. Ava
17. Ava
18. Leo
19. Ava
20. Leo
21. Ava
22. Ava
23. Ava
24. Ava
25. Leo
26. Ava
27. Ava
28. Ava
29. Leo
30. Ava
31. Leo

32. Leo

33. Ava

34. Ava

Epílogo

Rechazada y con un bebé secreto para mi alfa predestinado

Pasé una noche con el Rey Alfa
Y resultó que éramos compañeros predestinados.
Entonces él me rechazó...
Y me fui, embarazada de su bebé secreto...
Pasaron los años y nunca creí que volvería a ver a Leo.
Estaba criando al hijo del Rey como madre soltera...
Sin dinero, sobreviviendo apenas, desamparada y sin esperanza.
Leo no sabía nada de su hijo secreto.
Pero entonces nos encontró...
Y nuestras vidas están a punto de cambiar para siempre.
Ahora somos de la realeza... pero tengo que tomar una decisión.
Tengo que elegir entre mi alfa predestinado, el padre de mi hijo...
Y todo lo que he conocido hasta ahora.
Leo tiene mucho que compensar.
Y si nos quiere de vuelta...
Va a tener que rogar por ello...

Advertencia sobre el contenido

Esta historia está dirigida a lectores mayores de 18 años y contiene temas que pueden resultar delicados para algunas personas, como la violencia, las menciones de sangre y asesinatos y las escenas de amor explícitas.

Factores desencadenantes: muerte de los padres; detalles de violencia y lesiones; accidente de coche.

1

Ava

—El aviso para la última copa fue hace una hora. Necesito que paguen la cuenta. —Intenté usar mi tono firme, pero los clientes sólo se burlaron de mí.

—Vamos, cariño —dijo un hombre que llevaba una camisa roja de cuadros—. ¿Por qué tanta prisa? Ni siquiera nos hemos terminado las copas todavía.

Apreté los puños, pero esbocé una sonrisa falsa y brillante. Odiaba las mesas así, imbéciles que creían que podían quedarse aquí todo el tiempo que quisieran. Llevaba cuatro horas atendiendo esta mesa de cinco personas y, cuando les dije que era la última copa, pidieron tres copas más cada uno. Les serví de mala gana, pero ya sabía que serían un problema al cerrar.

Todas las demás mesas estaban vacías y ya habían pasado diez minutos de la hora del cierre. Las otras dos camareras se habían ido a casa, pero yo tenía que quedarme con esta mesa llena de gilipollas borrachos que se negaban a pagar la cuenta.

La mayoría de las noches no me disgustaba mi trabajo en Ocean Crest. Los clientes, por lo general, eran decentes y, como era el único pub de la ciudad conocía a la mayoría. Sin embargo, en esta mesa había hombres que sólo estaban en la ciudad para pasar el fin de semana. Probablemente eran de la ciudad, venían a algún acontecimiento deportivo o a pasar un fin de semana de chicos lejos de sus novias o esposas, o ambas. Eran arrogantes y beligerantes, y la copiosa cantidad de alcohol que había ingerido no ayudaba.

—Puedo daros cinco minutos más —dije, con la sonrisa falsa todavía en la cara—. Pero eso es todo, ¿vale? Me la voy a cargar con mi jefe si se entera de que os he dejado quedaros después del cierre.

Tuve que hacer uso de toda mi voluntad para no gritarles, pero después de cinco horas esperándoles, no podía permitirme poner en peligro mi propina.

—¿Qué tal si vienes a casa con nosotros? —me espetó el hombre de la camisa a cuadros, mirándome lascivamente—. Allí tenemos más bebida. Te haremos pasar un buen rato. —Me guiñó un ojo lascivamente y se me erizó la piel. Llevaban toda la noche insinuándose, tratándome como si fuera una estrella del porno. Yo les había seguido el juego y había coqueteado un poco, por supuesto solo para conseguir mejor propina, pero ya había superado ese momento.

—Sólo terminad, ¿vale? —dije, luego me di la vuelta y me dirigí directamente a la barra.

—No quieren pagar la cuenta —le dije a Randy mientras limpiaba la encimera. Randy no podía irse hasta que yo lo hiciera, así que

también estaba atrapado aquí—. Y siguen intentando ligar conmigo. Panda de jodidos asquerosos.

Sabía que esto pondría nervioso a Randy. No solía acudir a él para quejarme de los clientes indisciplinados porque tenía la mecha corta. Llevaba seis años trabajando con Randy. Era casi diez años mayor que yo y algo sobreprotector. Sabía muy bien lo desagradables que podían llegar a ser los clientes borrachos, sobre todo los que iban en grupos grandes como los de la mesa 7.

—¿Ah sí? —dijo Randy, deteniéndose a mitad de un movimiento. Levantó una ceja—. ¿Qué te han dicho?

—Me han pedido que me vaya a casa con ellos. —Sabía que estaba provocando al oso con esa afirmación: Randy se ofendería e iría hacia allí para defenderme. En ese momento ya podía despedirme de la propina, pero estaban tan borrachos que tampoco podía garantizar que fueran a dejar una buena propina. Así que Randy acudió al rescate.

Dejó el trapo sobre la barra y resopló.

—No te preocupes, Ava —dijo, con los ojos clavados en los hombres de la mesa—. Yo me encargo.

Me quedé atrás y observé, con una sonrisa maliciosa en la cara, cómo Randy hacía exactamente lo que yo sabía que haría: acercarse a la mesa.

—Se acabó la fiesta —dijo con firmeza, quitándole una cerveza de las manos a uno de ellos.— Es hora de pagar. Ava ha sido buena con vosotros toda la noche. Os sugiero que lo recordéis en el momento de dejar la propina.

Todos los hombres miraban fijamente a Randy. Tenía los brazos musculosos y un tatuaje oscuro que le cruzaba el cuello. Estos hombres no eran del tipo rudo. Hablaban por hablar, claro, pero algunos llevaban polos y uno incluso un par de mocasines de cuero. Randy los fulminó con la mirada, diciéndoles con toda claridad que se largaran de aquí.

—Vale, tío —dijo el de la camisa roja, levantando las manos—. No hay problema. Llama a Ava aquí, y pagaremos.

—Puedes pagarme a mí —espetó Randy. Se acercó a mí y le di la cuenta. Cogió la máquina portátil y volvió a la mesa, haciendo ademán de marcar el total. Alguien le dio una tarjeta de crédito, arrancó el recibo y lo estampó delante de ellos.

—Dadle propina —se quejó.

—Sí, tío. No te preocupes. Estuvo genial. —Uno de los hombres garabateó algo en el recibo. Randy lo recogió, lo inspeccionó y luego asintió a los hombres.

—Vamos —dijo—. Salid de aquí.

Todos los hombres se pusieron en pie mientras Randy caminaba hacia mí.

—Han sido muy generosos —dijo Randy triunfante, pasándome el recibo.

Una propina de cincuenta dólares. Pensé que no estaba mal. En cualquier caso, era suficiente para sobrevivir hasta el día de paga, un par de días después.

—Gracias —le dije a Randy, sonriéndole débilmente.

—Como he dicho, te cubro las espaldas —respondió, con una mirada amable y gentil a pesar de su aspecto intimidante.

Terminamos de limpiar el pub. Puse las sillas boca abajo sobre la mesa mientras hacía cuentas mentales. Con los cincuenta dólares de propina, tenía suficiente para comprar comida para mi madre y para mí durante los próximos días. También tenía otras propinas de la noche, pero iban directamente al bote del fondo de emergencia, que nunca parecía crecer, por mucho que lo intentara. Siempre había algún tipo de emergencia: medicinas para mi madre, una rueda pinchada, una factura de calefacción sorprendentemente alta.

—¿Tienes planes para el fin de semana? —preguntó Randy, interrumpiendo mis cálculos mentales.

—Oh, ya me conoces —dije, suspirando—. Un fin de semana emocionante de tareas y un atracón de Netflix con mi madre.

Randy asintió. Ya habíamos terminado, así que nos dirigimos a la puerta.

—Ava, deberías salir más. Hay karaoke en el Chop Chop los sábados por la noche. ¿Por qué no vas y lo pruebas?

Me detuve y me volví hacia él.

—¿Parezco alguien a quien le va el karaoke? —pregunté secamente.

Se rio.

—No, supongo que no. Aunque no sé qué aspecto tendría alguien aficionado al karaoke, realmente. Es sólo que... —Se le cortó la voz.

Respiré hondo. Ya estamos otra vez, me dije, preparándome para el sermón que se avecinaba: está preocupado por mí, necesito encontrar amigos, soy joven, no puedo pasarme todo el tiempo encerrada en casa con mi madre, bla, bla, bla. Sabía que sus intenciones eran buenas, pero él no lo entendía.

—Tú también mereces tener una vida —empezó—. Sé que es difícil con tu madre y todo eso, pero Ava, odio la idea de que estés sola todo el tiempo.

—Ella es todo lo que tengo —dije desdeñosamente—. Pero gracias por tu preocupación.

No tenía energía para discutir con Randy esta noche. Acababa de trabajar ocho días seguidos y estaba completamente agotada. Por aburrido que pudiera parecerle a alguien como él, solo quería irme a casa, ducharme, ver un par de episodios de Juego de Tronos y quedarme dormida en el sofá.

Mañana tenía que ocuparme de muchas tareas domésticas, por no hablar de la extraña gotera que había aparecido de repente en el techo de la cocina. Había llamado al casero, pero estaba de vacaciones. En algún lugar tropical, probablemente, con esas bebidas de coco enormes, tumbado en una silla en una playa de arena blanca, un lugar que probablemente no vería en mi vida. Así que tenía que encontrar la manera de arreglar el tejado temporalmente, y las previsiones anunciaban lluvia.

Y luego estaba mamá. Sus manos no funcionaban muy bien, y le gustaba que se las masajease. Aunque quisiera salir una noche, no podía dejarla. Se sentía muy sola, y yo ya me alejaba mucho de ella a causa del trabajo. Debía cuidarla. Eso es lo que ella había hecho por mí toda mi vida.

Había hecho todo lo posible como madre soltera, pero yo sabía que había sido duro. Salimos adelante, pero a duras penas. En la escuela secundaria, ya estaba acostumbrada a ser la única de la clase con agujeros en el abrigo y a llevar los zapatos tan pequeños que me

hacían daño en los pies. Tuve algunos amigos en el colegio, pero todos hacían actividades extraescolares y no podíamos permitírnoslas, así que mis amistades fueron desapareciendo. No tenía nada en común con los demás niños.

Que nadie me malinterprete, mi madre siempre me mantuvo bien: teníamos una casa caliente, comida en la nevera e incluso alguna excursión ocasional a la costa para hacer una escapadita. Siempre había regalos bajo el árbol de Navidad y siempre salíamos a cenar el día de mi cumpleaños. Pero mientras otros niños salían con amigos de su edad, mi madre y yo siempre estábamos solas.

Ella era mi mundo y yo el suyo. Eso no había cambiado.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste una relación? —preguntó Randy, su atrevida pregunta me pilló desprevenida.

—¿Qué? —pregunté, haciendo una mueca de dolor.

—Ya sabes, una relación. Esa cosa en la que dos personas pasan tiempo juntas. Se cogen de la mano y se besan. —Me estaba tomando el pelo, y yo lo sabía, pero me dolían los pies y la cabeza empezaba a palpitarme.

—No lo sé, Randy. Mira, por mucho que me gustara quedarme aquí y volver a repasar todos los momentos íntimos de mi vida contigo, estoy agotada. ¿Podemos hablar de mi vida amorosa en otro momento?

Suspiró y luego asintió.

—Claro, Ava. Pero voy a obligarte a que lo hagas. Sabes, tengo un amigo y...

—Alto ahí —dije levantando la mano. Iba a intentar liarme con alguien y no me interesaba lo más mínimo. Había tenido

exactamente dos relaciones en mi vida y, a los veintiséis años, sabía que no era precisamente algo de lo que presumir, sobre todo porque cada una había durado un par de semanas.

Como he dicho, éramos sólo mamá y yo. No había espacio para nadie más. Claro que a veces pensaba en ello, en conocer a alguien. Pensaba en todas las cosas que me estaba perdiendo. Todos los demás parecían tener esas «grandes vidas»: parejas, hijos, trabajos llenos de significado. Se iban de vacaciones y celebraban fiestas de cumpleaños. Los veía reunidos en los parques o en las playas, simplemente... pasando el rato. Y a veces, yo también quería eso. A veces, anhelaba más que la rutina diaria, pero ¿qué sentido tenía anhelar algo que no podía tener? En el fondo era realista, y la realidad era que mi vida era simple y aburrida.

—¿Seguro que llegarás bien a casa? —preguntó Randy. Le había hecho callar con lo de la cita a ciegas, así que ahora estaba cerrando la puerta detrás de nosotros.

—Sí —dije, asintiendo.

—¿Tu coche sigue haciendo ese ruido raro?

—Sí. —Volví a asentir. Era una especie de quejido, zumbido, ruido de enfado. No tenía ni idea de qué lo causaba, pero aunque lo supiera, arreglarlo no entraba exactamente en el presupuesto ahora mismo.

—Tráelo a mi casa el domingo. Haré que mi hermano le eche un vistazo. Es mecánico aficionado. Le encantan los coches.

—No puedo permitirme pagarle —le dije a Randy.

—Invita la casa —me dijo Randy.

—Lo intentaré —le dije. Debería haber aprovechado la oportunidad de que alguien revisara mi coche, pero me resistía a aceptar ayuda,

aunque fuera de Randy. Mi madre me había educado para confiar en mí misma y sólo en mí misma.

—Vale, bien, buenas noches —dijo Randy—. Conduce con cuidado. No te gastes toda la propina de golpe.

—Lo haré, y no lo haré —respondí, riendo entre dientes. Randy se alejó. Vivía a poca distancia.

Fui a mi coche y me subí. Lo arranqué y resolló.

—Eso es nuevo —murmuré, frotándome los ojos. Nunca había hecho ese ruido. Salí del aparcamiento y parpadeé rápidamente varias veces.

Maldita sea, estaba muy cansado. Mi visión era borrosa. No ayudaba que estuviera lloviendo, y que mis limpiaparabrisas fueran una absoluta mierda. Se limitaban a pasar de un lado a otro del parabrisas, esparciendo el agua en lugar de limpiarla. Me incliné hacia delante y me centré en la carretera.

Era tarde, muy tarde, y nuestra pequeña y dormida ciudad estaba tranquila, así que, aunque no veía muy bien, no me preocupé demasiado. Cualquiera que saliera a estas horas de la noche estaría en el paseo marítimo: algunos grupos de adolescentes que se habían escapado de casa para hacer una hoguera en la playa, una pareja que paseaba cogida de la mano, poco dispuesta a terminar la noche después de una larga y exitosa cita, o algún grupo de hijos de puta alborotadores como los hombres de mi mesa, pavoneándose en busca de fiesta.

—Lo siento, amigos —me dije—. Pero no vais a encontrar muchas fiestas aquí en Seaside.

Giré a la izquierda por la carretera principal que me llevaría al otro lado de la ciudad y a mi casa. Me pregunté si mi madre seguiría despierta, dormitando en el sofá, esperando a que llegara a casa. Probablemente. Yo entraba, ella se incorporaba como un rayo, fingiendo que no se había dormido, y yo le decía que volviera a su pequeño apartamento sobre el garaje. Era una de las razones por las que habíamos alquilado la casa en la que estábamos. Por mucho que quisiera a mi madre, era bueno que las dos tuviéramos nuestro propio espacio privado. No es que ella lo utilizara realmente, ya que pasaba la mayor parte del tiempo en mi salón, pero aun así...

Atravieso la ciudad y veo las llamas de una hoguera en la playa, con adolescentes apiñados a su alrededor. Entrecerré los ojos, con cuidado de no perderme. Llovía bastante, pero ya casi estaba en casa.

Vi la curva que llevaba a mi casa y giré a la derecha, pero frené en seco en cuanto doblé la esquina.

—¿Qué coño?—grité.

Había un hombre en medio de la carretera y mi coche se detuvo justo a tiempo. Puso la mano en el capó de mi coche y me miró a través del parabrisas con unos ojos azules penetrantes y confusos.

2

Leo

—¡Jesús!

Golpeé el capó del coche con la mano y miré dentro. Vi a una mujer mirando a través de un parabrisas empañado. ¡Casi me atropella, joder!

Retrocedí unos pasos y levanté las manos para mostrarle que estaba bien, luego le hice un gesto para que siguiera avanzando.

Pero no lo hizo.

Entrecerré los ojos cuando el coche continuó parado, cegándome con los malditos faros. Había sido culpa mía, y lo sabía: me lancé a la carretera sin mirar. Pero esto era Ocean Crest, por el amor de Dios. Era uno de los pueblos menos poblados del entorno. Además, era de noche y estaba en las afueras. Ni en un millón de años pensé que alguien estaría conduciendo a estas horas de la noche.

Por eso había elegido atravesar esta horrible ciudad en primer lugar.

«Rey Leo», la voz de Noah reverberó en mi cabeza mientras me enlazaba mentalmente. «¿Va todo bien? Estamos a la espera.»

Miré hacia el bosque y vi los ojos brillantes de mis guerreros asomando entre los troncos de los árboles. Apenas se habían adentrado metro y medio en el bosque y permanecían inmóviles. Detrás de ellos estaban encadenados los prisioneros de la manada que acabábamos de atacar.

«Estoy bien, Noah» respondí. «Le dije a la mujer del coche que pasara por delante de mí, pero por algún motivo, no quiere.»

«Entendido» respondió Noah. «Estamos a la espera de nuevas instrucciones.»

Como mi beta, sabía que lo estaba matando acurrucarse así en el bosque, fuera de la vista. Quería saltar al camino para estar a mi lado. El olor de los humanos flotaba en el aire y estaba seguro de que todos podían olerlo. Noah estaba listo para atacar y protegerme a mí, su Rey Alfa.

Era poco probable que me atacaran, pero nunca se puede estar seguro. Hacía tan sólo unos meses, un humano había apuntado con un arma a un hombre lobo tras un altercado en un bar. Por supuesto, el humano no sabía que era un hombre lobo, y el cambiaformas había hecho un trabajo rápido con el humano. Sin embargo, si el humano hubiera apretado el gatillo... bueno, no habría terminado bien para el lobo.

En aquel momento, puse los ojos en blanco y me burlé. Pensé que se lo tenía merecido. Por alguna razón que no podía comprender, algunos hombres lobo parecían decididos a confraternizar con los humanos. Algunos incluso elegían integrarse en el mundo humano, mientras que otros se limitaban a ir a ciudades y pueblos y follar por ahí durante un tiempo.

Pero nosotros no. Mi manada, la Manada Sombra Negra, era tradicional. No teníamos ningún contacto con humanos, y por eso Beta Noah había cuestionado mi decisión de atravesar Ocean Crest. Normalmente, habría hecho todo el camino atravesando el bosque, pero era tarde y estaba ansioso por volver a Sombra Negra. Había sido una larga noche de lucha, y mis guerreros estaban cansados. Así que había decidido atravesar Ocean Crest o, al menos, cruzar la carretera por las afueras.

Sin embargo, ahora me arrepentía de esa decisión. Tenía cincuenta guerreros escondidos en el bosque a metro y medio de la carretera, junto con los prisioneros de la Manada Escudo de la Tormenta. Habíamos lanzado un ataque secreto contra ellos tras oír rumores de que estaban reuniendo fuerzas para intentar derrocarme. Eso es traición, y no tolero la traición. Nuestro ataque fue brutal y rápido. Nuestros guerreros habían aniquilado a la mayoría de los suyos, y cuando el alfa no quiso rendirse, le clavé los dientes en la garganta. Reunimos a todos los guerreros supervivientes de la Manada Escudo de la Tormenta y los encadenamos. Ahora los llevábamos a la manada Sombra Negra para encarcelarlos hasta que yo decidiera su castigo.

«Rey Leo» me dijo Beta Noah a través de nuestro enlace mental. «¿Estás seguro de que está sola?»

No, no estaba seguro, y como cada vez más humanos parecían tener acceso a armas mortales, comprendí la preocupación de Beta Noah. Si estuviera armada, tendría que atacarla, y matar a un humano no estaba precisamente en mis planes esta noche. Así que intenté

hacerle señas una vez más, esperando que se largara de allí para que nosotros pudiéramos hacer lo mismo.

Pero, para mi sorpresa, oí abrirse la puerta del coche. Tras la intensa luz de los faros, distinguí un marco oscuro.

Joder, joder, joder. ¿Qué estaba haciendo? La insté mentalmente a volver al coche.

—¿Hola? —preguntó con voz débil y tensa—. ¿Estás... estás bien? — Empezó a acercarse a mí.

«Rey Leo» empezó a decir Beta Noah. Noté la tensión en su voz al oír a la mujer. Levanté una mano hacia el bosque para silenciarlo. Había salido a la luz y, a riesgo de parecer grosero, me gustó lo que vi.

Era delgada, con una larga melena castaña ondulada que le caía sobre los hombros. A pesar de su delgadez, su camisa se ceñía seductoramente sobre su pecho. Su cintura era delgada y sus caderas bonitas y curvilíneas. Era realmente hermosa y me sentí atraído por ella al instante, lo cual era extraño porque normalmente detestaba a los humanos, incluso a los más guapos.

—¿Estás solo? —preguntó acercándose a mí. Ladeó la cabeza y pude ver sus profundos ojos marrones.

«Estoy a la espera» dijo Beta Noah. Casi podía verlo saltar de un pie a otro, apenas capaz de contenerse.

«Retírate» le dije firmemente. «Ella no representa ninguna amenaza. »

No era una amenaza... me di cuenta por su cara, que tenía un aspecto tranquilo e inocente. No era peligrosa en absoluto. Me intrigaba esta hermosa humana, así que dejé que se acercara a mí.

—Lo siento —dijo ella—. Casi no te veo a tiempo. Mi coche... necesita limpiaparabrisas nuevos. —Miró hacia su coche, que seguía en marcha. Luego volvió a mirarme y soltó un grito ahogado—. ¡Tu pierna! —exclamó, acercándose a mí esta vez.

Miré hacia abajo. Tenía un tajo enorme en el muslo, donde el Alfa de Escudo de la Tormenta me había arañado. Mis pantalones estaban rotos y la herida sangraba. Pero mientras hablábamos, mi lobo, Ash, me la estaba curando.

—Dios mío —exclamó con los ojos muy abiertos—. ¿Qué te ha pasado?

—Me caí —dije, con los ojos fijos en sus labios carnosos y húmedos.

—¿Qué? ¿Dónde? —preguntó.

—Estaba cazando —mentí—. Tropecé y me corté con una rama afilada.

—¿Eso te lo ha hecho una rama? —preguntó perpleja.

—Sí —dije, asintiendo.

—Bueno, ¿puedo llevarte al hospital? Parece que necesitas puntos.

Negué con la cabeza.

—No los necesito.

—¿Dónde vives? ¿Puedo llevarte a casa? —preguntó.

—No —le dije—. Vivo muy lejos de aquí.

Apretó los labios y nos quedamos mirando durante un momento. Podía sentir la tensión sexual entre nosotros. Ella también se sentía atraída por mí. En retrospectiva, debería haberme preguntado por qué me sentía atraído por aquella humana y por qué la atracción era tan intensa, pero en aquel momento no pensaba con claridad.

A todos los efectos, mis mentiras eran débiles. Debería haberse dado cuenta. No había forma de que una rama de árbol pudiera infligir el mismo tipo de herida que las garras de un lobo alfa, pero parecía que iba a creer lo que quería creer. O eso o era dolorosamente crédula.

—Ven a mi casa —dijo.

—¿A tu casa? —Levanté la ceja. Era muy atrevido por su parte invitarme a su casa.

—Sí —respondió ella—. Para que pueda vendarte. Es lo menos que puedo hacer.

Era tan dulce, tan absolutamente confiada. ¿Es que no sabía que no debía invitar a extraños a su casa? ¡Yo podría suponer un peligro! Podría ser un asesino en serie o un violador, y seguro que había oído rumores de las extrañas bestias parecidas a perros que vagaban por estos bosques.

La deseaba. Quería tocarla, saborearla. Ella ejercía una atracción magnética sobre mí, y mentalmente me preguntaba qué habría debajo de su vestido.

—¿Estás segura? —pregunté, ofreciéndole una salida—. Porque no tengo problema en irme andando a casa.

Se detuvo un momento, con expresión pensativa. Luego asintió.

—Estoy segura.

«Volved a la manada y llévate a los prisioneros» le dije mentalmente a Beta Noah. «Me voy a casa de esta mujer. »

Empezó a protestar, como sabía que haría, pero cerré el enlace mental. Era una de las ventajas de ser el Rey Alfa: no tenía que

justificar mis actos ante nadie. Asentí con la cabeza y seguí a la mujer hasta su coche.

Era un coche pequeño y tuve que apretar las piernas para entrar. Olía a grasa, probablemente a comida rápida, me dije. Del retrovisor colgaba un ambientador muy penetrante que emitía un olor similar a agujas de pino falsas.

Divagaba mientras conducía hacia su casa. Se llamaba Ava. Probé el nombre y lo sentí como seda en la boca. Me dijo que era camarera en un bar de pueblo aquí en Ocean Crest. Se volvió y me preguntó mi nombre. Estuve a punto de decir «Rey Leo» pero me detuve justo a tiempo.

—Leo — respondí.

Asintió con las manos en el volante. Pronto llegamos a una pequeña casa. Era pintoresca, muy distinta del enorme palacio en el que yo vivía. Me dijo que esperara un momento en el coche, con una expresión tímida en el rostro. Luego salió corriendo del coche y entró. Hice lo que me pidió y esperé. Momentos después, volvió a salir de la casa y me hizo señas para que entrara.

Salí del coche y la seguí por la puerta principal.

En su casa, no había mucho que ver: una pequeña sala de estar, dos puertas y una cocina.

—Voy a poner un poco de té —dijo, llevándome a la cocina—. ¿Te gusta el té? También tengo café. Y quizá algo de Coca-Cola. Pero probablemente sin gas. —Dejó escapar una risita nerviosa.

—El té está bien —sonreí, sentándome a la mesa de la cocina. Mis ojos no se apartaban de ella mientras rebuscaba en el armario y finalmente encontraba una cesta con paquetes de té variados.

—¿Prefieres Earl Grey? ¿O jengibre con limón? —Se volvió hacia mí, con una bolsita de té en cada mano.

—Cualquiera —respondí.

—Bueno, yo soy una chica de jengibre con limón —dijo con una risita, encendiendo la tetera.

Su casa apestaba a olores humanos: olor corporal y jabones y champús demasiado perfumados. Al ser un hombre lobo, era especialmente sensible a esos olores. No me gustaban especialmente, pero estaba dispuesto a soportarlos por ella.

Era extraño estar sentado allí, dentro de su casa. Sabía que mis guerreros marchaban por el bosque de vuelta a mi manada, liderados por Beta Noah. También sabía que probablemente me estaba maldiciéndome en voz baja por haberme ido a casa con una humana. Él no tocaría a una humana ni con un palo de tres metros, y hasta esta noche, yo había compartido exactamente esos sentimientos.

Pero había algo en esta mujer en particular.

Ava.

Sus ojos se posaron en el corte de mi pierna. Se volvió de nuevo hacia el armario y esta vez sacó un pequeño botiquín. Reprimí una sonrisa. Ava creía que podía ayudarme con el corte de la pierna, pero ya estaba cicatrizando y no hacía falta.

—De verdad, no es necesario —le dije cuando se acercó a mí. Se arrodilló y abrió un pequeño paquete. El olor a antiséptico hizo que me picara la nariz.

—Vale, esto puede escocer un poco. —Colocó la toallita sobre la herida y me miró. Sus ojos marrones y profundos me hicieron

respirar entrecortadamente mientras un extraño aroma flotaba en el aire. Al principio, no pude localizarlo, pero luego lo conseguí. Olía a melocotón, maduro y dulce. Me pareció que provenía de ella, lo cual era extraño, pero lo achaqué a su champú o posiblemente a una loción corporal.

—Adelante. No me harás daño —le dije, mirándola a los ojos.

Me frotó la herida con cuidado.

—Uf, está bastante mal. ¿Te escuece? —Negué con la cabeza. Intentó apartarme los pantalones rotos, pero se detuvo—. No puedo llegar a toda la herida —dijo, poniéndose de pie—. Quizá, ¿podrías quitarte los pantalones? —tartamudeó—. Miraré hacia otro lado y te traeré una toalla para cubrirte.

Sus mejillas enrojecieron de vergüenza. Se dio la vuelta para marcharse, pero la agarré de la muñeca y la detuve. La miré fijamente a los ojos mientras me levantaba de la silla. Con la mano libre, me desabroché la hebilla y me bajé la cremallera. Sus ojos se movieron entre mi cara y mis pantalones. La miré fijamente a los ojos mientras dejaba caer los pantalones hasta los tobillos.

—Oh —jadeó cayeron los pantalones.

3

Ava

Él simplemente... ¿simplemente se bajó los pantalones? ¿Así de simple?

Me quedé inmóvil, con su mano alrededor de mi muñeca. «No debería estar aquí,» me dije. No debería haber traído a casa a un desconocido. ¿En qué demonios estaba pensando? Por lo que sabía de él, podría ser un asesino en serie.

Pero es que no parecía un asesino en serie. Al contrario, parecía un modelo de una revista de moda, moreno y melancólico, con músculos kilométricos y pelo castaño. ¡Y esos ojos! Nunca había visto unos ojos tan azules, como el color del agua junto a la que probablemente estaba sentado mi casero ahora mismo. Azul brillante, casi irreal.

Por supuesto, al principio me había sentido mal. Eso fue lo que me hizo salir del coche en primer lugar. Estuve a punto de atropellarlo. Estúpidos limpiaparabrisas. Me detuve justo a tiempo, pero probablemente lo asusté. Vi cómo se alejaba lentamente del coche,

con todo el cuerpo iluminado por mis faros. Le vi mirar hacia el bosque varias veces. Pensé que saldría corriendo y desaparecería en el bosque del que había salido, pero no fue así.

Me había hecho un gesto para que siguiera adelante, pero, por alguna extraña razón, no lo hice. En cambio, salí del coche. Necesitaba asegurarme de que estaba bien.

Y menos mal que salí porque estaba lejos de estar bien. La herida de su pierna era muy fea, realmente fea. Necesitaba puntos, pero no podía obligarle a ir al hospital. Así que, en un gesto totalmente impropio de mí, me ofrecí a llevarlo a casa.

Ahora me miraba fijamente, con los pantalones por los tobillos y una sonrisa pícara en la comisura de los labios. ¿Qué demonios me había poseído para traer a casa a un completo desconocido?

La voz de mi cabeza me decía que estaba buscando emoción. Y tenía razón: mi vida era exactamente la misma desde hacía mucho tiempo. Levantarme, hacer algunas tareas rutinarias, ir a trabajar, servir comida y cerveza a la gente, limpiar y volver a casa. Mamá rellenaba todos los huecos entre tareas.

¡Mierda! ¡Mamá!

Había hecho que Leo se quedara en el coche mientras comprobaba que mi madre no me estaba esperando despierta. Estaba segura de que la encontraría durmiendo la siesta en mi sofá, como de costumbre, pero, por algún milagro, no estaba en mi sofá cuando llegué a casa. Estaba metida en su propia cama sobre el garaje, profundamente dormida.

Pero, ¿y si entrara? ¿Qué iba a decir? Casi podía oír la conmoción en su voz, y luego la reprimenda cuando me regañara por tener a un

extraño semidesnudo en mi casa.

—¿Así mejor? —preguntó Leo, interrumpiendo mis pensamientos.

Joder... la forma en que me miraba. Estaba acostumbrada a las miradas lascivas. Al fin y al cabo, trabajaba en un pub y era atractiva, incluso más después de unas cuantas cervezas, pero la forma en que Leo me miraba no se parecía en nada a la forma en que me miraban los hombres del pub. Literalmente, podía sentir su deseo, podía ver la lujuria que rezumaba de sus ojos.

A decir verdad, estaba segura de que yo le estaba mirando exactamente igual.

Hacía demasiado tiempo que no me tocaba un hombre, y mucho menos un desconocido caliente y excitante como éste. Tenía las hormonas disparadas. El simple contacto de su mano en mi muñeca hacía que me mojara.

«Contrólate, Ava» pensé.

—Bueno, adelante —dijo—. Me he quitado los pantalones como me pediste. Adelante, límpiame la herida.

No debería haber sonado sexy, «límpiame la herida», pero de algún modo fue así. Tragué saliva cuando me soltó la muñeca. El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras manipulaba sin mirar la toallita antiséptica.

Volví a arrodillarme para poner la cara a la altura de su muslo y empecé a limpiarle el corte. Ahora que estaba tan cerca, no tenía tan mal aspecto como creía, aunque estaba cubierta de una costra de sangre seca.

—¿Te... te duele? —pregunté, negándome a volver a mirarle. Era dolorosamente consciente de lo cerca que tenía la cabeza de su...

paquete. ¿Era esa la forma educada de referirse a… eso? Dios, estaba tan fuera del circuito sexual que ni siquiera conocía una palabra bonita para referirme a su polla.

—No —me dijo. Sentí que se agachaba y me tocaba la nuca con la mano. Su tacto era suave. Tomó un mechón de pelo entre sus dedos, acariciándolo. Yo seguía limpiándole como una idiota mientras pasaban por mi cabeza pensamientos sobre su... paquete

De repente, sin previo aviso, me cogió con las dos manos.

—Levántate —me dijo, mirándome a los ojos con intensidad. Me cogió la barbilla con la mano.

—¿Puedo besarte? —preguntó.

Joder. ¿Esto estaba pasando de verdad? Seguro que no. Seguramente estaba soñando y me despertaría en cualquier momento, justo antes de que las cosas se pusieran realmente bien.

¿Podría besarme? Esa era la cuestión. ¿Le dejaba? Era un extraño. Y si me besaba, ¿entonces qué? Estábamos solos en mi casa, con mi madre a salvo en su habitación. Los dos éramos adultos, y él estaba medio desnudo.

Sabía que si decía que sí, no estaba diciendo que sí sólo a un beso, le estaba dando permiso para que me hiciera conmigo lo que deseara. ¿Es eso lo que quería?

De nuevo, tragué con fuerza. Sus dedos en mi barbilla parecían tener electricidad.

Estaba totalmente segura de que esto era lo que quería.

—Sí —susurré.

Y entonces sus labios se posaron en los míos. Al principio me besó suavemente, y sentí que el estómago se me revolvía como si

acabara de soltar un millón de mariposas en su interior. Luego separó mis labios de los suyos y me besó con más fuerza. Su boca era cálida y húmeda, e incliné la cabeza hacia atrás mientras me acercaba. Dios, nunca me habían besado así. Me rodeó la espalda con los brazos y sentí cómo mis pechos se apretaban contra el suyo.

—Eres condenadamente hermosa —susurró entre besos. Luego su boca se alejó de mis labios y bajó hasta mi clavícula. Me besó en rápidos pellizcos, recorriéndome la clavícula con los labios. Luego me agarró el culo e hizo que le rodeara la cintura con una de mis piernas. Sentí su polla dura rozándome. Le pasé la mano por la pierna, queriendo tocarlo por todas partes, cuando mis dedos rozaron el corte de su pierna.

—Tu herida —dije, con voz ronca.

—Ahora mismo no estoy pensando en mi herida —me susurró.

—¿Ah, no? —Respiré—.¿En qué estás pensando?

—¿Por dónde está tu dormitorio?

Me detuve y me aparté de él. Este era el punto de no retorno, y lo sabía. Yo tenía la fuerza de voluntad suficiente para detener esto ahora si quería.

¿A quién quería engañar? No quería que esto parara, ni siquiera por un minuto.

—Por aquí —le dije, caminando hacia mi dormitorio. Me siguió, pero apenas había cruzado la puerta cuando me levantó y me tumbó en la cama.

Me dejé caer, con los brazos por encima de la cabeza. Se quitó la camiseta, dejando al descubierto su musculoso pecho. Luego se quitó los calzoncillos. Estaba empalmado y listo. ¿Y yo?

Intenté retroceder en la cama, pero me agarró por los tobillos y tiró de mí con fuerza para que cayera de espaldas. Metió los pulgares en el elástico de la falda y tiró de ella hacia abajo de un tirón. Luego se inclinó sobre mí y me subió la camisa.

—Quiero verte desnuda —me dijo. Levanté los brazos para ayudarle a quitarme la camisa. Mi sujetador tenía cierre delantero y me lo desabroché. Ya no me quedaba nada excepto las bragas. Me sentía expuesta, pero de un modo excitante.

Apretó su cuerpo contra el mío y sentí el calor de su pecho sobre mis pechos. También sentí su dureza, sin nada entre nosotros salvo la fina tela de mi ropa interior.

—¿Estás segura? —me preguntó, mordisqueándome la oreja.

—Sí —contesté. Entonces sus labios volvieron a los míos. Lo besé apasionadamente, acariciándole la espalda con las uñas.

—Dime que me deseas —dijo.

—Te deseo —le dije. Y era así. Lo deseaba inmediatamente, en ese mismo momento. Nunca, en toda mi vida, había estado tan excitada.

—Yo también te deseo —dijo, bajando la cabeza hasta mi pecho—. Te quiero toda. Quiero tocarte. —Se llevó uno de mis pezones a la boca y chupó. Jadeé y arqueé la espalda—. Quiero saborearte —dijo, moviendo la cabeza hacia el otro pezón. Esta vez pasó la lengua por encima. La sensación era irreal. Levanté las caderas para apretarlas contra su dura polla. Me sentía ardiendo—. Y quiero esto —dijo, mientras su dedo recorría mi vientre y se detenía en el elástico de mi ropa interior.

—Quítamelas —jadeé. Sentía que me estaba deshaciendo. Quería que me tocara, necesitaba sentir cómo me tocaba.

Se lamió los labios y me besó suavemente.

—Como quieras —me dijo. Luego me quitó lentamente la ropa interior, arrastrándola por mis piernas. Me agarré a las sábanas con impaciencia.

—¿Qué quieres que haga? —me preguntó, provocándome.

—Tócame —dije, todavía agarrada a las sábanas.

—¿Así? —me preguntó, pasando un dedo por mi punto sensible.

—Sí —jadeé.

—Estás tan mojada —gimió. Luego deslizó un dedo dentro de mí. Al principio, me apreté contra su dedo. Era una sensación desconocida, como si no entrara con facilidad, y jadeé. Pero lo retiró lentamente y volvió a introducirlo.

—Buena chica —dijo—. Suave y fácil. Justo así. —Supuse que podía sentir lo apretada que estaba, pero no pareció importarle. En cambio, se tomó su tiempo con el dedo, moviéndolo lentamente dentro y fuera de mí. Me miraba mientras lo hacía, con una mirada lujuriosa.

—¿Es tu primera vez, cariño? —me preguntó, con los ojos fijos en su dedo.

—No —le dije—. Es sólo que... ha pasado algo de tiempo. —Había tenido sexo varias veces con el novio número dos, pero había sido un asunto torpe, muy torpe, como un ciego guiando a otro ciego.

Pero Leo no era ciego en lo referente al sexo. Era experimentado, sensual y deseoso de complacer. Era exactamente lo que yo necesitaba, y se lo dije.

—Tu dedo me hace sentir tan bien… —dije, dejando caer la cabeza hacia un lado.

—Mmm —suspiró—. ¿Esto te gusta?

—Sí —gemí. Siguió explorándome con el dedo, mientras con la otra mano buscaba mi clítoris. Lo frotó lenta y sensualmente mientras yo me relajaba por completo y me entregaba a la sensación. Empecé a desear más.

—Te quiero dentro de mí —le dije, con los ojos firmemente cerrados.

No respondió. En cambio, sentí que se colocaba en mi entrada. Introdujo suavemente la cabeza de su polla y se detuvo.

—¿Así está bien? —preguntó, inclinándose sobre mí.

Estaba más que bien, era jodidamente fantástico.

—Sí —arrullé—. Adelante. Quiero sentirte. Quiero sentirte entero.

Se deslizó lentamente dentro de mí y yo separé más las piernas. Cuando llegó hasta el fondo, se quedó así y se inclinó para besarme. Se retiró lentamente y con dificultad, y luego volvió a penetrarme con suavidad. Lo repitió varias veces antes de que yo levantara las caderas para recibir sus embestidas.

El ritmo aumentó. Me agarré a su espalda, clavándole las uñas mientras gritaba.

—Sí. Joder, sí. Justo así. Por favor.

Me penetró fuerte y profundamente, y me perdí por completo en la sensaciones de su forma de hacer el amor. El resto está borroso, es un borrón de euforia y sensaciones, pero recuerdo que me corrí porque grité su nombre mientras lo hacía.

—¡Leo, estoy cerca!

Y llamó a la mía.

—Me voy a correr, Ava.

Y nos corrimos los dos, cabalgando juntos el orgasmo.

Y ése fue sólo el primer orgasmo de los tres de esa noche

4

Leo

Me desperté en una cama extraña, con penetrantes olores asaltando mi nariz. Al principio estaba desorientado, hasta que me di la vuelta y vi a Ava desnuda y tendida a mi lado. Mis ojos recorrieron su cara y bajaron a su pecho. Una vez más, el aroma a melocotón maduro y dulce parecía emanar de ella. Me agaché y olfateé su pelo. Champú, decidí.

Abrí mi enlace mental a Beta Noah.

«Bueno, buenos días» dijo secamente Beta Noah. «Confío en que hayas tenido una noche agradable.»

«¿Habéis vuelto todos a la manada?» pregunté, ignorando su comentario.

«Sí. Hemos metido a los prisioneros en el calabozo y esperamos nuevas instrucciones.»

«Aún no estoy seguro de lo que quiero hacer con ellos» le dije. Mis ojos volvieron al cuerpo desnudo de Ava.

«Supongo que volverás hoy» dijo secamente Beta Noah.

«Tal vez» dije, estirando la mano para tocar suavemente el pezón de Ava. Mi tacto la hizo agitarse, así que retiré la mano al instante.
«Bueno, mantenme informado» dijo Beta Noah.
«Eso pretendo» respondí, y volví a cerrar el enlace mental.
Sabía que Beta Noah estaba deseando que volviera. No me alejaba a menudo del palacio y, desde luego, no lo hacía para pasar la noche con un humano cualquiera, pero aún no estaba listo para irme. Ava había estado insaciable anoche, estremeciéndose con cada una de mis caricias. Estaba claro que era muy inexperta en el sexo, y yo había aprovechado la oportunidad para enseñarle algunas cosas. Era como un lienzo en blanco, lista para mis pinceladas.
Gimió en silencio mientras dormía y decidí quedarme un poco más. ¿Qué daño podía hacer? La manada estaba perfectamente bien sin mí y me merecía un descanso. Todo el asunto del ataque a la manada Escudo de la Tormenta había sido agotador y, unido a mis tareas habituales de Rey Alfa, hacía que me sintiera un poco cansado.
Además, estaba en la cama con una mujer hermosa y desnuda. Claro, no era como si no pudiera tener cualquier loba que quisiera, pero había algo especial en Ava. Sabía que nunca iría a ninguna parte, no podíamos tener nada serio. Después de todo, yo era el Rey Alfa, y ella era una humana... pero ¿qué había de malo en quedarse y divertirse un rato?
Ava se revolvió dormida, dándome la espalda. Le pasé el dedo por la nuca. Sí, me quedaría. Aún no había terminado con ella. Quería más, y yo siempre conseguía lo que quería.

Decidí darme una ducha rápida y luego ir a su cocina a prepararle un té. Puede que incluso tuviera algo para desayunar en su pequeña cocina. Podría sorprenderla con el desayuno en la cama y luego hacerla mía hasta bien entrada la tarde. Puse los pies en el suelo, contento con mi plan, y entré en su cuarto de baño.

Era un puto desastre. Me quedé mirando las toallas húmedas en el suelo y los cosméticos esparcidos por toda la encimera. Sin embargo, le di un respiro. Ella no tenía el equipo de asistentas que tenía yo. ¿Si no fuera por mis asistentas, mi cuarto de baño tendría este aspecto? Me encogí de hombros. Seguramente.

Levanté la tapa del váter. Estaba limpio, así que algo era algo. Entonces, mis ojos se posaron en un botiquín que había sobre el lavabo. Lo abrí por curiosidad. No sabía mucho sobre lo que los humanos guardaban en sus cuartos de baño, así que pensé en curiosear un poco. ¿Por qué no? Estaba profundamente dormida. Nunca lo sabría.

Cogí un bote de pastillas y lo abrí. Lo olí.

—Analgésicos —me dijo mi lobo, Ash. Leí la etiqueta: Tylenol. Qué curioso. ¿Así que los humanos tomaban esto para el dolor? Interesante. Nosotros tomábamos hierbas, pero cada uno tiene sus cosas.

Cogí otra botella. Esta era pequeña y verde. Abrí el tapón y, en cuanto lo hice, el pelaje de Ash se erizó.

—Supresor de lobos. —Ash retrocedió dentro de mí, cubriéndose la cara con sus patas.

—¿Qué? —ladré. ¿Supresor de lobos? ¿Pero cómo era posible? ¿Por qué demonios tendría Ava supresor de lobos en su botiquín? Le di la

vuelta al frasco para ver si tenía alguna etiqueta, pero no había nada.

—¿Estás seguro? —le pregunté a Ash, olfateando de nuevo la botella. Se levantó e inhaló. Pero una vez más, retrocedió y se arrodilló sobre sus patas traseras.

Había pocas cosas tan aterradoras para un lobo como el supresor de lobos. Debilitaba tanto al lobo que no podía establecer contacto. A veces, incluso ponía al lobo en un sueño profundo, como si no estuviera allí en absoluto. Dependía de la dosis del supresor. Por esta razón, muchos territorios estaban prohibiendo los supresores de lobos, incluyendo muchas manadas europeas.

Como Rey, no había declarado ilegal su uso aquí en Estados Unidos. Los supresores de lobos a veces servían para algo, como sedar a un lobo salvaje o someter a un lobo que rechazaba el cambio. También podían utilizarse como táctica de tortura para los prisioneros. Dándoles supresores de lobo se volvían prácticamente inútiles, y como nuestros lobos eran nuestro orgullo y alegría, suprimir el lobo de alguien a menudo conducía a ataques de depresión.

Por esas razones, permitía su uso. Pero nada de eso explicaba por qué Ava, una humana, tenía un frasco entero de supresor de lobos en su armario. ¿De dónde lo había sacado? Las brujas eran las que fabricaban los supresores para lobos, y era imposible que se los vendieran a los humanos.

Levanté la botella y vi un pequeño emblema circular en su fondo. Era de un mercado no muy lejos de aquí. El mercado era un lugar muy conocido entre hombres lobo, brujas y otros cambiaformas. A primera vista, parecía un mercado humano, pero estaba

estratégicamente situado en una carretera principal, por lo que los lobos tradicionales, los cambiaformas y los que vivían en el mundo humano tenían fácil acceso. Yo mismo había estado allí varias veces para comprar cosas que sólo se vendían en el mercado.

Ava debía haber conseguido el supresor de lobos en el mercado. Todo lo que se vendía allí llevaba el emblema circular para que pudiéramos rastrear los lugares de compra si era necesario en caso de que aparecieran pociones defectuosas o ilegales. ¿Pero quién le vendería esto a ella? Sólo lobos y cambiaformas deberían poder comprarlo.

Me di cuenta enseguida. Fue como un puñetazo en el estómago. Sólo había una explicación razonable para este frasco de pastillas.

Ava era una mujer loba.

¡Me había engañado! Me había atraído a su casa con engaños. Pero, ¿por qué? ¿Estaba... estaba integrada en el mundo humano? Sacudí la cabeza con incredulidad.

Sí que lo estaba.

Ava no era sólo una mujer loba; era una mujer loba que vivía como humana.

Había oído historias de lobos que usaban supresores en el mundo humano. Había varias razones para hacerlo. Los exiliados y los solitarios lo usaban porque pensaban que vivir con humanos era mejor que vivir renegados, y suprimir a sus lobos sólo hacía más fácil vivir con humanos. Otros lo hacían porque no querían ser hombres lobo; estaban obsesionados con los humanos. Había estado de moda durante un tiempo: hombres lobo que querían ser humanos. Había oído historias de lobos estúpidos que se adentraban

en el mundo humano y se sentían tan asqueados y avergonzados de sus lobos que simplemente los ponían a dormir.

Era algo que no entendía. ¿Por qué un hombre lobo renunciaría deliberadamente a su lobo? ¡Nuestros lobos eran nuestro poder! Nada era tan liberador como soltar nuestros lobos y correr por el bosque. Los humanos no eran nada especial: ni siquiera podían curarse a sí mismos y, desde luego, no podían cambiar de forma. ¿Por qué querría un lobo vivir así?

Pero, aparentemente, eso es lo que había hecho Ava. Se había integrado en el mundo humano. Tenía una casa aquí y un trabajo, según ella. Parecía tan humana como cualquiera que hubiera visto. ¿Cuánto tiempo había estado reprimiendo a su lobo? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años?

Si ese era el caso, entonces ella sabía muy bien quién era yo. No había un solo hombre lobo en toda la costa que no supiera quién era el Rey Alfa.

Me había mentido. Ava me había mentido descaradamente. ¿Qué había sido todo esto para ella? ¿Una conquista? ¿Un alarde? ¿Estaba contenta de haberme engañado para que me acostara con ella?

Apreté el frasco con tanta fuerza que creí que la iba a romper mientras la furia me inundaba. ¿Acaso no conocía las consecuencias de traicionar al Rey Alfa?

Entré furioso en su habitación. Seguía dormida.

—Déjame salir —dijo Ash, dando vueltas en mi cabeza. Podía sentir su ira. Estaba furioso porque nos habían engañado.

La fulminé con la mirada, durmiendo tan plácidamente, probablemente soñando con satisfacción con la forma en que mintió

y sedujo al Rey Alfa. Era una coincidencia que nos hubiéramos encontrado anoche en aquella carretera, pero ella lo sabía. Supo quién era en cuanto me vio.

Justo cuando estaba a punto de despertarla y enfrentarme a ella, alguien llamó a la puerta.

—Ava, cariño, siento no haberte esperado levantada anoche, pero...

—Una mujer entró en la habitación y se detuvo al verme. Sus ojos se abrieron de golpe y retrocedió varios pasos, tropezando y apoyándose en la pared.

Al mismo tiempo, Ava se despertó, probablemente por el ruido. Dirigí rápidamente la cabeza hacia la mujer. Era vieja, tenía el pelo canoso y la piel fina como el papel. Llevaba una horrible bata de flores chillonas y zapatillas rosas mullidas.

—¿Mamá? —exclamó Ava, agarrando las mantas para ponérselas sobre el pecho—.¿Qué haces? ¡Vete!

—Yo... Yo... —tartamudeó l-a madre de Ava. Sus ojos pasaron de mí a Ava y luego volvieron a mí. La olí. Ella también era una loba, pero a diferencia de Ava, su lobo no estaba reprimido.

—He dicho que te vayas, por favor —dijo Ava, acercando las mantas a su pecho. Pero mis ojos estaban fijos en la muñeca de la mujer. Estaba allí, claro como el agua: un emblema verde, tenue y brillante. La madre de Ava tenía la marca de una renegada desterrada.

Me vio mirando el emblema e intentó taparlo con la manga. Pero era demasiado tarde; lo había reconocido de inmediato. La marca era de la Manada Tormenta Solar.

La mujer era una Luna exiliada.

Cada vez era peor. No sólo era una renegada, sino además una Luna exiliada. Me sorprendió muchísimo.

Y como era una renegada, eso significaba que Ava también lo era.

Cada manada tenía sus propias marcas para los renegados. Era una forma de que las otras manadas supieran de dónde había sido exiliado el renegado y por qué. Sin embargo, sólo los hombres lobo podían ver la marca.

Miré fijamente a la mujer y sus ojos se abrieron de miedo. Me reconoció y cayó de rodillas. Me acerqué a ella, elevándome sobre su temblorosa figura.

—Leo, ¿qué estás haciendo? —preguntó Ava, confusa—. ¿Qué está pasando? Es mi madre, Leo. Se llama Julia, y...

Giré bruscamente la cabeza hacia Ava.

—¡Me has mentido! ¡Eres una renegada! Tú y tu madre. ¡Ella lleva la marca de la Manada Tormenta Solar! ¡Podría mataros a las dos por mentir al Rey Alfa!

Ava negó con la cabeza.

—No sé de qué estás hablando.

Me acerqué a ella y le levanté la muñeca. Efectivamente, ella también tenía la marca. La noche anterior llevaba una camisa de manga larga y, mientras hacíamos el amor, su muñeca había quedado enterrada entre las sábanas.

El suyo brillaba mucho más débilmente que el de su madre, pero estaba ahí. En la Manada Tormenta Solar, no era sólo una persona la que era exiliada; era toda la línea de sangre. Cada descendiente de la madre de Ava llevaría la marca.

Gruñí amenazadoramente a Ava. Me hervía la sangre y Ash pedía a gritos que la soltara. No solo me había engañado haciéndome creer que era humana cuando en realidad era una mujer loba, sino que su mentira era aún más profunda.

¡Era una maldita renegada! ¡Me había acostado con una maldita granuja! No me lo podía creer. Si alguien se enteraba de lo que había pasado... si alguien se enteraba de que el Rey Alfa se había acostado con la hija de una Luna exiliada... perdería el respeto ante sus ojos.

Ni siquiera hablaba con renegados, mucho menos compartía una noche íntima con ellos.

—Por favor —dijo Ava, con el labio inferior tembloroso, su precioso y delicioso labio inferior. Me suplicó, con sus suaves ojos marrones humedecidos por las lágrimas—. De verdad que no lo entiendo. Creía... creía que habíamos pasado una buena noche, y ahora... no sé lo que estás diciendo. Por favor, cálmate. No nos hagas daño. Podemos hablar de esto.

Por un momento, casi caigo en su trampa otra vez. Joder, qué bien se le daba hacerse la chica inocente, dulce e ingenua. Una parte de mí quería creerla. Lo deseaba tanto que me dolía, porque tenía razón. Habíamos pasado una noche maravillosa juntos. Tanto es así que estaba descuidando mis deberes con la manada para quedarme con ella.

Solté su muñeca y retrocedí unos pasos.

Me estaba engañando de nuevo, por supuesto que sabía exactamente de lo que estaba hablando. ¿Cómo no iba a saberlo? No era inocente. Estaba muy lejos de serlo. Mira a su madre,

temblando como una cobarde en el suelo. Ava debería estar haciendo lo mismo, ahora que la había pillado, pero en cambio, sólo contaba más mentiras. Vi, por primera vez en mi vida, lo fácil que era ser seducido.

—Deja de mentir —le ordené. Me abalancé sobre ella y se escabulló hacia la cama, con los ojos llenos de miedo. Volví a sujetar su muñeca—. Está justo ahí. No puedo creer que no lo haya visto antes. No puedes mentirme sobre esto. Puedo verlo.

Ava intentó zafarse de mi mano.

—Leo, ¿de qué estás hablando?

—Tu muñeca. La marca. Ambas la tenéis.

A Ava se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué marca? ¿Te has vuelto loco? No hay nada ahí, Leo. ¿De qué estás hablando? ¿Mamá?

Ava dirigió entonces su atención hacia su madre, que temblaba en el suelo, con la cabeza gacha en señal de respeto. Pero no iba a aceptar ningún tipo de respeto de aquella vil mujer.

—Levántate, mamá —dijo Ava—. No sé de qué está hablando. ¿Por qué estás en el suelo? No lo entiendo. —La voz de Ava era frenética ahora. Empezaba a tenerme miedo, y con razón.

—¿Todavía más mentiras? —le espeté a Ava. Realmente no iba a admitir que la habían pillado. ¿Esto también formaba parte de su juego enfermizo? ¿Para mantener el engaño? Estoy seguro de que ella y su madre se reirían de esto más tarde, a mi costa.

—Lo siento —susurró Julia, con la mirada dirigida hacia el suelo—. Pero Ava... es inocente. Lo juro.

Ya había tenido suficiente. Quería largarme de allí. Tenía más que suficiente del mundo humano y de los lobos que pretendían ser humanos.

—Por favor —suplicó Julia. Suplicaba por su vida. Podría matarlas a las dos, allí mismo, por mentirme. Las dos lo sabían. ¿Ava estaba loca? ¿Por eso se comportaba así? Julia sabía que la habían pillado y estaba haciendo lo aceptable: rogar por su vida. ¿Por qué Ava no hacía lo mismo?

¿Debería matarlas? ¿A las dos?

—Déjame salir —gruñó Ash—. Déjame hincarles el diente.

Lo empujé hacia atrás. No podía transformarme y dejar salir a Ash. Estábamos en el mundo humano y había reglas al respecto, reglas creadas por los de nuestra especie para mantenernos a salvo. Pero podía agarrarlas a las dos y llevarlas conmigo de vuelta al palacio para castigarlas como es debido por su traición.

Pero justo cuando empezaba a formular un plan para llevármelas a ambas, el aroma de melocotones maduros y dulces comenzó a flotar en el aire. Por alguna razón, me tranquilizó. Miré a Julia y vi lo que realmente era: una vieja fea, llorona y rastrera. Podría romperle el cuello con una mano. Era patética.

¿Y respecto a Ava?

Aunque me había mentido, me di cuenta de que seguía sintiendo algo por ella. Recordé la noche anterior: el tacto de su pelo en mis manos, el sonido de su voz al gritar mi nombre mientras alcanzaba el clímax, el sabor de sus labios húmedos y cálidos.

Anoche habíamos compartido algo realmente especial, al menos por mi parte. No podía explicarlo, pero cuando me calmé, empecé a

sentir lástima por ella.

Había estado reprimiendo deliberadamente a su lobo para mezclarse más fácilmente con los humanos. Por un momento me pregunté cuándo la habían exiliado. ¿Cuánto tiempo había vivido Ava en una manada? ¿Sabía siquiera cómo era realmente? Tal vez abusaron de ella y ahora su mente estaba fracturada. ¿Por qué otra razón alguien elegiría vivir así, en esta casa de mierda, trabajando en un trabajo de mierda todo el día?

La verdad era que no conocía la historia de Ava. Sabía que había sido exiliada, pero no sabía por qué su madre y ella eligieron vivir en el mundo humano ni por qué decidió reprimir a su lobo. Tal vez su lobo era salvaje o discapacitado. Eso también ocurría a veces. Quizá estaba mejor dormido.

Aun así... no podía matarlas. No a sangre fría, no aquí en esta lamentable porquería de hogar.

Así que tomé una decisión. Decidí apiadarme de los dos.

Entrecerré los ojos y le dije con firmeza a Ava: —Os perdonaré la vida, pero no quiero volver a veros a ninguna de las dos dentro de mis fronteras. Jamás. Si os veo, os mataré en el acto. ¿Lo habéis entendido?

Ava negó con la cabeza, con la cara llena de lágrimas. Ahora sí que me tenía miedo.

—¿Lo has entendido? —repetí, marcando exageradamente cada palabra,

Esta vez, agachó la cabeza y asintió. Y después, inmediatamente salí furioso de la casa y de la vida de Ava para siempre.

5

Ava

Un mes después

Estaba sola en el cuarto de baño, mirando las dos líneas rosas de la prueba de embarazo. Se me revolvía literalmente el estómago, pero no estaba segura de si eran las náuseas matutinas o la sorpresa de saber que estaba embarazada.

¿Cómo es posible? ¿Cómo he podido permitirlo? Había tenido exactamente tres parejas sexuales en toda mi vida, ¡no era precisamente promiscua! No me lo merecía. Y para complicar aún más las cosas, el padre de mi hijo era al parecer una especie de rey cambiaformas... Es decir, un hombre lobo. Un hombre lobo de verdad.

Deslicé la espalda contra la fría pared del cuarto de baño y me senté en el suelo, con la prueba de embarazo aún agarrada con fuerza en la mano.

Una noche. Eso es todo lo que había sido. Por sólo una noche, había tirado la cautela al viento, actuado completamente fuera de carácter,

e invitado a un extraño caliente en mi casa. ¿Y ahora? Las consecuencias de esa noche fueron tan trascendentales que ni siquiera podía pensar con claridad.

Volví a pensar en aquella mañana, la mañana que había sacudido los cimientos de todo lo que creía saber sobre mi vida.

Leo había salido de casa dando un portazo. Mi madre y yo permanecimos sentadas en silencio mientras oíamos sus pasos crujir en la grava del exterior de nuestra casa. Yo seguía en la cama, con las mantas aferradas a la barbilla y los ojos húmedos de lágrimas.

¿Qué acababa de pasar? Mi madre seguía en el suelo, con la cabeza gacha y las manos temblorosas. Pensé que Leo y yo habíamos pasado una buena noche. Éramos desconocidos, pero había sentido una conexión con él. Habíamos estado despiertos hasta tarde y esa mañana me había despertado con el rostro severo de Leo y palabras duras. Estaba blandiendo mi frasco de medicamentos, agitándolo en el aire como si fuera una especie de droga ilícita. No tenía ni idea de lo que estaba hablando y me costaba entender por qué estaba tan enfadado.

Sus palabras reverberaban por la habitación, resonando en mi cabeza. Sabía que me acusaba de mentirle, pero no podía procesar todas las demás cosas que decía. «¿Luna exiliada?» ¿Qué demonios significaba eso? ¿Marca de la Manada Tormenta Solar? ¿Supresor de lobos?

Por un momento, pensé que había perdido completamente la cabeza. Me lo había llevado a casa sin saber nada de él. Estaba claramente loco, soltando mierda al azar sobre lobos y Lunas y marcas secretas en nuestras muñecas.

Lo había encontrado vagando por la calle en plena noche, con una enorme herida en la pierna. ¿Se había escapado de algún psiquiátrico? Cuanto más nos gritaba, más probable me parecía. Quizá sufriera algún tipo de enfermedad mental alucinatoria...

Oh Dios, ¿acababa de acostarme con un lunático?

Apreté más las mantas alrededor de mi barbilla. ¿Era violento? ¿Iba a hacernos daño? Hice todo lo que pude para intentar calmarlo, pero cada vez que hablaba, parecía enfadarse aún más.

Y luego estaba mi madre. Estaba arrodillada en el suelo, rogándole que no nos hiciera daño. La escena fue muy rápida, o al menos eso me pareció. En un momento, Leo estaba soltando alguna tontería acusadora sobre lobos y manadas y píldoras secretas, y al siguiente, se estaba abriendo paso por nuestro camino de entrada.

—Ava —dijo por fin mi madre tras cinco minutos de silencio atónito. Me miró con las mejillas húmedas y manchadas de lágrimas. Parecía abatida—. Nunca quise que te enteraras así. Iba a decírtelo, tenía que hacerlo. Pero quería esperar todo lo que pudiera.

Mi madre se levantó y la miré fijamente.

—¿Decirme qué? —pregunté, con el estómago revuelto. Había algo en su mirada que me ponía de los nervios. Esperaba que me regañara por haber traído a un loco a casa o que dejara de hablarme; eso era lo que solía hacer cuando estaba enfadada conmigo. Pero en cambio, se acercó a mi cama con cara de preocupación. Se sentó en el borde de la cama y me cogió la mano.

—Necesito que me escuches con mucha atención —me dijo—. Lo que voy a decirte va a sonar... —Hizo una pausa para buscar la palabra adecuada—. Irreal —dijo finalmente—. Siempre tuve

intención de decírtelo. Es decir, tenía que hacerlo antes de... —Volvió a hacer una pausa, pero esta vez pude completar yo sola el espacio en blanco.

Antes de morir.

—Mamá, no sé qué está pasando aquí. Pero, por favor, dímelo y ya está. No puede ser... no puede ser tan malo, ¿verdad?

Se rio suavemente para sus adentros y miró a lo lejos, con una expresión de dolor en el rostro.

—Ava, eres una mujer loba —dijo por fin, con voz firme y segura.

—Soy... una... ¿qué? ¿De qué estás hablando?

Pero antes de que pudiera hacer más preguntas, mi madre se lanzó a contarme una historia que sonaba como si hubiera salido de las páginas de un libro de fantasía épica. Escuché con los ojos entrecerrados mientras mi madre me revelaba su pasado.

—Todo lo que dijo él es verdad —empezó—. Ese hombre, Leo, no es un hombre corriente. Es un Rey Alfa, una posición muy poderosa dentro del mundo de los hombres lobo. Y tiene razón. Soy una Luna exiliada y tengo la marca que lo demuestra.

Me quedé estupefacta. Soltó palabras como «Luna» y «hombre lobo» como si no fuera para tanto. Era como si estuviera confesando que su color de pelo era castaño en vez de rubio o que prefería los macarrones a los espaguetis. ¿Cómo podía decir esas palabras de una forma tan despreocupada, como si fueran perfectamente normales?

—Fue hace mucho tiempo —suspiró—. Vivía con una manada, la Manada Sequoia. Era una manada fuerte y poderosa, muy respetada por las otras manadas. Mi padre era el Gamma. Eso significa que era

el Jefe de los Guerreros —explicó—. La manada Tormenta Solar era débil. Querían formar una alianza con una manada mejor y más fuerte. Tenían recursos que nuestra manada no tenía, así que mi madre y mi padre me pidieron que me casara con el Alfa de la Manada Tormenta Solar.

Hizo una pausa y me miró. Mi rostro estaba inexpresivo. ¿Qué podía decir? Mi madre tenía razón: sonaba totalmente irreal.

—Era joven cuando nos casamos —dijo mi madre—. Tuve que abandonar mi propia manada, pero comprendí que era un matrimonio político y que era lo correcto para mi manada. Los hombres lobo, Ava, son muy leales a sus manadas. Es algo que los humanos nunca podrán entender. Pero yo amaba al Alfa. No era mi compañero.

—Creía que habías dicho que te habías casado con él —comenté, confusa.

—Sí, lo hice. Pero los compañeros son algo totalmente distinto. Los compañeros son dos lobos elegidos por la Diosa de la Luna para estar juntos. Tienen... una conexión especial. Un vínculo. Sus lobos también están vinculados. Es otra cosa que un humano no puede entender.

—¿Así que tu marido no era tu compañero? —pregunté, aunque las palabras me sonaban ridículas. Por un momento tuve que cuestionar la cordura de mi madre, pero decidí dejar a un lado mi incredulidad y limitarme a escuchar.

—No, no lo era. Pero encontré a mi pareja. Era el hijo del Beta de Tormenta Solar. Era... guapísimo. Él sintió el vínculo de pareja al instante, y luego nos enamoramos. Tuvimos una aventura. Bastante

larga. Sabía que no estaba bien, pero estaba tan enamorada que no me importaba. De todos modos, el Alfa se enteró. Ahora que lo recuerdo, estaba destinado a descubrirlo. Estaba jugando con fuego y estaba destinada a ser atrapada. Me exilió inmediatamente y me marcó para que otras manadas supieran que era una renegada.

—¿Una renegada?

—Un lobo sin manada. Es algo peligroso y solitario. A menudo es el peor miedo de un lobo.

—No entiendo lo de la marca. Leo también lo mencionó.

Mi madre levantó la mano.

—Está justo aquí. Es un tenue círculo verde con una estrella en el centro. Da un resplandor verde, apenas perceptible pero está ahí, sin duda. Las manadas marcan a sus exiliados de diferentes maneras. Así es como lo hace la Manada Tormenta Solar. Y el círculo en el centro significa que era una Luna. Me temo que tú también lo tienes. Todos en mi linaje nacerán con la marca, a menos que una manada acoja a alguno de nosotros, lo cual es muy poco probable. Gracias a mi matrimonio con el Alfa, Tormenta de Sol se ha convertido en una manada muy poderosa. Pocas manadas considerarían aceptar a un exiliado de Tormenta de Sol.

—Entonces, espera —interrumpí, atando cabos—. ¿Mi padre era tu compañero?

—Sí. Lucius. Se llamaba así. Ni siquiera supe que estaba embarazada hasta que me exiliaron. En el fondo, pensé que Lucius podría venir conmigo, pero fui muy ingenua. Él nunca dejaría voluntariamente su manada.

—¿Por qué no lo exiliaron a él también? —pregunté.

—Me acusó de seducirle y todo el mundo le creyó. Me traicionó. Me fui directamente al mundo humano en cuanto me exiliaron. Algunos renegados prefieren vivir en su propio territorio, pero puede ser una vida dura. Muchos renegados, como yo, elegimos integrarnos en el mundo humano. Al menos en él, tenemos la oportunidad de llevar una vida decente. Fue en el mundo humano donde descubrí que estaba embarazada de ti. Decidí criarte como humana... para hacértelo más fácil.

—¿Qué quieres decir con «criarme como humana»'? Yo soy humana —repliqué.

—No, Ava, no lo eres. Eres una cambiaformas. Una mujer loba. La hija de una Luna exiliada y el hijo de un beta de una manada fuerte. Te he estado dando unas pastillas llamadas supresores de lobo toda tu vida. Han mantenido a tu lobo dormido.

—¿Qué? —Se me abrieron los ojos de la sorpresa—. ¿Te refieres a estas pastillas? —Cogí el bote de pastillas que Leo había dejado en la mesilla de noche—. Pero son para mi enfermedad de la sangre. Son... —Se me cortó la voz al darme cuenta.

Toda mi vida había pensado que tenía una enfermedad rara de la sangre. Incluso de niña, recuerdo ir a la consulta del médico para las visitas. Después, mi madre me contaba los resultados de mis análisis: que la enfermedad reaccionaba bien a las pastillas. ¿Cómo podía ser todo eso mentira?

—Íbamos al médico —le dije— Yo...

—Sólo eran chequeos ordinarios, Ava. Revisiones rutinarias a las que va cualquier humano. Sólo que te mentía después de los visitas. Y

como creciste pensando que tenías una enfermedad, se convirtió en algo normal para ti. Simplemente lo aceptaste.

—¿De dónde sacas estas pastillas entonces? Me dijiste que venían de la farmacia. Tenían etiqueta y todo.

—Sí, la tenían. Yo misma las hacía. Pero después de un tiempo, te dije que las etiquetas ya eran necesarias. No lo cuestionaste. ¿Por qué ibas a hacerlo? Las píldoras provienen de un mercado de cambiaformas.

—¿Un mercado de cambiaformas? —Todo esto empezaba a sonar realmente loco otra vez.

—Sí. Está instalado no muy lejos de aquí. La ubicación significa que los cambiaformas como yo, que vivimos en el mundo humano, podemos llegar sin demasiados problemas. Le compro estas píldoras a una vieja bruja del mercado. Las he estado comprando cada cuatro meses desde que naciste. Tu lobo está dormido, Ava. Así que, a todos los efectos, eres humana.

—Excepto que, por lo que se ve, no lo soy —espeté—. ¿Qué pasaría si dejara de tomar las pastillas?

—Tu lobo se despertaría —dijo mi madre—. Pero Ava, no quieres hacer eso. Sigue tomando las pastillas. Quédate aquí, en el mundo humano.

Naturalmente, tenía cientos de preguntas. Era mucho que procesar, y tenía la sensación de que mi madre sólo me contaba lo mínimo. Pero cuando intenté preguntarle, me hizo un gesto desdeñoso.

—Esa no es la vida que quieres —dijo.

Así que habíamos dado carpetazo a toda la conversación. Yo sentía curiosidad, por supuesto, pero mi madre se mostraba evasiva.

Pasamos el mes siguiente con toda esta información dando vueltas en mi cabeza. A veces me negaba a creerlo. Pero bueno...

Había oído los rumores sobre cosas que vivían en el bosque. ¿Todos esos rumores e historias de fantasmas eran realmente ciertos? Era algo difícil de tragar, mucho más que las pastillas para suprimir la presencia de lobos que había tomado toda mi vida.

Ayer, sin embargo, mi mente se centró en otras preocupaciones. Me puse enferma en el trabajo durante mi turno de la mañana. Me vino muy deprisa y apenas pude ir al baño a vomitar. Mientras me limpiaba la boca y miraba mi reflejo en el espejo, me di cuenta de que no me había venido la regla.

Llevaba dos semanas de retraso. Y *nunca* tenía retrasos.

Ayer compré la prueba de embarazo al volver del trabajo, pero no tuve valor para hacérmela. En lugar de eso, dormí con ella debajo de la almohada, preocupada por si mi madre lo encontraba. Cuando esta mañana he vuelto a vomitar, me armé de valor y me hice la prueba.

Así que ahora estaba en este punto. Un mes después de que mi madre me diera la noticia de que era una especie de bestia metamorfa que llevaba toda la vida tomando píldoras mágicas, estaba embarazada de un hombre lobo.

Empecé a llorar, liberando las lágrimas que había retenido desde el día en que mi madre me confesó sus secretos, mis secretos. Ni siquiera sabía por qué estaba llorando realmente: por ser una cambiaformas, por estar embarazada de un hombre lobo o por el simple hecho de estar embarazada, pero lloraba tan fuerte que no oí entrar a mi madre.

Me miró en el suelo, llorando, con el test de embarazo en la mano, y se arrodilló a mi lado. Me abrazó y me consoló.

—Lo superaremos juntas —dijo. Luego me cogió la barbilla y me obligó a mirarla a los ojos. Tenía las cejas fruncidas y los labios apretados—. Pero el Rey Alfa nunca debe saber que el niño es suyo. Si se entera, se lo llevará. ¿Lo entiendes?

Asentí, aunque no entendía nada en absoluto.

6

Leo

Me paseaba por la habitación revolviéndome el pelo con las manos. Los ojos de Ava pasaron por mi mente otra vez.

Había pasado un mes desde que estuvimos juntos y seguía sin poder quitármela de la cabeza. ¿Qué demonios me estaba pasando? Tendría que haberme librado de ella en cuanto salí enfadado de su casa. ¡Me había mentido! Se había hecho pasar por una inocente humana cuando, en realidad, era la hija de una Luna exiliada que tomaba supresores para lobos. Ella sabía muy bien quién era yo. Es decir, tenía que saberlo, ¿no? Yo era el Rey Alfa. No había un lobo en un radio de ochocientos kilómetros que no supiera quién era. Claro, ella vivía en el mundo humano, pero eso no significaba que ignorara por completo lo que sucedía en el mío.

Durante el último mes, había repasado nuestro encuentro cientos de veces. Ella seguía clavada en mi mente: esos ojos grandes y brillantes, esa piel suave y flexible. Sus labios calientes. Su sabor.

Sólo fue una puta noche, ¿por qué seguía repitiéndose en mi cabeza?

Había llegado a un punto en el que me costaba concentrarme y empezaba a perturbar mi trabajo. Y a través de todo, un pensamiento seguía resonando: Ava afirmando que no sabía quién era yo.

Su madre me había reconocido inmediatamente. Se había tirado al suelo, encogida ante mi presencia. ¿Pero Ava? Había jurado que no tenía ni idea de lo que estaba hablando, y su cara parecía sincera. ¿Realmente era tan buena actriz? ¿Estaba realmente tan decidida a mantener su inocencia, incluso cuando la había pillado mintiendo descaradamente? Era descarado, casi *demasiado* descarado, que una mujer loba me tratara así. A veces me hacía considerar la posibilidad...

¿Y si Ava decía la verdad? ¿Y si realmente ella no sabía quién era yo? No entendía cómo podía ser, pero aun así... La idea me rondaba la cabeza, acaparando todos mis pensamientos. ¿Era posible? ¿Podría Ava estar diciendo la verdad?

—¡Uf! —grité, golpeando la mesa con la mano.

¿Por qué me importaba? Aunque hubiera dicho la verdad, ¿y qué? Vivía en el mundo de los humanos. ¿Qué me importaba a mí lo que supiera y lo que no? Tenía que olvidarlo todo. Me estaba volviendo loco.

Pero... su suave tacto mientras aplicaba antiséptico en mi herida. Sus piernas desnudas rodeando las mías. El sonido de su voz, ronca y áspera, mientras me suplicaba más...

«Beta Noah» le llamé a través de un enlace mental. «Ven a mi habitación inmediatamente. »

Necesitaba hablar con él. No le había contado mucho sobre mi noche con Ava. Me había preguntado, por supuesto, pero había sido evasivo. Como mi beta, sin embargo, era la única persona en la que confiaba más que en nadie en el mundo. Quería discutir esto con alguien. Seguramente, Beta Noah me haría entrar en razón. Me diría exactamente lo que necesitaba oír: que debía olvidarme de todo.

Momentos después, Beta Noah entró en mi habitación. Era un poco mayor que yo, pero ambos proveníamos de la manada Sombra Negra, y las raíces de nuestra amistad se remontaban a nuestra juventud. Cuando ambos terminamos la escuela, comenzamos a ser amigos, y cuando asumí el cargo de Rey Alfa, elegí a Noah como mi beta. Teníamos un vínculo, una conexión, y él era muy leal.

—Leo —dijo Beta Noah, entrando en mi habitación y tomando asiento en la mesa.

Noah era el único al que permitía llamarme Leo. Todos los demás debían usar mi título completo y dirigirse a mí como Rey Leo. Era una informalidad que le permitía a mi mejor amigo, y solo a mi mejor amigo.

—Necesito hablar contigo —le dije, sentándome frente a él.

—¿Sobre la chica? —preguntó enarcando una ceja. Me conocía bien. Aunque no le había hablado mucho de Ava, sabía que la tenía en mente. Así de fuerte era nuestra conexión.

—No puedo dejar de pensar en ella —confesé con un fuerte suspiro.

—Te mintió —dijo Beta Noah, señalándome con el dedo. Le había contado los detalles básicos: que yo creía que era humana, que

había encontrado las pastillas en su cuarto de baño y que me había enfrentado a ella por ese motivo.

—Lo sé —dije—.¿Y si no lo hizo? —Quería poner a prueba mi teoría con Beta Noah. Me aferraba a un atisbo de esperanza de que tal vez y sólo tal vez, Ava no me hubiera mentido después de todo.

—Claro que sí —comentó Beta Noah sin la menor pausa—. Mira, así es como yo lo veo. Por alguna razón, ella te gustaba. Y cuando descubriste que te había traicionado, te pusiste furioso. Pero tampoco querías creerlo, porque entonces tendrías que admitir que ella no era quien pensabas que era. Así que tratas de creer lo que quieres creer en vez de creer la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? —pregunté.

—Ella te sedujo. Es una mentirosa, y muy irrespetuosa, además. Jugó contigo, Leo. Te engañó. Por lo tanto, te sugiero que dejes de buscar excusas o razones para excusar su comportamiento y simplemente sigas adelante. Olvídate de ella. Nadie más sabe lo que ha pasado. Déjala ir. Ella no merece tus pensamientos.

Dejé que sus palabras calaran hondo. Por eso le había pedido que viniera a mi habitación. Noah siempre había sido sincero conmigo y siempre había velado por mis intereses. Tenía razón: estaba inventando excusas, buscando desesperadamente algún resquicio, porque la verdad era que ella *me había* gustado de verdad.

Pero era hora de seguir adelante. Era hora de ver a Ava como lo que realmente era, es decir, una mujer loba mentirosa disfrazada de humana.

—Tienes razón —concedí—. Ella no se merece que le dedique más tiempo.

Asintió y sonrió.

—Ya que estoy aquí, Gamma Alexander pregunta por los prisioneros. Quiere saber si has decidido un castigo.

Claro, los prisioneros. Los que había encadenado y traído conmigo tras nuestra incursión la noche que conocí a Ava. Estaban todos en el calabozo y sabía que tenía que decidir qué hacer con ellos. Se habían unido contra mí, conspirando para atacar el palacio y usurpar mi corona.

Por suerte, nos habíamos enterado de todo por un miembro de su manada que había venido a avisarnos. Los prisioneros sólo estaban comenzando sus planes, intentando reunir fuerzas procedentes de otras manadas. Intervenimos rápidamente y sin piedad, y maté a su alfa. Había sido un auténtico baño de sangre, pero eso era lo que se merecían.

Su manada había nombrado un nuevo alfa y me habían jurado lealtad. Todos los que se habían aliado con el antiguo alfa estaban ahora en mi poder. La manada se estaba reconstruyendo y me había jurado lealtad, así que la misión estaba cumplida.

Pero aún tenía que ocuparme de los prisioneros.

—Los mantendremos en el calabozo. Que sufran por lo que han hecho. Y luego, cuando llegue el momento, los ejecutaré públicamente.

Los ojos de Beta Noah se abrieron de golpe.

—¿A todos? —preguntó.

Era un castigo muy duro, y lo sabía. Personalmente, tendía a rehuir las ejecuciones públicas. No me gustaban, me parecían bárbaras y horribles, pero tenía que enviar un mensaje. No llevaba siendo Rey

Alfa tanto tiempo y no toleraría ninguna rebelión contra mí. Ejecutar públicamente a los prisioneros enviaría un mensaje inequívoco de que así era como trataba a los traidores.

—Una ejecución pública de esa magnitud es algo bastante extremo —replicó Beta Noah.

—Lo sé —dije, sonriendo socarronamente—. De eso se trata.

Reflexionó sobre mis palabras y asintió con la cabeza. Comprendió por qué lo hacía. Normalmente, ejecutaba a todos los prisioneros y ya está, no en público y menos después de que hubiera pasado tiempo. Pero esta vez era diferente. Era mi oportunidad de consolidar mi autoridad, y no la iba a dejar escapar.

—Notificaré a Gamma Alexander tu decisión —dijo Beta Noah—. Los mantendremos con vida, pero a duras penas. Se correrá la voz por las manadas de que los prisioneros están sufriendo en el calabozo hasta el momento de su ejecución.

—Ha habido demasiadas rebeliones últimamente —afirmé—. Pequeñas, pero aun así. Creo que esto las sofocará de una vez por todas. ¿No crees?

—Sí —aceptó Beta Noah.

En ese momento llamaron a la puerta y apareció un guerrero.

—Su Alteza, la nueva loba ha llegado —dijo—. La señorita Jade Hullen, Hija del Alfa Griffin de la Manada de la Fase Lunar. Le está esperando en el vestíbulo.

Cierto, casi me había olvidado de ella. Tenía amistad con el padre de Jade, así que cuando mencionó que su hija iba a estudiar medicina en la Real Escuela de Hombres Lobo, me ofrecí a alojarla en el palacio. Era una oferta generosa, ya que la mayoría de los

estudiantes vivían en las residencias cercanas a la escuela, y su padre había aceptado amablemente. Nunca estaba de más entablar amistad con los alfas de otras manadas, sobre todo de manadas fuertes como Fase Lunar, pero había estado tan ocupado las últimas semanas que me había olvidado por completo de la llegada de Jade.

Beta Noah y yo seguimos al guerrero por el pasillo para recibir a Jade. Encontré a una doncella por el camino y le susurré que buscara inmediatamente a la doncella principal y preparara una de nuestras mejores habitaciones para Jade. La criada asintió y salió corriendo.

Jade esperaba en el vestíbulo, sujetando una pequeña maleta. Iba elegantemente vestida con un vestido largo de seda y una capa con capucha. Sospeché que tendría unos veinte años, ya que estaba aquí para estudiar medicina, lo que significaba que ya había completado una intensa formación previa.

Sonrió cuando nos acercamos e inclinó la cabeza.

—Es un honor conocerle, Alteza, —dijo con respeto. Tenía el porte y la elegancia de la hija de un alfa.

—Igualmente —dije cordialmente, extendiendo mi mano—. Has venido a la Real Escuela de Hombres Lobo para recibir formación médica, ¿no es eso? —pregunté mientras tomaba su mano entre las mías. Me incliné y le di un suave beso en el dorso de la mano, como era costumbre en el saludo real.

—Así es —dijo Jade, clavando sus ojos en los míos—. Es un honor asistir a la Escuela. Mi plan convertirme en cirujana, y no hay mejor lugar para ampliar mis estudios. Y estoy muy agradecida por su oferta de alojarme en palacio.

—No tiene importancia —contesté, mirándola de arriba abajo. Su expresión fue recatada mientras retiraba la mano—. Este es Beta Noah —dije, señalando a Noah. Él se adelantó y después abrió nuestro enlace mental.

«Madre mía, mira lo que ha traído el gato» dijo Noah en tono burlón. «Es una cosita muy bonita, ¿no crees? Y por lo que parece, está más que contenta de estar aquí, tú ya me entiendes. Si ella no puede hacer que te olvides de Ava, no sé quién va a poder.»

«Basta» espeté a través del enlace mental. «No tengo intención de hacer nada de eso. Es nuestra invitada. Eso es todo.»

«¿Por qué no?» continuó Beta Noah. «Viene de una buena manada. Es inteligente y hermosa. ¿Qué tiene de malo? Tal vez sólo llevarla a dar una vuelta, probar con ella, y... »

«Basta ya. Ahora mismo no me interesa nadie», espeté, y cerré el enlace mental.

—Beta Noah te acompañará a dar una vuelta por el palacio mientras las criadas terminan con los últimos detalles de tu dormitorio —le dije a Jade.

—Oh —dijo Jade, con una expresión vacilante por un momento.

—¿Pasa algo? —le pregunté.

—No, claro que no —dijo ella—. Es sólo que... bueno, esperaba que me acompañaras tú mismo por el palacio.

—Me temo que no tengo tiempo —respondí.

Hizo un mohín y me pestañeó.

—¿Estás seguro? —insistió.

Sabía lo que estaba haciendo. Estaba flirteando conmigo. Todas lo hacían, todas las lobas que visitaban el palacio. Tal vez su padre le

había hecho pensar en un matrimonio real, o ella misma había considerado esa posibilidad. En cualquier caso, no tenía intención de entablar una relación de ese tipo con Jade. Yo era su anfitrión, eso era todo. Me aseguraría de que estuviera cómoda y bien atendida durante su estancia entre nosotros, pero nuestra relación sería cordial y nada más.

—Estoy muy seguro —dije secamente, negándome a seguir el juego de su coquetería—. Ahora, si me disculpas, tengo asuntos que atender. Pero te prometo que estás en buenas manos con Beta Noah.

Beta Noah volvió a burlarse de mí a través del enlace mental. Me deshice de él, me excusé y volví a mi dormitorio.

Jade era guapa, eso era innegable, y aparentemente muy inteligente. Pero no me atraía nada. Desde Ava, apenas había mirado dos veces a ninguna loba. Era como si Ava tuviera algún tipo de control sobre mí, un control que no entendía. Era ridículo. Todo parecía ser una broma.

Pero mientras me acercaba a la ventana, Ava volvió a inundar mi mente. Me pregunté qué estaría haciendo en ese mismo momento. ¿Por qué había elegido vivir en el mundo humano? Muchos renegados lo hacían, y los que lo hacen suelen reprimir a sus lobos porque así es más fácil. Yo lo sabía, así que ¿por qué me había mentido? ¿Qué esperaba conseguir seduciéndome? ¿Esperaba que me enamorara de ella y la aceptara a ella y a su madre en mi manada?

No era la primera loba que intentaba manipularme. Venía incluido en el gobierno del territorio: yo era el Rey Alfa y, a veces, parecía que

todas las lobas querían clavarme sus garras. Todas estaban cegadas por pensamientos de ser Reina.

¿Era Ava igual? No parecía serlo. Al contrario, parecía inocente y humilde.

—¡Basta!—me grité a mí mismo. Beta Noah tenía razón. No tenía sentido seguir pensando en Ava. Esto tenía que terminar. Lo hecho, hecho estaba. Tenía que sacármela de la cabeza de una vez por todas.

Así que fui a mi escritorio y saqué un montón de papeles. Eran peticiones de varias manadas que se habían ido acumulando durante el último mes. Era hora de poner orden y centrarme en mi trabajo.

Empecé a leer la primera petición y suspiré pesadamente. Luego hice una pausa y susurré: —Estés donde estés, Ava, te deseo lo mejor.

Y de esta forma, la dejé ir.

Porque tenía que hacerlo.

7

Ava

—¿Así que todos estos son hombres lobo?— pensé para mis adentros.

Me encontraba en las afueras de lo que parecía ser, a todos los efectos, un pintoresco mercadillo humano. No era tan distinto de los mercados en los que había estado con mi madre. Aunque la ubicación era un poco extraña, justo al lado de la carretera entre dos pueblos, todo lo demás parecía más o menos igual.

Había hileras de mesas a ambos lados, todas llenas de productos típicos de mercadillo, como mermeladas y artesanía. De hecho, era bastante discreto, por lo que supuse que la mayoría de la gente probablemente pasaría de largo sin echarle un segundo vistazo.

Algunos de los vendedores me miraron cuando me acerqué. Estaba allí por curiosidad… y por miedo. Desde que me enteré de que estaba embarazada, hacía una semana, vivía en un estado de semi-pánico. Una cosa era aceptar que iba a ser madre soltera. Demonios, apenas podía cuidar de mí misma y de mi madre, así que ¿qué me

hacía pensar que podría cuidar de un bebé? Pero otra cosa completamente distinta era saber que el bebé que crecía dentro de mí era una especie de bestia cambiaformas.

A menudo me despertaba en mitad de la noche cubierta de sudor por las pesadillas. En mis sueños, daba a luz a una bestia cubierta de pelo. Los sueños eran cortos y no demasiado detallados, pero el pánico y el miedo que sentía al despertar eran muy reales. No estaba tan embarazada como para sentir al bebé dentro de mí ni nada parecido, pero a veces tenía la sensación de que sí. Sentía que había un extraño monstruo en mi vientre, en parte humano y en parte cambiaformas.

Quería hablar con mi madre sobre estos temores, pero desde nuestra conversación de hacía un mes, se había cerrado en banda con respecto a cualquier cosa relacionada con los hombres lobo. Sólo intentaba convencerme de que todo iría bien. El único consuelo que me ofrecía era decirme que los hombres lobo daban a luz a bebés con el mismo aspecto que los humanos, que sus lobos no salían hasta que eran un poco mayores y que, mientras alimentáramos al bebé con un supresor de lobos, el lobo del bebé seguiría durmiendo, igual que lo estaba el mío desde el día en que nací.

Sin embargo, ese conocimiento no me bastaba. Comprendía la reticencia de mi madre a contarme más; había sido un secreto que se había esforzado mucho por ocultarme, así que no podía culparla por no querer hablar de ello. Pero, por supuesto, sentía curiosidad. Acababa de enterarme de que era una especie de cambiaformas, una mujer loba, y tenía un millón de preguntas.

Sabía que mi madre compraba mi supresor de lobos en un mercado cercano. Me lo había dicho. Y así, hace unos días, impulsada por un intenso deseo de al menos ver el mercado por mí misma, me había puesto en marcha para encontrarlo. Sabía que tenía que estar relativamente cerca, ya que mi madre llevaba toda la vida yendo allí y nunca se había ausentado mucho tiempo. Así que fui a todos los pueblos cercanos y lo busqué, aunque no sabía exactamente lo que buscaba. Es decir, sabía que el mercado no iba a tener un cartel a la entrada que dijera «Mercado de cambiaformas» ni nada por el estilo, pero de alguna manera tenía el convencimiento de que todos los mercados que había visitado no eran el que estaba buscando.

Hasta que vi este.

Estuve a punto de pasar de largo junto a él de camino a Stonebrook para explorar los mercados, pero algo dentro de mí me dijo que parara. Llámalo instinto o un sexto sentido, pero pisé a fondo el freno, di media vuelta y aparqué en el improvisado aparcamiento de tierra.

Mi madre me había dicho que el mercado estaba en un lugar estratégico para que los cambiaformas que vivían en el mundo humano tuvieran acceso a él, y también los cambiaformas que vivían en... ¿dónde vivían? Ni siquiera lo sabía. Pero este mercado encajaba con la descripción: estaba literalmente a un lado de la carretera, bordeando el gran bosque que había detrás. Y cuando me acerqué, los vendedores entrecerraron los ojos al mirarme, y todo en mí gritó: «¡Éste es!»

Me sobrepuse a mi persistente temor. ¿Todos estos vendedores eran cambiaformas? Parecían humanos. Algunos vestían de forma

extraña, con trajes negros que en realidad no decían «vendedor de mercado», mientras que otros llevaban faldas largas y capas con capucha. En mi experiencia, sin embargo, la gente que vendía sus mierdas en los mercados solía ser un poco excéntrica, así que no le di demasiada importancia a su extraña vestimenta.

Me acerqué a la primera mesa, cubierta de fruta, fruta normal, como plátanos y manzanas, el tipo de fruta que se puede comprar en el supermercado. El hombre que estaba detrás de la mesa me miraba fijamente mientras yo examinaba la fruta. ¿Era un hombre lobo? No sabría decirlo.

Pasé a la mesa de al lado, que estaba llena de pequeños tarros de mermelada, todos de diferentes colores.

—Son bonitas —dije, en un tono de voz alto y tenso que intentaba sonar informal—. ¿Las has hecho tú misma?

La mujer asintió secamente.

—No te van a gustar —replicó con voz grave.

—¿No? Pero me gusta la mermelada y...

—Esta mermelada no —me cortó.

Asentí con la cabeza y dejé en la mesa el tarro de mermelada que tenía en la mano. Luego me acerqué a la siguiente mesa. Había más gente en el mercado, o al menos yo creía que había más gente, pero en cuanto me vieron dejaron de hacer lo que estaban haciendo y se quedaron inmóviles. Caminé por el mercado sintiéndome como un leproso. Tenía la clara sensación de que no me querían allí, lo que no hizo sino aumentar mi convicción de que, de hecho, estaba en el mercado correcto.

La gente me miraba fijamente mientras pasaba de una mesa a otra. Me di cuenta de que no había nada que tuviera etiquetas de precio. También me di cuenta de que algunos me miraban fijamente. Después de la sexta mesa, más o menos, llegué a la conclusión de que no había nada a la venta. Todo era una treta, una fachada. Lo habían montado para que pareciera un mercado humano, por si alguien como yo pasaba por allí.

Sinceramente, era un intento bastante flojo. en una mesa sólo había ovillos de lana. Nada más. Ni bufandas, ni mitones, ni nada, sólo ovillos de colores. En otra mesa había piedras. No eran piedras brillantes ni pintadas a mano, sino piedras normales y corrientes puestas sobre la mesa.

Si esto era, de hecho, un mercado de cambiaformas, como estaba convencida de que era a estas alturas, me preguntaba dónde estaban los artículos en venta. Evidentemente, los cambiaformas no estaban allí para comprar ovillos de hilo y piedras... ¿a no ser que sí lo estuvieran? Sinceramente, no tenía ni idea.

Fue entonces cuando algo me llamó la atención. Era una mesa cerca del fondo, cubierta de flores y hierbajos variados. Estaban colocados al azar, esparcidos por la mesa en montones desordenados. Parecía como si alguien hubiera ido al campo, arrancado lo primero que había visto y luego lo hubiera tirado sobre la mesa, pero la mujer que estaba detrás me miraba con una sonrisa que reflejaba perplejidad. Era la única que me había dedicado una sonrisa, así que me acerqué a ella.

Al acercarme, me di cuenta de que la señora que estaba detrás de la mesa había entrecerrado los ojos. Tenía el pelo plateado y parecía

vieja y joven al mismo tiempo.

—¿Qué es esto? —pregunté, sosteniendo inocentemente un manojo de malas hierbas.

—Nada que usted quiera —respondió la mujer secamente. Bueno, adiós a la sonrisa.

Asentí y suspiré, pero decidí lanzarme sin más. ¿Por qué no hacerlo? ¿Qué podía perder? Si este era el mercado correcto, entonces aquí es donde mi madre compraba las pastillas, ¿verdad? No veía nada que se pareciera a mis pastillas por ningún lado.

Ahora no necesitaba exactamente las pastillas. Tenía una reserva en casa, mi madre se había encargado de ello, pero necesitaba saber si éste era el lugar adecuado. Supongo que necesitaba algún tipo de prueba de que mi madre no estaba completamente loca después de todo.

Tanto ella como Leo habían dicho las mismas cosas: locuras sobre hombres lobo y Lunas y exiliados y toda esa mierda, y si lo pensaba aplicando la lógica, no parecía probable que Leo y mi madre estuvieran locos los dos. Era aún más improbable que ambos estuvieran alucinando sobre lo mismo. Una vez oí que la realidad supera a la ficción, y aunque me sentía como si estuviera en medio de una especie de sueño extraño y surrealista, todos los hechos estaban ahí.

Me encontré con un hombre en medio de la calle en plena noche. Apareció de la nada. Me lo llevé a casa, me acosté con él y, al despertar, me acusó de tomar pastillas para ocultar mi lobo. Mi madre corroboró su historia y me contó la suya. A primera vista me parecía totalmente increíble, pero no tuve más remedio que

creérmelo. Ambas historias encajaban de un modo asombroso. Yo podía negarlo todo lo que quisiera, pero tenía que haber algo de verdad.

Alguien aquí tenía que saber algo sobre estas pastillas. Era la prueba que necesitaba. Así que, respirando hondo, metí la mano en el bolsillo y saqué las pastillas.

—Tienes razón —dije, mirando a la mujer a los ojos—. No quiero nada de esto. En realidad, lo que quiero es esto. —Le tendí la botella con mano temblorosa.

La mujer miró el frasco de pastillas y apretó los labios.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó.

—De mi madre —respondí.

Miró el frasco un instante y sonrió malévolamente.

—Sí —dijo, cogiendo las pastillas de mi mano—. Creí oler un lobo en ti.

No supe qué responder, así que no dije nada.

—Pero es un lobo que está dormido. —Levantó la cabeza y olfateó—. Es un lobo dormido, ¿sí?

—Sí —asentí—. ¿Eres... una cambiaformas? —pregunté. A mi alrededor, la gente me miraba como si tuviera la peste.

Se echó a reír a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás, y sus risitas ondularon en el aire haciendo que la gente mirara hacia nosotros.

—¿Cambiaformas? No —dijo—. Soy una bruja, querida. ¿No te das cuenta?

—Yo... lo siento. No. No puedo distinguirlo.

Ella negó con la cabeza, incrédula.

—Bueno, deberías saberlo —ladeó la cabeza—. Sólo las brujas pueden fabricar supresores de lobos. Legalmente, claro.

Hubo un breve silencio entre nosotras. Por un momento me pregunté si debía contarle mi historia, explicarle que me había criado en el mundo humano y que, hasta hacía un mes, creía que era un humano perfectamente normal. Pero luego me lo pensé mejor.

El mero hecho de que fuera una bruja no me gustaba nada. No tenía ni idea de lo que era capaz de hacer una bruja de verdad, pero mi mente se inundaba de historias sobre mujeres con calderos y casas hechas de caramelo. Pensé que cuanto menos supiera de mí, mejor.

—¿Tienes estas pastillas entonces? —le pregunté.

—Claro que sí —dijo asintiendo. Luego me señaló con el dedo—. Pero a tu lobito, querida... no le gusta dormir. Es una maldad lo que le estás haciendo a tu lobito.

—Vale— espeté. No tenía ni idea de por qué, pero me ofendió su juicio. Al fin y al cabo, yo era mi puto lobo, ¿qué le importaba a ella?

No se me escapaba la ironía. Estaba en medio de un mercado de cambiaformas, defendiendo mi derecho a drogar a un lobo que ni siquiera sabía que tenía.

Se encogió de hombros e inhaló un fuerte suspiro. Luego se agachó, desapareciendo tras el mantel que colgaba alrededor de la mesa. Unos instantes después, apareció con una bolsa en la mano. Sacó de otra botella idéntica a la que yo le había dado. Me devolvió mi frasco original y un nuevo frasco lleno hasta el borde de pastillas.

—Veinte —dijo, extendiendo la mano con la palma hacia arriba.

¿Veinte? ¿Veinte dólares? Maldita sea, estas pastillas eran baratas. No sabía lo que me esperaba, pero veinte dólares por lo que parecía

un par de meses de suministro de supresor de lobo mágicamente elaborado parecía una ganga.

Metí la mano en el bolso y saqué un billete de veinte dólares. Se lo puse en la mano, preguntándome por un momento si esta situación merecía una propina. Decidí que no. Creía firmemente que las propinas sólo debían reservarse a las personas que prestaban algún tipo de servicio, como yo cuando trabajaba como camarera. Lo único que había hecho era juzgarme y luego entregarme un frasco de pastillas; en mi opinión, no merecía propina.

Le di las gracias a la mujer y guardé las pastillas en el bolso. Justo entonces, una pareja me llamó la atención. Iban cogidos de la mano y hablaban animadamente mientras salían del mercado y se adentraban en el bosque.

Me resultó raro. ¿Por qué irían al bosque?

Pero entonces se me ocurrió otra cosa. El mercado estaba en una buena ubicación, accesible para los cambiaformas que vivían en el mundo humano y los «otros». ¿Era esta pareja «otros»? Y si era así, ¿iban a su casa?

Ahora que había conseguido las píldoras de una bruja en el mercado de cambiaformas, sentía una oleada de confianza.

—¿Son cambiaformas? —pregunté a la bruja, señalando a la pareja.

—¿Humm? —miró hacia ellos—. Sí. Lobos. Los dos. ¿No puedes olerlos?

Sacudí la cabeza, con los ojos clavados en la pareja.

—¿Lo ves? —dijo la bruja—. Lobito ha estado dormido demasiado tiempo. Ya ni siquiera puede oler a los de su especie —dijo esta

última parte con tristeza en su voz, pero no me importó. Apenas le estaba prestando atención.

Eran hombres lobo, los dos, y se adentraban en el bosque. Si realmente quería saber más sobre los cambiaformas, ¿no debería seguirlos? Quiero decir, había llegado hasta aquí. Acababa de comprarle píldoras a una bruja, por el amor de Dios. ¿No quería saber más? ¿No quería ver a dónde iban? Después de todo, yo era uno de ellos, ¿no?

Me despedí brevemente de la bruja y, en un acto de audacia muy poco propio de mí, seguí a la pareja hacia el bosque.

8

Ava

Sabía que no debía seguir a extraños por el bosque. Llevar a casa a un extraño era lo que me había metido en todo este lío en un principio. Si no hubiera llevado a Leo a casa esa noche, podría haber vivido el resto de mi vida en una feliz ignorancia.

Bueno, no exactamente: habría llegado un momento en que mi madre hubiera tenido que contarme todo el asunto del lobo. No iba a vivir para siempre, y yo tenía que seguir tomando las pastillas cuando ella ya no estuviera. Pero aun así, no estaría embarazada si no hubiera llevado a Leo a casa, y por supuesto, no estaría siguiendo a un par de extraños por el bosque.

Debería haber aprendido la lección: no más relaciones con extraños.

Y, al parecer, se trataba de hombres lobo, así que la apuesta era aún mayor. Era consciente de que me estaba poniendo en una situación potencialmente peligrosa. Además, nadie sabía dónde estaba, así que si me pasaba algo, probablemente nunca me encontrarían.

Dudaba mucho que a alguien se le ocurriera buscar en el bosque, junto a la carretera, entre dos pueblos.

Estaba jugando con fuego, y lo sabía. Pero aun así...

Era una cambiaformas que tenía a su lobo dormido y estaba embarazada de un niño que tenía alguna relación con la realeza. Mi madre no me daba respuestas. ¿No tenía derecho a saberlo? ¿De qué otra forma iba a averiguar algo sobre mi procedencia? No podía buscarlo en Google y dudaba mucho que la biblioteca tuviera libros sobre hombres lobo de la vida real.

En ocho meses, iba a dar a luz a un bebé cambiaformas. ¿No era lo mejor para mi futuro hijo que aprendiera lo que eso significaba, tanto para él y como para mí?

Seguí a la pareja, que aún estaban cogidos de la mano, mientras seguían su camino entre los altos troncos de los árboles. Me quedé lo bastante atrás como para que no pudieran verme, pero no tanto como para perderlos. Se detuvieron y olfatearon el aire varias veces, y el hombre incluso miró hacia atrás una vez, pero yo estaba acurrucada detrás de un gran árbol y él no me vio.

Caminamos durante muchísimo tiempo, al menos una hora o así. Por un momento me pregunté si sólo estarían dando un paseo por el bosque y yo estaba perdiendo el tiempo siguiéndoles. Pero justo cuando estaba a punto de plantearme seriamente dar media vuelta, llegamos a una valla de madera.

El hombre abrió la valla y la mujer le siguió. Esperé al menos cinco minutos antes de acercarme yo también a la valla. Me quedé literalmente boquiabierta cuando vi lo que había al otro lado.

Era un pueblo, o al menos lo parecía. El océano lo bordeaba por un lado y el bosque por los otros tres. La valla la rodeaba por completo, pero se detenía a ambos lados de la playa. Varias calles bajaban hasta la playa, con pequeñas casas a los lados y algunos edificios más grandes en lo que parecía ser el centro. Entrecerré los ojos. Sí, era el centro del pueblo, con caminos que salían de los edificios más grandes en todas direcciones.

¿Qué demonios? Había vivido en esta zona toda mi vida y nunca había oído hablar de este pueblo. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía haber un pueblo así, escondido en el bosque, del que nadie había oído hablar?

Miré el edificio central. Era al menos diez veces más grande que las demás casas. También me di cuenta de que no parecía haber tiendas ni nada parecido. El pueblo parecía estar lleno de casas y sólo casas.

La gente paseaba por los senderos. En la playa, vi a varios niños pequeños volando una cometa, dejando sus huellas por toda la arena. En el exterior de algunas de las casas había personas sentadas en sillas, charlando entre sí. Todo parecía idílico, como sacado de un cuadro.

Con la curiosidad a flor de piel, abrí la puerta de la valla y me adentré en aquel extraño y pintoresco pueblecito. Me detuve ante la verja, temiendo haber activado algún tipo de alarma y que, en cualquier momento, alguien viniera corriendo a arrestarme o algo así. ¿De verdad era tan fácil acceder a este pueblo de cambiaformas? Todo lo que había que hacer era atravesar una valla y *voilá,* ya puedes pasar. Esperé un momento, pero no sucedió nada, así me adentré en el pueblo.

—Hola —me saludó una niña pequeña. Llevaba trenzas, un vestido rosa y una pelota bajo el brazo.

—Hola —le contesté.

—Sara, *ven* —la llamaron desde un grupo de niños. Me dedicó una sonrisa y se fue corriendo a reunirse con sus amigos. Vi cómo corrían hacia la playa y empezaban a lanzarse la pelota. Ella me señaló y los demás niños me miraron. Luego me saludaron. Yo les devolví el saludo.

¿Era una manada? Sabía por la historia que mi madre había dejado a medias sobre su manada que los hombres lobo vivían en manadas y, aparentemente, sus manadas eran muy importantes para ellos. ¿Es ahí donde yo estaba? ¿Estaba en una... manada de hombres lobo?

No se parecía en nada a lo que había imaginado. Me imaginaba más bien algo parecido a una cueva, con lobos acurrucados dentro, en forma de lobo, por supuesto. Pero toda esta gente parecía humana, como yo. También parecían muy felices y contentos.

¿Era esto lo que mi madre me había estado ocultando? Entendía que no podíamos formar parte de una manada debido a todo el asunto del exilio y la marca verde, pero mi madre me había hecho creer que las manadas eran lugares horribles para vivir y que yo no querría formar parte de ellas.

Sin embargo, esto no parecía horrible, ni por asomo. Parecía... agradable. Más agradable que mi casa de mierda, en cualquier caso. Quiero decir, aquí vivían frente al mar.

De repente, una voz me arrancó de mis pensamientos.

—¡Renegada! —Me giré para ver a una mujer de aspecto rudo que se me acercaba. Levantó el dedo acusadoramente y lo agitó hacia mí

con una mirada furiosa.
—Yo... —tartamudeé.
Pero ella me cortó, diciendo la palabra de nuevo.
—¡Renegada!
Escupió al suelo y agitó un dedo nudoso en el aire. Al instante, la gente de los alrededores se volvió para mirar. Vi cómo se levantaban de sus sillas y se acercaban a nosotros con cara de preocupación.
—Yo no… —le dije a la señora.
—¿Cómo te atreves a entrar aquí? —pregunta enfadada la mujer. Ahora había varias personas detrás de ella. Todos me miraban fijamente. Tragué saliva y me sentí invadida por el terror.
¿Qué hacía yo allí? ¿Por qué había seguido a aquella pareja al bosque? ¿Me había vuelto loca? Me había topado con una manada de hombres lobo. Toda la imagen idílica que había tenido de este lugar se hizo añicos cuando la gente empezó a sisearme.
—Vete, canalla asquerosa.
—No tienes derecho a estar aquí. Perra.
—Hija de puta. Piérdete.
Levanté las manos a la defensiva y empecé a retroceder. Pero justo en ese momento, una potente voz masculina rasgó el aire.
—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el hombre. La multitud se separó cuando él se abrió paso, clavándome la mirada. Todos se callaron cuando se acercó y se detuvo a unos metros de mí.
—Beta Sandon —dijo la anciana de dedos nudosos, inclinando la cabeza. No tenía ni idea de quién era ese hombre, pero estaba claro que tenía mucha autoridad—. Es una renegada. Mira. Lleva la marca de la Manada Tormenta Solar, justo ahí, en la muñeca.

La mujer extendió la mano y me agarró bruscamente. Me retorció el brazo para mostrar mi muñeca a la multitud. Todos jadearon.

—¡Es la hija de una Luna exiliada! —gritó la mujer.

El hombre con autoridad, Beta Sandon, estudió mi muñeca.

—Es verdad —dijo, con los ojos entrecerrados—. Pero no huelo el lobo en ti —me dijo.

—Yo... mi lobo está... —¿Está qué? ¿Drogado? ¿Noqueado? ¿Muerto? — Durmiendo —dije finalmente.

—No tienes derecho a estar aquí —dijo, con una voz sorprendentemente alta—. ¿Qué te hace pensar que la Manada Hierba Salvaje te acogería? Somos una manada pequeña y pacífica. Nos mantenemos al margen. Nunca nos arriesgaríamos a la ira de la Manada Tormenta Solar.

Me dijo todo esto como si lo supiera todo el mundo. Abrí la boca para defenderme y explicarle que no tenía intención de pedirle que me permitiera unirme su manada cuando sentí que algo húmedo se posaba en mi mejilla.

Era saliva.

La anciana me había escupido en la cara. Horrorizada, me limpié el escupitajo con la manga.

—Vuelve al territorio de los renegados —dijo la anciana con suficiencia—. Puta asquerosa.

¿Cómo? ¿Qué me acababa de llamar?

Los demás se unieron, insultándome y silbándome. Miré al hombre, rogándole con los ojos que les hiciera parar.

—No tenía ninguna intención de hacer daño —empecé, pero él me agarró la barbilla con la mano, sujetándome con fuerza.

—Entonces no deberías haber venido —dijo, soltándome la barbilla con un duro movimiento.

La gente me miraba con desprecio y me insultaba. No podía creerlo, eran absolutamente despiadados. Incluso los niños a los que había saludado en la playa ahora estaban allí, silbándome e insultándome. Empezaron a acercarse y me apuñalaban con la mirada. Intenté retroceder, pero me di cuenta de que estaba rodeada. Alguien me empujó por detrás y me incliné hacia delante, recuperando a duras penas el equilibrio antes de caer.

Dios mío. ¿Iban a... iban a atacarme? ¿Todo el grupo? ¿Me iban a dar una paliza? Eso parecía.

—Por favor —dije, con el corazón martilleándome en el pecho—. Me iré. Sólo...

—Basta. —Una potente voz atravesó el aire, silenciando a la multitud. Levanté la vista y vi a otro hombre, más grande que Beta Sandon, que se acercaba al grupo. Igual que había ocurrido con Beta Sandon, la multitud se abrió ante él, pero esta vez todos bajaron la mirada.

Se quedó de pie delante de mí con la barbilla levantada, exudando un poder y una autoridad que nunca había sentido antes. Leo era el Rey Alfa, lo que yo suponía que era el Rey de todos los Alfas, pero su presencia no se había sentido así. ¿Quizá porque estaba en el territorio de su manada? No lo sabía, pero el hombre me miró fijamente, haciendo que yo también desviara la mirada. Llevaba el pelo largo recogido en una trenza y vestía una camisa y unos pantalones rojos. Sus musculosos brazos asomaban bajo la camisa roja.

Su presencia era absolutamente sofocante. Me costaba respirar.
Algo dentro de mí se agitó. Sentí una pequeña agitación en el pecho. Una imagen pasó por mi mente. Fue tan rápida que apenas pude verla, pero parecía... un montón de pelaje, un suave pelaje marrón. Oí un gemido, pero parecía que venía de dentro de mi cabeza.
¿Era... era mi lobo?
Pero tan rápido como apareció, volvió a desaparecer.
—Eres una renegada —declaró el hombre que tenía delante.
—Sí —respondí sin pararme a pensar.
Me miró la muñeca.
—Mírame —me exigió, y aunque no quería, lo hice.
—Tu lobo está dormido —dijo, con voz lenta y firme—. Pero llevas la marca de un exiliado. Si buscas protección de la manada, no podemos ofrecértela. —Su tono era diferente al de Beta Sandon, más suave pero de algún modo más autoritario.
—Ha venido sin que nadie la invitara, Alfa Serge —dijo Beta Sandon, poniéndose a su lado.
Alfa Serge asintió y estudió mi rostro.
—¿Has venido a suplicar? —preguntó—. Nuestra manada es neutral. No podemos aceptar a un exiliado de Tormenta Solar.
—No lo sabía. Yo…
—Sujetadla —ordenó, haciendo un movimiento con la muñeca. Y antes de que me diera cuenta, dos hombres me habían agarrado por los brazos y me llevaban de vuelta a la valla por la que había entrado. Los demás me miraron mientras me arrastraban.
—Si vuelves otra vez —advirtió el alfa—, te llevarán a rastras hasta el océano.

Los hombres me arrojaron a través de la valla y la cerraron de golpe. Corrí hacia el bosque, lejos de aquella gente horrible. Cuando sentí que los pulmones me ardían y no podía correr más, me detuve y me apoyé en un árbol.

Pensé que eran una manada muy cruel y violenta. Se habían abalanzado sobre mí como perros hambrientos. Parecía que iban a matarme o, al menos, a hacerme papilla. Eran peores que cualquier banda humana. Si ese alfa no los hubiera detenido...

¿Y qué era esa extraña bola de pelo que veía en mi mente? ¿Era mi lobo? ¿Había reaccionado de alguna manera a ese poderoso hombre alfa? ¡Se suponía que estaba dormido!

Mi mente daba vueltas. Aún temblaba de miedo. Aquella gente había sido horrible. Incluso los niños se habían burlado de mí, también la niña mona de las trenzas. Me había mirado con el ceño fruncido, con los ojos entrecerrados, siseando insultos como todos los demás.

Nunca debí entrar en el bosque. Nunca debí seguir a aquella pareja. Había sentido curiosidad, pero ya no me sentía tan curiosa. Debería haber confiado en mi madre cuando me dijo que no querría saber nada de ellos. Tenía razón. Ahora entendía por qué me había estado protegiendo de la verdad toda mi vida.

Yo era en parte cambiaformas, y los cambiaformas eran criaturas terribles, terribles.

Todo aquello había sido como una especie de pesadilla vívida, incluso peor que esos sueños en los que daba a luz a una bestia peluda. Le daría a mi bebé el supresor de lobos en cuanto naciera. Nunca le dejaría saber nada de esas viles bestias y su sed de sangre.

¿Qué había hecho tan mal? Había entrado en su pueblecito con una estúpida marca verde en la muñeca. Ni siquiera fue un error mío, ¡fue de mi madre! ¿Por qué tenían tanta prisa por destrozarme por algo que había hecho mi madre?

Metí la mano en el bolso. Si los cambiaformas eran así, mi madre tenía razón. No quería formar parte de eso.

Abrí mi frasco de pastillas y me metí una en la boca, tragándomela con fuerza. Luego regresé al mercado, a mi coche, para alejarme de la horrible gente de la manada.

Mi lobo dormía, y así seguiría el resto de mi vida, y el lobo de mi hijo dormiría también.

No quería formar parte de ese mundo nunca más

9

Ava

Dos años después

Me despierto aturdida y desorientada. Intento abrir los ojos, pero los vuelvo a cerrar. Hay demasiada luz. Un dolor agudo me atraviesa la cabeza y gimo.

¿Dónde diablos estoy? Intento encajar todas las piezas. Lo último que recuerdo es que volvía a casa después de recoger a Oliver en la guardería. Había estado a punto de llorar mientras conducía hacia casa. La dueña de la guardería me había acorralado en la puerta justo cuando me marchaba: el pago de la guardería de Oliver se había retrasado y quería saber para cuándo tenía que esperarlo.

Balbuceé una excusa poco convincente y le prometí que le pagaría al día siguiente. Pero la verdad era que tenía exactamente siete dólares con cuarenta y dos centavos en mi cuenta bancaria y aún faltaban cinco días para el día de pago, aunque eso ni siquiera contaba. Ese dinero ya estaba repartido entre el alquiler, la comida y los pañales de Oliver.

Recuerdo sujetar el volante mientras conducía de vuelta a casa, sintiendo que el mundo se me venía encima. Apenas podía respirar, y entonces...

¡Mierda!

Abrí los ojos. Estaba en una cama de hospital. Tenía el brazo escayolado y cada vez que respiraba sentía un dolor agudo en las costillas. Levanté la mano y noté un vendaje en la cabeza. Me di cuenta de que tenía una vía intravenosa en la muñeca.

Había tenido un accidente de coche.

No había estado lo suficientemente alerta mientras conducía de vuelta a casa. Llevaba un tiempo funcionando prácticamente sin dormir. Todas mis facturas estaban vencidas y hacía lo que podía para que mi hijo y yo estuviéramos alimentados, pero la guardería era muy cara e incluso con el doble turno ocasional, me costaba llegar a fin de mes. Ni siquiera vi la señal de stop, o sí lo hice, pero mi cansado cerebro no la tuvo en cuenta. Me la había saltado y otro coche me había embestido.

Los recuerdos de las sirenas, los sanitarios y la ambulancia se agolpaban en mi mente y volvían como fogonazos. Me esforzaba por entenderlo todo mientras una sensación de fatalidad inminente se apoderaba de mi pecho.

Y entonces...

Mi cerebro se centró en Oliver.

Oliver…

Mi precioso, querido y dulce bebé. El amor de mi vida, mi inocente montoncito de sonrisas y risitas. Estaba en el coche. ¿Ahora dónde estaba? ¿Se encontraba bien? Estaba atado a su sillita en el asiento

trasero, sus piernecitas pataleaban felices mientras mordisqueaba una galleta. ¿Por qué no estaba aquí?

Dios, ¿y si...?

Me incorporé, presa del pánico, justo cuando entraba una alegre enfermera.

—Mira quién se ha despertado por fin —dijo. Fue directa a la máquina de la intravenosa y luego comprobó la vía de mi muñeca.

—Mi hijo —balbuceé—. ¿Qué ha pasado? ¿Está... está...?

—Ya, ya… —me dijo la enfermera, empujándome suavemente hacia la almohada. Su sonrisa era amable y gentil—. Su hijo está perfectamente, sólo un poco magullado. Gracias a Dios que existen las sillitas de coche.

—¿Pero dónde está? Necesito verle.

Oliver lo era todo para mí. Él era la razón de mi existencia. Desde el momento en que lo vi por primera vez, supe que nunca, jamás, amaría a nadie tanto como lo amaba a él... ¡y lo había puesto en peligro! Me había estrellado con mi coche mientras él estaba conmigo. Se suponía que debía cuidar de él. Él confiaba en mí para que lo mantuviera a salvo, ¡y yo había hecho exactamente lo contrario!

¿Cómo podía la enfermera quedarse tan tranquila cuando yo casi había matado a mi hijo?

—Estabas histérica —me explicó la enfermera—. Te dio un ataque en cuanto llegaste aquí. Tuvimos que sedarte. Oliver está bien. Le hemos cuidado mucho. ¡Es un muñeco! ¡Y qué ojos! —Se llevó la mano al pecho—. Algún día, será todo un rompecorazones algún día.

—Necesito ver a mi hijo —le espeté. Tenía razón; Oliver era una monada, pero no era el momento de maravillarse de lo adorable que era mi hijo.

—Lo harás. Le traeremos enseguida para que te vea, ahora que estás despierta.

—Quiero irme a casa —solté. Tenía que irme a casa. Tenía que trabajar esa noche, y...

—Me temo que no es posible —dijo la enfermera—. El médico ha recomendado que te quedes aquí unos días. Te has dado un buen golpe en la cabeza y te has roto un par de costillas. Tienes que estar bajo vigilancia. Pero tu hijo puede irse. Si me das el nombre y el número de alguien que pueda venir a recogerlo, llamaremos por ti.

Abrí la boca para decir el nombre de mi madre, pero luego la cerré.

Mi madre.

Ya no estaba... ya no estaba allí. Todavía me seguía pasando. Todo el tiempo, en realidad. Pensaba en algo y llamaba para decírselo a mi madre, sólo para recordar que ya no podía. O me olvidaba de lo que necesitábamos en el supermercado y buscaba mi teléfono para mandarle un mensaje y entonces...

Habían pasado tres meses, tres meses desde que enterré a mi madre. Tres largos meses sin ella. Tres largos y terribles meses llenos de dolor, pena, rabia y todas las emociones que te inundan cuando pierdes a un ser querido.

Su muerte había sido una sorpresa, al menos para mí. Su salud había ido empeorando y se había vuelto muy frágil en los meses transcurridos desde el nacimiento de Oliver, pero no parecía que su

muerte fuera inminente. No esperaba perderla, ni tan pronto ni tan de repente.

Un coágulo de sangre en el cerebro, eso había dicho el médico. Ocurre sin más, a menudo sin señales de advertencia. Así que se fue rápidamente. En un momento estaba aquí, viva, conmigo y con Oliver. Lo acostamos en su capazo y vimos un programa de televisión aburrido en Netflix. Así pasamos nuestra última noche juntas. Viendo Netflix.

¿Y qué pasó después?

La encontré en su cama. Ya había pasado el mediodía y no había salido de casa. A menudo dormía hasta tarde, así que no le había dado mucha importancia, pero en cuanto abrí la puerta de su habitación, supe que algo iba mal. La habitación estaba demasiado silenciosa, había demasiada calma. La llamé, pero, por supuesto, no respondió, así que me acerqué lentamente a su cama. Allí estaba, tumbada, con los ojos muy abiertos y vidriosos.

Había sido el peor momento de mi vida.

Al menos no había sufrido, eso decía todo el mundo. Bueno, los pocos a los que conocía. Todos mis compañeros de trabajo habían sido muy amables. Me habían enviado comida del bar, envuelta en papel de aluminio y con instrucciones para calentarla. Me dieron el pésame y me preguntaron si podían hacer algo para ayudarme, ¿quizá cuidar a Oliver un rato? Pero me aferré a Oliver. El universo ya se había llevado a mi madre. No había forma de que nadie me separara de Oliver, ni siquiera por un minuto.

Pero tenían razón. Fue una bendición que se fuera rápido. No había sufrido.

Pero, ¿y yo?

Nos había dejado solos a Oliver y a mí. Pasé el primer mes sin ella aturdida, como si tuviera la cabeza permanentemente nublada. A veces me enfadaba con ella por haberme dejado y me acercaba a su modesta lápida en el cementerio para decírselo. Otras veces, el dolor era tan intenso que apenas podía respirar, y entonces maldecía a todo y a todos. Y otras veces, me quedaba sentada, mirando la pared, sin sentir nada en absoluto, como entumecida.

No podía vivir sin ella, me decía una y otra vez. No podía criar a Oliver yo sola. No podía ser madre soltera sin el apoyo de mi propia madre.

Pero pronto me di cuenta de que tenía que hacerlo. Oliver me necesitaba. Él necesitaba que cuidara de él, igual que mi madre había cuidado de mí.

Ella me había criado sola, y ahora yo tenía que hacer lo mismo con Oliver. Así que lo matriculé en una guardería y cogí todos los turnos que pude. Me apunté a aplicaciones en línea para hacer trabajos extras, haciendo tareas variadas por poco dinero, pero era algo. Y luego los días pasaban flotando, y a veces incluso me olvidaba de que ella alguna vez había estado allí hasta que lo volvía a recordar. Hasta que estúpidamente intentaba llamarla por teléfono, o le hacía un huevo en el desayuno, o como ahora, cuando una enfermera me preguntó a quién debía llamar para que viniera a recoger a Oliver.

—¿A quién debemos llamar, querida? —dijo la enfermera.

—Yo... no tengo a nadie —le dije.

Esto pareció cogerla por sorpresa. Sus ojos se abrieron de golpe.

—Oh —dijo—. ¿Nadie, cariño? ¿Nadie en absoluto?

Aunque no era del todo cierto. Podía llamar a Randy. Él vendría y se llevaría a Oliver; sabía que lo haría. Pero no quería hacerlo. Randy ya había sobrepasado con creces su deber como compañero de trabajo en los últimos meses. Randy había sido mi roca, y no sé cómo habría superado los dos últimos meses sin él.

Había cuidado de Oliver cuando estuvo resfriado y no podía llevarlo a la guardería. Nos traía comida al menos dos veces por semana. Hizo que su hermano me arreglara el coche y luego me dijo que corría por cuenta de la casa, aunque yo sabía que lo había pagado él mismo y me abrazó durante horas después del funeral mientras yo lloraba.

Randy era un buen tipo, pero yo no podía seguir utilizándolo así, aunque él me aseguró que no le importaba lo más mínimo. Ahora tenía una relación con una hermosa estudiante de derecho de la ciudad. Podría huir si seguía apoyándome en Randy de esta manera, y él se merecía ser feliz.

Aparte de Randy... bueno, no, no había nadie más. Antes de que mi madre muriera, pasaba todo mi tiempo con ella y Oliver. No había tiempo para nada más. Tenía un recién nacido, y tenía que trabajar como una mula para mantener un techo sobre nuestras cabezas. La salud de mi madre estaba empeorando y cuidarla también se hizo difícil. Entre mi hijo recién nacido y mi anciana madre, me había cerrado al resto del mundo.

Por eso había sido tan duro cuando mi madre nos dejó. Randy, Oliver y yo. Fuimos los únicos que asistimos a su entierro, si se puede llamar así. Sostuve a Oliver en mi cadera, y Randy me tomó de la mano mientras bajaban su ataúd a la tierra. Era un ataúd de

mierda, el más barato. Odiaba no poder comprarle uno de los bonitos y relucientes de caoba, que sabía que era el que a ella le habría gustado, pero apenas podía permitirme comer, mucho menos comprar un ataúd de lujo.

Después, Randy organizó una especie de velatorio en su casa. Algunas personas del trabajo vinieron a traer comida y flores, y también se pasaron algunos de mis clientes habituales del pub. Fue un acto pequeño y triste. Randy tenía un gran corazón, pero todo parecía tan... patético.

Así que, aparte de un compañero de trabajo al azar o un cliente habitual, no, no había literalmente nadie a quien pudiera llamar.

—Nadie —dije, sacudiendo la cabeza.

—Ya, ya —dijo la enfermera, dándome palmaditas en la mano—. No pasa nada. Podemos traerlo a tu habitación y que se quede contigo hasta que te den el alta. ¿Qué te parece?

Me miró con tanta lástima en los ojos que me hizo sentir como si sólo midiera cinco centímetros.

—Me parece estupendo —le dije, sonriéndole débilmente. ¿Qué otra cosa podía decir?

Me sirvió un vaso de agua.

—Es casi la hora de cenar —sonrió alegremente—. Vas a disfrutar de lo lindo. Pastel de carne, puré de patatas y gelatina esta noche.

—Qué rico —dije. Supuse que la única ventaja de estar en el hospital era la comida gratis.

—Haré que te traigan a Oliver tan pronto como sea posible. Descansa, cariño. Volveré a verte pronto. —Me dedicó otra sonrisa, pero yo sabía lo que estaba pensando. ¿Qué clase de persona no

tiene siquiera un contacto de emergencia? Una persona patética y solitaria cuya madre acaba de morir.

Apenas se había cerrado la puerta tras ella cuando las lágrimas comenzaron a brotar. ¿Qué iba a hacer? El accidente había sido culpa mía, y mi seguro había caducado hacía un mes por impago. Sabía que era arriesgado conducir sin seguro, pero tuve que decidir entre pañales y seguro. Además, nunca había tenido un accidente de coche en toda mi vida, así que ¿qué probabilidades había de que tuviera uno un mes después de dejar caducar el seguro?

¡Joder!

Me mordí con fuerza el labio.

Estaba segura de que mi coche estaba destrozado. El hermano de Randy no podía reconstruirlo completamente. Y sin mi coche, ¿cómo iba a ir al trabajo? ¿Cómo iba a llevar a Oliver a la guardería?

¿Y qué iba a hacer con las facturas del hospital? No quería ni imaginar cuánto iba a costar todo esto. No sólo mis facturas, sino también las de Oliver.

¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Cómo he llegado hasta aquí, a una cama de hospital, sola, sin nadie a quien pedir ayuda?

—Te necesito de verdad, mamá —dije en voz alta, con las lágrimas corriéndome por la cara. Ni siquiera me molesté en secármelas. Llevaba mucho tiempo en un punto crítico, intentando mantener la compostura y contener las lágrimas, el dolor y la abrumadora sensación de desesperación que amenazaba con tragarme a cada momento. Había llegado el momento de quebrarse.

Todo era demasiado duro. Cada día era muy duro. Entre el trabajo y Oliver y toda la mierda de adultos que tenía que hacer, me sentía

como si fuera sonámbula atravesando mi vida. Necesitaba más dinero. Siempre necesitaba más dinero. Estaba tan celosa de las mujeres que podían cobrar la manutención de sus hijos. Eso no era exactamente una opción para mí, ¿qué se suponía que tenía que hacer? ¿Buscar un abogado para reclamarle al Rey Alfa? ¿Exigirle que me hiciera un cheque todos los meses?

Sí, claro.

Maldita sea, me maldije. Me estaba esforzando mucho por hacerlo todo yo sola ahora que mi madre se había ido, pero sentía que estaba fracasando. Oliver y yo nos íbamos a quedar sin casa. Íbamos a perder nuestra casa, ¿y luego qué? ¡Ni siquiera tenía un puto coche para vivir, joder!

Levanté la mano para limpiarme por fin las mejillas y fue entonces cuando lo vi. Era un extraño circulito en mi muñeca con una estrella en el centro, como un tenue tatuaje.

Emitía un suave resplandor verde.

10

Ava

Corría atravesando el bosque. Estaba oscuro y apenas podía ver. Sentía dolorosamente que había alguien detrás de mí, así que miré por encima del hombro. Pude ver el brillo de unos ojos amarillos a la luz de la luna y me di cuenta de que me perseguían, pero no sabía por qué. ¿Qué hacía en este bosque, sola, en mitad de la noche? ¿Quiénes son esos hombres que me persiguen?

El corazón me martilleaba en el pecho y reanudé la marcha, tratando de esquivar el laberinto de árboles. Sentía que me alcanzaban con cada respiración. Desesperada por escapar, divisé un gran arbusto y me arrojé bajo él. Me apresuré a esconder las piernas y esperé conteniendo la respiración. Aparecieron los hombres, grandes y cubiertos de un espeso pelaje negro. Me di cuenta con horror de que no eran hombres, sino una especie de bestia extraña, mitad hombre, mitad lobo.

Hombre lobo.

Las palabras me vinieron a la cabeza y solté un grito ahogado. Eran hombres lobo, todos ellos. Una de las bestias levantó la cabeza y olfateó. Los demás también empezaron a olfatear frenéticamente el aire. Sabía lo que hacían: intentaban encontrar mi olor.

Una de las bestias se detuvo y sonrió en mi dirección.

Me habían encontrado. Lo sabía. Se arrastró hacia donde yo estaba escondida, y a continuación sentí que me sacaban de debajo de la maleza. Todas las bestias aullaban. Me aferré al suelo, intentando sujetarme a algo para evitar que me arrastraran hacia delante, pero no había nada.

La bestia me levantó por debajo de los brazos y me apretó contra un árbol. Me estremecí y grité mientras los demás se acercaban. La bestia chasqueó las mandíbulas contra mí, pero entonces sentí una extraña oleada de energía. Me recorrió, electrizante y desconocida, mientras una voz suave susurraba en mi cabeza: «Déjame salir, Ava».

Pero antes de que pudiera hacer nada, la bestia se abalanzó sobre mí, con sus afilados colmillos brillando a la luz de la luna.

Me desperté sobresaltada, respirando con dificultad, con la imagen de las bestias aún fresca en mi mente. Me di cuenta de que sólo era una pesadilla, pero estaba temblando y cubierto de sudor, y tardé un rato en recordar dónde estaba.

Sentí el tirón de la vía intravenosa en el brazo. Seguía en el hospital. Intenté deshacerme de la pesadilla, recordándome a mí misma que no era real. No era la primera pesadilla que tenía, pero tenía algo muy inquietante.

El hospital estaba tranquilo, muy tranquilo, como siempre en mitad de la noche. Se oía el leve zumbido y los pitidos de las máquinas al final del pasillo y el sonido ocasional de los pasos de los médicos y las enfermeras. Aparte de eso, sólo se oía mi propia respiración.

Y la de Oliver.

Estaba metido en su moisés a mi lado, durmiendo plácidamente, con el estómago lleno de comida.

Llevaba dos días ingresada en el hospital. Al parecer, tenía una herida bastante grave en la cabeza y alguna hemorragia interna que querían tener controlada. Quería irme, pero ¿qué sería de Oliver si a mí me ocurría algo? A regañadientes. acepté quedarme, aunque sabía que las facturas del hospital se acumulaban minuto a minuto.

Sin embargo, cuando me senté en la cama, me di cuenta de que me sentía bien. El dolor de cabeza se había calmado y ya no me dolían las costillas al respirar. Inspiré profundamente para comprobarlo y, efectivamente, sentía que todo era normal.

Me pareció extraño, porque esa noche me había dolido mucho al acostarme. Moví el pie y comprobé que tampoco me dolía el tobillo torcido.

Ahora que lo pienso, me sentía mejor que bien. Me sentía fuerte. Mis sentidos también se habían agudizado. Por un momento, creí que podía oler el antiséptico desde unas puertas más allá, o al menos eso me pareció. Pero me di cuenta de que era ridículo. Me estaba curando. Había descansado bastante bien los últimos días, el tipo de descanso que no había tenido desde que nació Oliver.

Oliver.

Retiré las mantas y me incliné para mirarle en su moisés. Se le había caído el chupete de la boca y estaba tumbado boca arriba, con los brazos sobre la cabeza. Me encantaba mirarle mientras dormía. Tenía un aspecto tan tranquilo y perfecto, no se parecía en nada a la bestia que había imaginado cientos de veces durante el embarazo.

Durante el embarazo, en cada visita al médico, contenía la respiración mientras me examinaban el vientre. Estaba convencida de que en cualquier momento se volverían hacia mí, con cara de asombro, para decirme que habían encontrado algo raro. Ni siquiera sé exactamente qué esperaba que encontraran: ¿una garra, tal vez? ¿O un colmillo? Mientras otras mujeres disfrutaban de sus revisiones prenatales y salían radiantes por haber oído los latidos del corazón de sus hijos, las mías habían sido un infierno.

Por supuesto, ninguno de mis temores se había cumplido. No encontraron nada extraño, como mi madre me había asegurado repetidamente.

—Los hombres lobo nacen con forma humana —me había explicado mi madre—. Sus lobos viven dentro de ellos, pero no pueden salir hasta que el cuerpo del niño es lo bastante fuerte para soportar el cambio. Eso nunca le ocurrirá a Oliver. Tenemos esto. —Mi madre levantó el frasco de pastillas. Tuvimos esa conversación muchas, muchas veces. Pero aunque ella me consolaba, y aunque yo sabía que tenía las pastillas que impedirían que Oliver conociera a su lobo, seguía teniendo miedo.

Mis miedos desaparecieron cuando nació Oliver. Durante el parto, me había negado a empujar por un momento, aterrorizada de que fuera a salir de mí un pequeño cachorro de lobo. Pero en cuanto

salió y pude ver por mí misma que, efectivamente, era humano, suspiré aliviada. Inmediatamente después, escudriñé su cuerpecito en busca de señales de pelaje. Mi madre tenía razón: era un bebé sano y normal.

Excepto que no lo era, no exactamente. Desde que tenía tres días, habíamos empezado a machacar las pastillitas y a dárselas con la punta de los dedos. Cuando empezó a tomar biberones, le pusimos las pastillas en ellos. Me pregunté si darle esta extraña droga de una bruja estaba bien.

—Es lo que hice contigo —había dicho mi madre, encogiéndose de hombros—. Y saliste bien.

Odiaba tener que hacerlo. Odiaba tener que moler pastillas y dárselas de comer a mi bebé recién nacido. Solo quería ser una madre normal con un bebé normal, pero tenía un bebé con un lobo dentro, así que lo normal quedaba descartado.

Oliver tenía menos de una semana cuando mi madre le levantó el bracito y frunció el ceño.

—Tiene la marca —me dijo, con voz grave.

—¿Te sorprende? —le pregunté. Ya me había advertido de que Oliver nacería con la marca verde, la marca del exilio de Tormenta Solar, así que no entendí por qué se sorprendía al verla.

—No lo sé —dijo, suspirando—. Supongo que esperaba que, de alguna manera, pudiera escapar. Pero está ahí, tan clara como el agua. Igual que las nuestras.

Por supuesto, no vi nada. No podía ver ninguna de las marcas porque mi lobo estaba dormido, así que no me molestaba demasiado. Planeaba criar a Oliver en el mundo humano, como un

auténtico humano, así que ¿qué importaba si tenía alguna marca extraña que sólo los hombres lobo podían ver? Sin embargo, mi madre pensaba de otra manera.

—Es injusto —dijo, tocando su muñequita—. Todos los bebés de nuestro linaje nacerán siempre con esta marca. Todo por algo que hice yo. No es justo.

A decir verdad, me parecía un poco duro. Mi madre había sido obligada a casarse con un hombre al que no amaba y a abandonar su manada, todo por razones políticas. Y cuando encontró el amor, la echaron de la manada y la maldijeron con una marca verde brillante en la muñeca, una marca que llevaría cada uno de sus descendientes. Quiero decir; no estoy de acuerdo con el adulterio, pero lo de la marca permanente me parece un poco extremo.

—Está bien, mamá —le dije suavemente—. Piénsalo de esta forma: siempre tendrá una parte de ti con él.

Mi madre se había reído y no había vuelto a sacar el tema.

Oliver chasqueó los labios mientras dormía, probablemente soñando con leche materna. Me reí para mis adentros y busqué su chupete en el moisés.

Entonces lo vi. Atónita, me incliné más hacia él y levanté la manga de su pijama para ver mejor una tenue marca verde.

Me miré la muñeca. Mi marca seguía allí. Al principio pensé que había sido una alucinación, me dije que era un efecto secundario de los analgésicos. Pero ahora, sentada en aquella cama en mitad de la noche, podía verla brillar.

Y también la de Oliver.

—Sólo los hombres lobo pueden ver la marca, —decía la voz de mi madre en mi cabeza. Pero yo no era un hombre lobo. Mi lobo estaba dormido. Mi lobo estaba...

Solté el brazo de Oliver conmocionada.

Mis pastillas.

Dios mío. No tenía mis pastillas. Todavía estaban en mi coche destrozado, probablemente en el depósito municipal. No podía llegar a ellas sin pagar para que sacar mi coche, cosa que no podía permitirme. ¿Y quién sabe si seguirían allí? Podrían haberse caído del coche. Podrían estar hechas pedazos.

Me empezaron a temblar las manos mientras un escalofrío me recorrió la espalda.

¿Cuándo fue la última vez que me tomé una pastilla? Llevaba dos días en el hospital. Había tomado una pastilla la noche anterior al accidente... ¡así que habían pasado tres días!

¿Era por eso por lo que me sentía mucho mejor? ¿Me estaba convirtiendo en un hombre lobo? Mientras pensaba en ello, noté que me sentía diferente. Inhalé profundamente y olí colonia, de la buena. ¿Venía de la sala de espera? ¿Estaba oliendo la colonia de algún ricachón?

Un bebé lloraba, pero no era mi bebé. Era un llanto que venía de otra parte, me di cuenta de que venía de la zona de recién nacidos. Pero eso era imposible. Estaba al otro lado del pasillo. Escuché con más atención y oí la voz de una enfermera que hablaba con alguien unas puertas más abajo. Entonces sentí un olor a vómito tan fuerte que se me revolvió el estómago.

Era como si todos mis sentidos estuvieran a mil por hora. Era intenso, demasiado intenso. No quería oír todos esos sonidos, no quería oler todas esas cosas.

Entonces flexioné la mano que tenía escayolada. No me dolía. Ni siquiera un poco. Se sentía como... como si se hubiera curado.

Y entonces...

Una oleada de algo se apoderó de mí, como un rayo de electricidad. Me sentí más fuerte de lo que nunca me había sentido, y me di cuenta, mientras mi corazón se hundía...

Mi lobo estaba despertando. Nadie tenía que decírmelo ni explicármelo. Simplemente lo sabía. Sin el supresor de lobo, mi lobo estaba despertando, lo que significaba...

Oh, Dios. No quería ser un hombre lobo. Tenía que conseguir más pastillas. No podía quedarme más tiempo en este hospital. Ni siquiera sabía lo que pasaría. Miré el reloj y eran casi las cinco de la mañana. Tenía que irme, tenía que salir e ir al mercado. ¿Pero podía irme sin más? No sabía cómo funcionaba eso.

Seguro que podría. No podían retenerme aquí contra mi voluntad. Además, me sentía bien.

Pulsé el botón de la enfermera, con un plan ya formulándose en mi cabeza. Pediría el alta y luego llamaría a Randy. No quería pedirle más favores, pero se trataba de una emergencia. Le pediría que me recogiera, luego le pediría prestado su coche. Protestaría al principio, alegando que estaba preocupado por mí, pero no importaba. Podría convencerlo.

Oliver y yo podíamos estar en el mercadillo antes de las nueve, y yo podía tener una pastilla en la boca antes de que pasara nada más.

11

Ava

Me dirigí al mercadillo como una loca. Debería haber conducido con más precaución, después de todo, acababa de tener un accidente de coche, pero me inundaba una sensación de desesperación que no podía explicar. No creo que hubiera podido ir más despacio aunque hubiera querido.

Oliver estaba bien sujeto en una sillita de bebé que nos había prestado el hermano de Randy. Como yo pensaba, Randy se había sorprendido mucho cuando le pedí que me recogiera en el hospital.

—¿Por qué no me llamaste? —me preguntó—. Ni siquiera sabía que habías tenido un accidente.

Negué con la cabeza y le dije que no era para tanto, pero que tenía una urgencia y necesitaba que me prestara su coche. Su olor corporal se apoderó de mi nariz mientras íbamos hacia su casa. ¿Siempre había olido así, tan rancio y penetrante?

De forma casual intenté respirar por la boca.

Después de dejar a Randy en su casa, conduje por la ciudad. El mercado no estaba muy lejos, pero sí lo suficiente. Podía sentirla dentro de mí, esa extraña entidad, y cada vez era más fuerte.

No me gustó, así que pisé el acelerador y aceleré. Ya casi habíamos llegado y me sorprendió ver cómo me sudaban las palmas de las manos en el volante.

El médico había protestado cuando le dije que quería irme del hospital, sugiriéndome que me quedara un día más. Le dije con firmeza que quería el alta, así que no tuvo más remedio que ceder y dejarme marchar. Se ofreció a hacerme una última revisión, pero me negué. Igual que había tenido tanto miedo de que encontraran algo malo o diferente en Oliver durante mis visitas prenatales, ahora me preocupaba que encontraran algo extraño en mí.

Le había prometido al médico que volvería para una revisión en un par de días. Para entonces, todo estaría bien. Tendría mis pastillas y mi lobo volvería a estar felizmente dormido. Claro, todavía tendría un montón de facturas que no podía pagar, y estaba al borde del desahucio sin forma de ir a trabajar, por no hablar de los pagos atrasados de la guardería de Ollie, pero por lo menos no sería un lobo... algo es algo.

Mientras conducíamos, me preocupaba que el mercado no estuviera abierto todavía. Eran las ocho y media de la mañana de un martes y no tenía ni idea de qué horario tenía un mercado de cambiaformas.

Al doblar la esquina, vi con alivio que el mercado estaba abierto y funcionando.

Entré en el aparcamiento, aparqué el coche y saqué a Oliver del asiento. Me lo apoyé contra la cadera y pasé por delante de las

mesas de fruta variada, los ovillos de lana y el extraño surtido de piedras.

El mercado no estaba tan concurrido como la última vez, quizá fuera porque aún era muy temprano, pero sí había bastante gente. Reconocí muchas de las mesas, pero también había otras que no había visto antes. Y, para complicar aún más las cosas, las mesas estaban en un orden completamente distinto.

Pasé entre todas ellas, buscando desesperadamente la mesa con el montón de hierbajos y flores. Como antes, la gente me miraba fijamente. Ahora me daba cuenta de que era porque podían ver mi marca verde. Probablemente también la hubieran visto antes. Creía que la primera vez me miraban porque sabían que era humana, pero probablemente no era por eso.

Basándome en cómo me habían tratado aquel día, cuando entré en la aldea de la manada junto al océano, los renegados no eran estaban bien vistos precisamente. Sin embargo, no me importaba. No era como si me fuera a quedar en este mercado o en su mundo. Sólo tenía que encontrar a la bruja con las píldoras, y entonces podría salir de allí.

Mi visión se nubló mientras caminaba y sentí un vahído que me hizo apoyarme en una mesa cercana. Había demasiados olores. Me llegaban a la nariz, flotando en el aire, todos a la vez. Eran tantos que no les encontraba sentido, y se me revolvía el estómago.

Y luego estaban los sonidos. El tintineo del cambio en el monedero de alguien retumbaba en mis oídos con tanta fuerza que parecía un gong. Oía a la gente susurrar y pequeños trozos de grava crujir bajo sus pies. Intenté taparme los sonidos, pero fue inútil.

Oliver soltó una risita y pataleó. Sus risitas eran tan fuertes que parecían clavos en una pizarra. Una mujer pasó a mi lado, miró la muñeca de Oliver y me dirigió una mirada severa.

Sí. De acuerdo. Qué más te da, mi bebé y yo somos exiliados. Estuve a punto de escupir: «¿Qué te importa, zorra prejuiciosa?» Pero me mordí la lengua.

Intenté respirar por la boca mientras seguía caminando, con los ojos escrutando las mesas en busca de la vieja bruja y sus malas hierbas.

«Ava»

La voz procedía de mi cabeza y me hizo detenerme en seco. Sonaba cristalina, como una campana sonando en mi cabeza.

«Ava», repitió la voz.

Intenté apartar la voz de mi cabeza. No quería oírla. Sentía en mi corazón que era mi lobo llamándome.

No sabía qué pasaría si mi lobo despertaba del todo, pero sabía que sería pronto si no conseguía algunas pastillas. Juré entonces que nunca, *jamás*, volvería a quedarme sin pastillas, aunque eso significara esconder alijos allá donde fuera. Me había metido en esta terrible situación y, una vez que saliera de ella, no volvería a pasar por lo mismo.

Sólo encuentra a la bruja, me dije, sólo consigue las pastillas.

Oliver empezó a retorcerse en mis brazos. Acababa de empezar a andar y ya no le gustaba demasiado que le llevaran en brazos. Pero no era el momento para sus pasitos torpes, así que lo mantuve en mi cadera.

Finalmente, conseguí localizar la mesa. Me acerqué a ella y, efectivamente, estaba allí la misma bruja.

—Necesito más pastillas —le dije. Se me había secado la boca y tenía una extraña sensación de opresión en el pecho.
—¿Más? —preguntó ella, ladeando la cabeza—. Pero tu madre compró suficiente para varios meses. Sólo una pastilla al día, ¿recuerdas? Deberías tener suficiente para otro mes.
Sacudí la cabeza. No necesitaba que esta bruja me advirtiera sobre el abuso de los supresores de lobos. Necesitaba las malditas pastillas.
—Las perdí — dije a la bruja. Luego añadí—: Espera. ¿Has dicho «mi madre»? ¿Cómo sabías que era mi madre?
—Me lo contó —dijo la bruja, enarcando una ceja—. Me dijo que tenía una hija muy guapa, y que algún día su hija vendría a comprar las pastillas en su lugar. Te pareces mucho a ella.
—Me parecía —la corregí—. Mi madre ha muerto.
Esperé a que la bruja me diera el pésame, pero no lo hizo. En cambio, se limitó a suspirar y a desaparecer tras el mantel de la mesa, como había hecho la última vez.
«¡Ava!» gritó la voz en mi cabeza, esta vez más aguda. La bruja volvió de detrás de la mesa y me miró con el ceño fruncido. Me di cuenta de que me temblaban las manos y tenía la frente cubierta de sudor frío.
Volví a sentir una oleada de vértigo y me agarré a la mesa para estabilizarme. Me dolía el pecho y un dolor extraño y agudo me recorría las piernas. Miré la mano que tenía sobre la mesa y me di cuenta con horror de que... tenía pelo.
De repente me asaltó un dolor tan intenso que grité.

La voz en mi cabeza ahora sonaba muy fuerte. Intenté taparme los oídos, con Oliver todavía en mi cadera. Sentía que se me rompían todos los huesos. Me dolía tanto que no podía ver bien.

Fui vagamente consciente de que la gente a mi alrededor se había parado y me miraba fijamente. Respiraba entrecortadamente. Miré a la gente a mi alrededor, suplicando con los ojos.

—Por favor, ayudadme —conseguí susurrar.

—¿Ava?

Era una voz de un hombre que sonaba detrás de mí. Me di la vuelta y me sorprendió ver a Leo.

A pesar del dolor que me desgarraba, mi corazón dio un pequeño vuelco cuando le vi. Estaba tan guapo como siempre, con un polo blanco y unos vaqueros oscuros.

Quería volver a fundirme en sus brazos como si nada hubiera pasado y no hubieran pasado dos años.

Me miró fijamente, sorprendido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Pero no pude responder, porque en ese momento sentí como si toda mi espinilla se partiera por la mitad. El dolor había pasado de ser un dolor agudo a ser un dolor abrasador, como si estuviera al rojo vivo, y sentía que estaba en todas partes, en todo mi cuerpo a la vez.

Vi cómo los ojos de Leo se dirigían a Oliver.

El mismo pelo oscuro, los mismos ojos azules. Apreté los dientes con agonía al verle darse cuenta...

—Es mío —afirmó Leo.

No sé lo que esperaba de él: ¿sorpresa, tal vez? ¿Ira? Había imaginado este momento… bueno, este momento exacto no, pero sí

el momento en que Leo descubría que tenía un hijo, cientos de veces. Imaginé que se enfadaría conmigo por haber mantenido a su hijo en secreto. Por supuesto, no eran más que imaginaciones, vagas fantasías. No tenía la menor intención de que Leo conociera a Oliver.

Sin embargo, aquí estábamos.

Y para mi sorpresa, Leo estaba muy tranquilo.

Entonces me di cuenta de que toda la gente que nos rodeaba se había detenido, con la cabeza inclinada hacia Leo. Otra oleada de dolor se apoderó de mí. Fue tan fuerte que casi dejo caer a Oliver, pero Leo se abalanzó sobre mí y me lo arrebató de los brazos.

—Leo —dije—. No sé qué me está pasando. Me... me duele.

Si no me estuviera doliendo tanto, me habría muerto de vergüenza. Estaba temblando y gimoteando, agarrándome las manos y cubierta de una capa de sudor frío. Además, estaba delante de Leo con mi bebé, *nuestro* bebé, en brazos.

Pero nada de eso importaba. Lo único que me importaba era el dolor constante que me recorría el cuerpo. Me dolía tanto que sentía que iba a morir.

—¿De verdad no lo sabes? —me preguntó, escudriñando mi cara con los ojos. Negué con la cabeza y apreté la mandíbula, gimiendo de dolor—. Ava, te estás transformando —me dijo.

—No sé lo que significa eso —le dije, con ojos suplicantes—. Ayúdame. Haz que pare. Por favor.

Se quedó mirándome mientras yo me retorcía de dolor. Ahora tenía las manos cubiertas de pelo y sentía que algo me salía por las encías.

Habría dado cualquier cosa para que el dolor cesara.
Leo me agarró de la muñeca, tenía a Oliver aún en su cadera.
—Ven —dijo, y empezó a tirar de mí por el mercado. Vi, con la mirada borrosa, que la multitud se separaba a nuestro paso

12

Leo

Me sorprendió ver a Ava. Era literalmente la última persona que esperaba ver en el mercado ese día.

Había pensado en ella muchas veces en los últimos dos años, aunque intentaba no hacerlo. Me venía a la cabeza en los momentos más extraños, como cuando me sentaba a cenar o paseaba por el jardín. Estaba haciendo mis cosas y de repente... ¡Ava!

Al principio, intenté luchar contra los recuerdos y alejarlos. Pero a medida que pasaban los meses y me daba cuenta de que ella seguía apareciendo en mi cabeza, decidí rendirme. Así que, cada vez que se me venía a la cabeza, dejaba de hacer lo que estuviera haciendo y permitía que el recuerdo siguiera su curso. Descubrí que era mejor así. La había liberado de mi vida, pero nunca desaparecería del todo.

La vida seguía su curso. Tenía los días muy ocupados, con muchas cosas que hacer, algunos días apenas tenía tiempo para comer, y mucho menos para sentarme y pensar en Ava. Había reuniones constantes y tenía que viajar mucho a otras manadas para las

coronaciones de Luna y otros eventos especiales. Pero no me importaba. Cuanto más ocupado estaba, más rápido pasaban los días y era mucho más fácil olvidar lo solo que me sentía.

Siempre lo notaba por la noche, cuando estaba en mi habitación, mirando por la ventana los jardines del palacio. La gente me rodeaba constantemente, pero yo estaba solo. Era entonces cuando me acordaba de Ava. Dejaba que mi mente vagara hasta nuestra noche juntos, a veces repitiéndola casi minuto a minuto, desde la primera vez que la vi salir de su coche hasta la expresión de su cara cuando le di el beso de buenas noches.

Me saltaba toda la escena de la mañana en estos recuerdos. Era demasiado fea y cruda, y no era lo que quería recordar. Su traición me había hecho daño y quería recordar a la Ava inocente y dulce con la que había hecho el amor en lugar de a la mentirosa que había desenmascarado a la mañana siguiente.

Pero incluso cuando mi mente disfrutaba de aquellos momentos suaves y dulces entre nosotros, sabía que sólo los reviviría en el recuerdo. Estaba convencido de que no volvería a verla y de que siempre sería un recuerdo, cada vez más lejano.

Así que mi sorpresa fue mayúscula cuando la vi en el mercado.

No solía ir al mercado; si necesitaba algo, enviaba a una de mis criadas. Pero se acercaba el cumpleaños de Cassie y, como era la hija de mi Beta, quería regalarle algo especial que hubiera elegido yo mismo. A decir verdad, tenía debilidad por Cassie. Fui uno de los primeros en abrazarla cuando nació y ahora cumplía veinte años. Así que había ido yo mismo al mercado y había encontrado para Cassie

un collar hecho con dientes de dragón: brillante, raro y precioso. Era perfecto.

Acababa de pagar cuando oí gritar a una mujer. Parecía que le dolía algo, así que me acerqué al lugar de dónde provenía el ruido. Estaba de espaldas a mí, pero reconocí su larga melena oscura cuando me acerqué.

Me dije que era una tontería. No había ninguna razón para que Ava estuviera en ese mercado: estaba escondida en algún lugar seguro del mundo humano con su alijo de supresor para lobos.

Pero cuando la mujer se dio la vuelta... era Ava.

Se me cortó la respiración. Estaba tan guapa como siempre. Hacía unos dos años que no la veía, pero estaba exactamente igual. Sentí el deseo instantáneo de atraerla hacia mí y acunarla entre mis brazos. Quería besarla, acariciar su suave cabello y sentir sus labios en los míos, pero cuando estudiaba su rostro, ocurrió algo extraño.

El aroma de melocotones maduros y dulces flotaba en el aire y llegaba hasta mi nariz. Era el mismo olor que había percibido en su casa aquella vez. Lo había atribuido al champú o a algún tipo de loción, pero estando allí, delante de ella, el olor era abrumador.

Ash se levantó, con el pelaje erizado, y soltó un aullido. Ambos lo sabíamos, Ash y yo.

Este aroma, este fuerte y dulce aroma a melocotones maduros...

Era el olor de su compañera.

Ava era mi compañera.

Miré hacia abajo y vi el pelaje de sus manos. Era eso, su lobo estaba despierto, así que su olor era mucho más fuerte. Me dio un vuelco el corazón. Ahora todo tenía mucho sentido.

Por eso aquel día me sentí atraído por ella al instante y sentí una conexión tan fuerte con ella. También por eso no había podido apartarla completamente de mis pensamientos.

La Diosa de la Luna había elegido a Ava para mí. Ava era mi compañera y, cuando sentí que nuestro vínculo encajaba en su lugar, sentí una euforia absoluta.

La miré a la cara, esperando que se diera cuenta de que mi olor de pareja la inundaba igual que el suyo me inundaba a mí. Pero su rostro parecía cualquier cosa menos feliz. Al contrario, Ava parecía torturada.

¿No quería ser mi compañera? ¿De verdad estaba tan empeñada en vivir en el mundo humano que iba a dejar pasar la oportunidad de estar con su pareja, y además, ser reina?

Pero me llegó otro olor mientras intentaba averiguar por qué me miraba así en vez de alegrarse. Olía a vainilla.

Miré al niño que llevaba en brazos. Tenía alrededor de un año, según mis cálculos. El olor a vainilla parecía provenir de él, pero sólo los compañeros pueden oler el olor del otro, para ayudarnos a identificarnos. Entonces, ¿por qué iba a oler el olor de este niño

A menos que...

Los padres pueden oler a sus propios hijos. Este niño definitivamente olía a vainilla, y tenía aproximadamente un año, así que...

—Es mío —le dije.

¿Tuvo un hijo mío y no me lo había dicho? Me inundó una nueva alegría. No me importaba que me lo hubiera ocultado; entendía por qué lo había hecho. Me había portado como un imbécil con ella el

día que me fui. Pero nada de eso importaba ahora. Podía perdonar su mentira sobre ser un hombre lobo, perdonar el supresor de lobos, perdonarlo todo, porque no solo era mi compañera, sino que también era la madre de mi hijo.

—No sé qué está pasando —dijo entonces, y aparté los ojos de mi hijo.

Claramente, se estaba transformando. No estaba muy seguro de por qué lo hacía en medio del mercado, pero su transformación estaba en marcha.

—¿De verdad no lo sabes? —le pregunté—. Ava, te estás transformando.

—No sé muy bien qué significa eso —respondió ella.

¿Cómo no iba a saberlo? ¿Cómo era posible que no supiera lo que le estaba ocurriendo? Fruncí el ceño, confundido, pero ella me miró con ojos suplicantes y vi el miedo reflejado en ellos.

Me di cuenta de que realmente no sabía lo que le pasaba. Estaba aterrorizada y dolorida. Así que la agarré por la muñeca y la saqué del mercado, lejos de las miradas de los curiosos.

Me siguió, gimiendo mientras avanzábamos. El bebé en mis brazos pataleaba y reía mientras los guiaba a ambos hacia el bosque. Cuando nos adentramos lo suficiente como para sentir la tranquilidad del bosque, me detuve.

Ava estaba aterrorizada y respiraba a bocanadas. Los colmillos empezaban a asomar por sus encías. En cualquier momento, su loba se apoderaría de ella y sus huesos se agrietarían y cambiarían, transformando su cuerpo en el de la loba.

—Por favor, ayuda —dijo en voz baja. No quería transformarse, me di cuenta. Pero aun así, no lo entendía. Si no quería hacerlo, ¿por qué no empujaba a su loba hacia abajo?

—¿Has perdido el control de tu loba? —pregunté. A algunos les pasa en raras ocasiones, y si era el caso, probablemente yo podría guiarla.

Sacudió la cabeza.

—No lo sé, no lo sé —dijo, su voz cargada de miedo—. Leo, por favor, ¿qué está pasando? —Se miró las manos, aterrorizada.

—Ava, haz retroceder a tu loba. No dejes que se apodere de ti. No...

—Oh, Dios —dijo. Su rostro estaba aterradoramente pálido—.Me estoy convirtiendo en lobo, ¿verdad? —Empezó a llorar, rebotando de un pie a otro—. Tápale los ojos. No quiero que lo vea —dijo señalando al bebé.

—¿Nunca... nunca has cambiado antes? —pregunté.

—Por supuesto que nunca he cambiado —respondió Ava—. Tomo supresor de lobos, ¿recuerdas? Lo he estado tomando toda mi vida.

Entonces, comprendí. No había mentido aquel día en su casa, realmente no sabía que era una mujer loba. Parecía demasiado difícil de creer, pero por la expresión de su cara me di cuenta de que era verdad: estaba tan asustada que apenas podía respirar. Tenía que ayudarla.

—Respira, Ava —le dije—. Ahora, puedes controlar a tu loba. Sólo tienes que empujarla hacia abajo, de vuelta a tu mente. Ella nunca ha sido liberada antes, por lo que probablemente está muy ansiosa por ser libre, pero estás en un momento de la transformación en el que todavía puedes empujarla hacia abajo. ¿De acuerdo?

—¿Cómo lo hago? ¿Cómo la hago volver? —preguntó Ava frenéticamente.

—¿Puedes sentirla? —pregunté. Ava asintió—. Bien, entonces empuja esa sensación. Dile que se retire. Sé firme.

—Retírate —dijo Ava en voz alta.

Resistí el impulso de reírme.

—No, en tu mente, Ava. Díselo mentalmente. Ella tampoco se ha transformado nunca, así que es débil. No debería ser demasiado difícil controlarla. Para. Escucha el bosque. Siente la tranquilidad. —Ambos hicimos una pausa—. ¿Oyes el susurro de las hojas con el viento? —Ava asintió—. Bien. Concéntrate en eso. Calma. Silencio. Tranquilidad. Y luego dile que se retire.

Ava cerró los ojos y respiró hondo. Con una sonrisa orgullosa, vi cómo el pelaje empezaba a retirarse de sus manos.

—Eso es. Buena chica. Empújala hacia atrás —le dije. Momentos después, el color volvió a las mejillas de Ava.

—Gracias —dijo, cogiendo a Oliver. Se lo devolví de mala gana. Olía muy bien, y me gustaba su peso en mis brazos.

Se puso a Oliver en la cadera y me mostró una sonrisa tímida.

—No era exactamente así como quería que te enteraras de lo de Oliver.

—Oliver —dije, dándole vueltas al nombre en mi boca—. Me gusta. Oliver Warrick.

—Oliver Withers —me corrigió.

Asentí, ¿qué otra cosa podía hacer? Hasta hacía unos momentos, ni siquiera sabía que era padre. Ella lo había hecho todo sola.

—Habría estado allí —le dije—. Para todo.

Suspiró pesadamente y se recostó contra el árbol. La tarde era cálida y el olor a pino se mezclaba con el de ella.

—No quería que lo hicieras. Mi madre dijo… —Empezó, pero la corté.

—Te debo una disculpa —le dije—. Aquel día, de verdad que pensaba que me estabas mintiendo ese día. Cuando encontré las pastillas... bueno, me dolió. Sinceramente, no creía que alguien pudiera no saber que era un lobo, como tú decías. Pensé que me habías... seducido... con engaños.

Ella no respondió, sólo entrecerró los ojos.

—Sin embargo, ahora puedo creerte —continué—. Vi lo asustada que estabas en el mercado. Nunca te habías transformado antes. Llevas toda la vida tomando esas pastillas. Pero Ava, ¿por qué?

—Mi madre nunca me lo dijo —respondió con voz firme—. Nunca me dijo que era un hombre lobo. Fue ella la que mintió. Pero lo hizo por amor, para protegerme. —Ava se rio, levantando la muñeca—. Al parecer, no somos precisamente bienvenidos en el mundo de los hombres lobo.

Miré su marca verde de exiliada.

—Puedo arreglarlo —dije acercándome a ella. Su aroma a melocotón me estaba volviendo loco, y a Ash también. Alargué la mano y rocé su mejilla.

Bajó la mirada.

—Hueles tan bien —dijo en voz baja, suspirando.

Ya está. Ahora ella podía detectar mi olor, mi esencia como su compañero.

—¿Ah, sí? —pregunté, levantando su barbilla para que sus ojos se vieran obligados a encontrarse con los míos—. ¿A qué huelo?

—Rosas —dijo—. Pero realmente fuertes. Es extraño. Es como si tu aroma... estuviera en mí.

Me reí por lo bajo. Obviamente, había muchas cosas que no sabía. Su madre le había ocultado todo sobre los hombres lobo, y ni siquiera sabía lo que era el olor de una pareja.

—No es un aroma corriente, Ava —le expliqué—. Es especial. Sólo tú puedes olerlo. Igual que tú hueles a melocotón para mí, y sólo yo puedo olerlo.

—Eso es un lío —respondió ella, claramente confusa.

—No lo es —negué con la cabeza—. Se llama olor de pareja. Ava, tú y yo somos compañeros. ¿Sabes lo que eso significa?

Para mi sorpresa, asintió.

—Más o menos. Mi madre me dijo que su marido no era su compañero y que conoció a su compañero después de casarse. No me contó mucho, pero dijo que es un vínculo muy fuerte entre dos personas.

—Entre dos *hombres lobo* —la corregí—. Las parejas son elegidas por la Diosa de la Luna.

—¿Por qué? —preguntó Ava.

—Bueno, algunos creen que la Diosa de la Luna sabe más que nosotros aquí abajo, y que elige por nosotros porque quiere que seamos felices. No todos creen en el vínculo de pareja, o no lo consideran valioso. Algunos lobos lo descartan por completo. Otros, sin embargo, como yo, ponen mucha fe en la elección de la Diosa de la Luna.

Sabía que Ava no sería capaz de entenderlo del todo, no hasta que su loba estuviera completamente despierta y alerta. Incluso

entonces, tendría que entregarse a la idea de ser compañeros antes de poder sentir plenamente el vínculo, pero yo estaba dispuesto a esperar el tiempo que hiciera falta.

Mientras tanto, le enseñaría todas las cosas maravillosas que se había estado perdiendo, empezando por el lugar donde yo vivía.

—¿Somos compañeros? —Ava preguntó—. En realidad, ¿qué significa eso?

—Significa que debemos estar juntos.

—Pero eso es imposible —se burló, poniendo los ojos en blanco—. Yo soy humana, y tú eres una especie de... ¿qué, rey de los hombres lobo?

Sonreí.

—Más o menos, sí. Soy el Rey Alfa. Y Ava, tú no eres humana.

—Bueno, quiero serlo —dijo. No lo decía en serio, de ninguna manera quería ser humana. Sólo que aún no sabía lo que se estaba perdiendo. Una vez que se diera cuenta de lo que era ser una cambiaformas, nunca querría volver a su vida anterior.

—Por eso tengo que tomarme otra de éstas —dijo metiendo la mano en el bolso. Vi cómo sacaba el frasquito de pastillas.

Ash sintió arcadas ante el olor. Extendí la mano y la empujé suavemente hacia abajo, negando con la cabeza.

—No, Ava —le dije—. Vamos.

La cogí de la mano y tiré de ella hacia mí. Oliver se retorció, luego alargó la mano y me tocó la cara. El roce de su suave manita me derritió el corazón.

Empecé a tirar de Ava.

—Espera —dijo ella—. ¿Adónde vamos?

—De vuelta a mi palacio —respondí—. A donde perteneces.

13

Ava

—¡Espera! ¿Qué? —le pregunté a Leo, perpleja por su afirmación. ¿Qué quería decir con «palacio»? Hice una pausa, haciendo que él también se detuviera—. No tengo ni idea sobre todo esto, Leo — empecé, pero él me cortó con un gesto de la mano y una sonrisa amable.

—No te obligaré a hacer nada que no quieras —me dijo Leo—. Pero al menos, ven a ver el palacio. Descansa. Pareces cansada.

Reflexioné un momento sobre su petición, dándole vueltas en mi cabeza. Leo tenía razón, estaba cansada. Me sentía mucho mejor que hacía unos días, pero no me había recuperado del todo. Además, ¿qué era lo que reclamaba mi vuelta con tanta prisa?¿ una notificación de desahucio pendiente y un montón de facturas que no podía pagar?

También sentía curiosidad, y mi curiosidad se impuso a mis dudas.

Acepté ir con Leo al palacio.

Caminamos mucho tiempo por el bosque, casi siempre en silencio. Mi mente seguía dando vueltas, intentando procesarlo todo, y Leo pareció percibirlo y me dio espacio. Nos turnamos para llevar a Oliver. A medida que caminábamos, el bosque se hacía más denso y espeso. No había ningún sendero a la vista, pero Leo parecía saber adónde iba, así que le seguí.

Era casi el anochecer cuando por fin llegamos ante un gran muro. Se alzaba a casi cuatro metros de altura, bloqueando la visión exterior de todo lo que pudiera haber en su interior. Varias personas permanecían fuera de la puerta a intervalos regulares.

—Guardias —dijo Leo, sonriéndome como si pudiera leerme el pensamiento. Cuando nos acercamos, una puerta se abrió y la atravesamos.

Jadeé.

Estábamos al inicio de un sendero que atravesaba un hermoso jardín. El aroma de las flores flotaba en el aire. A lo lejos, podía ver una enorme estructura: el palacio, supuse. Incluso desde donde estábamos, era enorme. No era especialmente alto, pero sí muy grande.

—Bienvenido a la manada Sombra Negra —dijo Leo con una sonrisa desconcertada.

—¿Ese es el palacio? —pregunté, señalando la estructura en la distancia.

—Sí —respondió Leo, cogiéndome la mano—. Estos son los jardines del palacio. El pueblo de la manada está detrás del palacio. Hay un pequeño estanque a la izquierda en esa dirección. —Señaló hacia la izquierda—. Los campos de entrenamiento de los guerreros están a

la derecha. Los terrenos reales también albergan la Escuela Real de Hombres Lobo. Está escondida detrás del palacio, con los otros edificios de la manada y los dormitorios. Estamos muy orgullosos de la Escuela —dijo Leo—. Los lobos vienen de todas las manadas para asistir a ella.

Seguimos caminando por el precioso sendero del jardín.

—¿Cuánta gente, esto… hombres lobo hay en la manada Sombra Negra? —pregunté. Pasamos junto a unas chicas jóvenes que paseaban por el sendero. Inclinaron la cabeza hacia Leo y éste las saludó con la mano.

—Unos 800, más o menos. Pero solemos tener bastantes visitantes en cualquier momento.

Mi mente volvió a la manada que había visitado cerca del océano.

—¿Es una manada grande? —Me sentí un poco tonta al preguntarlo, pero la manada que había visto no era ni de lejos de este tamaño.

—Soy el Rey Alfa —sonríe Leo—. Así que sí, nuestra manada es grande. Pero no es la más grande, si eso es lo que preguntas. Las manadas realmente grandes están mucho más alejadas del mundo humano. Algunas están en las montañas, en lugares muy remotos.

—Seguro que los humanos os han encontrado aquí —comenté mientras nos acercábamos al palacio—. Quiero decir, no estáis tan lejos de Ocean Crest.

—Sí, los humanos a veces deambulan por aquí. Pero por eso tenemos el muro y los guardias. Somos los dueños de esta tierra. Ya sabes, nosotros estábamos aquí mucho antes que los humanos. Pero en lugar de luchar con ellos cuando llegaron, compramos la tierra.

Somos dueños de miles de acres aquí. Todo está registrado bajo mi apellido, Warrick.

—¿Cómo es que tenéis dinero? —pregunté mientras subíamos los escalones hasta la puerta principal.

—Tenemos negocios en el mundo humano —respondió Leo—. Somos una manada tradicional en el sentido de que no nos relacionamos con los humanos. Algunas manadas se han integrado mucho más que nosotros. Les gustan las cosas «humanas», los lujos. Esas manadas se parecen mucho más a los pueblos modernos, supongo. Pero hay manadas que no se relacionan con los humanos en absoluto. Esas son las que están en lugares muy remotos. La manada Sombra Negra es una especie de híbrido. Algunos de nuestros miembros viven en el mundo humano y tienen negocios. El dinero vuelve a la tesorería de la manada, así que tenemos dinero humano cuando lo necesitamos. Es habitual que algunos miembros de la manada visiten el mundo humano de vez en cuando. Yo no lo hago, pero sólo porque realmente no tengo interés.

Asentí con la cabeza. Era extraño pensar que había hombres lobo ahí fuera, en el mundo. Diablos, probablemente había visto algunos, pero no lo sabía. También era extraño pensar que había una muralla gigante con todo un palacio y un pueblo dentro a medio día de camino de Ocean Crest.

Pero desde que conocí a Leo, todo tenía un toque de extrañeza.

La puerta del palacio se abrió y entramos. De nuevo, me quedé boquiabierta. Estábamos en un gran vestíbulo de reluciente mármol blanco, con una amplia escalera justo enfrente. En el vestíbulo había varias personas, que se inclinaron al vernos entrar a Leo y a mí.

—Los dormitorios están arriba —dijo Leo—. El comedor y el salón están a la izquierda. El salón de baile y la biblioteca están a la derecha. Más tarde te haré una visita guiada, pero eso es lo esencial.

Lo esencial. Leo hizo que pareciera que hablaba de algo sin importancia, pero yo seguía intentando asimilar el tamaño y la opulencia del palacio. Literalmente, nunca había visto nada igual, excepto quizá en Internet. Todo en el palacio destilaba riqueza.

—Tus negocios humanos deben de tener mucho éxito —le dije bromeando a Leo.

—Sí que lo tienen —respondió en tono serio.

En ese momento, una mujer se acercó corriendo.

—Rey Leo —dijo, inclinando la cabeza—. ¿Puedo ayudarle con sus cosas?

—No será necesario —dijo Leo, quitándose su pequeña mochila marrón. —Pero me gustaría que conocieras a la señorita Ava Withers y a su hijo, Oliver. Es mi invitada y se quedará aquí en el palacio con nosotros. Por favor, muéstrale la suite principal de invitados. Y dígales a sus chicas que le traigan algo de ropa y lo que pueda necesitar. Ava —dijo, volviéndose hacia mí—. Esta es nuestra doncella principal, la señorita Delia. Si necesitas algo, pídeselo a ella.

La señorita Delia me hizo una reverencia y me sonrojé. Nunca nadie me había hecho una reverencia. Me hacía sentir incómoda.

—Siento dejarte —me dijo Leo—, pero me temo que tengo asuntos urgentes que atender, así que te dejo en las capaces manos de la señorita Delia.

—¿Me dejas? —pregunté, sorprendida. No quería que Leo me dejara sola. Ya me sentía como una completa extraña. Él me había traído aquí, lo menos que podía hacer era quedarse conmigo hasta que me instalara un poco.

Leo me cogió la mano y se la llevó a los labios. La besó ligeramente y me miró a los ojos.

—No por mucho tiempo —susurró. Su beso me produjo escalofríos —. Te lo prometo. Me quedé hipnotizada por sus intensos ojos azules—. Ve a instalarte. Te veré pronto.

El aroma de las rosas me envolvió e intenté hablar, pero no me salían las palabras. Lo único que pude hacer fue asentir.

Leo salió del vestíbulo y yo seguí a la señorita Delia escaleras arriba. Me llevó a un dormitorio.

—¡Madre mía! —dije mientras abría la puerta.

—La suite principal de invitados —dijo la criada con orgullo cuando entré.

Era increíble. Era más grande que toda mi casa, con una enorme cama con dosel en el centro. Me enseñó el cuarto de baño, con una bañera enorme y una ducha separada.

Luego se detuvo y me miró de arriba abajo, haciéndome sentir cohibida.

—Tendremos que tomarle medidas correctamente, por supuesto, pero mientras tanto, haré que las criadas le traigan una selección de vestidos, así como un surtido de artículos de tocador. Debería asearse mientras tanto. El Rey Leo requerirá su presencia en la cena, estoy segura.

Luego fue a coger a Oliver, pero yo se lo arrebaté.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.
—Srta. Ava, llevaré a Oliver a nuestra guardería. Allí hay niños pequeños con los que puede jugar. O, si lo prefiere, puedo hacer que una criada lo lleve al patio de atrás, aunque está oscureciendo.
De ninguna manera iba a entregar a mi hijo a esa desconocida.
—Oliver se queda conmigo —le dije lo más educadamente que pude.
Hizo una pausa e inclinó la cabeza.
—Como desee —respondió—. Haremos que le traigan una cuna.— Hizo una reverencia y se fue.
Llevé a Oliver conmigo al cuarto de baño y me di una larga ducha caliente. El cuarto de baño ya estaba lleno de jabones y lociones, así que me serví. Envolví mi cuerpo desnudo en una toalla grande y, cuando salí del baño, me sorprendió ver a tres doncellas de pie en medio de mi habitación. Llevaban vestidos sobre los brazos.
—Señorita Ava —me sonrió una de ellas—. Aquí tiene algunos vestidos. Elija el que más le guste para la cena.
Me quedé literalmente boquiabierta. Los vestidos eran preciosos, todo seda, satén y encaje. Nunca había tenido un vestido así, y mucho menos toda una selección de ellos.
—No queremos meterle prisa, pero el rey León había pedido que se reuniera con él a las siete de la tarde para cenar —dijo otra criada.
Asentí con la cabeza, sintiéndome como si me hubiera metido en una especie de cuento de Cenicienta, pero con lobos en lugar de ratones.
Media hora más tarde, estaba sentada frente a Leo en lo que las doncellas llamaron su comedor real privado. La mesa era preciosa y

enorme, con una araña de cristal colgando. Los camareros colocaron varios platos ante nosotros.

—No sabía lo que te gusta —dijo Leo—. Así que pedí que nos prepararan un surtido de platos.

«Surtido» era un eufemismo. Había platos de pollo asado, filetes a la parrilla, pasta, ensaladas y sopas. No se parecía en nada a la comida del hospital y empecé a salivar.

—Por favor —dijo Leo, pasando la mano por encima de la mesa—. Come lo que quieras.

Empecé con el pollo mientras Leo pinchaba un filete con el tenedor y lo dejaba caer en su plato.

—Bueno —empezó Leo mientras Oliver se revolvía en su capazo a mi lado. Una asistenta se acercó corriendo con un biberón y yo lo cogí agradecida. Era una locura... toda esa gente esperando, adelantándose a todas mis necesidades—. ¿Qué te parece tu primera visita a una manada?

Sacudí la cabeza.

—No es mi primera visita a una manada —le dije.

Arrugó las cejas.

—¿No lo es?

—No. Encontré una manada en el bosque junto al océano el año pasado —confesé—. Fue poco después de conocerte. Seguí a una pareja desde el mercado. Supongo que me picó la curiosidad. —Hice una pausa, recordando la crueldad de la manada, la forma en que se habían burlado de mí y me habían escupido a la cara—. No fueron muy amables —terminé.

—Porque estás marcada —dijo Leo—. O al menos, lo estabas. Seguro que se portaron de forma horrible contigo, pero eras una exiliada, una renegada.

Asentí con la cabeza. Entendía que era una renegada, pero seguía sin creer que eso justificara que me escupieran.

—Pero nadie volverá a tratarte así —dijo Leo, dejando el tenedor—. Eres mi compañera; por lo tanto, eres aceptada en la Manada Sombra Negra.

Me resistí. ¿Aceptada en la manada? No estaba segura de que eso me gustara.

Leo me cogió la mano y me la dio la vuelta, y me quedé estupefacta al ver que la marca verde había desaparecido por completo.

—Ya no tienes que cargar con los errores de tu madre —dijo Leo con suavidad, sin dejar de sujetarme la muñeca. Me dio un vuelco el corazón al oír hablar de mi madre, y Leo se dio cuenta de que estaba disgustada.

—¿Qué pasa, Ava? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—No quiero hablar de ello. —No me gustaba pensar en la muerte de mi madre, y mucho menos, hablar de ello y ya había demasiadas cosas en marcha.

Leo asintió con simpatía, luego cambió de tema y me habló de la vida en palacio.

Pintó un cuadro bonito, eso estaba claro. Lo hizo sonar como una vida de ocio, lo que probablemente era. Yo seguía intranquila. Escuché educadamente, pero no dije mucho.

Para el momento del postre, Oliver se había dormido.

—Una de las doncellas lo subirá a tu habitación —dijo Leo, poniéndose en pie—. Ven. Quiero enseñarte algo.

Dudé un momento, pero luego cedí. Mientras Oliver volviera a mi habitación, no veía nada malo. Además, tenía curiosidad: Leo tenía una expresión juguetona en la cara.

La doncella se llevó a Oliver y yo seguí a Leo escaleras arriba hasta una terraza privada. El aire nocturno era fresco y agradable.

—Mira la luna —dijo Leo.

Levanté la vista y de repente me invadió una extraña sensación. Había visto la luna miles de veces, pero nunca me había parecido que tuviera este aspecto. Parecía más grande, más llena y más brillante.

—Es preciosa —susurré.

Leo rio entre dientes.

—La loba que hay en ti tiene un vínculo especial con la luna —explicó—. Igual que tú y yo tenemos un vínculo especial, bendecido por la mismísima Diosa de la Luna. —Me cogió la barbilla y, antes de que pudiera detenerlo, apretó los labios contra los míos.

Le empujé. Me invadió la ira al recordar el dolor que me había causado cuando me abandonó.

—Me dejaste —le dije—. Me llamaste mentirosa. ¿Tienes idea de lo duros que han sido estos dos últimos años para mí? —Me sorprendió mi propia ira, pero la había reprimido durante tanto tiempo que no debería haberme sorprendido de que saliera a borbotones.

Me sentí muy herida cuando Leo se fue, y cuando descubrí que estaba embarazada y que tenía que hacerlo sola... bueno, eso sólo hizo crecer mi enfado con Leo. No era culpa suya, y lo sabía, él ni

siquiera supo que estaba embarazada, pero mis sentimientos eran mis sentimientos, racionales o no.

Leo dio un paso atrás y me miró a los ojos.

—Lo siento —dijo—. Lo siento de verdad. Creí que me habías traicionado y mentido sobre quién eras. Actué precipitadamente, y te pido disculpas.

Parecía muy sincero y estaba muy guapo allí de pie a la luz de la luna.

—¿Ava? —susurró—. ¿Puedes perdonarme? ¿Puedes encontrar en tu corazón la forma de perdonarme?

Quería hacerlo, de verdad. No quería aferrarme a todo ese resentimiento y esa rabia. Me había llevado mucho tiempo superarlo todo, y ahora que estaba con Leo de nuevo, sentía como si las heridas volvieran a desgarrarse. Todo estaba tan... en carne viva.

—No estoy segura —le dije, con la voz más áspera de lo que pretendía. Se apartó de mí y miró a la luna. Estaba claro que no era lo que quería oír.

—Ya veo —dijo, su voz apenas un susurro—. Supongo que no merezco tu perdón. Sólo esperaba que tal vez...

Pero no terminó, su voz se perdió en el silencio de la noche.

Ava

Vi como Leo volvía a entrar en el palacio, dejándome sola en la terraza privada. Sabía que estaba decepcionado, y esa no era mi intención, pero me sentí destrozada en ese momento.

Me había sentido diferente desde la primera vez que sentí a mi loba en el hospital. Era algo más que mis sentidos agudizados: la sentía caminar, sentía su energía ansiosa. Me aterroricé cuando intentó alcanzarme en el mercado y agradecí que Leo me encontrara cuando lo hizo y me ayudara a resistirme.

Pero aunque me había asustado, también sentí algo más. Con mi loba llegó esta inexplicable sensación de poder y fuerza. Había un pensamiento persistente en el fondo de mi mente: ¿y si Leo tenía razón? ¿Y si este era mi lugar, aquí, en el palacio, en la manada, con Leo?

Me di la vuelta y vi que Leo me estaba esperando pacientemente dentro. Estaba sentado en un sofá frente a la chimenea, hojeando un libro en lo que parecía ser una especie de despacho o estudio

privado. Aquello parecía cálido y acogedor y, aunque me costaba admitirlo, una parte de mí seguía sintiéndose atraída por Leo.

Decía que era porque éramos «compañeros», pero yo no estaba muy segura de lo que significaba. Lo único que sabía era que ansiaba su olor y su tacto y que deseaba estar cerca de él.

Pero seguía sintiendo rabia hacia él. Se había portado como un imbécil aquella mañana en mi casa. Había sido cruel con mi madre, haciéndola llorar y suplicar de rodillas. Me había gritado, acusándome de cosas que yo ni siquiera había hecho... y sí, ahora mostraba arrepentimiento, pero ¿lo conocía realmente? No realmente, no muy bien... ¿Podía confiar en él? ¿Podía confiar en que sus disculpas eran sinceras, en que realmente lamentaba cómo me había tratado?

No sabía qué hacer. El palacio era increíble y me sentía como una princesa salida de las páginas de un cuento de hadas. Leo dijo que podía tener todo lo que quisiera aquí, pero quedarme significaba que tenía que abrazar a mi loba. ¿Y si no me gustaba ser un hombre lobo?

¿Y qué había de Oliver? ¿Qué quería realmente para él?

En el momento en que nací, mi madre decidió ocultarme a mi loba; probablemente había tomado esa decisión en el momento en que descubrió que estaba embarazada, y yo había hecho lo mismo con Oliver. No estaba segura de si alguna vez iba a contarle la verdad sobre quién era en realidad. Era probable que algún día tuviera que hacerlo, pero hasta entonces, mis intenciones eran hacer lo que mi madre había hecho conmigo: mentir.

Leo levantó la vista de su libro y me miró a través de las puertas francesas. Me estremecí con el aire fresco de la noche y decidí que lo mejor que podía hacer era ser sincera con Leo. Quizá si le explicaba por qué tenía tantas dudas a la hora de perdonarle, lo entendería.

Respiré hondo y entré. Leo me observó mientras me sentaba en el sofá frente a él, dejó su libro y me dedicó toda su atención. El fuego de la chimenea estaba encendido y no me había dado cuenta del frío que tenía hasta que el calor me llegó a los pies.

—No puedo imaginar lo que ha sido este último año para ti —empezó Leo antes de que yo pudiera decir nada—. Y no espero que olvides todo lo que pasó aquel día en tu casa. Fui cruel, y lo reconozco. Pero Ava... ya no tienes que luchar más. Ahora eres parte de una manada, y tu lobo está despertando. Oliver y tú podéis quedaros aquí conmigo, y me aseguraré de que tengáis todo lo que siempre soñaste.

Sus palabras me llegaron profundamente. Tenía razón; llevaba mucho tiempo luchando y que me ofrecieran todo lo que siempre había soñado era, como mínimo, tentador. Pero aún no estaba segura de si estaba dispuesta a pagar el precio. Significaba renunciar a mi vida, a mi vida humana, y no estaba segura de querer hacerlo.

—No sé si quiero ser una mujer loba —solté tras una larga pausa.

Esto cogió a Leo por sorpresa. Levantó las cejas y frunció el ceño.

—Ya eres una mujer loba. ¿Quieres decir que no quieres quedarte aquí conmigo?

—Hoy sólo he venido aquí contigo para ver cómo era —le dije.

—Te he traído aquí para que te quedes conmigo. Para siempre —respondió. No había quedado muy claro cuando me hizo la oferta de venir con él a palacio, aunque, en retrospectiva, debería haber sabido que ésa era su intención.

—Ahora me doy cuenta. Pero tienes que entender que esto es mucho para mí. Es mucho... cambio.

No sabía cómo expresar los pensamientos que tenía en la cabeza. Había vivido como humana toda mi vida, y ahora me ofrecían una vida completamente diferente que implicaba cosas como lobos, manadas y renegados. Era un concepto difícil de asimilar.

—Tal vez ser hombre lobo no es para mí —dije.

—No hablas en serio —dijo Leo, sacudiendo la cabeza—. Es imposible que estés hablando en serio. Eres la pareja del Rey Alfa. ¿No ves lo que eso significa? Eres la madre de mi hijo, y ese niño es el heredero al trono. No es posible que quieras volver y vivir en ese pueblo aburrido y asqueroso sirviendo bebidas a extraños. Te estoy ofreciendo la oportunidad de vivir en un palacio, un palacio, Ava, con criadas y sirvientes, y te estoy dando la oportunidad de aprender más sobre quién eres en realidad. Puedes esconder a tu loba todo lo que quieras, y puedes dormirla con drogas, pero es una parte de ti, Ava. ¿Por qué insistes en negar esa parte de ti misma?

Pude oír la frustración en su voz y comprendí de dónde venía. No podía entender que alguien no quisiera vivir como él lo hacía y, aunque no lo había dicho abiertamente, intuí que no le gustaban demasiado los humanos. Estaba orgulloso de su herencia y no podía entender que alguien no aceptara la suya.

Así que Leo y yo estábamos en una especie de encrucijada.

—Mi madre me ocultó la verdad por algún motivo —dije suspirando. No tenía sentido discutir sobre esto, así que intenté un enfoque diferente—. Mi madre me conocía mejor que nadie en el mundo. No quería que tuviera esa vida, su antigua vida. Quería que me quedara en el mundo de los humanos y viviera como uno de ellos. Ahora ya no está, pero una parte de mí siente que debería cumplir sus deseos.

Leo asintió con los labios apretados mientras el fuego crepitaba a nuestro lado.

—Sin embargo, no fue exactamente su elección —replicó Leo—. Quiero decir que ella no eligió dejar la Manada Tormenta Solar. Fue exiliada. Fue forzada a dejar su manada.

—Cierto —respondí—. Pero no tenía por qué vivir en el mundo humano. Podría haber sido una renegad

Leo sonrió satisfecho y negó con la cabeza.

—Con el debido respeto, Ava, no tienes ni idea de lo que es vivir como un renegado. Es una vida dura, sobre todo para una mujer, y mucho más para una mujer con un hijo.

—Tienes razón, no sé cómo es —dije—. Pero aún no sé si esto es lo que quiero. Todo parece tan extraño y desconocido. No sé si alguna vez podré adaptarme.

Leo tenía la mirada fija en el fuego y permaneció en silencio, con el rostro pensativo. Esperé su respuesta, pero a medida que pasaban los segundos, me ponía más nerviosa. ¿En qué estaría pensando? ¿Estaba enfadado conmigo? ¿Decepcionado? ¿Dolido? Cada segundo de silencio que pasaba me ponía más y más nerviosa.

No quería herir los sentimientos de Leo, pero sentía que debía ser sincera. Todo esto era mucho más complicado de lo que Leo parecía entender. A sus ojos, yo era su pareja y debía vivir aquí en el palacio y abrazar a mi loba :fin de la historia. Pero no era tan simple y, sinceramente, esperaba que él pudiera verlo.

Finalmente, se volvió hacia mí, con una expresión amable en los ojos.

—Tengo una propuesta para ti —me dijo con una suave sonrisa—. Quédate conmigo aquí, en el palacio, durante un mes. Dale una oportunidad a esta vida. Déjame enseñarte cómo es. Conoce a tu lobo y abraza esa parte de ti. Si al final del mes decides volver al mundo humano, no protestaré. Pero si decides quedarte, entonces espero que me concedas el honor de coronarte como mi Luna.

—¿Luna? —pregunté. Eso es lo que mi madre había sido antes de ser exiliada, pero no sabía mucho sobre lo que implicaba.

—Sí. La Luna es la compañera del alfa. Si eliges ser mía, serás venerada y respetada por todas las manadas. Serás una reina, Ava.

Consideré su oferta. Un mes no era tanto tiempo, ¿verdad? Por supuesto, me enfrentaría al desahucio cuando volviera... si volvía. Pero Leo tenía dinero, así que estaba segura de que podría ayudarme económicamente si decidía volver al mundo humano.

Si no aceptaba la oferta de Leo, ¿pasaría el resto de mi vida preguntándome cómo habría sido? ¿Qué tenía de malo, en realidad, quedarme un mes?

Clavé mis ojos en los de Leo y respiré hondo. Luego extendí la mano.

—Bien —acepté—. Tienes un mes para enseñarme todos los caminos del lobo.

Intenté aligerar el ambiente adoptando un tono burlón, pero el rostro de Leo permaneció firme mientras tomaba su mano entre las mías y la estrechaba.

—Un mes —confirmó con un firme apretón de manos.

—Un mes —repetí, a la vez excitada y cautelosa por el trato que acababa de hacer.

Un mes podía pasar volando o podía hacerse muy, muy largo. No sabía cómo iba a ser, pero tenía la sensación de que, corto o largo, ese mes podía cambiarlo todo.

15

Leo

No dormí mucho esa noche. Estaba muy preocupado por Ava que pasaba su primera noche aquí, sola en un lugar desconocido. Hice que dos criadas se quedaran en la puerta de su habitación toda la noche por si se despertaba y necesitaba algo de madrugada. Como el sueño se me resistía, salí sigilosamente de mi habitación y me acerqué a su puerta. Las criadas me confirmaron que Ava no había pedido nada. Me asomé al interior de su habitación y, efectivamente, tanto ella como Oliver estaban profundamente dormidos.

Un pensamiento me estuvo atormentando toda la noche: Ava no quería ser loba. No lo entendía, ni siquiera cuando intentaba verlo desde su punto de vista. Entendía que todo esto era nuevo para ella, pero por mucho que protestara, era una loba. Como hombres lobo, nuestra conexión con nuestros lobos era una de las cosas más fuertes y apremiantes del mundo. ¿Cómo podía Ava dar la espalda a eso y por qué querría hacerlo?

Y luego estaba Oliver. Era mi hijo, el heredero a mi trono. Era lobo hasta la médula. No podía ni siquiera imaginar la idea de tenerlo viviendo ahí fuera, en el mundo humano, tragando supresor de lobos toda su vida. La Diosa de la Luna me había bendecido con Ava como compañera, y nos había bendecido a ambos con un hijo, un niño guapo y perfecto. Si Ava decidía no vivir en el palacio, ¿qué iba a ser de Oliver?

Tenía un mes para convencer a Ava de que debía estar conmigo en el palacio.

Me levanté de la cama antes de lo habitual con férrea determinación. Sí, me la ganaría. La convencería de que estaba mucho mejor aquí que en aquel horrible pueblecito. Mi misión empezaría hoy mismo con una visita a los jardines del palacio. La cortejaría con la grandeza de mi amado hogar.

Por la mañana, esperé a Ava en el comedor, pero la jefa de sirvientas me informó de que había pedido desayunar sola en su habitación con Oliver. Vale, el día no empezaba de la mejor manera, pero si Ava necesitaba algo de espacio, podía tenerlo. Le pedí a la criada que le dijera que se reuniera conmigo en el vestíbulo cuando estuviera lista, para que pudiéramos recorrer los jardines juntos.

Estuve en el vestíbulo más de una hora. Una o dos veces temí que no viniera, pero al final Ava salió. Estaba deslumbrante con un vestido verde que le llegaba hasta los tobillos y un lazo rosa alrededor de las costillas, justo debajo del pecho. Llevaba el pelo recogido por encima de la cabeza y le caía en mechones rizados que le enmarcaban la cara. Cuando la vi, se me cortó la respiración. Era

hermosa con su ropa de diario, pero verla ahora con un vestido tan elegante... parecía una reina.

La saludé y le pregunté dónde estaba Oliver.

—Está durmiendo la siesta —me dijo Ava—. Las criadas lo están vigilando. Vaya. No puedo creer lo que acabo de decir. Criadas. Tengo criadas. Es una idea tan extraña.

—Podemos esperar hasta que se despierte, si quieres —respondí. No estaba seguro de cómo se sentiría dejando a Oliver, y quería que este día, su primer día completo en palacio, fuera perfecto.

Sacudió la cabeza.

—Estará bien —dijo sonriendo—. Anoche estuvo levantado hasta más tarde de lo habitual y tiene la rutina alterada. Probablemente, dormirá casi toda la mañana.

—De acuerdo. Bueno, tu guía te espera —dije, haciéndole una amplia reverencia. Ella soltó una risita y su sonrisa me hizo sonreír.

Empezamos con un paseo por los jardines. El aire de la mañana era fresco y el aroma de las flores flotaba en el aire. Le enseñé el laberinto de setos, advirtiéndole que mucha gente se había perdido dentro de sus muros.

—Eso suena muy divertido —respondió ella.

—Entonces me aseguraré de guiarte por su interior —le contesté. Después de ver el jardín, fuimos a nuestro estanque. Sus bordes eran de arena blanca, y el agua chapoteaba suavemente en la orilla.

—¿Se puede nadar aquí? —preguntó, clavando la puntera del zapato en la arena.

—Por supuesto —dije—. Para eso es. También tenemos unos pequeños botes de remos por allí. Me gusta salir al atardecer.

—Es más un lago que un estanque —comenta Ava.
Nunca me lo había planteado, pero viéndolo a través de los ojos de Ava, tuve que admitir que era bastante grande.
—A menudo, venimos aquí a cenar haciendo picnic cuando hace más calor. También jugamos a las bochas y al croquet en la arena y en la zona de césped que hay allí mismo.
—Nunca he jugado a ninguno de esos juegos —dijo Ava.
—¿En serio?— pregunté, sorprendido.
—El croquet no es exactamente un deporte popular en Ocean Crest —dijo con una sonrisa desconcertada—. Es más bien una ciudad de fútbol americano.
Asentí con la cabeza. Sabía lo que era el fútbol americano, pero me parecía muy rudimentario: hombres adultos persiguiendo un balón y placándose unos a otros en el suelo.
—Bueno, entonces te enseñaré a jugar —dije.
Desde allí, nos dirigimos al pueblo. Ava parecía fascinada por todas las pequeñas casas que bordeaban las calles.
—¿Aquí viven los miembros de la manada? —preguntó.
—La mayor parte de ellos. Los que no, viven en el palacio. Y aquí está la residencia de los estudiantes —le dije señalándole el edificio. Varios jóvenes estudiantes se arremolinaban en el césped. Me saludaron con la mano.
—¿Así que los niños, van a la escuela aquí? —preguntó Ava.
—No, van a la escuela infantil hasta los dieciséis años más o menos. Y luego, si quieren continuar sus estudios, van a la Escuela Real de Hombres Lobo. Es una de las únicas escuelas de este tipo en nuestro

territorio, así que vienen muchos estudiantes de otras manadas, de ahí el dormitorio.

—¿Es como una universidad, entonces?

—Supongo— dije, aunque en realidad no lo veía así. Conocía las universidades humanas, pero la Escuela Real de Hombres Lobo no era exactamente igual. Los estudiantes venían a recibir instrucción personalizada en algo que deseaban dominar, como Jade Hullen, que había venido a formarse para ser médico—. Pero es un verdadero honor asistir a la Escuela Real de Hombres Lobo —continué—. No todos los que quieren venir son aceptados.

—Ah— fue todo lo que dijo. Tuve que admitir que pensé que estaría un poco más impresionada. Nuestra escuela era muy importante y era algo de lo que la manada Sombra Negra podíamos presumir. La habíamos construido desde cero y buscábamos a los mejores profesores por todo el mundo.

Seguimos paseando por el camino empedrado hasta que llegamos al gran campo abierto cubierto de hierba.

—Este es nuestro campo de entrenamiento de guerreros —le dije. Por suerte, habíamos llegado justo en mitad de una sesión de entrenamiento, y un grupo de guerreros estaba en el campo practicando ejercicios.

—Son... lobos —afirmó Ava, aparentemente sorprendida.

—Por supuesto —me reí entre dientes—.Luchan como lobos, así que se entrenan como lobos.

—Yo... eeh... — tartamudeó Ava—. Son tan... hermosos.

—Sí, realmente lo son. —Sonreí para mis adentros. Al principio me preocupaba que Ava temiera a los lobos en el campo de batalla,

verlos entrenar era, como mínimo, intimidante, pero parecía más entusiasmada que asustada.

—Nos enorgullecemos de permitir que tanto las guerreras como los guerreros entrenen codo con codo. Algunas manadas separan a las hembras de los machos.

—Espera, ¿qué? ¿Quieres decir que ahí también hay lobas? —preguntó Ava, con los ojos muy abiertos.

Me giré para ver hacia dónde miraba.

—Sí, claro que hay lobas —respondí. Yo estaba de pie a su lado, protegiéndola, pero ella dio un paso adelante, cruzando la línea hacia el campo de entrenamiento.

—Alto ahí —dije, tirando de ella hacia atrás—. Sólo se permite a los guerreros entrar en el campo de entrenamiento.

—Oh —dijo ella—. Lo siento, no me he dado cuenta. ¿Cómo eliges a los guerreros? —Parecía fascinada por el campo de entrenamiento, y tenía los ojos fijos en los guerreros mientras se lanzaban unos contra otros y rodaban.

—Cualquiera que quiera entrenar puede hacerlo— le dije—. Pero para convertirte en guerrero, tienes que pasar unas pruebas específicas.

—¿Incluidas las mujeres?

—Sí. De hecho, tenemos bastantes guerreras. Las mujeres son tan buenas guerreras como los hombres.

—¿Todas las manadas tienen guerreros?

Sacudí la cabeza.

—No todas, pero sí la mayoría. Algunas manadas son neutrales. No participan en ningún tipo de lucha. Son más bien reservadas.

—¿Y por qué tienes guerreros, para empezar? —preguntó, ladeando la cabeza.

—Bueno, para defendernos. O para atacar si es necesario.

Arrugó la frente y frunció el ceño, así que continué mi explicación.

—A veces las manadas... quieren más de lo que tienen, así que intentan apoderarse de otra manada. En ese caso, los guerreros de ambas manadas luchan. A veces, los guerreros de una manada se utilizan para mitigar una situación. Como Rey Alfa, es mi responsabilidad intervenir en los asuntos de las manadas de vez en cuando. Por ejemplo, la primera noche que nos encontramos, yo venía de un ataque a la manada Escudo de la Tormenta. Nos habíamos enterado de que la manada planeaba intentar invadir la nuestra, así que intervenimos antes de que pudieran hacerlo. Lo último que quiero es una guerra en nuestras tierras.

—¿Por qué iban a atacaros? —preguntó Ava.

—Por el trono, por supuesto. No ocurre a menudo, sólo ha habido una docena de ataques a la realeza en los últimos cien años. Pero de vez en cuando, a una manada se le mete en la cabeza que quiere hacerse con el poder. La corona se transmite por línea sanguínea, así que si una manada intenta hacerse con el trono debe ser por la fuerza.

—¿Alguna vez ganan? ¿La manada atacante?

—Lo hicieron en el pasado, sí. Así es como nuestra familia, los Warrick, llegó al poder. Mi abuelo lideró un ataque y arrebató el trono a la familia anterior, los Cristin. Pero eran malos gobernantes, codiciosos y crueles, así que el ataque estaba justificado.

Ava guardó silencio un momento, con los ojos fijos en los guerreros. Finalmente, dijo:

—Suena muy violento.

—Lo es —respondí—. Pero no tienes nada de qué preocuparte. Detuvimos el ataque de Escudo de la Tormenta antes de que empezara y tomamos prisioneros a todos los guerreros.

—Oh —dijo—. No pude leer la expresión de su cara. —¿Qué has hecho con los prisioneros?

—Todavía los tenemos —dije, encogiéndome de hombros—. Están en los calabozos, siendo torturados. Cuando los capturamos, les impuse un castigo de dos años de tortura y luego que su ejecución fuera pública. De hecho, la fecha de la ejecución se acerca. Estarás aquí para ese momento.

—Qué divertido —respondió Ava, pero su voz sonó seca y plana.

—¿Pasa algo? —Pregunté.

—Suena tan, bueno, cruel... —Su voz se apagó.

—No es muy diferente de vuestras prisiones humanas —repliqué.

—Pero lo es. Es muy diferente.

—¿Cómo es eso? ¿No mantenéis también encerrados a los prisioneros? Y a veces también los ejecutáis.

—Sí que lo hacemos —asintió Ava—. Pero es... diferente. No puedo explicar por qué, pero lo es.

Justo entonces, oí que alguien me llamaba por mi nombre, y nos giramos para ver a Beta Noah acercándose a nosotros.

—Rey Leo —dijo Beta Noah, con una sonrisa en la cara—. ¿Supongo que ella es Ava?

—Sí. Ava, este es Noah, mi Beta y amigo de confianza. Noah, es un placer presentarte a Ava.
—Señorita Ava —dijo Beta Noah, tomando la mano de Ava entre las suyas e inclinando la cabeza para besarla. —Es un placer.
—¿Qué te trae a los campos de entrenamiento? le pregunté a Beta Noah.
—Cassie, por supuesto. He venido a verla. Y… ahí está. —Señaló el campo de entrenamiento.
En ese momento, la loba a la que señalaba se giró y nos vio. Saltó hacia delante y empezó a correr hacia nosotros, cambiando de nuevo a su forma humana mientras corría. Cuando nos alcanzó, estaba sin aliento y tenía las mejillas sonrosadas.
—Papá —dijo Cassie, poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué te he dicho de venir aquí? Me avergüenzas. ¿Ves a algún otro padre por aquí controlando a sus hijos? —Se detuvo al ver a Ava—. Hola —dijo Cassie, tendiéndole la mano—. Creo que no nos conocemos. Soy Cassie.
—Cassie, esta es Ava —le dije—. Está aquí como mi invitada personal.
—Genial. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —preguntó Cassie mientras se daban la mano.
—No estoy muy segura —respondió Ava.
—Al menos un mes —intervine.
Ava sonrió.
—Sí, al menos un mes —contestó.
—¡Fabuloso! Estará bien tener una cara nueva por aquí —respondió Cassie. El entusiasmo de Cassie se mostraba en su máximo

esplendor. Era un poco más joven que Ava, pero por la sonrisa de ésta me di cuenta de que Cassie ya le caía bien.

—Cassie se examinará de guerrera dentro de un par de meses —le dije a Ava.

—Es impresionante —dijo Ava con sinceridad.

—Bueno, ya veremos —dijo Cassie, suspirando—. Podría tener una oportunidad de aprobar si mi padre dejara de venir a interrumpir mi entrenamiento.

—Sólo quiero asegurarme de que estás a salvo —dijo Beta Noah.

—Cassie es una guerrera fuerte y capaz —le dije a Beta Noah—. Estás siendo sobreprotector.

—Gracias —dijo Cassie, sonriéndome. Luego, su expresión cambió—. Tengo una idea —dijo, cogiendo las dos manos de Ava entre las suyas—. ¿Ya has conocido a todo el mundo?

Sabía a dónde iba esto.

—Aún no. Llegó ayer —le dije a Cassie.

—¡Entonces organizaré una fiesta del té para ti! —exclamó Cassie entusiasmada. Tenía el presentimiento de que diría eso: a Cassie le encantaba organizar fiestas y siempre encontraba un motivo para organizar una—. Será muy divertido —exclamó—. ¿Qué te parece? ¿Qué me dices? ¿Lo hago? Por favor, déjame organizar una fiesta de té en tu honor.

—Bueno, no sé... —empezó Ava, pero Cassie la interrumpió.

—Oh, vamos. No aceptaré un no por respuesta. Será genial —dijo Cassie, con las mejillas sonrojadas—. Podrás conocer a todas las lobas. Bueno, al menos a las que son amigas mías. Y en realidad no

es té lo que bebemos, ya me entiendes —dijo, dándole un codazo a Ava y guiñándole un ojo.
—Yo... supongo que sí —cedió Ava con una sonrisa.
—¡Maravilloso! Hecho. Espera, ¿qué vas a hacer ahora? —preguntó Cassie.
—Leo me está dando una vuelta por los terrenos del palacio —respondió Ava.
—¿Te ha enseñado el laberinto de setos? —preguntó Cassie, con los ojos brillantes.
—Sí. Pero no lo hemos recorrido.
—Bueno, entonces vamos. Te llevaré. De todas formas, hoy ya he terminado de entrenar. Está garantizado que nos perderemos, pero eso es la mitad de la diversión, ¿no? ¿Podemos, Rey Leo? ¿Puedo llevarla al laberinto de setos?
Me reí entre dientes.
—Si Ava quiere ir, claro —dije.
—Sí que quiero —respondió Ava.
—Fabuloso. —Cassie enlazó su brazo con el de Ava—. Nos dará la oportunidad de conocernos. Y podremos hablar de la fiesta del té. Estoy pensando en «Preciosas de rosa» como tema. ¿Qué te parece?
Cassie ya se estaba llevando a Ava, charlando animadamente.
Beta Noah y yo las observamos marcharse. No me lo esperaba, había planeado pasar toda la mañana con Ava, pero era importante que se sintiera bienvenida e incluida aquí y, sinceramente, no había nadie mejor que Cassie para ayudarme a conseguirlo.
—¿Cómo ha ido? — preguntó Beta Noah—. ¿Cómo se está adaptando Ava?

—Tengo mucho que contarte —le confesé antes de empezar a recapitular el día anterior. Él ya conocía parte de la historia porque le había contado que había encontrado a Ava, pero no conocía los detalles. Le conté que casi se había transformado por primera vez y que su madre la había alimentado con supresor de lobos durante toda su vida. Luego solté la bomba de que en realidad Ava era mi pareja y además teníamos un hijo.

—Hostia puta —exclamó Beta Noah cuando terminé—. Vaya día que tuviste ayer, ¿eh?

—Puedes repetirlo —dije, asintiendo.

—Entonces ¿se va a quedar? —preguntó.

Le dije que era complicado. No estaba segura de querer hacerlo, así que había hecho un trato con ella para que se quedara un mes.

—Aunque no estoy seguro de que vaya a quedarse —le dije.

—Entonces dale una razón para que lo haga —bromeó Beta Noah.

No era tan sencillo como lo hacía parecer.

—¿Y cómo lo hago? —le pregunté.

Beta Noah me sonrió y me dio un codazo en las costillas.

—Vamos —dijo riéndose—. Eres el Rey Alfa. Si alguien puede convencerla de que se quede, eres tú.

16

Ava

Cassie me cayó bien al instante, a pesar de ser un poco más joven que yo. Tal y como había prometido, nos perdimos de forma penosa en el laberinto de setos, pero había algo tan entrañable en ella que, sinceramente, quise seguir perdida un rato. Parloteaba sobre su vida, sobre por qué quería ser guerrera y, por supuesto, sobre la fiesta del té. Me pareció extraño que una mujer adulta organizara una fiesta del té, pero ella insistió en que sería divertido, así que decidí mantener la mente abierta.

Además, le había prometido a Leo que le daría una verdadera oportunidad a todo esto, y me daba la impresión de que hacer amigos era una forma de hacerlo. Aparte de algunas personas del trabajo, no tenía amigos en Ocean Crest, y era muy exagerado llamarlos «amigos». Excepto Randy, que era lo más parecido que tenía a un amigo de verdad.

Así que, en el fondo, la idea de conocer a otras mujeres y entablar una relación con ellas me resultaba un poco excitante, aunque

tuviera que ser durante una merienda.
Cassie planeó la fiesta del té para el día siguiente.
—No hay mejor momento que el presente —me dijo cuando quedé con ella para jugar a las cartas después de cenar.
Después del laberinto de setos, pasé el resto de la tarde con Leo. No hicimos mucho; sólo charlamos un poco sobre mi madre y su repentino fallecimiento. Luego le conté el nacimiento de Oliver y todo lo que se había perdido durante el último año. Terminamos nuestro día juntos con otra elaborada cena y luego me excusé para ir a jugar a las cartas con Cassie.
—¿Te veré esta noche? —me preguntó, clavando sus ojos en los míos con una intensidad que me hizo sonrojar. Pero negué con la cabeza: después de jugar a las cartas, solo quería quedarme en mi habitación con Oliver.
Sinceramente, estaba un poco agotada. Como no estaba tomando mis supresores de lobo, podía sentir a mi loba cada vez más fuerte. Ella exudaba energía inquieta, y estaba constantemente empujando contra mí. Gracias a Leo, sabía cómo responder, pero era agotador. Eso y el hecho de que todo era tan nuevo y desconocido me hacían sentir muy cansada. Así que pasé la noche sola en mi habitación con Oliver y me fui a la cama muy temprano.
A la mañana siguiente, me desperté cuando las criadas llamaron a mi puerta. Llegaron con más vestidos. Parecían muy entusiasmadas con la fiesta del té y me pidieron que eligiera un vestido. Elegí un vestido rosa hasta la rodilla con un corpiño de encaje, ya que Cassie había dicho que el tema tenía algo que ver con el rosa.
Desde allí, las criadas me acompañaron a una terraza.

Me quedé sin aliento cuando vi lo que había hecho Cassie. Toda la terraza estaba decorada con tul y satén rosa, que envolvía el techo y rodeaba las vigas. Había mesas con manteles rosas y detrás de ellas una fuente de la que manaba algún tipo de líquido, así como platos y más platos de comida.

Había alrededor de una docena de mujeres, todas de edades comprendidas entre la mía y la de Cassie, por lo que parecía. Se detuvieron cuando salí a la terraza y todas me miraron y se quedaron en silencio.

—¡Ava! —chilló Cassie, corriendo hacia mí. No sabía qué me esperaba, pero ahora que era el centro de atención, me sentía dolorosamente incómoda e insegura—. Me encanta el vestido —dijo Cassie, cogiéndome del brazo—. Ven a conocer a las chicas.

Cassie tiró de mí hacia la terraza mientras todas las mujeres se arremolinaban a nuestro alrededor. Todas eran guapísimas, realmente guapísimas. También llevaban vestidos rosas y me miraban con cara de impaciencia.

—Sam, tráele una copa de champán mientras hago las presentaciones —ordenó Cassie. La chica llamada Sam se dirigió hacia la fuente. Observé cómo sumergía una taza de té en ella. Cassie no había bromeado; en esta fiesta del té no había té, sino tazas llenas de champán.

—Señoritas —dijo Cassie con una sonrisa exuberante—. Esta es mi querida amiga, Ava. Está aquí como invitada de Leo.

Me pareció que lo de «querida amiga» era un poco exagerado puesto que nos habíamos conocido ayer, pero estaba tan emocionada que no iba a echar a perder su presentación.

—Ava, éstas son las chicas —dijo Cassie con un movimiento de la mano—. Esta es Fiora —dijo, señalando a una chica con un vestido de baile rosa—. Es la hija de la Gamma. —La mujer sonrió y me saludó con la cabeza—. Y estas son Meredith, Mercy y Moana. Son trillizas. —Me giré para ver a tres mujeres idénticas que me sonreían.

Cassie continuó con las presentaciones mientras yo intentaba recordar todos los nombres y las caras. Sonreí amablemente a cada una de las mujeres, que me devolvieron la sonrisa y asintieron con la cabeza. En algún momento de las presentaciones, me pusieron la taza de champán en la mano, pero apenas me di cuenta. Estaba demasiado concentrada para intentar recordar a todas las mujeres.

—Y por último, pero no menos importante —dijo Cassie cuando llegamos al final del círculo—, esta es Jade Hullen. Está aquí asistiendo a la Escuela Real de Hombres Lobo para convertirse en doctora. Es una invitada de palacio. De hecho, su habitación probablemente no esté tan lejos de la tuya.

—Al contrario —dijo Jade, mirándome de arriba abajo—. Estoy en el ala de invitados en el lado opuesto del palacio. Ava, tú estás en la suite de invitados del Señor, así que estamos a mundos de distancia. —Pronunció la palabra «mundos» de una manera que me inquietó. Tenía más o menos la misma edad que yo y pecas en la nariz. Mientras que las otras chicas me habían sonreído amablemente, la sonrisa de Jade era tensa. No pude evitar la sensación de que me estaba evaluando, aunque no tenía ni idea de por qué.

—Fallo mío —dijo Cassie, encogiéndose de hombros—. Bueno, ahora que ya nos hemos presentado, he preparado unos juegos para que

juguemos antes de comer y...

—¿Es cierto? —interrumpió una de las mujeres, Meredith, dando un paso adelante—. ¿De verdad eres del mundo humano?

La pregunta me pilló desprevenida.

—Hum, sí —dije, pero sonó más como una pregunta.

—Es fascinante —responde Meredith con los ojos muy abiertos. Algunos asintieron con la cabeza.

—¿Cómo es? —preguntó otra, ¿tal vez Lucy?

—Oh, eh, no lo sé. No es tan... agradable, ¿supongo? Bueno, eso no es cierto. Hay sitios bonitos. Grandes mansiones y esas cosas. Pero no en la ciudad de dónde vengo.

Las mujeres continuaron con una sucesión de preguntas, desde coches hasta restaurantes.

—Nunca he estado en un restaurante —suspiró una de ellas—. Apuesto a que es fascinante.

—De verdad, no te pierdes gran cosa —me reí entre dientes. De todas las cosas que podían fascinarla, ¿había caído en *los restaurantes*?

Cassie explicó que varias de las mujeres nunca habían estado en una ciudad o pueblo humano. Por supuesto, habían visitado otras manadas pero nunca se habían aventurado en el «mundo humano». Otras sí, pero aun así parecían muy interesadas en todo lo que pudiera decirles. Respondí a su avalancha de preguntas lo más educadamente posible, aunque me sentía ridícula. Comparado con el palacio y el hecho de que todas eran hombres lobo, yo no veía qué le encontraban de fascinante al mundo humano.

Pero estaba allí para hacer amigas, así que intenté ser lo más amable posible.

—Vale, basta, basta —dijo finalmente Cassie, para mi alivio—. La estáis agobiando. Cambiemos de tema. Ven, siéntate, Ava. Vamos a contarle todo el té de la manada.

Todas las mujeres sonrieron a Cassie con complicidad y se apresuraron a coger sillas. Me sentaron y colocaron sus sillas alrededor. De repente tuve la sospecha de que aquella «fiesta del té» era una fiesta del té, pero el nombre se debía a otro tipo de té.

Con una mirada pícara, Cassie colocó disimuladamente una bolsa de terciopelo sobre la mesa.

—Muy bien, señoritas, hora del té —dijo, y todas soltaron una risita, todas menos Jade. Estaba sentada frente a mí, con los ojos fijos en mi cara. No parecía tan entusiasmada como las demás mujeres. Su rostro mostraba continuamente una expresión ilegible.

—¿Qué es esto? —pregunté, echando un vistazo a la bolsa de terciopelo.

—Es un juego —dijo Cassie—. El saquito está lleno de nombres de miembros de la manada. Saco un nombre y quien tenga algún cotilleo sobre esa persona se da una palmada en la pierna. El primero que lo haga gana un punto.

¿Así que se trataba de una sesión de cotilleo? El concepto me pareció muy extraño. La bolsa parecía muy llena. ¿Cuántos cotilleos podría haber?

Pero pronto descubriría que había muchos.

Había muchísimos.

Al parecer, los cotilleos eran algo esencial en la manada. No tenía ni idea de cómo se enteraban de esas pequeñas esos pequeños retazos de información, ni de si alguno de ellos era cierto, pero a las chicas no parecía importarles la validez de los cotilleos; lo único que les importaba era el cotilleo en sí.

Cassie sacó de la bolsa un nombre tras otro. Después de oír cada nombre, las mujeres se daban palmadas frenéticas en las rodillas, sinceramente disgustadas al no ser las primeras en hacerlo.

—Guerrero James —dijo Cassie maliciosamente.

Palmada.

—¡Meredith!

—¡Se está acostando con la hija de la doncella principal!

Risitas.

—Cassandra Stones —dijo Cassie.

Palmada.

—¡Sam!

—He oído que su lobo está muy mal. Tanto que ni siquiera puede transformarse. Podrían enviarla a un médico especial para lobos, ya sabéis a qué me refiero.

Más risitas.

—Jonathan Wince.

Palmada.

—Oh, ha estado cerca. Pero voy a darle el turno a... ¡Fiora!

—¡Sí! Tengo una buena sobre Jonathan. Al parecer... —Hizo una pausa para conseguir un mayor efecto—. Está enamorado de una joven loba de, escuchad... —Otra pausa efectista—. ¡La manada Sidlewood!

—¿Qué? ¡Que asco! ¡No!

Esto duró una media hora. Observé, entre fascinada y horrorizada, cómo las damitas soltaban su «té» sobre todos los nombres de la bolsa. Me parecía muy perverso hablar así de todo el mundo, pero todas actuaban como si este juego de calumnias fuera perfectamente normal.

Tengo que admitir que aprendí mucho con el juego. Por supuesto, todo era información sobre gente que no conocía y no estaba segura de que fuera cierto. Como mínimo, era interesante, como ver una especie de telenovela de la vida real.

Cassie metió la mano en la bolsa y luego hizo un mohín.

—Esos son todos los nombres que tengo —dijo suspirando tristemente.

—¿Cómo sabéis todo esto? —solté y me quedé paralizada. No había querido decirlo en voz alta. Las mujeres soltaron una risita.

—Las doncellas —dijo Meredith mientras apilaba algunas tazas en una bandeja para rellenarlas.

—¿Las doncellas? —pregunté.

—Las doncellas lo saben todo —confirmó Moana.

—Lo ven y lo oyen todo —asintió Fiora.

—Por eso no puedes fiarte de las criadas —me dijo Cassie, con rostro solemne.

—Así es, Ava. Hagas lo que hagas, no confíes en una criada. Son unas pequeñas espías que te dirán cualquier cosa por el precio correcto.

Asentí, así que no se trataba sólo de cotillear, sino también de sobornar. Las mujeres habían venido cargadas con cotilleos por los

que habían pagado a las criadas. Saber eso sólo añadía un nivel adicional de rareza a todo el asunto.

—Es muy amable por vuestra parte advertir a Ava sobre las criadas —dijo Jade. Me di cuenta de que ella no había contribuido a ninguno de los cotilleos. De hecho, no había dicho nada en todo el juego—. Ya que ella es del mundo humano y no sabe nada de cómo funciona una manada de verdad.

Parecía una afirmación inocua a primera vista, pero había un insulto escondido en alguna parte. Su tono era altivo y burlón.

—No es culpa suya venir del mundo humano —replicó rápidamente Moana

—Cierto —respondió Jade—. Pero, ¿por qué tenemos que ser nosotras quienes la eduquemos sobre nuestras costumbres? Quiero decir, ¿ahora nos dedicamos a esto? ¿A acoger humanos?

Y ahí estaba el insulto. Claramente, Jade se sentía superior a mí y lo dejó salir todo. El grupo guardó silencio por un momento mientras la inquietud se apoderaba de todas. El comentario de Jade había llenado el ambiente de tensión. Cassie fue la primera en hablar.

—Ella no es humana, Jade. Es una loba, al igual que todas las que estamos aquí.

—¿Ah, sí? —Jade chasqueó la lengua, sacó un bolígrafo del bolsillo y cogió uno de los trozos de papel del juego. Todos la miramos mientras le daba la vuelta y escribía algo. Luego cogió el reverso y me miró fijamente mientras dejaba caer la tarjeta en la bolsa.

—Oh, mira, hay uno más —dijo, con la voz plana y los ojos clavados en los míos. Hizo ademán de sacar la tarjeta—. Bueno, ¿vas a mirarlo? Pone Ava. —Las mujeres miraron, con los ojos muy

abiertos, cómo Jade se daba una palmada dramática en la rodilla —.Yo gano. He oído que Ava ha estado tomando supresor de lobo toda su vida y que ni siquiera se ha transformado nunca.

Las palabras de Jade cortaron el aire como un cuchillo. Algunas de las mujeres jadearon y otras se limitaron a mirarse confusas. Me volví hacia Cassie. Tenía los ojos entrecerrados.

—¿Es... es verdad? —susurró una de las mujeres.

Claro, ahora quieren saber si un rumor es cierto, aunque no ha parecido importarles en los demás cotilleos. Resistí el impulso de poner los ojos en blanco.

—Sí, es verdad —dije, levantando la barbilla—. Mi madre me dio supresor de lobos en cuanto nací. No tenía ni idea de que era un hombre lobo hasta que conocí a Leo hace dos años. Y es verdad... nunca me he transformado. —No veía cuál era el problema. Ya cambiaría cuando estuviera preparada. Jade lo hacía sonar como si tuviera la peste o algo así.

Pero al parecer, Jade no había terminado. Abrió la bolsa y volvió a dejar caer la tarjeta con mi nombre dentro, y luego la sacó.

—Oh, mira. Es Ava. Otra vez.

—Es suficiente, Jade —espetó Cassie, pero Jade la ignoró. Se dio una palmada en la rodilla.

—Ava es una renegada —dijo Jade—. Su madre fue exiliada de la Manada Tormenta Solar por engañar al Alfa.

La respuesta fue mucho más contundente que la anterior. A mi alrededor, las mujeres desviaron la mirada.

—No puede ser —dijo Moana—. Ella no tiene la marca del exilio.

—Porque Leo la ha aceptado en tu manada —dijo Jade, apuñalándome con la mirada—. No sabía que la manada Sombra Negra se había convertido en un hogar para renegados descarriados.
Varias de las mujeres tragaron saliva y todas guardaron silencio. Las palabras de Jade tenían un peso que yo no entendía del todo, pero fue suficiente para poner nerviosas a todas las mujeres.
No sabía qué decir. Era la verdad.
Cassie acudió en mi ayuda.
—Yo que tú tendría cuidado con lo que dices —le espetó a Jade—. Ava es la compañera del Rey Alfa y no creo que le hiciera mucha gracia enterarse de tus travesuras. —Entonces Cassie se volvió hacia mí y dijo en voz alta—: No le hagas caso, Ava. Se rumorea que Jade vino aquí buscando algo más que educación. Sólo está celosa.
—¿De verdad crees que el vínculo de pareja es importante? —dijo Jade con malicia, ignorando el comentario de Cassie—. No significa nada.
Miré a Cassie en busca de una explicación. Tal y como Leo lo había descrito, el vínculo de pareja significaba mucho.
No todos los lobos valoran el vínculo de pareja —me dijo Cassie—. Algunos lobos se casan por razones políticas y mantienen a su compañera al margen, como si fuera una amante.
¿Una *amante*? Se me cayó la cara de vergüenza mientras Jade me sonreía con suficiencia.
—Pero el Rey Alfa Leo nunca haría eso —se apresuró a añadir Cassie.
—Ya veremos —respondió Jade, poniéndose en pie—. Gracias por el té, Cassie, pero me temo que tengo que irme. Tengo que ocuparme

de mis estudios. Señoritas… —inclinó la cabeza.
—Sí, yo también debería irme —dijo Moana, seguida por Meredith y Mercy.
—Yo también. Pero ha sido divertido, Cass. Gracias —dijo Sam.
Jade siguió sonriendo con suficiencia mientras las otras cuatro mujeres se levantaban de la mesa. Luego se dio la vuelta y la siguieron a la salida.
El resto de las mujeres permanecieron sentadas y comprendí lo que acababa de ocurrir. Las mujeres habían tomado partido: Jade contra mí. Las que se quedaron me sonrieron con toda la sinceridad que pudieron.
—Bueno —dijo Cassie, también de pie—. Ahora que la zorra se ha ido, ¿comemos?
Todas las mujeres asintieron e hicieron lo posible por mantener un ambiente alegre durante toda la fiesta, pero la incomodidad se mantuvo desde que Jade y su séquito se marcharon.
Estaba claro que ahora había una desavenencia entre las mujeres, y yo era la causa, por algo relacionado con mi condición de renegada. Sin embargo, decidí intentar que no me molestara demasiado. Las mujeres que se habían quedado eran amistosas y yo tenía a Cassie, que claramente estaba de mi lado. Por mí, las demás podían irse al infierno. Además, como Cassie había dicho tan enérgicamente, yo era la compañera del Rey Alfa. Eso tenía que contar para algo, ¿no?
Me volví a mirar la muñeca para asegurarme de que la marca había desaparecido. Había desaparecido. Así que esas zorras estaban equivocadas: yo ya no era una renegada. Era miembro de la manada Sombra Negra, así que ¿qué me importaba lo que pensaran?

Excepto que, muy en el fonde, me importaba.

17

Ava

Me desperté y estiré los brazos por encima de la cabeza. Me estaba acostumbrando a despertarme en este precioso dormitorio con ropa de cama limpia cada noche. También me estaba acostumbrando a tener criadas a mi entera disposición, aunque no quisiera admitirlo. Hacía cuatro días que había llegado a palacio y era la primera vez que me despertaba sin sentirme desorientada.

En cambio, me puse a pensar inmediatamente en lo que quería desayunar ese día. Leo me invitaba todas las mañanas a desayunar con él en el comedor. Me sentía más cómoda comiendo sola en mi habitación, pero quizá hoy aceptara su oferta. ¿Me apetecían gofres con fresas frescas y nata montada? ¿O me apetecía una tortilla hecha al momento?

Reprimí una risita. Escúchate, me reprendí a mí misma. Pareces una princesa mimada. Y supongo que en cierto modo lo era. No, no era así. No era una princesa mimada, era una reina mimada.

O al menos lo sería si decidiera quedarme.

Aparté las mantas y salí de la cama para ver cómo estaba Oliver. Imaginé que ya estaría empezando a despertarse. Al principio, su horario se había desajustado por completo y no se dormía por la noche cuando debía, lo que significaba que se quedaba dormido hasta tarde por las mañanas. Acababa de volver a encarrilarlo, así que debería estar a punto de despertarse.

Me acerqué sigilosamente a su moisés y lo miré.

—¡Oh, Dios mío! —grité.

Me froté los ojos. ¿Seguía dormida? ¿Seguro que no estaba viendo lo que yo creía que estaba viendo? Me acerqué más. Era verdad: en lugar del adorable cuerpo dormido de Oliver, ¡había un puto lobo en la cuna!

—¡Ayudadme! —Volví a gritar. ¿Qué había pasado? ¿Se había metido un lobo en la cuna en mitad de la noche y se lo había comido? Eché un vistazo a la habitación y luego debajo de la cuna. ¡Santo cielo! ¿Dónde estaba Oliver? Caí de rodillas, gritando su nombre.

Justo entonces, dos criadas entraron corriendo en mi habitación.

—Señorita Ava, ¿qué pasa? —me preguntaron al verme de rodillas, buscando frenéticamente a mi hijo.

—¡Es Oliver! — grité—.¡No está en su cuna!

—¿Qué? —preguntaron con los ojos muy abiertos. Se abalanzaron sobre la cuna mientras yo entraba furiosa en el cuarto de baño. Se había salido de la cuna, pero ¿cómo? ¿Y qué hacía un *lobo* en su cuna?

Aparté la cortina de la ducha y revolví todos los armarios. El corazón me latía con fuerza. Había perdido a mi hijo. Había...

—Señorita Ava —una de las criadas apareció en la puerta del baño, sobresaltándome—. El pequeño Oliver está en su cuna.

—¡No! —grité—. No está. Hay... hay algún tipo de criatura ahí dentro. Él se... ¡se ha ido!

—Ya está —me dijo la doncella, dándome palmaditas en la mano. Luego me llevó de nuevo al dormitorio y a la cuna. Me sentía como si estuviera caminando en sueños. Estaba completamente aturdida.

—Mire, está ahí mismo —dijo la criada, señalando al pequeño lobo en la cuna.

—Pero ese no es Oliver, es un... —mi voz se cortó al darme cuenta.

—Sólo se ha transformado, eso es todo —dijo la criada, con amabilidad—. Es un cachorrito muy lindo.

¿Transformado? ¿Qué clase de locura era esta? Me quedé mirando la cuna con total incredulidad. Tenía unas orejitas diminutas y un suave pelaje marrón. Roncaba plácidamente, con las patitas apoyadas suavemente en el pecho.

—¡Haz que vuelva a transformarse!— dije, moviendo la cabeza—. No quiero que sea así. Haced algo—. Las criadas retrocedieron ante mis frenéticas órdenes. Sentía que estaba a punto de desmoronarme.

—De acuerdo, está bien —dijo una de las doncellas—. Espere aquí, señorita Ava. —Luego salieron corriendo de la habitación, dejándome a solas con Oliver.

Le levanté con cuidado. Abrió los ojos, se lamió los labios y sacudió la cabeza. Lo estreché contra mi pecho y él acurrucó su cabecita de cachorro de lobo en mi cuello.

—¿Ollie? —pregunté, al borde de las lágrimas—. ¿Puedes oírme, cariño? A mamá no le gusta esto. Por favor, vuelve a transformarte.

Pero el cachorro de lobo sólo bostezó y se acomodó contra mi pecho. Lo acuné en mis brazos, angustiada y abrumada. Por supuesto que se había transformado, no le había dado supresor de lobos.

Leo entró corriendo en la habitación, con una sonrisa en la cara.

—Dámelo —me ordenó Leo, y le pasé a Oliver.

—Es bastante mono, ¿no crees? —dijo Leo con orgullo mientras sostenía a Oliver frente a él—.Mira sus patitas.

Leo sostenía a Oliver bajo los hombros y sus patitas colgaban en el aire. Era realmente dulce, con un pelaje espeso y peludo. Si no hubiera sido mi hijo, entonces sí, podría haber estado de acuerdo en que era condenadamente mono.

—Basta —le espeté a Leo—. Haz algo. No quiero que esté así.

Pero Leo sólo se rio.

—No pasa nada, Ava —me dijo con voz tranquilizadora—. No hay nada de qué preocuparse.

¿Nada de lo que preocuparse? Me quedé completamente estupefacta.

—Vamos, quiero enseñarte algo —dijo Leo con calma, y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera! ¿A dónde lo llevas? —pregunté, corriendo para alcanzarlo.

—A la Guardería de Cachorros. Verás que no hay motivo para preocuparse.

Seguí a Leo escaleras abajo hasta la parte trasera del palacio. Leo sujetaba a Oliver y me horroricé cuando soltó un pequeño aullido. Pronto llegamos a una gran puerta. Leo sujetó a Oliver bajo un brazo como si fuera un balón de fútbol americano y abrió la puerta.

—Esta es la Guardería de Cachorros —dijo Leo—. ¿Ves? Todo está perfectamente bien.

Me quedé boquiabierta. Había unas dos docenas de niños en la guardería, todos muy pequeños, pero mientras algunos estaban en forma humana, jugando alegremente con bloques o coloreando, otros estaban en forma de lobo. Dos cachorritos jugaban al tira y afloja con lo que parecía una pequeña manta en un rincón, varias mujeres cepillaban a otros con suaves cepillos y otros correteaban y se revolcaban.

La habitación era espaciosa y estaba bien ventilada, tenía muchos juguetes y actividades. Una gran puerta francesa daba a una zona de césped con cuerdas, troncos y juegos infantiles. Parecía una bonita guardería, mucho mejor que la anterior guardería humana de Oliver.

—Rey Leo —dijo una señora, acercándose a nosotros mientras yo miraba alrededor de la habitación—. ¿Por fin nos has traído a tu pequeño cachorro?

—Eso es —dijo Leo, mostrando con orgullo a Oliver—. Este es Oliver, mi hijo. Parece que anoche se transformó mientras dormía.

—Parece que sí —dijo la señora con una sonrisa, extendiendo los brazos para coger a Oliver—. Oh, es precioso. Un futuro rey, seguro. Viendo esas patas, seguro que crecerá fuerte y poderoso.

—No podría estar más de acuerdo —sonrió Leo a la señora. Luego Leo hizo un gesto hacia mí—. Esta es Ava, la madre de Leo y mi compañera. Está un poco desconcertada por todo esto, así que, por favor, ten paciencia con ella.

Miré boquiabierta a Leo.

—Leo, no me siento cómoda con nada de esto —le dije—. Por favor, haz que vuelva a transformarse.
La señora y Leo se rieron.
—Me temo que eso no se puede hacer —dijo la señora—. ¿Lo llevo a cepillar? — preguntó—. Tiene el pelo un poco anudado, sobre todo en la parte de abajo de la barriga.
—Por favor —dijo Leo. Instintivamente tendí la mano hacia Oliver, pero Leo me la apartó.
—Todos los niños de aquí tienen menos de cinco años —explicó Leo. — Verás, todos los bebés nacen con sus lobos, pero sus cuerpos no son lo suficientemente fuertes como para cambiar hasta que tienen más o menos un año. Como son tan pequeños, sus mentes no pueden controlar a sus lobos, así que cambian al azar entre lobo y humano. A esa edad todo es muy impredecible.
—Pensé que se había transformado porque no estaba recibiendo el supresor de lobo —dije.
—Bueno, sí, pero esta es también la edad normal para una primera transformación, Ava —dijo Leo.
Miré a los demás cachorros de lobo que había en la habitación. Y entonces, justo ante mis ojos, uno de los lobos que había estado tirando de la manta volvió a adoptar forma humana, sin más. Era una niña de unos cuatro años. Se levantó, se acercó a otros niños y se sentó con ellos a colorear.
—¿Así que les dejáis cambiar de forma cuando quieran? —pregunté.
—No tenemos control sobre ello —dice Leo—. Las manadas manejan a los niños menores de 5 años de diferentes maneras. Algunas mantienen a los cachorros en sus casas cuando se transforman.

Otras los dejan libres. Pero aquí, en la manada Sombra Negra, creamos esta guardería para todos los jóvenes de nuestra manada. Es un gran sitio, de verdad. Los cuidadores tienen un gran conocimiento de los cachorros de lobo de esta edad. Además, aquí tenemos un amplio espacio para dejarlos correr y jugar.

—¿Con qué frecuencia están aquí los niños... er, cachorros de lobo? —Supuse que era una guardería donde se dejaba a los niños durante el día, pero Leo me corrigió.

—Los padres pueden traer a sus hijos cuando quieran, de día o de noche. Siempre hay cuidadores de guardia. Cuidar de un cachorro de lobo puede ser agotador, así que es bueno que los padres descansen. Además, es ideal que los cachorros socialicen en un entorno controlado por si se produce una pelea. Los cuidadores saben cómo manejarlos.

—¿Has dicho que están aquí hasta los cinco años? ¿Y después qué pasa? —pregunté, tratando de asimilarlo todo.

—Pasan a una escuela especial para niños de cinco a siete años. Como a esa edad entienden mejor las cosas, les enseñamos a manejar a sus lobos. No es fácil, pero es necesario para su propia seguridad.

Leo me explicó que aprenden a bloquear a sus lobos hasta que cumplen dieciocho años.

—No permitimos que los niños se transformen en nuestra manada —dijo—. Sus lobos son inestables e impredecibles hasta que se hacen adultos. Puede ser... una situación peligrosa. Como seguro que sabes, los niños no siempre toman las decisiones más lógicas, y tener acceso a un lobo puede exacerbarlo. Una pequeña pelea en el

patio de recreo puede volverse violenta rápidamente si hay lobos jóvenes implicados.

—¿Y a los niños no les importa, bloquear a sus lobos durante todos esos años?

—La capacidad de controlar a sus lobos es motivo de orgullo, Ava. Es un logro. Significa que tienen una mente fuerte.

—¿Qué pasa si no consiguen bloquear a su lobo? —pregunté.

—Es raro, pero a veces ocurre. Cuando pasa, los enviamos a un especialista en adiestramiento de lobos. Si su ayuda no funciona, se somete al niño a vigilancia constante. Pero en realidad no ocurre muy a menudo.

Asentí con la cabeza.

—Así que hasta los cinco años, se transforman al azar. Y luego, de los cinco a los siete años, se les enseña a bloquear a su lobo. ¿Qué pasa cuando cumplen dieciocho?

—Son libres de transformarse. Ofrecemos más entrenamiento a esa edad para aprender a hacer retroceder al lobo. Algunos necesitan más que otros, según lo obstinado o poderoso que sea su lobo. Pero básicamente, cuando cumplen dieciocho años, adquieren la libertad de transformarse cuando quieran.

—No sé si me gusta esto, Leo —confesé, suspirando. Entendía que así era como hacían las cosas, pero seguía siendo realmente chocante para mí ver a Oliver como un lobo y ver como lo cepillaba un extraño.

—Si vuelves al mundo humano, deberás tener mucho cuidado con que Oliver tome su supresor de lobos. Obviamente, no puede ir por ahí transformándose en el mundo humano y, como ya he dicho, sin

el entrenamiento adecuado no puede controlar a su lobo. Pero personalmente estoy de acuerdo en que permitirles cambiar cuando quieran durante los primeros cinco años es saludable. Permite que sus cuerpos se acostumbren a cambiar. De hecho, en mi opinión, cuanto más se desplacen durante los primeros cinco años, mejor. El desplazamiento es duro para el cuerpo y es mejor hacerlo cuando los huesos aún se están formando. Sugiero que Oliver pase todo el tiempo que pueda en la guardería durante el próximo mes. Los cuidadores cuidarán muy bien de él, lo prometo. Estará en buenas manos.

La señora dejó a Oliver en el suelo y vi cómo corría por el suelo para reunirse con un par de lobos. A todos los efectos, parecía muy contento. Uno de los lobos se abalanzó sobre él juguetonamente y rodaron juntos por el suelo.

Luché con las palabras de Leo. No importaba lo que Leo dijera, dudaba que el shock de ver a mi bebé con patas y pelaje se me pasara. Pero tal vez Leo tenía razón, y ¿cuál era el verdadero daño? Si decidía quedarme, probablemente sería mejor para Oliver que su cuerpo se acostumbrara a estar en forma de lobo, como había dicho Leo. Y si no me quedaba, podría darle su supresor de lobo.

Diablos, incluso podría darle su supresor de lobos aquí, en el palacio, si cambiaba de opinión. Todavía tenía los que le compré a la bruja en el mercado el día que me encontré con Leo.

Una vez más, me recordé a mí misma que había prometido darle una oportunidad justa a la vida en el palacio. ¿No incluía eso hacer todas las cosas que hacen los hombres lobo? Si dejaban que sus

pequeños anduvieran por ahí en una guardería de cachorros de lobo, ¿quién era yo para discutir?

A regañadientes, acepté que Oliver se quedara, pero sólo unas horas. Rezaba en secreto para que volviera a su forma humana cuando yo fuera a recogerlo. Una parte de mí quería asegurarse de que lo hiciera, aunque Leo me aseguró que volvería a transformarse varias veces al día.

Salimos de la guardería y Leo me preguntó si quería desayunar con él. Acepté. Sin Oliver en mi habitación, sentí que sería un desayuno solitario si me quedaba. Sólo entonces me di cuenta, horrorizada, de que aún llevaba puesto el camisón. Había salido tan deprisa de la habitación que ni siquiera había tenido tiempo de vestirme adecuadamente. Parecía una loca, paseando por el palacio en camisón.

Así que le dije a Leo que me reuniría con él en el comedor y prácticamente eché a correr de vuelta a mi dormitorio, intentando ignorar las miradas perplejas que me dirigía la gente en el pasillo.

De vuelta en mi habitación, miré dentro del moisés de Oliver. Había algunos mechones de pelo en la manta. Antes de vestirme y bajar a reunirme con Leo, miré en mi bolso para asegurarme de que aún tenía mi supresor de lobos... por si acaso.

18

Leo

Ava se estaba adaptando bastante bien a la vida en el palacio. El hecho de que Oliver se convirtiera en un cachorro de lobo la había desconcertado un poco, pero una vez que se acostumbró a la idea, estuvo bien. Tenía que admitir que Oliver era el cachorro de lobo más mono que había visto nunca, y no lo decía sólo porque fuera su padre. Ya era muy fuerte para un cachorro de su edad y también ágil. Me moría de ganas de ver en qué lobo se iba a convertir.

Eso, si Ava decidía quedarse.

Llevábamos más o menos una semana del mes que habíamos acordado cuando me preguntó por la transformación. Me preguntó durante una de nuestras cenas privadas. Cenábamos juntos todas las noches y, después de cada cena, le pedía que se reuniera conmigo en mi dormitorio. Pero todas las noches se negaba. La deseaba con todas mis fuerzas. Su olor me volvía loco, y su piel... tenía que contenerme cada vez que la veía.

Sin embargo, ella necesitaba más tiempo, más espacio para aclarar las cosas. Lo peor que podía hacer era presionarla, así que me limité a besarla suavemente en la frente cada noche y desearle buenas noches. Luego volvía a mi dormitorio y me masturbaba con imágenes de ella en mi mente.

Me había pillado desprevenido cuando me preguntó por la transformación. No estaba seguro de que quisiera hacerlo. Se había asustado mucho aquel día en el mercado, ¿y quién podría culparla? No tenía ni idea de lo que le estaba pasando, y yo había oído historias horribles de gente que no se transformó por primera vez hasta que fue adulta. Como Ava, su lobo había estado reprimido o ausente por varias razones. Pero al parecer, cambiar de forma por primera vez en la edad adulta era insoportable.

Los cuerpos pequeños se transforman más fácilmente en la forma del lobo, por eso dejábamos que nuestros cachorros cambiaran libremente de forma cuando eran jóvenes. Les daba a sus cuerpos una especie de memoria muscular, como un plano para el cambio. Pero Ava no tenía nada de eso, y su primer cambio completo iba a conmocionar todo su cuerpo. Aquel día, en el mercado, sólo había sentido un poco y el dolor la había hecho llorar.

Sólo podía imaginar lo mucho que le dolería transformarse por completo.

—¿Quieres transformarte? —pregunté, dejando mi tenedor.

—Prometí que me permitiría abrazar la vida del lobo plenamente mientras estuviera aquí. ¿No es la transformación una gran parte de eso?

Asentí: ¿qué era un hombre lobo sin su lobo? Pero no estaba seguro de que Ava supiera lo que le esperaba, así que quise ser completamente sincero con ella.

—El dolor va a ser una puta pesadilla —le dije. Esperaba que se sorprendiera, pero en lugar de eso, se limitó a asentir.

—Lo sé. Cassie me lo contó. Dijo que conocía a alguien que conoció a alguien que no se transformó por primera vez hasta los veintidós años... algo sobre que su lobo estaba enfermo. ¿O tal vez estaba loco? No me acuerdo. Pero de todos modos, Cassie no me ahorró detalles. Dijo que me dolería tanto que probablemente vomitaría.

Ava estaba pasando mucho tiempo con Cassie, lo cual me alegraba. Parecían estar muy unidas y, puesto que Cassie era la hija de mi Beta, no se me ocurría una amistad mejor. Además, Cassie estaba demostrando ser una joven guerrera muy competente, así que me hacía sentir mejor saber que Ava estaba en presencia de alguien que podía protegerla si yo no estaba cerca.

—Bueno, será un honor ayudarte con tu primera transformación —le dije a Ava—. A menos que quisieras hacerlo con Cassie…

Ava negó con la cabeza.

—No, creo que tú y yo deberíamos hacer esto juntos —dijo.

Ese comentario me calentó el corazón, así que le dije que lo haríamos mañana a primera hora.

***

A la mañana siguiente, me desperté antes de que saliera el sol. Salí sigilosamente del palacio y me adentré en el bosque para encontrar un camino perfecto para que Ava y yo corriéramos una vez que ella

se hubiera transformado, y luego el lugar perfecto para que volviéramos a transformarnos, en un claro junto a un riachuelo ondulante.

Cuando regresé al palacio, di instrucciones a la cocina para que prepararan un suntuoso picnic y les indiqué dónde colocarlo.

—Tiene que ser perfecto —les dije—. No escatiméis en gastos.

Asintieron y se pusieron manos a la obra. Luego esperé a Ava en el jardín donde habíamos quedado.

Se acercó, dolorosamente nerviosa.

—No sabía qué ponerme —dijo.

—Estás preciosa —le dije—.Y realmente no tiene importancia.

—¿Qué pasará con mi ropa cuando me transforme?

—Nada, en realidad —me encogí de hombros—. El lobo las envuelve de alguna manera y permanecen intactas. Cuando vuelvas a tu forma humana, seguirás teniéndolas.

—Es una locura —dijo con los ojos muy abiertos.

—Supongo que sí —dije, cogiéndole la mano. Mientras caminábamos por el sendero del jardín hacia el punto de partida que yo había elegido en el bosque, su olor a melocotón fresco se impuso al de las flores circundantes. Su mano en la mía estaba caliente y su sola proximidad me excitaba como nunca antes. Tuve que apretar literalmente la mandíbula para no abrazarla y besarla, pero sabía que llegaría nuestro momento. Todo lo que tenía que hacer era ser paciente.

La llevé a una espesa arboleda, donde estábamos bien escondidos. Quería que tuviera intimidad mientras se transformaba por primera vez.

Le conté lo que le esperaba. Sus huesos tendrían que romperse para dejar paso al lobo, y sus órganos se desplazarían dentro de su cuerpo. Sus encías arderían cuando los colmillos del lobo la atravesaran y...

—Lo entiendo. Me va a doler —dijo, cortándome. Cerré la boca. Tenía razón; contarle todos los detalles escabrosos de la transformación no iba a ayudar en este momento, así que dejé de hacerlo.

—Vale, puedo oír a mi loba. Está dando vueltas dentro de mi cabeza. Está ansiosa. Y excitada.

—Bien, así que estás conectada.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó.

—Llámala —le dije a Ava—. Sólo insístele para que venga.

—Oh, mierda —dijo Ava después de una pausa—. Puedo... puedo sentirla. Está... está viniendo. Oh, Dios mío.

Ava me miró con los ojos muy abiertos. Asentí con calma y le dije que respirara.

Y entonces, Ava empezó a cambiar. Gritó un par de veces de dolor cuando empezó la transformación y luego sus gritos se convirtieron en gemidos desesperados y lastimeros. Me mataba quedarme allí mirando, sabiendo que sufría tanto. Mi único consuelo era saber que la próxima vez no le dolería tanto; una vez que hubiera hecho la transformación inicial, el proceso sería más fácil.

Pronto, la cara de Ava fue reemplazada por la de una loba. Abrió la boca y sus colmillos cortaron sus encías. Su cuerpo se retorció y se transformó. Fue un proceso lento y agotador. Yo estaba acostumbrado a los cambios rápidos y eficientes, pero eso era algo

que se adquiría con la práctica. La animé mientras se transformaba, diciéndole que lo estaba haciendo muy bien, aunque se retorcía de dolor.

Sin embargo, al final todo rastro de la Ava humana desapareció y una hermosa loba de pelaje castaño y sedoso se plantó frente a mí. Era pequeña de estatura y sus ojos se clavaron en los míos.

«Ava», dije a través de un enlace mental.

«Joder», respondió Ava. «Espera, ¿cómo estamos hablando?»

«A través de un enlace mental», le dije. «Voy a seguir adelante y transformarme también ahora, ¿de acuerdo? »

«Esto es increíble» dijo. «Estoy como en la cabeza del lobo, en este extraño espacio negro. Todavía me siento como yo y puedo ver mis manos y esas cosas, pero también puedo ver a través de los ojos del lobo.»

«Lo sé, es bastante increíble, ¿verdad?» Me reí entre dientes, y luego dejé salir a Ash. Me transformé rápidamente y, en menos de un minuto, nuestros dos lobos estaban frente a frente.

Ash levantó la cabeza y olfateó.

«Omega» dijo.

Esto me impactó. ¿Ava era una omega? ¿En serio? No me lo esperaba. Los omegas eran bastante raros, un tipo específico de lobo que rezumaba fertilidad. Algunos creían que los omegas recibían bendiciones extra de la Diosa de la Luna y que se les otorgaban poderes especiales de reproducción para asegurar la supervivencia de nuestra raza.

«¿Estás seguro?» le pregunté a Ash. Volvió a olfatear el aire y me confirmó que era cierto.

Ser omega era una bendición, pero también conllevaba sus propios retos. Pronto, su loba entraría en celo. Estaría loca de lujuria, casi al borde de la locura, y la única forma de calmarla sería... bueno, el sexo.

Personalmente, nunca había tenido sexo con una omega en celo. La idea me emocionaba casi tanto como pensar que mi compañera era una bendita máquina de hacer bebés. Pensé en decírselo a Ava, pero aún se estaba acostumbrando a ser un lobo. Darle más información, como que su loba era especial y rara y que entraría en celo y desearía sexo porque había nacido con una extraordinaria capacidad de fertilidad, quizá no fuera lo mejor para Ava en ese momento.

Ash y yo nos quedamos mirando a la impresionante loba que teníamos delante. Inclinó la cabeza y empezó a escarbar en la tierra.

«Ava», dije a través del enlace mental. «¿Cuál es el nombre de tu lobo? »

«Oh. Yo, uh... » Ava hizo una pausa. Luego respondió con orgullo: «Seruse»

«Precioso» le dije. Seruse seguía clavando sus patas en la tierra mientras Ash se acercaba cautelosamente. Quería jugar con ella, pero sabía que era la primera vez que estaba en forma de lobo, así que tuvo cuidado. La golpeó suavemente con la pata.

Seruse levantó la vista y le devolvió el manotazo. Momentos después, estaban rodando juntos. Entonces, Ash empezó a correr, mirando hacia atrás para que Ava le siguiera. Corrieron entre los árboles y Ava me contó lo emocionada que se sentía. Sonreí para mis adentros. Sí, no había nada como correr en forma de lobo.

Pronto nos detuvimos, Seruse estaba sin aliento. Le dije a Ava que debía volver a transformarse ya, que probablemente era tiempo suficiente para las dos. Ash soltó un quejido y me dejó pasar. Retrocedí con facilidad. Ava, por su parte, luchó.

«No me deja» dijo Ava.

Seruse bajó la cabeza y levantó el trasero. Movió la cabeza de un lado a otro, soltando un gruñido grave y amenazador.

«¿Qué está haciendo?» Preguntó Ava, asustada. «¿Por qué suena así?»

Mierda. No lo había visto venir: Seruse era obstinada. Ava tendría que luchar mucho para hacerse con el control. Le indiqué a Ava qué hacer y le dije que mantuviera la calma. Ella tenía el control, no el lobo.

Pero joder, Seruse era terca como el demonio. Se negó a retroceder. Intenté acercarme a ella, con la mano extendida, pero hizo chasquear la mandíbula.

«Ava» dije con firmeza. «Tienes que controlar a Seruse.»

Por un momento, me arrepentí de haber dejado que Ava hiciera esto conmigo; su primera vez debería haber sido con un adiestrador adecuado. Desde luego, yo no era ningún experto en obligar a un lobo a cambiar cuando no quería.

Pero entonces, vi como Seruse empezaba a cambiar. Ava lo había conseguido. Se había hecho con el control de su lobo. Su transformación a la forma humana fue mucho más rápida que a la forma de lobo. En poco tiempo, Ava estaba ante mí, con las mejillas sonrojadas y los ojos desorbitados por la excitación.

—¡Lo he conseguido! —dijo, claramente orgullosa de sí misma.

La abracé con fuerza.

—Lo has conseguido —le dije, igualmente orgulloso de ella—. Sin embargo, y esto es sólo una amable sugerencia, creo que quizá te vendrían bien unas clases particulares con nuestro especialista en entrenamiento...

Ava soltó una carcajada.

—¿Tú crees? —dijo—. Casi no me deja volver.

—No te preocupes por eso. Con unas cuantas lecciones, será pan comido. Ven. Tengo una sorpresa para ti.

Cogí a Ava de la mano y la llevé al claro junto al arroyo. Tal y como había pedido, las criadas habían preparado un pequeño picnic. Había una bonita manta a cuadros y una cesta de picnic llena de comida, rodeada de flores silvestres. Habían colocado una mesita con dos copas y una botella de champán enfriándose en un cubo. En mi opinión, era perfecto.

Ava lo miró todo y luego se volvió hacia mí, sorprendida.

—¿Todo esto es para mí? —preguntó.

—Por supuesto— le dije—. Ven. Siéntate. —Me senté y acaricié la manta a mi lado. Luego metí la mano en la cesta de picnic, empecé a sacar la comida, que consistía en sándwiches frescos, fruta, quesos y carnes; y lo extendí todo sobre la manta.

—Esto es muy romántico —dijo Ava—. Nunca nadie había hecho algo así por mí.

—Me gusta hacerlo —le dije—. Si te quedas conmigo, dedicaré mi vida a hacerte feliz.

Ava sonrió y cogió uno de los bocadillos.

—Ava... ¿estás disfrutando aquí en el palacio? —pregunté, y luego contuve la respiración.

Quería oír un sí rotundo, pero en lugar de eso, asintió con cautela.

—Sí —respondió, pero no sonaba demasiado convincente.

—Bueno, quería preguntarte algo —continué, sirviéndonos a ambos una copa de champán—Pronto habrá una coronación de Luna en una manada cercana. Las manadas tienen diferentes ceremonias de coronación. Es una manada pequeña, pero sé cómo hacen las coronaciones y creo que te gustará. ¿Me permitirás que te lleve como mi acompañante?

Su rostro se quedó pensativo un instante, pero luego esbozó una sonrisa.

—Suena divertido, Leo. Sí, me encantaría ir contigo.

Le devolví la sonrisa.

—Perfecto. —Supuse que si veía algunas de nuestras costumbres, estaría más dispuesta a quedarse, y sabía que la coronación de Luna en la manada Corriente de Agua sería un asunto íntimo y feliz.

El tiempo corría. Solo me quedaban tres semanas para ganarme a Ava y tenía la sensación de que la coronación de Luna la haría cambiar de opinión.

19

Ava

La coronación de Luna superó mis expectativas. Algunos guardias, guerreros y miembros de la manada Sombra Negra, entre ellos Cassie y Beta Noah, nos escoltaron hasta la manada Corriente de Agua. Leo explicó que, como Rey Alfa, siempre estaba invitado a la coronación de una nueva Luna, aunque no siempre podía asistir por falta de tiempo.

La manada Corriente de Agua era lo que Leo llamaba una manada tradicional, como la manada Sombra Negra. Vivían casi siempre separados del mundo humano. Su manada estaba escondida al pie de una gran montaña y tardábamos casi un día entero en llegar. Por tanto, pasaríamos la noche allí, como invitados de la manada. Leo también me dijo que irían otros alfas de diferentes manadas, según la costumbre.

Nos recibieron con sonrisas y entusiasmo e inmediatamente nos llevaron a nuestras habitaciones. La manada había preparado en nuestras habitaciones fruta y queso para picar mientras nos

instalábamos. No tardó en aparecer una mujer para acompañarnos a la coronación oficial.

Había dos pilares colocados junto a un río, cubiertos de flores. Asistieron unas doscientas personas, todas sentadas en la hierba. Había elegido un elegante vestido de seda azul, pero Leo me dijo que me quitara los zapatos.

—La manada Corriente de Agua tiene un fuerte vínculo con la naturaleza —explicó Leo—. Por tanto, la manada ha pedido que todos asistamos descalzos.

Asentí con la cabeza y me senté junto a Leo al frente de la multitud.

—Es precioso, ¿verdad? —exclamó Cassie, sentándose a mi lado.

Estuve de acuerdo en que sí. El sol se ponía, arrojando una neblina rosada sobre el cielo. Un hombre estaba en una mesa bajo los pilares con dos bolsas de terciopelo. Leo explicó en voz baja que era un Anciano de la manada.

Al poco rato, apareció otro hombre.

—Ese es Alfa Gabriel —me susurró Leo al oído. Luego entró una mujer por la izquierda—. Y esa es Lisa —dijo—. Ella es la futura Luna.

Era joven, tenía las mejillas sonrosadas y estaba sonriendo. Llevaba un vestido largo de encaje violeta con una capa morada y una capucha en la cabeza. Estaba impresionante con el río y el sol poniente como telón de fondo.

Mientras observaba el desarrollo de la ceremonia, no pude evitar compararla con una boda humana tradicional. La coronación de Luna fue mucho más tranquila y serena. El Anciano habló de la tierra, el viento y el sol y de cómo todos los elementos trabajaban en

armonía. Luego explicó que, como Alfa y Luna, ellos dos también trabajarían en armonía por el bien de la manada.

En un momento dado, sumergió una copa de plata en el río y tanto Alfa Gabriel como Lisa bebieron un sorbo. Luego metió la mano en un cuenco y les untó los brazos con barro. No dijo nada mientras lo hacía y, aunque me pareció muy diferente de una boda humana, vi la belleza de la ceremonia.

Hasta que el anciano metió la mano en una de las bolsas de terciopelo y sacó un cuchillo.

—¿Eh? —dije en voz alta mientras veía como se lo pasaba al Alfa Gabriel. Tenía la sensación de que sabía lo que iba a pasar, pero aun así me sorprendió verlo. El alfa aceptó el cuchillo y se hizo un corte en la palma de la mano, luego puso la mano sobre una taza de plata y dejó que su sangre goteara en ella. Con los ojos muy abiertos, vi cómo Lisa hacía lo mismo con una sonrisa en la cara.

Entonces juntaron sus manos cortadas, y el Anciano levantó la copa hacia la boca del Alfa.

Resistí las arcadas mientras le veía beber de la copa de sangre. Era una invitada y no quería ser grosera, pero me parecía repugnante. El anciano acercó la copa a los labios de Lisa y ella también bebió.

—Ahora habéis hecho un juramento de sangre para serviros mutuamente lo mejor que podáis —proclamó en voz alta el Anciano —. Es un juramento que no puede romperse, ni siquiera mediante el rechazo o el exilio.

Los dos sonrieron, mirándose profundamente a los ojos. Estaba claro que estaban muy enamorados, y había belleza en ello, aunque ambos tuvieran manchas de sangre en los labios.

A continuación, el anciano colocó una delicada corona de plata sobre la cabeza de la nueva Luna, y la multitud aplaudió. Leo aplaudió a mi lado. Solo podía pensar en una cosa: si decidía quedarme en la manada Sombra Negra, Leo me coronaría como su Luna, y de ninguna manera iba a beber su sangre.

Leo, al ver mi conmoción, se inclinó hacia mí.

—Como te he dicho —susurró—, diferentes manadas tienen diferentes rituales. Esta manada utiliza un juramento de sangre como forma de solidificar la unión. Es una antigua tradición, y la mayoría de las manadas ya no lo usan. Estos dos están unidos de por vida. El exilio no es una opción para ninguno de ellos. El juramento de sangre anula todo, incluso el rechazo. Pero no te preocupes —dijo, con voz ligera—, nosotros no hacemos eso en la manada Sombra Negra. No hay juramento de sangre en nuestra coronación de Luna.

Me invadió una oleada de alivio. Comprendía que los hombres lobo tenían tradiciones diferentes a las de los humanos, pero cortarme la palma de la mano y beberme la sangre de Leo era una línea que no estaba dispuesta a cruzar. Me alegró saber que no tendría que hacerlo si decidía quedarme.

En ese momento, la ceremonia terminó y todo el mundo se puso en pie. Entonces, la multitud formó dos filas detrás de nosotros.

La nueva Luna y el Alfa se acercaron primero.

—Rey Leo —sonrió la nueva Luna. Inclinó la cabeza—. Es un honor que hayas elegido venir a nuestra humilde coronación.

Leo sonrió y le cogió las manos.

—Sinceramente, ha sido un placer. No me cabe duda de que serás una Luna gentil y amable. La manada Corriente de Agua tiene suerte de tenerte. —Luego inclinó la cabeza y le besó las manos. —Felicidades, Alfa Gabriel —dijo Leo junto al hombre que estaba a su lado—. Esta es Ava. Está aquí como mi acompañante.

Ambos se volvieron hacia mí con amplias sonrisas e inclinaron la cabeza. No sabía qué debía hacer. Me incomodaba que me hicieran una reverencia, así que me limité a sonreír torpemente y felicitarlos.

Recorrieron la fila aceptando las felicitaciones personales de todos los invitados.

—Me resulta incómodo —le susurré a Leo cuando ya no podían oírnos—. La forma en que todo el mundo se inclina ante mí. No creo que merezca ese nivel de respeto.

Leo soltó una risita y cogió mi manos entre las suyas.

—Ava, te mereces todo el respeto del mundo —dijo, con una mirada intensa. Algo dentro de mí se agitó mientras me cogía de las manos. Había mantenido las distancias con Leo lo mejor que había podido esta última semana porque me sentía abrumada. Había hecho todo lo posible por abrazar todo lo que el mundo de los hombres lobo podía ofrecerme, pero mis sentimientos por Leo eran muy intensos. Decidí mantenerlo a distancia, sólo por un tiempo, para que mis sentimientos por él no interfirieran en mi buen juicio. Necesitaba mantener la cabeza fría en todo, y sabía que mi corazón deseaba a Leo, lo que podía nublar mi juicio.

Pero mientras estábamos junto al río disfrutando de la hermosa puesta de sol, me pregunté a qué estaba esperando realmente. ¿No era parte de decidir si quedarme o no decidir también si estar o no

con Leo? Si decidía quedarme, me quedaría como su Luna y su compañera. Así que, si de verdad quería abrazarlo todo ese mes, ¿no incluía también abrazar a Leo?

Tal vez era hora de dejarle entrar y derribar mis muros.

Justo entonces, la música inundó el ambiente.

—¿Qué está pasando? —pregunté, girándome hacia la música.

—¡La celebración! —dijo Cassie, cogiéndome del brazo—. ¡Ven!

Me apartó de Leo y me llevó a otra zona. La gente ya estaba reunida en mesas, y una larga mesa cerca del fondo de la zona estaba llena de comida. Cerca de la mesa, la nueva Luna y su Alfa estaban sentados en dos tronos de madera, y en un pequeño escenario elevado había músicos tocando instrumentos. A nuestra izquierda se estaba encendiendo una gran hoguera, así como antorchas por toda la zona, ya que estaba oscureciendo.

—¿Qué es todo esto? —pregunté.

—La fiesta de Luna —dijo Cassie, con los ojos muy abiertos por la emoción—. Esta noche comeremos, beberemos y bailaremos. Es la mejor parte de la coronación de una Luna.

Asentí con la cabeza. Los camareros caminaban entre la multitud con bandejas de bebidas, y Cassie cogió dos al pasar.

—¿Bailas? —preguntó ladeando la cabeza—. ¿En el mundo humano?

Me reí a carcajadas.

—Sí, claro sí.

—Fabuloso —declaró—. Entonces, después de comer y beber, ¡bailaremos!

Me llevó a la mesa de la comida. Cogimos dos platos y los llenamos de distinto tipo de carnes asadas y verduras. Fui a servirme de un

montón de carne, pero Cassie me detuvo y negó con la cabeza.
—Eso es carne de mapache —dijo—. La manada Corriente de Agua lo considera un manjar, pero sabe horrible. Yo no la comería si fuera tú.
Tuve arcadas.
—Gracias —le dije, contenta de que me hubiera detenido.
Fuimos a sentarnos con los platos llenos de comida en una mesa alta. Vi a Leo desde el otro lado de la pista de baile. Estaba con otra mujer, que estaba muy cerca de él.
Demasiado cerca, en mi opinión.
Para mi sorpresa, gruñí, un gruñido de animal. Conmocionada, me tapé la boca con la mano.
—Lo siento —dije—. No sé lo que acaba de pasar.— Era como si un impulso primario se hubiera apoderado de mí.
Cassie miró en la misma dirección que yo y se echó a reír.
—Celos —dijo, con una sonrisa en la cara—. Realmente te estás convirtiendo en una de nosotras. —Luego me guiñó un ojo—. Yo no me preocuparía. Es la tía de Leo. Ahora vive con la manada Hoja Caída. Además, he visto cómo te mira Leo. Lo conozco de toda la vida y nunca ha mirado a nadie de esa manera. Está loco por ti. No creo que pueda ver a ninguna otra mujer, sólo tiene ojos para ti. — Soltó una risita, dándome un codazo en las costillas.
Cassie y yo comimos y bebimos mientras veíamos a varias personas salir a la pista de baile. Pero no bailaban como humanos. Sus movimientos eran más fluidos y elegantes, como si sintieran la música de otra manera. Me resultaba fascinante verlo, y mi corazón se encariñó un poco más con el mundo de los lobos.

Había sido un día maravilloso y todo el mundo estaba muy contento. Fueron una ceremonia y una fiesta fabulosas, mucho más fastuosas que cualquier otra en la que yo hubiera estado. Por un momento deseé que Oliver estuviera allí conmigo para vivirlo, pero lo había dejado en la guardería de la manada Sombra Negra. Siendo sincera, sabía que él prefería estar allí. Era muy feliz en la guardería, yendo y viniendo entre la forma humana y la lobuna. Leo había tenido razón en eso. Dejarlo transformarse había sido bueno para él.

Justo entonces, Cassie me cogió de la mano.

—Nos toca a nosotras —dijo, tratando de arrastrarme a la pista de baile. Al principio, intenté resistirme. No sabía bailar como ellos y estaba segura de que haría el ridículo. Pero el champán me estaba nublando la cabeza y Cassie no tardó en convencerme.

Salimos al suelo y Cassie empezó a moverse, utilizando todo el cuerpo, incluidos los brazos. Intenté imitar sus movimientos, cohibida al principio. Pero entonces me di cuenta de que nadie me estaba mirando. A nadie le importaba cómo bailaba, así que me dejé llevar por la música. Al principio era raro bailar así. No se trataba de seguir el ritmo de la música, sino de algo más profundo: la liberación y el instinto. Al cabo de unos minutos, disfrutaba de verdad, me sentía libre y divertida.

Sentí un golpecito en el hombro y me giré para ver a Leo.

—Eres, literalmente, la loba más hermosa del mundo —dijo mientras sus ojos se clavaban en los míos—. ¿Me harías el honor de concederme un baile?

Mantuve la mirada clavada en la suya mientras se me llenaba el estómago de mariposas. Asentí con la cabeza y él me cogió las dos

manos, apretando las suyas sobre las mías. La pista de baile se había despejado, haciéndonos sitio, y Leo mantuvo sus ojos en los míos mientras me guiaba en un enorme círculo alrededor de la pista. Me sentí literalmente como si flotara. Las únicas partes de nuestros cuerpos que se tocaban eran las manos, pero de algún modo supe seguirle.

No fue hasta que terminamos cuando me di cuenta de que todo el mundo nos miraba. Avergonzada, aparté los ojos de Leo y miré al suelo.

Oí murmurar a la gente a nuestro alrededor.

—Esa es la compañera del Rey. ¿Te das cuenta? Mira cómo la mira.

—Veo una coronación de Luna en su futuro.

—Seguramente, será coronada pronto.

Leo me soltó las manos y me levantó la barbilla para mirarle a los ojos.

—Todos nos están mirando —susurré.

—Bien. Que todos vean qué hermosa eres.

Sentí que algo dentro de mí se inundaba de calor. Luego, sentí que me ardían los nervios. Me moría por él, por su tacto, por su boca, por sus manos, por su... todo.

Lo deseaba tanto que realmente me dolía.

¿Era éste el vínculo de pareja del que hablaba? ¿Es que yo había llegado un poco tarde al juego? ¿Es esto lo que había sentido él todo el tiempo que yo había estado en el palacio? Sentía que me ardía la piel. Lo necesitaba tan desesperadamente que me temblaban las piernas.

Si esto era lo que había estado sintiendo por mí, ¿cómo podía no haber actuado en consecuencia? Sólo me había sentido así durante unos minutos y no creía que pudiera soportarlo mucho más. Esto era mucho más que simple deseo sexual, era algo más profundo, más oscuro y primario.

—Lo siento —le susurré—. El vínculo de pareja.

Sus labios esbozaron una sonrisa.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer al respecto?

Tragué saliva, dolorosamente consciente de que todos los ojos seguían puestos en nosotros.

—Tengo algunas ideas —dije tímidamente. Luego le cogí de la mano y le saqué de la pista de baile.

Decidí que había llegado el momento de ceder ante Leo. Ya lo había mantenido alejado demasiado tiempo. Lo deseaba, y él estaba allí.

No quería esperar ni un momento más. Así que, para sorpresa de Leo, le alejé de la fiesta de celebración.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Al sitio al que deberíamos haber ido hace una semana —dije, sintiéndome atrevida—. A la cama.

20

Leo

Me sorprendió que Ava me apartara de la celebración, pero desde luego no pensaba discutir. Por fin estaba cediendo ante mí, y yo lo sabía. Se me ponía dura sólo de pensar en lo que estábamos a punto de hacer.

Pero en el exterior de nuestra casa de invitados, hice una breve parada. Quería que esto fuera especial para ella, memorable, y por mucho que quisiera tirarla sobre la cama y hacerle el amor inmediatamente, se me había ocurrido una idea diferente.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, con el ceño fruncido—. ¿Por qué te paras?

—Quédate aquí —dije con una sonrisa pícara. Luego entré corriendo en la casa y arranqué las mantas de la cama, cogiendo también un par de almohadas liadas bajo los brazos.

—¿Leo? —dijo, sorprendida al verme.

—Es una noche preciosa, Ava —le contesté—. Mira, hay luna llena. Hagamos el amor en el bosque bajo la luna.

Ella esbozó una sonrisa y asintió. Entonces, la conduje a lo más profundo del bosque. Encontramos un pequeño claro con árboles altísimos a nuestro alrededor, pero en el claro entraba la luz de la luna. Extendí la manta mientras ella me observaba. Temblaba ligeramente cuando se sentó sobre la manta, con los ojos líquidos de lujuria.

—Espera —le dije, levantando un dedo. Joder, la deseaba con todas mis fuerzas, pero había esperado tanto... Podía esperar un poco más mientras preparaba la escena. Recogí algunas ramas caídas y empecé a preparar una pequeña hoguera. Sus ojos no se apartaban de mí mientras encendía el fuego y soplaba suavemente hasta que prendía. Luego me senté a su lado en la manta.

Se inclinó hacia mí y me besó con suavidad al principio, pero sentí que su apetito crecía. Separó los labios, le pasé la lengua por la boca, apreté su cabeza contra mí con el dorso de la mano y la besé con fervor.

Quería saborearla y moverme despacio, pero mi dura polla ya estaba tirando de mis pantalones. Le besé el cuello y la clavícula mientras ella gemía. La tumbé suavemente y me acomodé a su lado. Mis manos recorrieron lentamente su pecho, sintiendo cómo sus pezones se endurecían bajo la fina tela de su vestido. Luego volví a besarla y deslicé la mano bajo la tela, sintiendo la carne caliente de sus pechos contra mi mano fría. Ella jadeó.

—Quiero verte, Ava —le dije. Ella asintió, así que empecé a quitarle el vestido. Se sentó para que le desabrochara la espalda y se le cayó de los hombros, dejando al descubierto su pecho desnudo. Dios, era preciosa. Extendí la mano y empecé a acariciarle suavemente los

pechos mientras ella levantaba los brazos para soltarse el pelo y se lo dejaba suelto sobre los hombros.

Volví a empujarla hacia atrás y bajé la cabeza para aferrar con la boca uno de sus pezones. Volvió a jadear cuando me llevé el pezón a la boca, pasé la lengua por él y lo chupé suavemente.

—Jesús, Leo —susurró mientras se agarraba a las mantas que teníamos junto a nosotros. Con una mano, le pasé los dedos por el muslo, por debajo de la falda. Me detuve en su cadera, clavando mis manos en su carne con más fuerza.

—¿Tienes idea de lo que me haces? —dije con la voz ronca—. He deseado hacer esto desde que te dejé aquel día en tu casa. Lo he imaginado muchas veces.

—Yo también te deseo —dijo gimiendo.

Pasé el pulgar por el elástico de sus bragas y llevé la boca a su otro pecho. Ahora respiraba entrecortadamente mientras yo seguía chupándole el pecho y mis dedos rozaban la tela de sus bragas.

De repente, me agarró la mano.

—¿Leo? —dijo con la voz tensa—. Tengo... tengo mucho calor. Siento que la piel me arde.

La miré. Seguía agarrada a la manta, retorciéndose debajo de mí. Sus ojos parecían asustados.

—Algo va mal —dijo. Luego empezó a jadear y a lamerse los labios —. No sé qué me pasa. Me siento como si estuviera ardiendo. — Tenía los ojos prácticamente en blanco.

Reconocí las señales.

Estaba en celo.

—No pasa nada —le dije, acariciándole el pelo con suavidad—. Es tu loba, Ava. Es una omega. Está en celo, eso es todo. Es muy intenso, pero no luches contra él. Sólo déjate llevar. Yo te ayudaré.

—Necesito... algo... —dijo, con los dientes apretados—. Yo... —No terminó la frase y empezó a retorcerse debajo de mí. Entonces se inclinó y se quitó rápidamente la parte de abajo del vestido. Me despojé rápidamente de la camisa y los pantalones. Ella ya se estaba quitando las bragas.

Tenía la cara sonrojada a la luz del fuego. Parecía enloquecida mientras su cuerpo se retorcía sobre la manta. Sólo podía imaginar lo que sentía, pero sabía que era un deseo intenso. Me deseaba.

—Estoy... tan... caliente... —gimió—. Por favor. Te necesito, Leo. Por favor.

—Shh —dije, volviendo a poner mis labios sobre los suyos—. Está bien, amor. Yo te ayudaré. Te liberaré de esta sensación.

—¡Leo! —dijo de nuevo mientras abría las piernas y me agarraba del pelo. Empujó mi cabeza hacia su cuerpo. Posé la cabeza sobre su sexo, inhalando su aroma sexual, y luego pasé la lengua por su clítoris. Se convulsionó al contacto con mi lengua.

—¿Es eso lo que necesitas, mi amor? —pregunté.

—Sí —jadeó.

Así que empecé a lamerla con fervor, regalándole largos y húmedos lametones. Mis manos recorrieron sus muslos y abrí aún más sus piernas. Ya le temblaban las piernas cuando me llevé el clítoris a la boca. Sabía salado y dulce a la vez, y lamí su humedad.

—No es suficiente —gimió.

Hundía profundamente en ella la lengua mientras frotaba su clítoris con un dedo.

—¿Qué tal así? —le pregunté. Todo su cuerpo estaba caliente y tembloroso, sacudió la cabeza y se agarró a la manta.

—No, Leo. Necesito... más...

Estaba frenética, moviendo la cabeza rápidamente de un lado a otro. Así que me senté y coloqué la pierna para sentarme a horcajadas sobre ella. Mi polla palpitaba, deseosa de sentirla.

—Oh Dios, Leo —dijo ella—. No creo que pueda soportar esto por más tiempo. Ayúdame, por favor.

Quería que el momento durara, saborearlo, pero ella no podía esperar. Destilaba lujuria debido al celo de su loba omega y habría sido cruel alargarlo. Necesitaba alivio, y lo necesitaba ahora.

Coloqué mi polla palpitante en su entrada y, de un empujón enérgico, me hundí en ella, enterrándome por completo, y sentí el calor de mi nudo apretándose contra ella.

Sus gemidos se volvieron agitados mientras se contoneaba debajo de mí, intentando que la penetrara aún más.

Sentí cómo mi nudo encajaba en su interior. Empujó sus caderas hacia arriba, apretándose contra mí. La sensación de sus paredes suaves y sedosas contra mi polla era casi más de lo que podía soportar, pero ahora estaba enterrado dentro de ella hasta que me liberara con su orgasmo.

Su piel sudorosa brillaba bajo la luz de la luna y tenía el pelo esparcido por la cara sobre la manta. Apretó la mandíbula y los dientes, luego me abrazó y me clavó las uñas en la espalda.

—Joder, Leo —jadeó. Me incliné y besé su cuello, acunando su cabeza con una mano. Se estrechó contra mí mientras sus uñas rompían la piel de mi espalda. Le mordisqueé el cuello, con cuidado de no romper la piel, mientras echaba la cabeza hacia atrás.

Estaba enloquecida por la lujuria y el celo, y disfrutaba de cada puto segundo. De repente, sentí que sus entrañas se apretaban contra mí cuando empezó su primer clímax. Todo su cuerpo se tensó y gritó:

—¡Joder, sí!

Me quedé encerrado dentro de ella mientras se corría, esperando a que amainara el clímax. Pero incluso cuando lo hizo, ella aún no estaba satisfecha. Mi nudo seguía dentro de ella, así que la senté sobre mi regazo. Entonces empujé sus caderas contra mí, intentando penetrarla aún más.

Desde esta posición, podía llevarme sus pechos a la boca. Arqueó la espalda y dejó caer la cabeza. Se agarró a mi pelo, tirando de él, enloquecida por el nuevo clímax que se apoderaba de ella. Nunca había follado con una omega en celo, y verla tan salvaje e indómita, como un animal primitivo, me puso más duro que una piedra.

Mordisqueé su pecho con avidez mientras ella se estrechaba contra mí, empujándome aún más dentro de ella. Puse la palma de la mano en su clavícula y empujé su pecho hacia atrás, sujetándola con la otra mano. Ella me rodeó la espalda con las piernas, cruzando los tobillos a mi espalda.

—Buena chica —dije, observando su cara mientras alcanzaba otro clímax. Tenía los ojos cerrados con fuerza, pero la boca abierta, jadeando, gimiendo, gritando mi nombre. Esta vez se corrió como una avalancha, con todo el cuerpo convulsionándose. La sostuve

mientras temblaba. Un gruñido gutural escapó de sus labios y se tensó.

Una vez pasado el orgasmo, soltó una risita lenta y lánguida. Mi nudo palpitaba por la necesidad de liberarme, pero ya no estaba bloqueado, así que me deslicé suavemente fuera de ella y le di la vuelta para que se pusiera sobre las manos y las rodillas. Ahora estaba en mis manos, dispuesta a hacer lo que yo quisiera.

Me miró por encima del hombro.

—Apóyate sobre los codos —le ordené. Se puso de rodillas, levantando el culo. Vi su agujero húmedo y la agarré por las caderas, atrayéndola hacia mí. Volví a penetrarla, esta vez despacio, presionándola hasta que llegué a mis pelotas. Ella gimió de satisfacción y, sujetándola por las caderas, me salí. Estaba tan mojada, tan caliente, tan entregada a mí y a lo que le estaba haciendo sentir… Apreté la mandíbula y volví a penetrarla.

—Preciosa, hermosa criatura —dije apretando los dientes, con la mirada fija en cómo me deslizaba dentro y fuera de ella. Sabía que no duraría mucho, y eso estaba bien. Ella había tomado lo que necesitaba de mí, así que era mi turno de tomar lo que yo necesitaba de ella.

Aumenté el ritmo, agarrándome a sus caderas. La penetré con fuerza, y sólo unos instantes después de follar así sentí que mi propio orgasmo se estaba preparando. Ella también lo sintió y empujó sus caderas hacia atrás para recibir mis embestidas.

Con un último empujón, la estreché contra mí y sentí cómo explotaba dentro de ella. Solté un fuerte gemido al correrme, con el cuerpo tenso por el clímax.

Esperé un momento para recuperar el aliento y luego salí lentamente de ella. Rodó sobre su espalda y vi cómo sus ojos se dulcificaban. Extendió los brazos por encima de la cabeza, agotada por el intenso sexo, pero completamente satisfecha. Se río mientras miraba la luna y se relamía.

—Eso ha sido… —se le quebró la voz. Me tumbé a su lado, acurrucándome en su piel desnuda y cálida—. ¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Tu loba es una omega —le dije acariciando la línea de su mandíbula con el dedo—. Es un tipo especial de lobo. Tienes una mayor fertilidad, y eso implica un mayor deseo sexual. Básicamente, Ava, estabas en celo.

—Perdí completamente el control de mí misma —dijo—. Nunca había sentido nada igual. De hecho, hasta me ha dolido físicamente.

Asentí con la cabeza.

—Lo sé, cariño —dije—. Pero para eso estoy aquí. Para ayudarte y aliviarte cuando eso ocurra.

—¿Volverá a ocurrir? —preguntó girando la cabeza hacia mí.

—Sí, volverá a pasar.

Me sorprendió con una sonrisa lasciva.

—Bien —me dijo.

Media hora después, estábamos acurrucados bajo las mantas. Había echado más leña al fuego, que ardía y crepitaba. Estábamos sentados, con Ava entre mis piernas y mis brazos rodeándola.

—¿Ya has tomado una decisión? —le pregunté en voz baja. Era una pregunta muy arriesgada, pero me urgía saber cuál era su idea. Seguramente, a estas alturas, se inclinaba hacia un lado u otro y,

dada la intensa sesión de sexo que acabábamos de tener, esperaba que se inclinara por quedarse conmigo.

Suspiró profundamente.

—Sinceramente, Leo, no estoy segura.

La rodeé con más fuerza con mis brazos.

—¿Por qué, Ava? ¿Qué te impide quedarte conmigo?

—Es complicado. En primer lugar, no sé si puedo confiar plenamente en ti. No me malinterpretes, te has portado increíblemente bien conmigo, pero eres un rey. No sé si soy lo que realmente necesitas, ¿y si cambias de opinión sobre mí?

—Eso nunca ocurrirá —le dije con firmeza.

—Bueno, vale, incluso si no ocurre, todavía tengo otras razones. Oliver, por ejemplo. No sé si quiero criarlo como hombre lobo. —Hizo una pausa—. Es difícil de explicar, pero a veces siento que sólo estoy de visita... como si todo esto fuera un extraño y maravilloso sueño, pero siento que es temporal. Hay partes de mi antigua vida que echo de menos, Leo.

—¿Cómo qué? —pregunté.

—Como las manzanas —dijo con una risita—. En el palacio no hay manzanas. Tampoco hay melocotones. Y la televisión. Sé que suena patético, pero es mi forma de relajarme. Echo de menos mis programas, supongo. —Escuché cómo enumeraba todas las cosas que echaba de menos—. Cerveza y alitas... Conducir mi coche, aunque ahora esté destrozado.

Siguió y siguió enumerando cosas, y yo me quedé estupefacto al darme cuenta de lo larga que era su lista. Sinceramente, esperaba

que estuviera mucho más cerca de decidirse a quedarse, así que me decepcionó, pero no podía hacer otra cosa que escuchar.

A menos que...

Se me ocurrió una idea mientras estábamos sentados junto al fuego y Ava enumeraba todas las cosas que echaba de menos. Aún no había terminado el mes. ¿Y si... y si pudiera combinar sus dos mundos? ¿Y si pudiera traerle al palacio todas las cosas que echaba de menos del mundo humano? ¿Ayudaría eso a influir en su decisión?

Al menos, valía la pena intentarlo, ¿no?

Al final, el fuego se apagó, Ava y yo nos vestimos y volvimos a la casa de invitados a dormir. Ella se durmió casi al instante, acunada en mis brazos, pero yo permanecí despierto, con la mente dándome vueltas. Ya estaba haciendo listas de cosas que hacer y conseguir para Ava cuando volviéramos al palacio.

***

Cuando volvimos al palacio al día siguiente, Cassie se ofreció a enseñar a Ava a jugar al croquet. Se lo agradecí, tenía cosas que hacer.

Inmediatamente llamé a Beta Noah.

—Necesito que organices la construcción de una nueva habitación para Oliver —le dije, con los ojos desorbitados por la emoción—. Eres el único en quien puedo confiar esto, pero Noah, tiene que ser increíble. Debe tener todo lo que Oliver pueda desear, incluso cosas del mundo humano, así que averigua con qué juegan los niños

humanos e incluye esas cosas. Te libero de todos los demás deberes de la manada para que puedas concentrarte únicamente en esto.

—Sí, mi Rey —respondió Beta Noah, con una sonrisa burlona en la cara.

—Y el tiempo es esencial, Noah. Es necesario…

—Que esté terminado antes de que se vaya —terminó por mí.

—Exactamente —asentí. Beta Noah se fue para empezar con el proyecto. Sabía que la habitación de Oliver estaba en buenas manos con Noah, así que centré mi atención en mis otras ideas.

Me reuní con los jardineros y les pedí que me consiguieran melocotoneros y manzanos.

—Aquí no crecen bien —me dijo uno de los jardineros.

—Encuentra la manera —le respondí. Si Ava echaba de menos los melocotones y las manzanas, tendría melocotones y manzanas.

Pedí a tres de mis doncellas de más confianza que visitaran la cercana ciudad humana para comprar un televisor. Planeaba instalarlo en mi habitación para Ava. No sabía exactamente cómo funcionaba nada de eso, pero encontraría a alguien que lo supiera. Las manadas menos tradicionales tenían cosas como televisores y ordenadores, así que podrían ayudarme.

Durante el día y medio siguiente, contraté a un chef privado que sabía hacer alitas y pescado frito. También traje cajas de cerveza. Luego, me puse en contacto con una manada moderna y les pedí que me compraran un coche de lujo y lo llevaran al palacio.

Al final del segundo día, todos mis planes estaban en marcha.

Si Ava echaba de menos el mundo de los humanos, bien, yo se lo llevaría. Después de todo, yo era el Rey Alfa. Podía hacer lo que me

diera la gana, y lo que realmente quería era mantener a Ava aquí, conmigo.

Funcionaría, lo sabía.

Tenía que hacerlo.

21

Ava

Cassie me invitó a acompañarla a visitar una manada cercana para que pudiera ponerse al día con una vieja amiga. Leo parecía estar muy ocupado estos últimos días, a pesar de que nos veíamos todas las noches.

Ahora dormía con él en su habitación porque me gustaba dormir a su lado, calentita y segura. También habíamos trasladado la cuna de Oliver al dormitorio de Leo.

Pero cuando Leo estaba ocupado, yo no tenía mucho que hacer durante el día, así que acepté encantada ir con Cassie.

Al parecer, esta manada estaba un poco más lejos que Corriente de Agua y era un poco más moderna, así que nos iban a recoger en coche. Esto me entusiasmó, ya que me estaba cansando un poco de ir andando a todas partes. También pensábamos pasar la noche allí, así que hice la maleta para otra estancia de una noche. Sinceramente, parecía que los hombres lobo lo hacían a menudo:

iban a otras manadas y pasaban la noche allí. Me gustaba. Eran como unas minivacaciones.

Cassie y yo esperamos a que el coche nos recogiera en la puerta y me quedé momentáneamente atónita cuando apareció un Hummer.

—Madre mía —dije. Sólo había visto Hummers en la televisión, y no podía creer que fuéramos a montar en uno. Pero tenía sentido; minutos después, íbamos rebotando por una precaria carretera llena de surcos profundos. Pensé en mi propio coche, que estaba en el depósito, convertido en un montón de chatarra después del accidente. De ninguna manera habría podido atravesar esta carretera.

—Dijiste que esta manada era más moderna que la manada Sombra Negra. ¿A qué te refieres? —le pregunté a Cassie.

Se encogió de hombros.

—La manada a la que vamos solía ser más tradicional, pero como muchas otras, se están integrando de algún modo en el mundo humano. Les gustan los lujos de las cosas humanas, como la televisión y los ordenadores. Esta manada está muy cerca de una ciudad vecina. Le han dado un verdadero lavado de cara, ¿me entiendes?

Asentí, aunque no sabía en absoluto a qué se refería. Los árboles pasaban junto a la ventanilla mientras avanzábamos lentamente por el camino de tierra. Fue un viaje más largo de lo que esperaba. En algún momento del trayecto, debí de quedarme dormida, porque lo siguiente que supe fue que Cassie exclamaba entusiasmada: —¡Ya hemos llegado!

Cuando salimos del coche, me sorprendió ver casas de aspecto humano agrupadas en callejones sin salida pavimentados.

—Mi amiga vive allí —dijo Cassie, señalando el lugar mientras sacábamos las maletas de la parte trasera del Hummer—. Pero pensé que antes te gustaría ver la manada.

Me guio por la carretera y giramos en lo que sólo podía describirse como una calle principal. Había tiendas con escaparates y varias personas paseando por la calle.

Ladeé la cabeza, confusa.

—Esto parece un pueblecito —le dije—. Como un pueblo humano.

—Sí —sonrió—. Como te comentaba, la manada se ha modernizado. Antes no tenía este aspecto. Hicieron una renovación masiva. Tienen una inmobiliaria en la ciudad, y muchos de los lobos de aquí trabajan en el mundo humano. Por supuesto, los humanos no saben que son lobos. —Me guiñó un ojo.

Esto no era lo que esperaba en absoluto. Parecía tan... humano. Me maravillé con todas las tiendecitas que encontrábamos a nuestro paso. Algunas personas nos saludaron con la cabeza. Entonces, llegamos al final de la calle y giramos a la izquierda. Al final del camino había un edificio enorme con una gran zona de césped delante.

—Es su casa de la manada —dijo Cassie.

—¿Así que tienen una casa de manada, aunque se hayan modernizado? —Había aprendido lo suficiente sobre los hombres lobo como para saber que las manadas tenían una casa central donde comía la mayor parte de la manada. También solía albergar al Alfa y la Luna, al Beta y a la familia del Beta, y a otras personas de

alto rango en la manada. Era como un lugar de reunión central, algo así como un salón comunitario en el mundo humano, aunque la gente también vivía en él.

—Sí. En mi opinión, es una manada extraña. Es en parte tradicional, como indica eso, —señaló la casa de la manada—, y en parte moderna. Sorprendentemente, ni siquiera es la manada más moderna. Algunas manadas viven literalmente *en* ciudades humanas. Es decir, son dueñas de barrios enteros. Pero son muy pocas. La mayoría de las manadas modernas todavía se construyen en algún lugar lejos del mundo humano, como en granjas y esas cosas.

Asentí con la cabeza. Me resultaba fascinante. Las otras dos manadas que había visto además de la Manada Sombra Negra eran Corriente de Agua y la manada junto al océano que había sido tan desagradable conmigo. Todas tenían un diseño similar, pero esta manada era completamente diferente.

—Ven, vamos a conocer a mi amiga —dijo Cassie—. Nos está esperando. Te encantará, te lo prometo. Crecí con ella en la manada Sombra Negra, pero conoció a su compañero y se fue.

Nos dimos la vuelta y volvimos a caminar por la calle principal cuando un hombre se nos acercó de repente.

—¡Cassie! —dijo sonriéndole—. He oído que venías de visita. ¿Cómo está tu padre? ¿Y tu madre? Ocupada como siempre, supongo.

Cassie se rio.

—Hola, Alfa Miles —dijo—. Alfa Miles, esta es mi amiga, Ava. Ha tenido la amabilidad de acompañarme a venir hoy.

—Oh, sí —asintió Alpha Miles—. La compañera del Rey Leo, por lo que he oído. Ava, es un placer... —Su voz se interrumpió a mitad de la frase. Hizo una pausa, estudiando mi cara, con una mirada escéptica en sus ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Cassie—.¿Qué ocurre, Alfa Miles?

Entrecerró los ojos y se alejó un paso de mí.

—¿Eres la hija de Julia Withers? —preguntó.

Me quedé helada, igual que Cassie. Ni un solo hombre lobo hasta la fecha había mencionado el nombre de mi madre. ¿De qué la conocía? Me miré la muñeca, temiendo que mi marca hubiera vuelto y me hubiera delatado, pero no era así.

—Me siento como si estuviera viendo un fantasma —dijo, en voz baja—. Te pareces a ella. Pero no puede ser, ¿verdad? Julia está muerta.

—Sí —respondí—. Julia Withers era mi madre. Y sí, ella... eh... falleció. Hace unos meses. ¿Cómo lo supo?

—¿Hace sólo unos meses? Eso es imposible. He oído que murió hace años. Yo... —De nuevo, su voz se entrecortó mientras negaba con la cabeza.

—Vale, ¿qué está pasando aquí? —preguntó Cassie, sus ojos pasando del Alfa a mí.

—No tengo ni idea —dije, encogiéndome de hombros—. Espera —dije—. Has dicho que me parecía a ella. Eso significaba que... ¿conocías a mi madre?

—Sí —asintió. Había una expresión extraña en su rostro.

—¿Cómo? —pregunté.

—Esta era su manada —dijo.

—¿Qué? —pregunté, girándome hacia Cassie—.¿Esta es... es la Manada Tormenta Solar?

—Sí —dijo Cassie—. ¿Y?

—¡Cassie, es la manada de mi madre!

Le había contado a Cassie el pasado de mi madre, las partes que yo conocía. La cara de Cassie se retorció en una mueca de comprensión.

—Dios mío, Ava, no tenía ni idea. Lo siento mucho —dijo.

—¿Estabas allí? —pregunté, girándome hacia Alfa Miles—.¿Cuando mi madre fue exiliada?

Desvió la mirada y una sensación de inquietud se apoderó de su rostro. Tenía la sensación de que había algo que no me estaba contando.

—¿Estabas? —repetí.

Levantó la vista y me miró fijamente.

—Ava —suspiró profundamente—. Sí, yo estaba allí. Yo era el... amante de Julia, a falta de una palabra mejor.

—¿Qué? —solté. ¿Era el hombre con el que mi madre tuvo una aventura? ¿Él fue la razón por la que la exiliaron?

Otro pensamiento me invadió entonces.

—Eso significa...

—¿Cuántos años tienes, Ava? —preguntó, claramente pensando lo mismo que yo.

—Tengo 26 años —dije, con la garganta seca—. Y sí, eres mi padre.

Aspiró de forma seca, y luego dejó escapar el aire en un silbido agudo.

—¿Estaba embarazada?

—Sí —le siseé. Me invadió la ira contra el hombre que había dejado marchar a mi madre, sola y vulnerable, mientras él se quedaba atrás.

—Pero eso no tiene sentido —dijo Cassie—. Me dijiste que tu madre era Luna y que había tenido una aventura con otro hombre. Alfa Miles es... bueno, el alfa.

Cassie tenía razón. El hombre con el que mi madre tuvo una aventura no era el alfa, que era una de las razones por las que había sido exiliada. La manada consideraba traición engañar al alfa.

—Tu madre fue Luna de Alfa Benson. Pero Alfa Benson murió trágicamente durante una misión hace varios años. Sin heredero, el puesto se disputó mediante un desafío alfa. Gané el desafío y asumí el cargo de alfa —explicó Alfa Miles.

Estudié su rostro. Era viejo, con el pelo canoso y arrugas rodeando sus ojos. Pero, a pesar de su edad, era musculoso y fuerte, y tenía la autoridad del alfa. Me di cuenta de que podría haber sido guapo en algún momento de su vida: aún se veían en él los rasgos de un hombre apuesto.

—Mierda, Ava —soltó Cassie—. Eso significa que eres la hija del Alfa de la Manada Tormenta Solar.

—Ven —dijo de repente Alfa Miles—. Ven a la casa de la manada para que podamos hablar. Alejémonos de la calle y de los curiosos.

Me di cuenta de que la gente me miraba fijamente y, aunque aquel hombre no me caía precisamente bien, tenía curiosidad por oír lo que tenía que decir.

—De acuerdo —acepté—. Cassie, puedes ir a ver a tu amiga. No tienes por qué venir.

Pero Cassie se puso a mi lado de forma protectora.

—¿Estás de broma? Me quedo contigo. —A veces olvidaba que Cassie era una guerrera en formación y, como tal, tenía un carácter protector.

Ambas seguimos a Alpha Miles hasta el almacén. Nos condujo a una gran sala de estar con un televisor de pantalla plana y le hizo señas a una camarera para que nos trajera unas bebidas.

—¿Té? —preguntó—. ¿O Gatorade? Acabamos de descubrirlo. Es muy sabroso.

—Té está bien —dije.

—Gatorade, por favor —dijo Cassie.

Nos sentamos en un silencio incómodo durante unos instantes antes de Alfa Miles comenzara a hablar de nuevo.

—Es curioso, realmente, lo mucho que te pareces a ella. Tu madre era tan hermosa…

Entonces Alfa Miles empezó a contar historias sobre mi madre. Yo las engullía, ansiosa por oírlo todo sobre la madre que nunca conocí, la madre que no sólo había vivido en una manada, sino que era su Luna. Alfa Miles nos contó que mi madre había sido amable, gentil y muy querida por la manada.

—La adoraban, de verdad. Era carismática y encantadora.

Asentí, aunque la imagen que estaba pintando de mi madre no coincidía exactamente con la madre que yo había conocido. Era difícil imaginar a mi madre como la Luna joven, fuerte y adorada que él describía.

Habló durante tanto tiempo que el salón empezó a llenarse y noté que varias personas se arremolinaban y se sentaban cerca con

disimulo. Tenía la sensación de que estaban espiando nuestra conversación, pero a Alfa Miles no parecía importarle.

—Me quedé destrozado cuando la exiliaron, Ava, por favor, quiero que lo sepas —dijo Alfa Miles—. Pensaba en ella todo el tiempo, pero no había nada que pudiera hacer, no hasta que me convertí en Alfa. En cuanto asumí el cargo, intenté encontrarla. Pero no pude. Nuestro vínculo mental se había roto debido a su exilio. Busqué y pregunté por ahí. Estaba dispuesto a aceptarla de nuevo en la manada, pero un renegado de un pueblo cercano me dijo que había muerto a causa de una enfermedad. No tenía motivos para no creerle... así que dejé de buscarla.

En apariencia, parecía bastante sincero, pero me pareció una historia débil. Como alfa, podría haberla encontrado si realmente hubiera querido. ¿Y por qué había esperado tanto para buscarla? Demonios, ¿por qué dejó que se fuera en un principio?

Sorbió su té con el ceño fruncido. No pude evitar darme cuenta de que cinco de las personas del salón se habían acercado. Intentaban hacer como que no escuchaban, pero yo sabía que sí.

—Ava —dijo, mirándome—. Sé que no me lo merezco, pero si hay alguna forma de que encuentres en tu corazón la manera de perdonarme, te estaría muy agradecido. He oído que vas a ser la Luna del Rey. Pensar que mi hija va a convertirse en reina.

Había algo en lo que decía que no me gustaba. Cassie también se dio cuenta.

—No sé —le dije—. Me cuesta entenderlo. Afirmas que querías a mi madre, entonces… ¿por qué dejaste que la echaran solo a ella? ¿Por

qué no te fuiste con ella? Tú tenías la misma culpa de la aventura, ¿no?

En ese momento, uno de los hombres que estaban sentados cerca se levantó. Levantó el dedo y señaló al Alfa.

—Culpó a Julia —dijo venenosamente—. Afirmó que le había seducido. Se arrastró a los pies del Alfa. Yo mismo lo vi.

Fue un pequeño arrebato, pero mientras hablaba, otros se pusieron en pie. Alfa Miles giró la cabeza hacia ellos.

—Retiraos —ordenó, con los ojos entrecerrados.

—Soy Gamma Markus —dijo el hombre que había hablado—. Y este es Beta Jonathan. Su futura Alteza, él la está engañando. Hay rumores, algunos dicen que fue el responsable de la muerte del viejo Alfa, aunque no podemos probarlo.

—¿Qué coño estás haciendo? —gritó Alpha Miles, golpeando la mesa con el puño.

Cassie y yo nos quedamos inmóviles, mirándonos de reojo. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero la habitación estaba llena de tensión.

Por lo que yo sabía, la relación entre un alfa y su beta era bastante estrecha, o al menos, así me lo habían explicado, así que no entendía por qué este beta acusaba al alfa de mentiroso.

—¿Qué estás diciendo?— le pregunté.

De repente, empezaron a entrar más guerreros.

—Está mintiendo para poder utilizarla, señorita Ava —dijo el Beta—. Traicionó a su madre. La culpó. Incluso dijo que ella tenía sangre de bruja y que había usado pociones con él. Sabe que serás la próxima Reina, así que intenta manipularte.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Cassie.
—Porque eso es lo que hace —dijo el Gamma, y su voz retumbó en el salón.
—Es un Alfa terrible —dijo el Beta—. Está arruinando nuestra manada. Hace tratos con humanos que el resto de la manada no ha aceptado. Tiene una cuenta bancaria humana. Se apropia del dinero de la manada y gasta lo que quiere en sí mismo. Se va de vacaciones todo el tiempo, dejando a nuestra manada sin nadie que la dirija. Es un hombre vil y egoísta, y está amenazando con marchar sobre otras manadas para apoderarse de ellas.
—¿Qué? —No podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Eso es verdad? —le pregunté a Alfa Miles.
—Claro que no —dijo indignado.
—Ha llegado usted como caída del cielo, señorita Ava —dijo el Gamma, acercándose a la mesa—. Estábamos a punto de apelar al Rey. Tenemos la petición de manada firmada y lista.
—¡Joder! —exclamó Cassie, con los ojos muy abiertos.
—¿Qué es una petición de manada? —le susurré a Cassie.
—Cuando una manada quiere destituir a un alfa, hacen una petición de manada y reúnen marcas de sangre de tantos miembros como sea posible; algo así como firmas, pero imposibles de falsificar.
—¿Cuántas marcas necesitan? —pregunté—. ¿Para forzar la salida de un alfa?
—Las de todos los miembros de la manada.
Eso significaba que cada miembro de la manada Tormenta Solar había aportado su sangre para deshacerse del alfa. Realmente debía ser un hombre horrible.

—Tú —dije, señalando al Beta—. ¿Has dicho que le oíste acusar a mi madre de seducirle?

—Eso es —confirmó.

En ese momento me puse de pie, apretando los puños. Me hervía la sangre. Había traicionado a mi madre de la peor manera. ¡La había hecho quedar como una puta delante de toda su manada!

—¿Podría haberse quedado? —pregunté, con la voz tensa y los ojos clavados en el Beta—. Si hubiera admitido que ambos tenían la misma culpa, ¿podría haberse quedado mi madre?

El Beta bajó los ojos y asintió.

—Sí —respondió—. Habría perdido su título de Luna, pero no exiliamos a la gente sólo por tener aventuras. No la exiliaron por eso. La exiliaron por usar brujería.

Se me encogió el corazón.

—¿Por qué no me lo dijo mi madre? —le pregunté.

—Ella no lo sabía. Todo fue demasiado rápido. El Alfa estaba furioso, sentía que lo habían hecho quedar como un tonto, al tener una Luna que practicaba la brujería.

—¿Así que ella pensaba que fue por la aventura cuando, en realidad, se debió a sus mentiras? —pregunté, señalando a Alfa Miles. Había permanecido extrañamente callado durante toda la conversación.

Estaba tan furiosa que ni siquiera podía ver bien. Mi corazón martilleaba en mi pecho, y todo lo que podía pensar era, ¿y si...? ¿Y si a mi madre le hubieran permitido quedarse en la manada? ¿Y si ese hombre vil no hubiera mentido? ¿Y si mi madre hubiera sabido la verdadera razón de su exilio? ¿Habría podido defenderse y demostrar que Miles era un mentiroso?

Y entonces me asaltó otro pensamiento, aún más desgarrador. Mi madre había pasado toda su vida creyendo que había sido desterrada de la manada por su aventura.

Este pensamiento hizo que la rabia se apoderara de mí y me volví hacia Cassie.

—Voy a volver a Sombra Negra inmediatamente —le dije.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Para presentar la solicitud yo misma al Rey Alfa. Quiero que este hombre, —señalé a Alfa Miles—, pague por lo que ha hecho.

22

Ava

Pasó una semana rapidísimo, en lo que pareció un abrir y cerrar de ojos.

En cuanto regresé al palacio tras descubrir la verdad sobre mi padre, acudí a Leo. Se lo conté todo, dando tantos detalles como me fue posible. Le expliqué que Alfa Miles era un hombre horrible y traicionero y que su manada estaba intentando obligarle a dimitir. No me contuve al hablar de mi madre y de la traición de Miles hacia ella. Las lágrimas me corrían por la cara y me debatía entre el dolor y la indignación.

Leo escuchó atentamente y se levantó en cuanto terminé. Llamó a su Gamma y le ordenó que dispusiera guardias para apresar a Alfa Miles.

—¿Quieres venganza? —me preguntó Leo.

Por un breve instante, hice una pausa. ¿Quería? Yo no era una persona vengativa, pero no podía quedarme de brazos cruzados y dejar que las acciones de Miles quedaran impunes.

—Si que la quiero —le dije a Leo.
Me acarició la mejilla con la mano.
—Entonces la tendrás —dijo.
Leo pretendía llevar a Miles Alfa de vuelta a palacio, donde exigiría que Miles renunciara a su cargo y confesara públicamente haber mentido sobre mi madre para que pudiéramos limpiar su nombre.
Sin embargo, Alfa Miles ya se había ido cuando los guardias llegaron a la Manada Tormenta Solar. Claramente, sabía que su tiempo había terminado. Leo ordenó a sus guerreros buscar a Miles y envió un aviso a todas las manadas de que Miles era un traidor a su manada. Los guerreros buscaron por todas partes, pero no encontraron nada.
De eso hacía una semana y, a medida que pasaban los días, empecé a dudar de que lo pudieran encontrar.
—¿Siguen buscando a mi padre? —le pregunté a Leo una mañana después del desayuno.
Leo asintió, pero su cara me dijo lo que yo ya estaba pensando, que no iban a encontrar a ese capullo.
—Intenta no pensar en ello —me dijo Leo amablemente—. Esté donde esté, seguro que está luchando por su vida. Ahora es un renegado. Le han quitado todo lo que tenía, igual que a tu madre. Además, hoy tengo una sorpresa especial para ti.
Mordí mis gofres, cubiertos de melocotón fresco y nata, y me reí entre dientes.
—¿Otra vez? ¿Otra sorpresa?
Desde el día en que había regresado de la Manada Tormenta Solar, Leo se guardaba en la manga una sorpresa tras otra. Me enseñó

entusiasmado todos los melocotones y manzanas frescos que había traído al palacio.

—Literalmente, puedes atiborrarte —me había dicho—. Habrá un suministro interminable a partir de ahora.

Su gesto me conmovió. Me emocioné aún más cuando Leo me llevó a nuestro dormitorio al día siguiente y me enseñó el enorme televisor de pantalla plana que había instalado. Me conecté a mi cuenta de Netflix y suspiré satisfecha: había echado mucho de menos algunos de esos programas.

Había encargado a un nuevo chef privado que hiciera pescado frito para cenar esa noche, y se lo agradecí a Leo mientras mordía el pescado más crujiente y sabroso que había probado nunca, regado con una cerveza fría.

Las sorpresas no acabaron ahí: cada día había algo nuevo.

Sabía lo que intentaba hacer. Me estaba trayendo todas las cosas que echaba de menos del mundo humano para que quisiera quedarme en el palacio. Tenía que admitir que estaba funcionando, al menos un poco. Al comienzo de mi tercera semana en el palacio, estaba empezando a acostumbrarme a la vida de hombre lobo, gracias a Leo y a sus esfuerzos por hacerme sentir como en casa.

—Creo que este te va a gustar de verdad —me dijo Leo, con los ojos brillantes—. Pero termínate tus gofres primero.

—Ya he terminado —le dije—. Vamos a ver qué sorpresa mágica me has preparado hoy.

Me llevó fuera y me quedé literalmente boquiabierta.

Era un coche nuevo, un BMW negro y brillante.

—¿Leo? —dije, preguntándome cómo demonios se las había arreglado.

—Tuve ayuda de una manada que utiliza coches. Lo eligieron y lo trajeron hasta aquí. Haremos un camino por allí que entrará y saldrá de las puertas. Y luego haremos un camino a través del bosque que conecte con las carreteras humanas, para que puedas salir conduciendo.

Me quedé sin palabras. Nunca había visto un coche tan bonito. Corrí hacia él y me metí dentro. El aroma a cuero nuevo me envolvió mientras me hundía en el asiento. Era el lujo personificado y me moría de ganas de conducirlo por la autopista de la costa.

—Me temo que todavía no puedes conducirlo —dijo Leo. Me giré para verle de pie junto a la puerta del conductor—. Nos ha costado mucho traer el coche hasta aquí, dado el estado del camino a través del bosque. Dame tiempo para arreglar el camino, ¡ entonces será todo tuyo!

Un grupo de personas se había reunido frente al palacio. Se deshacían en elogios hacia el coche, ya que la mayoría de ellos no estaban acostumbrados a los coches. Me bajé y me di cuenta de que Jade estaba entre el grupo, mirándome fijamente. Suspiré. Había mantenido las distancias con Jade desde la fiesta del té, y pensaba seguir haciéndolo.

—Tengo algo más que enseñarte —dijo Leo cogiéndome de la mano. La verdad es que quería quedarme disfrutando de mi coche nuevo, pero Leo insistió en que le siguiera.

Caminamos por el sendero del jardín y nos desviamos de él. Me quedé sin aliento.

—¿Esto... es un huerto? —pregunté. Había hileras de pequeños árboles en líneas que no estaban aquí hacía una semana.

—Melocotoneros y manzanos —dijo Leo, sonriéndome—.Y algunos ciruelos por si acaso. Sé que ahora son pequeños y que tardarán en dar fruto, pero cuando lo hagan, podrás comer hasta hartarte.

Me paseé entre los árboles, asombrada de que Leo hubiera trasladado de algún modo todos los árboles. Leo se acercó a mi lado y paseamos por el huerto.

—A Oliver le ha gustado la guardería —me dijo Leo mientras caminábamos—. Creo que disfruta allí.

—Sí que lo hace —respondí. Era cierto: Oliver se había adaptado muy bien a la guardería. Se le iluminaba la cara cuando lo llevaba allí y una o dos veces lloró cuando me lo llevé. Nunca lo había hecho en su antigua guardería.

Todavía me resultaba increíble pensar que podía llevarlo allí siempre que quisiera sin pagar un céntimo. En Ocean Crest había sido muy difícil hacer frente a los gastos de la guardería de Oliver, de hecho, había sido una de mis mayores fuentes de estrés, pero aquí, en el palacio, podía jugar todo el día y yo no tenía que preocuparme.

Me di cuenta de que esa era la principal diferencia entre la vida en el palacio y la vida en Ocean Crest: aquí no tenía que preocuparme. No tenía nada de estrés. En casa, sentía que todo lo que hacía era preocuparme y estresarme. Me despertaba en mitad de la noche, con los números dándome vueltas en la cabeza. Mantenía la calefacción lo más baja posible, compraba la comida más barata que encontraba e incluso a veces me movía con el coche en punto muerto para ahorrar gasolina. Cada día había sido un cúmulo de

tensiones y preocupaciones. Y para ser sincera, no veía el final. Me rompía el culo en el pub, pero no era suficiente. Era una vida muy dura.

Sin embargo, la vida en palacio era fácil. El mayor estrés que tenía aquí era elegir el vestido adecuado para asistir a una coronación de Luna. Por supuesto, aquí también habría estrés, y lo sabía. Convertirme en Luna me preocupaba: tenía mucho que aprender sobre el mundo de los hombres lobo, así como sobre etiqueta, historia, y cómo funcionaba cada manada. Además, sería reina, lo que me parecía un poco estresante, aunque aún no sabía en qué consistía el trabajo.

Pero las preocupaciones y el estrés eran diferentes, y aquí tenía a Leo.

Mi Leo. Fue fiel a su palabra y se empeñó en darme todo lo que pudiera desear, incluidos manzanos y melocotoneros. También tenía a Cassie, una amiga de verdad.

Entonces, ¿qué me frenaba?

Quiero decir, estábamos paseando por un hermoso huerto, con la barriga llena de gofres hechos al momento mientras Oliver jugaba en una guardería por la que no pagaba nada, y un BMW me estaba esperando. ¿Por qué no iba a elegir esta vida?

A primera vista, parecía una decisión fácil. Pero, como todas las cosas en la vida, era complicada. Había aspectos de la vida de los hombres lobo que no me gustaban, como el asunto del exilio. ¿Y si hacía algo malo y a Oliver y a mí nos exiliaban? Además, estaba el elemento del peligro de los propios lobos. Tenían guerreros y

luchaban entre ellos. También parecían satisfechos con los castigos violentos y crueles.

—Supongo que Cassie está emocionada por su fiesta de esta noche —comentó Leo, interrumpiendo mis pensamientos mientras volvíamos de vuelta al palacio.

—Ya conoces a Cassie —dije juguetonamente—. Nada le gusta más que una buena fiesta, especialmente una en su honor.

Esa noche era la fiesta de cumpleaños de Cassie, que no había hablado de otra cosa en los últimos tres días. Como hija del Beta, no se preocupaba por los gastos y yo sabía que sería un acontecimiento fastuoso. De hecho, me hacía ilusión. Seguro que Jade y sus zorras estarían allí, pero también «nuestras chicas», como las llamaba Cassie. Fiora y Sam solían salir con nosotras, así que serían una buena barrera. Además, iba a haber mucha más gente, así que confiaba en poder evitar a Jade con facilidad.

—¿Te apetece jugar al croquet antes de que vuelva a mi despacho a ocuparme de unos asuntos? —preguntó Leo, palabras que nunca pensé que oiría pronunciar a mi media naranja.

—Claro —dije, sonriendo. Todavía no dominaba aquel extraño juego, pero estaba mejorando.

Me gustaría decir que le gané ese día, pero como de costumbre, Leo me pateó el culo.

Las doncellas insistieron en que empezara a prepararme para la fiesta de Cassie tres horas antes de que empezara. Me prepararon un baño caliente y luego me sentaron para una sesión de belleza completa. Me senté feliz mientras me mimaban, pintándome las uñas y exfoliándome la piel. Me untaron todo el cuerpo con loción,

me maquillaron y me peinaron. Luego me ayudaron a ponerme el vestido, un vestido de terciopelo azul ceñido hasta el suelo. Me gustaba porque no tenía tirantes y era muy elegante. Me habían dicho que el cumpleaños de Cassie era un acontecimiento formal, de ahí todo el alboroto con los preparativos.

Me miré en el espejo, contenta con mi aspecto. No pude evitar comparar el vestido con las camisetas raídas y los vaqueros rotos que solía llevar en casa. Tenía que admitir que me había arreglado bastante bien.

Dejé a Oliver en la guardería, que estaba casi rebosando de niños, ya que la mayoría de los padres asistían a la fiesta de Cassie. Leo me recibió en la puerta de la guardería, devastadoramente guapo con un esmoquin blanco y negro. Me dio un vuelco el corazón y pensé en él en la cama conmigo.

Desde nuestras escapada al bosque, Leo y yo habíamos sido insaciables en el sexo. Mi loba no había vuelto a entrar en celo, todavía, pero nos explorábamos mutuamente de formas que me hacían sonrojar. Su olor me inundó, como siempre, y tuve que resistir el impulso de sugerir que nos folláramos la fiesta para poder follar de verdad. Le había prometido a Cassie que iría y había tiempo de sobra para hacer el amor después de la fiesta.

Leo me besó en la mejilla, sus labios encendieron aún más profundamente el fuego que había en mí. Luego me condujo al gran salón de baile.

—Madre mía —susurré al entrar. Todo el salón de baile estaba decorado con suave seda azul, el color favorito de Cassie. Había mesas y más mesas de comida, y los camareros se abrían paso

entre la multitud con bandejas de bebidas. Todo el mundo iba elegantemente vestido. Sabía que la fiesta de Cassie sería fastuosa, pero aquello superaba mis expectativas. Parecía una escena de película.

Pensé en Oliver. Su primer cumpleaños había sido patético comparado con esto: sólo él, yo y una tarta de vainilla barata. Si me quedaba, podría tener todo esto.

—¡Ava! —gritó Cassie, corriendo hacia mí y cogiéndome del brazo. Estaba deslumbrante con un vestido azul claro hasta la rodilla y falda de vuelo—. Tienes que probar los champiñones. Están para morirse.

—Todo esto es increíble —le dije efusivamente a Cassie.

—Nada es demasiado bueno para mi hija —dijo Beta Noah, acercándose a nosotros con la expresión de un padre orgulloso.

—No podría estar más de acuerdo —le dijo Leo a Beta Noah—. Todos estamos muy orgullosos de ti —le dijo a Cassie.

—Oh, vamos —dijo Cassie, agitando la mano avergonzada—. Me estáis haciendo sonrojar. —Intentaba hacerse la modesta, pero yo sabía que le encantaban los cumplidos—. ¿Eso es para mí? —preguntó Cassie, señalando la cajita envuelta que tenía en la mano.

—Sí —le dije. No sabía qué regalarle a Cassie, ya que no tenía ni idea de qué se regalaban los hombres lobo. Pero sabía que le gustaba beber té, así que encontré una taza en la cocina y la pinté a mano. La manada tenía un estudio de cerámica y una de las criadas había tenido la amabilidad de ayudarme con mi proyecto. Por lo visto, siempre hacían platos especiales y otros objetos de cerámica para regalar, así que me pareció que mi regalo podría estar a la altura.

Cassie cogió alegremente el regalo y lo colocó en la mesa donde estaban amontonados todos los regalos, y luego fuimos a una de las mesas de comida. El ambiente general era ligero y alegre, y yo estaba disfrutando a tope una hora más tarde cuando Beta Noah hizo sonar una bocina estridente. Me sobresaltó, haciendo que casi se me cayera la bebida.

—¿Qué demonios ha sido eso? —le pregunté a Leo.

Se rio.

—Hora del discurso —dijo.

Se hizo el silencio cuando Beta Noah caminó hacia el grupo y todas las miradas se volvieron hacia él.

—Mi hija… —empezó, y desde el principio se hizo evidente que sería un discurso largo y emotivo. La madre de Cassie estaba en Europa, atendiendo a su hermana enferma, así que la tarea de pronunciar el discurso de cumpleaños de Cassie recayó únicamente sobre los hombros de Beta Noah, una tarea que, al parecer, se tomaba muy en serio.

El público escuchaba a Beta Noah detallar lo que parecía cada acontecimiento de la vida de Cassie, desde su primera transformación como cachorra hasta la fiesta de su quinto cumpleaños, cuando se quedó dormida en una mesa, pasando por el día en que pisó por primera vez el campo de entrenamiento. Estaba muy orgulloso de su hija y me pregunté si el discurso terminaría algún día. No fui la única: vi a muchas personas que se movían de un lado a otro e incluso a algunas que bostezaban. Los ojos de Beta Noah brillaban a causa de las lágrimas mientras hablaba.

—Como todos sabéis, Cassie hará pronto sus pruebas de guerrera. Es difícil para mí pensar en mi niña ahí fuera en el campo, luchando. Esa misma niña cuyos momentos más embarazosos incluyeron...

—Vaya —dijo Cassie, interrumpiendo a su padre—. Creo que ya basta, papá —dijo. Beta Noah asintió, dándose cuenta de que quizá se había extendido demasiado y estaba entrando en un terreno demasiado personal. Nos pidió que levantáramos las copas y brindáramos por Cassie, y la sala estalló en aplausos y vítores de felicitación.

A continuación se oyó el ruido de una silla arrastrada por el suelo. La colocaron junto a Cassie, y me di cuenta de que era un trono de madera decorado con intrincadas flores y dibujos azules. Cassie no tardó en sentarse y una doncella le pasó un regalo.

—¿Va a abrir todos esos regalos? —le pregunté a Leo—. ¿Ahora mismo?

Si el discurso de Beta Noah había sido largo, apenas podía imaginar cuánto iba a durar esto. La mesa estaba literalmente llena de regalos.

El público parecía embelesado cuando Cassie abrió su primer regalo. Lo levantó. Era... ¿un collar de diamantes? ¿En serio? Parecía un poco extravagante, pero mi juicio se convirtió en temor cuando ella reconoció quién le había hecho el regalo.

—Gracias, señorita Abby —dijo Cassie.

¿La chef? ¿La chef acaba de darle a Cassie un collar de diamantes? ¿Qué coño pasaba? Luego vi cómo Cassie abría otro regalo, esta vez un chal de cachemira de una de las malditas doncellas. Sentí que el

color se me iba de la cara mientras Cassie abría un regalo tras otro. Todos eran caros, opulentos e impresionantes.

¿Por qué nadie me había avisado? No tenía ni idea de que ése era el tipo de regalos que se esperaban.

La criada le pasó a Cassie otro regalo.

—¡Oh! —dijo Cassie—. Este es el de Ava.

Se me revolvió el estómago. No podía dejar que abriera mi regalo pobretón, no aquí, no delante de todos. Abrí la boca para detenerla, pero era demasiado tarde. Ya había abierto el regalo y estaba metiendo la mano en la caja.

—Es una... taza —dijo, confusa en un principio. Luego le dio la vuelta y vio la leyenda «Guerrera del año» que le había pintado. La habitación se quedó en silencio y yo quise desaparecer. Se suponía que era mi mejor amiga y le había hecho el peor regalo de la noche.

—Qué bonito —oí sisear a Jade. No me había dado cuenta de que estaba a mi lado—. ¿Lo ha hecho tu hijo? —preguntó burlonamente.

—Claro que no —espetó Cassie—. Sólo tiene un año. Está claro que la hizo Ava. —Lo decía como un cumplido, pero al mirar la taza ahora, se parecía muchísimo a algo que haría un niño pequeño—. Me encanta. Gracias, Ava —dijo Cassie. Luego hizo ademán de colocarla junto a ella—. No quiero que se pierda entre los demás regalos —dijo.

Sentí una oleada de gratitud hacia Cassie, pero seguía mortificada.

—Deberías habérmelo dicho —le espeté a Leo, que lo observaba todo con una sonrisa de perplejidad.

—Creo que es un regalo precioso —dijo—. Sentido. Único.

—Es una mierda —respondí, con las mejillas encendidas. Pero, por suerte, Cassie pasó al siguiente regalo, desviando la atención de mí, aunque la estúpida taza permaneció a la vista durante el resto de la apertura de regalos.

Tras la apertura de los regalos, la banda empezó a tocar una banda y la gente salió a bailar. Estaba en la mesa de la comida cuando un desconocido me preguntó qué estaba mejor, si los champiñones o las setas rellenas. Me reí y le dije que me sabían igual. Luego empezamos a hablar de las otras comidas variadas. Era simpático y me dijo que era un guerrero. Me tendió la mano y se la estreché. Pero justo cuando iba a preguntarle su nombre, apareció Leo.

—No la toques —gruñó Leo. Di un paso atrás, sorprendida por la expresión de Leo.

—Alteza —dijo el hombre, con el rostro desencajado. Se inclinó profundamente—. Le ruego que me disculpe. No pretendía faltarle al respeto.

Leo le miró, fulminándole con la mirada. Luego me cogió de la mano y tiró de mí.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunté, sabiendo la respuesta—. Estaba hablando con él.

Debería haberme molestado la actitud protectora y celosa de Leo, pero en el fondo no pude evitar sonreír. Me sentía bien sabiendo que Leo me quería sólo para él. Si antes había tenido alguna duda en sobre si Leo me sería fiel o no, ahora ya no la tenía. Cassie había tenido razón cuando dijo que Leo sólo tenía ojos para mí.

Me aseguré de permanecer a su lado el resto de la velada, salvo un breve instante en que fue a traernos bebidas a los dos.

—¿Has visto ese regalo? —Oí que susurraba alguien detrás de mí—. ¿No ha sido patético? Es la futura Luna y está repartiendo manualidades caseras. —Me giré para ver a Jade de espaldas a mí. No me vio de pie detrás de ella—. Es lo que os había dicho. — Jade se rio burlonamente—. Puede fingir todo lo que quiera, pero en el fondo no es más que una estúpida humana sin clase.

Se me saltaron las lágrimas. Sabía que no debía dejar que las palabras de Jade me hicieran daño, pero al mismo tiempo no podía evitarlo. Era cruel y prejuiciosa... y quizá tuviera razón.

Quería encontrar a Leo y marcharme. Quería volver a la seguridad de su dormitorio, lejos de Jade y sus estúpidos comentarios. Empezaba a sentirme cómoda en el palacio, pero ahora volvía a sentirme como una intrusa. A Leo no le importaría que nos fuéramos; de hecho, probablemente se alegraría.

Vi a Leo al otro lado de la habitación, pero cuando intenté pasar junto a Jade, me tiró vino por todo el vestido.

—Uy —dijo Jade tímidamente—. Culpa mía.

Entrecerré los ojos. Ya había tenido bastante. Si no me enfrentaba a Jade, seguiría pisoteándome. ¿Quién demonios se creía que era? No era más que la hija de un alfa de otra manada, y yo era la pareja del Rey y la futura Reina. Me di cuenta, con furia en el corazón, de que tenía la capacidad de callarla de una vez por todas.

Sin embargo, justo cuando iba a tomar represalias, una de las educadoras de cachorros de lobo me agarró de los brazos. Tenía los ojos desorbitados.

—Señorita Ava —exclamó—. ¡Algo le pasa a Oliver!

23

Ava

Me dio un vuelco el corazón. ¿Qué quería decir? ¿Qué quería decir con que algo le pasaba a Oliver?

—¡Leo! —Le hice un gesto desde el otro lado de la habitación. Me miró, luego vio a la educadora de cachorros de lobo y corrió hacia nosotros.

—Rey Leo —dijo la educadora de cachorros de lobo, inclinando la cabeza—. Por favor, venid. Es Oliver. Él... no sabemos lo que le pasa.

Sentí que el mundo se me caía encima cuando salimos con prisa de la fiesta. Tuve que hacer todo lo posible para no salir corriendo. La educadora de cachorros de lobo caminaba deprisa, dándonos retazos de información sobre lo que había sucedido. Yo apenas escuchaba. No podía. Estaba segura de que algo iba muy mal. ¿Le habían mordido? ¿Estaba herido? ¿Le había atacado otro cachorro de lobo? Leo decía que eso ocurría a veces, pero no era frecuente, y que si ocurría, solía ser sólo un pequeño mordisco. Pero ¿y si Oliver había

sido la excepción? Mi mente daba vueltas y me parecía que no conseguíamos llegar a la habitación lo bastante rápido.

Corrimos por el laberinto de pasillos. Supuse que íbamos a la guardería, así que me sorprendió que la educadora de cachorros de lobo pasara por delante de las puertas de la guardería. Seguimos adelante, giramos a la izquierda y nos detuvimos.

Se me cortó la respiración cuando vi dónde estábamos.

Era la enfermería. Por lo que pude deducir, era donde llevaban a los lobos gravemente enfermos.

Era como si mi pequeño estuviera en cuidados intensivos.

Entramos y enseguida vi a Oliver. Estaba arropado bajo una manta. Parecía muy pequeño e indefenso en la cama. Tenía la cara pálida y gotas de sudor en la frente.

Otra educadora de cachorros de lobo estaba a su lado, secándole la frente con un paño frío.

—Ha sido muy rápido —dijo, la preocupación se reflejaba en sus ojos—. Se comportaba de forma extraña y luego se quedó tumbado. Tiene mucha fiebre. Hemos intentado bajársela, pero no podemos.

—Necesita Tylenol —empecé a decir. Oliver había estado muy resfriado cuando tenía unos cuatro meses y también tuvo mucha fiebre. El médico me había dicho que le diera Tylenol para bajar la fiebre.

—Llama al médico —dijo Leo.

—Me temo que el doctor ha salido esta noche. Es por su nieto...

—No me importa. Ponle un enlace mental. Dile que mi hijo está enfermo y que tiene que volver inmediatamente —le espetó Leo a la educadora de cachorros de lobo.

Me di cuenta de algo terrible. No tenían Tylenol, no tenían ninguna medicina humana.

Leo y las educadoras de cachorros de lobo se hicieron a un lado. Me quedé con Oliver, cogiéndole la mano, intentando calmarlo. No reaccionaba. ¿Estaba en coma? ¡Jesús! De repente me enfadé mucho con esta manada y esta maldita enfermería. Necesitaba la medicina adecuada. Necesitaba ayuda. Necesitaba estar en un hospital de verdad con médicos de verdad. No podía creer que lo hubiera puesto en esta situación. Había sido tan estúpida al venir aquí, a este palacio. teniendo un hijo.

Le palpé la frente.

—Está demasiado caliente —dije—. Leo, podría tener un ataque. Tenemos que...

—Déjame ver —me interrumpió una voz aguda. Me giré para ver a Jade entrando en la habitación. Me quedé de piedra: ¿qué demonios se creía que estaba haciendo aquí? Se acercó a la cama de Oliver, pero yo me interpuse entre ella y Oliver.

Me miró molesta.

—Disculpa —dijo—. Necesito examinarlo.

—Sobre mi cadáver —dije. ¡Como si fuera a dejar que esa zorra tocara a mi hijo!

—Ava —dijo Leo, cogiéndome del brazo y tirando de mí hacia él—. Se está formando para ser médico. Está casi al final de su formación. Puede ayudarnos.

—¡No!— dije. No me importaba que fuera casi una doctora; quería que a Oliver lo viera un médico de verdad, no un médico de hombres lobo de pacotilla. A saber qué estudiaban los médicos de

hombres lobo: probablemente hierbas y pociones y baños a la puta luz de la luna.

Las mejillas de Oliver estaban sonrojadas ahora, y tenía un extraño dibujo de encaje rojo en el cuello.

Se estaba muriendo. Estaba segura de ello. Podía sentirlo. Estaba prácticamente histérica, pero no me importaba. Era mi hijo, y yo lo había traído aquí. Yo lo puse en esta situación. No podía perderlo; simplemente no podía. Era todo lo que tenía.

—Voy a llevarlo al hospital —dije, apartando las mantas. Entonces me detuve. Estaba sin camiseta y tenía el sarpullido rojo por todo el pecho—. Dios mío, Leo. ¿Qué está pasando?

—Tienes que hacerte a un lado y dejar que Jade lo examine —dijo Leo—. Sé que te resulta difícil, pero ella es muy buena en su trabajo. El médico llegará pronto. Mientras tanto, Jade puede ayudarle.

Me di la vuelta para mirar a Leo.

—No —volví a decir—. Me lo llevo a Ocean Crest. No puede quedarse aquí. ¡Míralo!

—Ava, tienes que calmarte —dijo Leo—. También es mi hijo. ¿De verdad crees que dejaría que le pasara algo? Si a Jade no se le pudiera confiar su cuidado, ¿de verdad crees que la dejaría manejar esto? Tienes que confiar en mí, Ava. Si tengo alguna duda, por pequeña que sea, llevaré yo mismo a Oliver al médico.

Hice una pausa. Todos me miraban. Jade dio un paso adelante.

—Déjame echar un vistazo, Ava. No quiero alarmarte, pero esto podría tratarse de varias cosas diferentes. Necesito examinarlo para determinar qué es y poder tratarlo.

—Pero tiene fiebre —dije débilmente. Había oído hablar de niños que habían convulsionado a causa de la fiebre.

—No me preocupa la fiebre —dijo Jade suavemente—. Los hombres lobo pueden soportar la fiebre mejor que los humanos. En este momento, su pequeño cachorro de lobo está trabajando duro dentro de él para ayudarlo. Pero para tratarlo, necesito tratar al cachorro de lobo también. La medicina para hombres lobo es mucho más compleja que la medicina humana.

—¿Qué estás diciendo? No lo entiendo —negué con la cabeza.

—Podría ser su cuerpo humano el que está enfermo o el de su lobo. Antes de poder hacer nada más, tengo que averiguar cuál es. Si, después de examinarlo y determinar qué le pasa, sigues queriendo llevarlo a un hospital humano, entonces iré contigo. Te lo prometo. Pero hasta entonces, por favor, Ava, hazte a un lado para que pueda hacer mi trabajo.

Sus palabras pasaron por mi cabeza. ¿Su lobo podía estar enfermo? ¿Los hombres lobo tienen diferentes enfermedades? De repente me encontré en una situación totalmente distinta. Si al lobo de Oliver le pasaba algo, ¿de qué le serviría un hospital humano?

Tragué saliva y bajé la cabeza.

—Bien —dije de mala gana, apartándome de su camino—. Examínalo.

Jade entró en acción y ordenó a las educadoras de cachorros de lobo que le trajeran un montón de cosas de las que yo ni siquiera había oído hablar. Leo me rodeó con el brazo para confortarme mientras Jade empezaba a pinchar a Oliver. Entonces, para mi

horror, le cortó el dedo con un cuchillo afilado. Le puso una especie de tela en el dedo y luego lo expuso a la luz.

Me sentía impotente mientras Jade hacía todo lo que estaba haciendo. No entendía muy bien lo que estaba pasando. Todo me parecía muy extraño. No era así como los médicos del mundo humano examinaban a la gente, eso lo sabía. Pero claro... los humanos no tenían lobos potencialmente enfermos dentro de ellos.

Después de lo que pareció una eternidad, Jade finalmente se acercó a nosotros.

—Es fungalstopsis —dijo—. Lo sospeché al ver la erupción. Los patógenos están en su sangre.

—¿Qué? —pregunté. Podría estar hablando en francés, por lo que la entendía. —¿Funga...?

—Fungalstopsis —repitió—. Es bastante común en los cachorros de lobo. Recogen los parásitos en su pelaje, y cuando vuelven a la forma humana, lo traen de vuelta a sus cuerpos. Necesita antibióticos, pero se pondrá bien.

Jade lo hizo sonar como si no fuera gran cosa, pero yo no estaba tan segura.

—¿Leo…? —pregunté dudosa, pero él estaba claramente aliviado.

—Son buenas noticias, Ava —me dijo, inclinándose para besarme en la frente—. Yo también lo tuve de niño.

—¿Qué le damos? ¿Qué antibióticos?

Pero una de las educadoras de los cachorros de lobo ya había traído un pequeño frasco morado.

—Es una complicada mezcla de hierbas y raíces. No te ofendas, pero no tiene sentido explicártelo. Confía en mí. Una vez que lo tome, su

sarpullido empezará a desaparecer inmediatamente y se le quitará la fiebre. Puede ser un hongo obstinado, sin embargo, por lo que tendrá que tomar dos dosis diarias durante los próximos tres días.

—¿Estás completamente segura? —pregunté, ignorando el comentario de Jade sobre que no lo iba a entender.

—Sí —dijo secamente.

Dejé escapar un suspiro audible.

—Bueno, gracias, Jade —le dije.

Separó los labios de Oliver y le vertió el frasquito en la boca. Vi cómo su sarpullido empezaba a desaparecer al instante, tal como ella había dicho. Estaba asombrada. No podía creer lo rápido que había hecho efecto el medicamento.

—Bueno, os dejo ahora —dijo Jade, inclinándose ante Leo—. Sugiero que Oliver pase la noche en la enfermería. Y, por supuesto, cuando vuelva el médico, haré que lo revise todo.

Leo dio las gracias a Jade y ella se volvió para marcharse. ¿Quizá me había equivocado con Jade? Nadie le había pedido ayuda, había venido por su propia voluntad y había hecho un buen trabajo. Tal vez su actitud brusca formaba parte de su personalidad, aunque dudaba que el hecho de verter vino sobre alguien pudiera considerarse un rasgo de su carácter.

Pero ella me había ayudado mucho. Se había mostrado tranquila y serena mientras yo enloquecía, y había sido educada. ¿Podría ser esto un punto de inflexión para nosotras? Tal vez si le tendía la rama de olivo y le mostraba a Jade algo de amabilidad, podríamos ser cordiales la una con la otra. Valía la pena intentarlo, ¿no?

—Ahora vuelvo —le dije a Leo. Alcancé a Jade en el pasillo.

—Jade —la llamé.
Se detuvo bruscamente y se volvió hacia mí.
—¿Qué pasa? —preguntó resoplando, claramente molesta—. Me gustaría volver a la fiesta.
—Por supuesto —dije—. Sólo quería darte las gracias.
—Ya lo has hecho —respondió ella, con el rostro inexpresivo.
—Bueno, estuviste realmente genial ahí dentro. Está claro que eres muy buena en lo que haces —dije, con la esperanza de que mi cumplido allanara el camino hacia algún tipo de entendimiento entre nosotras.
—No necesito que me digas que soy buena en lo que hago —dijo, fulminándola con la mirada—. Tu opinión tiene poco valor para mí. No ayudé a tu hijo por ti, Ava.
Hasta ahora, esto no iba muy bien.
—Lo sé, pero...
—No, no lo sabes —espetó—. En realidad, no tienes ni idea. Ayudé a Oliver por la manada, Ava. Oliver es un miembro de la manada, y es mi obligación como médico de hombres lobo tratar a otro hombre lobo. Es algo que no puedes entender, ya que no te criaste en una manada.
Sus palabras eran bruscas y cortantes, lo que hizo tartamudear.
—Oh, no quise decir...
—Y eso es justo, ¿no? Nunca «quieres» hacer nada, ¿verdad? No querías quedarte embarazada del Rey. No querías ser elegida su compañera. Y ciertamente no querías entrar en nuestra manada y pretender saber una maldita cosa sobre nosotros. Pero aun así, aquí estamos.

No sabía qué decir. Estaba claro que no habría reconciliación entre nosotras: Jade me odiaba, pura y simplemente.

—No confundas mi obligación con bondad, Ava —continuó—. Como he dicho, es sólo mi obligación. Ahora, si me disculpas, tengo que ir a un sitio mejor.

Se dio la vuelta y se alejó, haciendo sonar sus tacones por todo el largo pasillo.

Y después de eso, renuncié a intentar ser cordial con Jade.

24

Ava

Estábamos reunidos en el patio a primera hora de la mañana. Permanecía de pie junto a Cassie mientras la gente entraba, con miradas de emoción en sus rostros. Era la mañana de la ejecución pública de los prisioneros de Escudo de la Tormenta, los que llevaban dos años en los calabozos.

Oliver estaba en la guardería y, gracias a la intervención de Jade, se había recuperado totalmente. Leo me preguntó anoche durante la cena si quería asistir a la ejecución. Yo no estaba segura en ese momento, ya que en mi opinión sonaba horrible, pero él parecía genuinamente entusiasmado con la idea y, como eso formaba parte de la vida de los hombres lobo, acepté ir.

Se había instalado en el patio una niebla inquietante. Los prisioneros estaban atados a pilas de madera, con cuerdas alrededor del pecho y de los pies. Tanto los hombres como las mujeres llevaban el torso desnudo y los brazos colgaban libremente en el aire. Tenían el cuerpo lleno de magulladuras y marcas de latigazos, y estaban tan

delgados que se les notaban las costillas. Algunos agachaban la cabeza, negándose a mirar a la multitud, mientras que otros miraban con la mandíbula apretada.

En un susurro, Cassie detalló la tortura que habían soportado durante los últimos años. Apenas les habían dado agua y comida suficientes para mantenerlos con vida. Habían permanecido en celdas sucias y húmedas, plagadas de ratas. No habían visto la luz del sol en mucho tiempo, lo que se les notaba en la cara. Al parecer, les habían azotado a menudo. Me pareció dolorosamente cruel, pero Leo me recordó que estaba utilizando a estos prisioneros para enviar un mensaje a las otras manadas. Como Rey, quería dejar claro que no aceptaría traiciones ni levantamientos de ningún tipo contra él.

—Normalmente, ejecutamos a los prisioneros casi inmediatamente —me había dicho Leo durante la cena—. Pero decidí mantenerlos vivos tanto tiempo para enviar un mensaje. Los prisioneros todavía pueden enlazar mentalmente a su manada, por lo que son muy conscientes de la tortura que han estado soportando. Dudo mucho que alguien considere levantarse contra mí después de esto.

Leo aún no estaba allí, sólo algunos guerreros de Sombra Negra, Beta Noah y el médico, a quien reconocí porque había examinado a Oliver cuando regresó a la manada. Para mí, había un aire premonitorio en la tranquila mañana. Algunas personas hablaban en voz baja, pero aparte de eso, no se oía apenas nada. Se me hizo un nudo en el estómago y pensé varias veces en marcharme. ¿Realmente quería ver esto? ¿Realmente quería ver cómo mataban a esos hombres y mujeres torturados delante de mis ojos?

Pero sabía que si decidía quedarme aquí, esta era una parte de la vida de la manada a la que tendría que enfrentarme tarde o temprano.

—¿Qué va a pasar? —le pregunté a Cassie. Tenía la mirada fija en los prisioneros.

—Han sido sentenciados morir desangrados —susurró Cassie—. Primero, les darán veneno para matar antes a sus lobos y que éstos no puedan curarlos. Es insoportable sentir morir a tu lobo. Te lo advierto, Ava, será bastante dramático.

Todo aquello me parecía inhumano y se lo dije a Cassie, pero ella se limitó a reírse.

—Sé que te cuesta entenderlo —dijo—. Pero la traición es uno de los peores crímenes que puede cometer un hombre lobo. Nuestras manadas están estructuradas sobre reglas; la primera regla es obedecer al Rey. Si no tuviéramos estas reglas, sería el caos. Las reglas proporcionan orden, y aunque no lo parezca, nos ofrecen cierta apariencia de paz. Estas personas rompieron las reglas. Tienen lo que se merecen.

Tragué saliva. Suponía que no era muy diferente del mundo humano. Allí también teníamos normas y castigos si las infringíamos. Sólo que los castigos parecían mucho más extremos en el mundo de los hombres lobo.

En ese momento, Leo se acercó a la multitud. Llevaba una larga túnica negra con bordados dorados y un grueso cuello de piel. Su aliento era visible en el aire fresco y húmedo de la mañana.

—Miembros de mi querida Manada Sombra Negra —se dirigió al grupo. Su rostro era serio mientras sus ojos escrutaban a la multitud

—. Nos hemos reunido hoy aquí para presenciar la ejecución pública de estos prisioneros. Los hombres y mujeres que ven ante ustedes han cometido traición, no sólo contra mí, el Rey, sino también contra las leyes que nos unen. Como traidores, representan una amenaza para nuestra manada y nuestras leyes. Han soportado su castigo, y ahora es el momento de que paguen sus últimas deudas. Pagarán sus crímenes con sus vidas.

El público empezó a aplaudir. Aplaudí sin entusiasmo mientras miraba a mi alrededor. Me sorprendió ver que había niños entre la multitud. Había supuesto que se trataba de un asunto sólo para adultos. ¿Qué madre llevaría a su hijo a presenciar la ejecución de hombres y mujeres?

—¿Por qué hay niños aquí? —le pregunté a Cassie, incapaz de ocultar mi sorpresa.

—Los niños aprenden desde pequeños lo que es aceptable en la manada y lo que no. Es bueno que vean lo que pasa cuando no se obedecen las normas.

Se me revolvió el estómago. Ni siquiera podía imaginarme permitir que Oliver viera algo así. Si me quedaba, Oliver no sólo sería testigo de algo así en el futuro, sino que él mismo lo ordenaría si se convertía en el Rey Alfa. Era una realidad difícil de asimilar. Mi dulce e inocente hijo, que me asfixiaba a besos y se acurrucaba en mi regazo, podría convertirse en un hombre que ordenara la muerte de otros.

—Mamá —dijo una niña a nuestro lado. No tendría más de seis o siete años—. ¿Cuándo va a empezar? Quiero ver como mueren los prisioneros.

—Sssh, pronto, mi amor. Debemos ser pacientes —le susurró la madre con una sonrisa. La niña asintió a su madre y volvió a mirar a los prisioneros atados.

Leo hizo un gesto al médico para que se acercara. Llevaba una bandeja de agujas llenas de un líquido ámbar brillante.

—Acónito —me dijo Cassie—. Está prohibido dentro de nuestras fronteras y sólo puede usarse en situaciones como ésta, administrada por un médico. Es letal para nuestros lobos. El único crimen peor que la traición es el uso ilegal de acónito.

El médico se acercó al primer prisionero. Le clavó la aguja en el lado izquierdo del cuello, justo por encima de la clavícula. Al instante, el rostro del hombre se contorsionó y sus ojos se abrieron de golpe. Dejó escapar un gemido largo y gutural, y vi cómo apretaba las manos.

—Su lobo está muriendo —me explicó Cassie.

Pensé en Seruse. Todavía la estaba conociendo, pero ya se había convertido en parte de mí. No podía imaginarme verla morir, y mucho menos sentirlo. A veces, me sentía tan conectada a Seruse que podía oír lo que pensaba y sentir lo que sentía. No siempre estaba en mi mente, pero últimamente estaba cada vez más presente. Leo me dijo que, con el tiempo, siempre estaría ahí, dentro de mí, como mis propios pensamientos. Tenía la necesidad instintiva de protegerla, como ella a mí.

—Es el vínculo del lobo —me había dicho Leo.

Seruse empezó a pasearse por mi cabeza, con el pelaje erizado. Se dio cuenta de lo que pasaba y soltó un gemido lastimero.

El médico se acercó al siguiente preso e introdujo la larga aguja. Este prisionero mantenía la mirada fija en la multitud, el rostro estoico. Por fuera, ni siquiera parecía que le estuviera pasando nada. El único indicio de que sentía algún tipo de dolor era el suave temblor de sus manos.

El médico continuó por la fila de prisioneros, administrando el acónito. Algunos suplicaban por sus vidas a medida que se acercaba.

—Por favor —dijo una de las prisioneras—. Tengo hijos. He cumplido mi condena. Por favor, déjeme volver con mis hijos.

—Ahora, silencio —dijo el médico con simpatía, poniéndole la mano en la frente. Ella sollozó y se le saltaron las lágrimas.

—Sólo... déjeme... despedirme de mis hijos —sollozó. Luego levantó la barbilla mientras el médico permanecía de pie con la aguja preparada en su garganta.

—Está enlazando mentalmente a sus hijos —me dijo Cassie.

Sentía todo mi cuerpo muy pesado. Esto no me gustaba nada. Era madre, por el amor de Dios. Había cometido un error; todos lo habían cometido. ¿Era realmente la única manera de asegurar que sus «reglas» permanecieran inalteradas?

La mujer sonrió entonces, una sonrisa débil y dolorosa. Luego asintió y el médico le clavó la aguja en la garganta. La mujer gorgoteó y luego su cuerpo se convulsionó al tensarse contra las cuerdas que la ataban.

Me di la vuelta. No quería verlo. Era vil y repugnante. Los prisioneros gemían, gritaban, suplicaban, pedían ayuda.

—Esta parte acabará pronto —me dijo Cassie, al notar que había desviado la mirada. Mis ojos volvieron a la niña que estaba a mi

lado. Estaba de pie, agarrada a la mano de su madre, con los ojos clavados en los prisioneros con mórbida fascinación.

No sé cuánto tardaron en callarse todos los prisioneros, pero al final lo hicieron. Volví a mirarlos y la mayoría tenía los ojos vacíos. Seguían vivos, pero podía ver en sus caras que ya no les importaba si vivían o morían. Para mí, parecía que la peor parte había pasado para ellos. Sus lobos estaban muertos y ahora sólo querían el mismo final para ellos mismos.

Leo se acercó al primer prisionero blandiendo un gran cuchillo plateado. De un solo golpe, le hizo un corte en la muñeca y luego pasó a la otra. La sangre brotó del corte y se esparció por el suelo. Me resultaba difícil verlo. Leo, literalmente, estaba cometiendo un asesinato, matando a cada una de estas personas con sus propias manos.

Leo se movió rápidamente a lo largo de la línea, cortando a cada prisionero. El aroma metálico de la sangre era ahora espeso en el aire. De nuevo, Seruse dejó escapar un aullido lastimero. Luego recostó la cabeza sobre sus patas delanteras.

—A mi loba no le gusta esto —le dije a Cassie.

—Con el tiempo le gustará —respondió Cassie.

Lo dudaba mucho. ¿Cómo podía gustarle esto a alguien? Volví a echar un vistazo a la multitud y me di cuenta de que la gente parecía estar disfrutando. Todos los prisioneros se estaban desangrando, y algunos probablemente ya habían muerto.

Nos quedamos hasta el amargo final. Cuando el médico revisó a cada prisionero, levantando las manos en forma de «X» después de

cada uno, lo que fue recibido con aplausos, Cassie dijo por fin que se había acabado.

—¿Desayunamos? —preguntó, volviéndose hacia mí con una amplia sonrisa.

Sacudí la cabeza. Tenía ganas de vomitar y lo último que me apetecía era desayunar.

—Me voy un rato a mi habitación —le dije.

Antes de la ejecución, me había inclinado por quedarme en el palacio. Gracias a todas las cosas que Leo había traído para mí, cada día me sentía más cómoda. Claro, Jade seguía siendo una zorra, pero no estaría allí para siempre. Una vez que terminara su entrenamiento, volvería a su propia manada. La mayoría de las mujeres del palacio eran agradables y amables conmigo, y Oliver estaba floreciendo aquí.

Pero ahora, después de ver lo crueles y bárbaras que eran algunas de sus costumbres, no estaba tan segura de quedarme. Acababa de ver morir gente a manos de mi compañero. No estaba segura de poder soportar algo así otra vez. Y peor aún, ¿qué pasaría si yo fuera Luna y esto cayera sobre *mis* hombros? No podía condenar a alguien a la muerte, simplemente no podía hacerlo.

Había hecho la vista gorda ante algunas de las cosas que no me gustaban del mundo de los hombres lobo, diciéndome que no todo podía ser perfecto. Pero esas cosas eran más pequeñas, y esto me parecía enorme, el hecho de que torturaran y asesinaran a la gente por infringir las leyes.

Volví a mi habitación con la mente en un torbellino. ¿Podría realmente formar parte de esto? Si me quedaba, tendría que

hacerlo. Y Oliver también.

Intenté apartar de mi mente la imagen de los rostros de los prisioneros, sus cuerpos magullados y famélicos y la forma en que algunos de ellos habían suplicado literalmente clemencia. La ejecución no hizo más que aumentar mi inquietud por abrazar plenamente la vida de hombre lobo.

En el fondo, no estaba segura de poder quedarme.

25

Leo

Las campanas de palacio empezaron a sonar mientras estaba sentado en mi estudio, revisando algunas peticiones de otras manadas. Me detuve inmediatamente cuando las campanas siguieron sonando. Sólo podían significar una cosa.

Mis padres estaban aquí.

¡Mierda! No sabía que volvían hoy.

Ava estaba con Cassie en el campo de entrenamiento de guerreros, viéndola practicar para sus pruebas de guerrera. Desde la ejecución, había estado manteniendo las distancias conmigo. En apariencia todo estaba bien, pero yo notaba que algo iba mal, que había algo que no me contaba. Seguíamos durmiendo juntos todas las noches y comiendo juntos, pero había cierta tirantez en nuestra conversación.

Me tenía un poco preocupado, por no decir otra cosa. El tiempo corría y nos quedaban menos de dos semanas, semana y media para ser exactos. Había hecho todo lo que estaba en mi mano para

conquistarla, pero aun así, no podía evitar sentir que no era suficiente.

Y ahora mis padres estaban aquí, sin avisar. Se habían ido de vacaciones a visitar unas manadas europeas en el sur de Francia y no me habían dicho cuándo volverían. Esperaba que fuera después de que Ava aceptara quedarse.

No les había dicho nada sobre Ava. Era del mundo humano y sabía que eso no les gustaría. Estaba lejos de la realeza y de ser la típica mujer con la que me imaginaban. No les había hablado de ella ni de Oliver, esperando que Ava les convenciera en persona.

Tampoco le había contado mucho a Ava sobre mis padres. Me había preguntado un par de veces, pero yo había evitado sus preguntas. Le dije que mis padres eran estupendos, que la querrían y que no debía preocuparse por ellos, ya que no pasaban mucho tiempo en palacio. Desde que mi padre dimitió y me traspasó el cargo de Rey Alfa, mis padres habían estado viajando por todo el mundo. Pasaban menos de unos meses al año en palacio.

Pero ahora que estaban aquí... estaba preocupado.

Salí al vestíbulo a saludarles. Estaban rodeados de un revuelo de criadas que recogían sus maletas y abrigos. Me sonrieron mientras me abrazaban. Entonces, mi madre dio un paso atrás y clavó sus ojos en los míos.

—¿Dónde está la nueva Luna de la que hemos oído hablar? —preguntó fríamente.

Debería haber sabido que estarían al tanto de todo. Las noticias corren rápido entre las manadas, especialmente en lo que respecta al Rey Alfa y a una posible nueva Reina.

—Iba a decíroslo —empecé, pero mi madre me cortó.
—En serio, hijo. Nos enteramos a través del Alfa de la Manada La Fleur. ¿No te pareció prudente decirnos tú mismo que habías encontrado compañera?
Estaba enfadada, podía verlo en sus ojos. Y, sinceramente, no la culpaba. A posteriori, supongo que debería habérselo dicho. Pero sabía que si lo hacía volverían pronto para conocer a Ava, y ella ya estaba lidiando con muchas cosas. No quería que tuviera que lidiar con mis padres y su juicio además de todo lo demás.
—Venid a mi estudio —dije, sonriendo—. Haré que las criadas nos preparen algo de comer mientras os pongo al corriente. Reconozco que debería habéroslo dicho, pero todo sucedió muy deprisa.
—Bien —dijo mi madre, poniendo los ojos en blanco—. Pero nada de pan, por favor. Me comí mi peso en baguettes cuando estuvimos en Francia. Sólo algunos aperitivos ligeros.
Mis padres me acompañaron a mi estudio y los ojos perspicaces de mi madre examinaron mi desordenado escritorio. Me estaba resultando difícil seguir mi ritmo de mi trabajo habitual porque había estado muy centrada en Ava y sus necesidades. El estado de mi despacho dejaba claro que apenas estaba al día.
Afortunadamente, mi madre se reservó su opinión y se sentó en el sofá, con la espalda recta y las piernas cruzadas por los tobillos. Mi padre se unió a ella y se hundió en el sofá, con los brazos extendidos sobre el respaldo.
—¿Es verdad, Leo? —empezó mi madre—. ¿Es verdad que has traído aquí a una renegada?

Suspiré profundamente. Mi madre siempre era franca, directa e iba directa al grano, por lo que no tenía sentido eludir la verdad cuando se trataba de ella.

—Sí —dije, sentándome frente a ella—. La madre de Ava fue exiliada de la Manada Solar hace años, pero no debería haber sido así. Es una situación bastante complicada —empecé. Luego, me lancé a contar toda la historia, desde la primera vez que encontré a Ava hasta el estado actual de nuestra relación. Luego le confirmé que, efectivamente, teníamos un hijo en común.

Pensé que mi madre se emocionaría con Oliver, puesto que no era precisamente sutil en cuanto a su deseo de ser abuela, pero su rostro permaneció estoico mientras yo hablaba.

—Entiendo que no son exactamente las circunstancias perfectas —terminé. Pero es mi compañera; se está integrando bien en la vida de la manada aquí en el palacio, y sus antecedentes no son culpa suya. Es una mujer maravillosa. Una vez que la conozcas, verás en ella lo que veo yo.

—Mentiría si dijera que no estoy decepcionada —dice mi madre suspirando—. No es la pareja que hubiéramos deseado para ti. Sin embargo, ambos estamos dispuestos a reservarnos el juicio hasta que la conozcamos en persona.

Me eché hacia atrás. No era la respuesta que esperaba de mi madre. Mi padre permaneció callado todo el tiempo, dejando que mi madre hablara por los dos, como solía hacer. Mi padre era un hombre callado, un hombre fuerte, poderoso y sin pelos en la lengua cuando tenía que serlo, pero a menudo reservado. En cambio, mi madre decía lo que pensaba y lo hacía con frecuencia.

—Maravilloso —dije. Esperaba que fueran fríos con Ava, pero tal vez los había juzgado mal a ambos—. Haré que preparen la cena para todos y...

—¿Por qué esperar? —preguntó mi madre levantando una ceja—. No hay mejor momento como el presente. Llámala. Vamos a conocerla ahora mismo.

Asentí con la cabeza. Mi madre no preguntaba y yo no tenía elección. Además, no parecía haber muchas razones para retrasar lo inevitable.

Establecí un vínculo mental con Ava y le pedí que viniera a mi estudio privado. Rápidamente le expliqué que mis padres habían vuelto a casa inesperadamente y que estaban deseando conocerla. Ava se sorprendió al principio, pero le dije que no tenía por qué preocuparse. Estaban encantados de saber que eran abuelos, y habían hecho todo el camino para conocer a mi compañera y futura Luna. Por un momento me pregunté si no estaría exagerando demasiado, pero tenía que ser positivo e intentar tranquilizar a Ava.

—Está de camino —les dije mientras entraba la criada con una bandeja de aperitivos.

—Creí haber dicho que nada de pan —le espetó mi madre a la criada, mirando lo que había en la bandeja—. Llévate esto e inténtalo de nuevo.

—Sí, reina Patricia —se apresuró a decir la criada, girando sobre sus talones y alejándose a toda prisa. Mis padres, como antiguos Reyes, conservaban sus títulos reales. Una vez rey y reina, siempre rey y reina.

—¿Dónde está ahora? —preguntó mi madre cuando la criada se hubo marchado.

—En el campo de entrenamiento con Cassie —dije, forzando un entusiasmo en mi voz que no sentía.

—No está entrenando, ¿verdad? —preguntó mi madre, atónita.

—Claro que no, madre —le dije—. Va a convertirse en Luna, no en guerrera. Sin embargo, ella y Cassie se han hecho íntimas y Ava disfruta viendo entrenar a Cassie.

—Humm —fue todo lo que dijo mi madre.

Nos sentamos a esperar a Ava. Pregunté a mis padres por sus viajes, pero la conversación fue tensa y tirante. Me sentí aliviado cuando por fin llegó Ava, aunque me hubiera gustado que volviera a su habitación y se cambiara antes. Llevaba unos vaqueros, el pelo recogido en una coleta desordenada y las mejillas sonrosadas por el camino.

Para mí, era preciosa. Daba igual lo que llevara puesto; era la criatura más hermosa del mundo. Por lo que a mí respecta, podría haber llevado un saco de patatas. No me habría importado.

¿Pero a mis padres? La forma en que Ava estaba vestida les parecería poco respetuosa.

—Hola —dijo Ava al entrar en el estudio. Parecía un poco nerviosa, pero tenía los ojos brillantes y sonrió a mis padres—. Estoy encantada de conoceros. Leo me ha dicho que estabais en Europa. Increíble. Siempre he querido ir —exclamó.

—Acércate —dijo mi madre, con el rostro inexpresivo—. Deja que te vea bien. —Luego me lanzó una mirada que indicaba que no estaba muy impresionada con el atuendo de Ava.

Ava me miró y yo asentí. Avanzó y se puso delante de mi madre.
—Gírate —dijo mi madre, moviendo el dedo en el aire. Ava hizo lo que le ordenaban, pero estaba claramente confusa.
—Ya puedes sentarte, querida —dijo mi madre—. Soy la Reina Patricia, y él es el Rey Jonathan. Hemos oído que una vez fuiste una renegada.
—Oh, yo... sí, supongo que sí —empezó Ava, obviamente incómoda.
—Ya hemos oído la historia, querida —la cortó mi madre—. Háblanos de tu hijo.
La cara de Ava se iluminó al oír hablar de Oliver, como siempre.
—Bueno, acaba de cumplir un año y es maravilloso. Los educadores de cachorros de lobo dicen que es muy inteligente, y su lobo es muy fuerte.
Escuché, con el corazón rebosante de calor por Ava. Se esforzaba por hablar de cosas que creía que mis padres querían oír, como la fuerza de su lobo.
—¡Entonces ya se ha transformado! —dijo mi padre, inclinándose hacia delante—. Qué bien. Eso está muy bien. —Ava sonrió cálidamente a mi padre, ganando confianza con sus ánimos, pero le duró poco.
—Todos los jóvenes se transforman, Jonathan —dijo mi madre secamente—. No creo que sea algo para celebrar.
—Ava está empezando a ser bastante buena al croquet, madre —dije, tratando rápidamente de cambiar de tema. Era una estupidez, pero fue lo primero que se me ocurrió.
—¿Ah, sí? —preguntó mi madre, volviendo los ojos hacia Ava. Ava se retorcía las manos sobre el regazo y me pregunté si sabía que lo

estaba haciendo—. Entonces podríamos jugar alguna vez —sugirió mi madre.

—Hum... sí, me gustaría —dijo Ava, pero su voz era aguda y tensa.

Ya basta. Ava estaba claramente angustiada por toda esta conversación, y yo no me iba a quedar de brazos cruzados mientras mi madre hacía comentarios burlones y pasivo-agresivos sobre ella.

—Ava —dije, cogiéndole la mano—. ¿Por qué no vas a buscar a Oliver a la guardería de cachorros de lobo y nos vemos fuera para dar un paseo por el jardín? —Luego, con los ojos fijos en mi madre, me incliné hacia Ava y le besé la frente—. Amor mío —añadí emotivamente.

—De acuerdo —asintió Ava, aliviada por salir de aquella incómoda situación. Se levantó e inclinó la cabeza hacia mi madre y mi padre.

—Querida, la realeza no se inclina ante otros miembros de la realeza —dijo mi madre.

Ava se ruborizó. Ella pensaba que estaba haciendo lo correcto, pero aún no había aprendido todas las reglas de etiqueta.

Inhalé bruscamente.

—Ava puede inclinarse si quiere —dije—. Estoy seguro de que no hay nada malo en una muestra de respeto. Vamos, cariño. Ve a buscar a Oliver y nos vemos fuera. Hace una tarde preciosa y un paseo nos vendrá bien a todos.

Ava asintió.

—Ha sido un placer conoceros —dijo—. Y estoy deseando conoceros mejor.

—Qué bien —comentó mi madre.

—Lo mismo digo —dijo mi padre, sonriendo. Al menos uno de ellos estaba siendo cordial.

Ava se marchó y yo me volví a mi madre en cuanto se cerró la puerta.

—¿En serio, madre? Dijiste que te reservarías tu opinión. No permitiré que la trates así.

—No tiene madera de Luna —replicó mi madre—. Estaba más que dispuesta a reservarme mi opinión, pero, sinceramente, hijo. No podemos permitir que alguien así lleve la corona.

—Podemos y lo haremos —dije con firmeza. Luego me volví hacia mi padre—. ¿Papá?

—No lo sé —suspiró—. Quiero decir, no es lo que yo esperaba. Pero parece dispuesta a hacer un esfuerzo, aunque se haya equivocado. Tal vez estemos actuando demasiado rápido, mi Reina. ¿No deberíamos al menos darle una oportunidad a la chica?

Agradecí las palabras de mi padre, pero mi madre no se dejaba convencer.

—Es tu compañera, y lo entiendo, hijo —dijo—. Pero tu padre y yo ya lo hemos hablado. Si insistes en quedarte con Ava, está bien. Sabemos que valoras el vínculo de compañeros y no nos corresponde discutirlo contigo. Sin embargo, si te empeñas en que Ava se quede en palacio, te sugerimos que aceptes a Jade como tu Luna y mantengas a Ava como tu amante. Oliver puede seguir siendo Príncipe.

—No —dije. Tenía la sensación de que esto iba a pasar. Para Jade estudiar aquí era algo más que formarse. Probablemente. mis padres habían arreglado algo así con los padres de Jade hace mucho

tiempo. Jade era, en sus mentes, un partido perfecto para mí. Venía de una familia adinerada y la habían criado bien. Era inteligente y recatada, elegante y educada. Sin duda, sería una excelente Luna.

Pero yo no quería a Jade. Quería a mi compañera. Quería a Ava, y al fin y al cabo, era mi elección, no la suya.

—Leo, te imploro que entres en razón. Como sabes, los matrimonios en las familias reales son a menudo arreglos políticos. Jade es la hija del Alfa de una manada fuerte. Es una alianza en nuestro mejor interés. Tienes que pensar en la manada, hijo. Es tu obligación hacerlo.

Sentí que la ira se apoderaba de mí. Ya les había dicho que no iba a elegir a Jade, y no tenían derecho a seguir con esto.

—No lo haré —dije, con voz alta y firme—. Ava es mi compañera. Si decide quedarse, la coronaré Luna.

—¿Y si no se queda? —preguntó mi madre.

—Entonces gobernaré solo. Ya tengo un heredero.

Mis palabras se quedaron suspendidas en el aire. Era raro que un Rey gobernara sin Luna, pero era una decisión que ya había tomado. Si Ava no se quedaba conmigo, entonces me quedaría solo. Si no podía tenerla, entonces no quería a nadie, simple y llanamente.

—No puedes decirlo en serio —dijo mi padre, claramente sorprendido.

—Sí, es en serio —dije. Luego, me froté las sienes para calmarme. Había perdido los estribos y ésa no era forma de hablar con mis padres. Los dos se quedaron en silencio, mirándome. Ordené mis pensamientos antes de volver a hablar.

—Dadle tiempo —les dije—. No... no la descartéis todavía. Todo esto es muy nuevo para ella, pero tiene todas las cualidades para ser una buena Luna. Una gran Luna. Y yo... la quiero. Ava lo probará por sí misma si se lo permitís.

No era tanto una súplica como un acuerdo. Sabía que Ava les haría cambiar de opinión si le daban una oportunidad. No sabía que no debía inclinarse ante la realeza y a veces llevaba vaqueros, ¿y qué? Tenía un corazón bueno y amable, y sabía que gobernaría a mi lado con gracia y compasión.

La Diosa de la Luna eligió a Ava para ser mi compañera por una razón; mis padres lo verían con el tiempo.

—¿Y si no lo hace? —preguntó mi madre.

La ira volvió a apoderarse de mí. Había terminado con esta conversación. Yo era el Rey, por el amor de Dios. ¿No sabían que ya había pensado en todo lo que decían? Nada de eso me importaba. Era una conversación sin sentido.

—Entonces podéis volveros a Europa por lo que a mí respecta —repliqué con altanería—. Ahora, si me disculpáis, voy a reunirme con Ava y mi hijo para dar un paseo por el jardín. Venid o no, pero no toleraré más comentarios sarcásticos por parte de ninguno de los dos. Si no podéis aceptarla, es cosa vuestra. Ava es todo mi corazón; si me salgo con la mía, no irá a ninguna parte.

Me di la vuelta y me fui, dejando a mis padres en el sofá sumidos en un silencio atónito.

Ava

No me gustó la Reina Patricia desde el momento en que la conocí. Vi la forma en que me miraba, condescendiente y sentenciosa. Sentí que Leo no había sido del todo sincero conmigo. Me había hecho creer que su madre y su padre eran personas amables y que estaban deseando conocerme, y estaba claro que no era así.

La muy zorra me había pedido que «me diera la vuelta» como si fuera una especie de mono en exhibición. ¿Quién hace eso? ¿Quién inspecciona a otra persona como si fuera ganado? Me había dado tanta vergüenza, allí de pie con mis vaqueros rotos y mi camiseta de los Beatles. Leo debería haberme avisado para que me cambiara. No me faltaban vestidos en el armario, gracias a las criadas y su interminables tareas de costura. Al menos podría haber aparecido con un aspecto un poco más presentable.

Había hecho todo lo posible por ser cortés, pero había sido muy duro. Sabía que me odiaban y que no me querían con su precioso hijo. Me dolía, pero lo que me dolía aún más era que probablemente

tenía razón. Yo estaba lejos de ser de la realeza y pensar lo contrario había sido un delirio.

¿En qué demonios estaba pensando, paseándome por el palacio con bonitos vestidos como si hubiera nacido para esta vida? Jade lo había dicho desde el principio: no era nadie, una humana patética que jugaba a disfrazarse. La reina Patricia, con sus ojos malvados y sus comentarios sarcásticos, sólo había servido para consolidar lo que ya sabía.

Este no era mi lugar.

Pero también estaba Leo. Cada vez que pensaba en marcharme a final de mes, el corazón se me encogía en el pecho. Quería estar con él, quedarme con él. Disfrutaba de cada momento que pasábamos juntos y me sentía segura y cómoda con él. Mi corazón era como un gran pozo de sentimientos cuando se trataba de Leo. Tenía un poder sobre mí como nunca había sentido.

Yo no pertenecía al palacio, pero pertenecía a Leo.

¿Qué demonios tenía que hacer? ¿Por qué tenía que ser tan complicado? ¿Por qué no podía haber encontrado a un buen hombre con un trabajo normal y corriente y casarme en una boda pequeña y modesta como el resto del mundo?

No, tenía que enamorarme de un rey lobo que vivía en un palacio. Sabía que era habitual no llevarse bien con la familia política, pero la reina Patricia y el rey Jonathan estaban a otro nivel.

El tiempo corría y yo era dolorosamente consciente de ello. Cada día que pasaba me acercaba más al día en que tendría que tomar una decisión. Si no pensaba quedarme aquí, no era justo para Leo que me quedara más de un mes. Si yo no quería esta vida, entonces

tenía que dejarlo ir para que pudiera encontrar a alguien más para convertirla en su Luna.

Alguien como Jade.

A pesar de mis sentimientos hacia ella, tenía que reconocer que era todo lo que yo no podía ser. Nacida en una manada, criada para ser de la realeza, inteligente y elegante. A veces pensaba en retirarme antes de tiempo, coger a Oliver e irme a casa para dejar que Leo tuviera la Luna que realmente se merecía.

Pero entonces me dolería el corazón, y volvería a empezar el proceso en espiral de pensar en mi vida sin Leo, y volvería a estar justo donde empecé.

Era exasperante, y también lo era el hecho de que cada día sentía más cariño por el palacio. Cassie me caía muy bien y sentía que por fin había encontrado a la amiga que siempre había deseado. Luego estaba Seruse: ahora que había probado lo que era tener un lobo, ¿podría volver a ponerla a dormir? Ahora era un ser real para mí, no sólo un concepto extraño. Ella tenía pensamientos, sentimientos y deseos. Parecía cruel sumirla de nuevo en el silencio. Merecía ser parte del mundo, ¿no? Pero si volvía a Ocean Crest, no podría tenerla conmigo.

Y, por supuesto, estaba Oliver. La decisión que estaba tomando no me afectaba solo a mí. Debía tenerlo en cuenta. Me habían criado sin parte de mi vida, y no sabía lo que me había perdido por ello. Las manadas tenían todos esos eventos, hitos y rituales. Si me llevaba a Oliver de vuelta, lo estaba privando de todo eso.

Ya no me preocupaba tanto el dinero. Leo me había dicho que nos mantendría a Oliver y a mí, y se había ofrecido a comprarnos una

casa, un lugar al que pudiera llamar hogar. Aunque Oliver no viviera en el palacio, no le faltaría de nada en el mundo humano: Leo se encargaría de ello. Con el apoyo de Leo podría estudiar, obtener un título y prepararme para desarrollar una auténtica carrera profesional.

Mi mayor miedo a la hora de volver al mundo humano, que era vivir el resto de mi vida como una camarera arruinada sirviendo cerveza a gilipollas borrachos en un bar, había desaparecido.

En ese sentido se habían igualado los dos mundos, sabiendo que tendría una buena vida si volvía al mundo humano. Leo lo había hecho por mí, intencionadamente, porque quería que mi decisión se basara en mi corazón, no en mi cuenta bancaria. Le quería por ello. De verdad.

Estaba sentada en mi cama mientras todos estos pensamientos pasaban por mi cabeza. La reina Patricia me había pedido que la acompañara a la Biblioteca Real esa tarde, y no me hacía mucha ilusión, pero ¿qué podía hacer? ¿Rechazarla? Era la madre de Leo, así que al menos tenía que ser educada. Mi único consuelo en todo este asunto era el hecho de que si decidía quedarme, Leo me aseguraba que sus padres no estarían mucho por aquí.

Miré el reloj. Era casi mediodía, hora de reunirme con la Reina. Suspiré profundamente y me levanté, mirándome en el espejo. Al menos esta vez iba vestida más adecuadamente. Tal vez si me veía con un vestido adecuado, peinada y maquillada, se ablandaría un poco. Así que, con un último toque de carmín en los labios, salí para reunirme con la reina Patricia en la Biblioteca Real con una sensación de inquietud en el estómago.

Me estaba esperando en la puerta. Me sonrió mientras me acercaba, lo que me pareció extraño. Habíamos cenado juntas dos veces, desayunado una vez, jugado al croquet, paseado cuatro veces por el jardín y jugado cinco veces a las cartas en los dos días transcurridos desde su llegada, y creo que no me había sonreído ni una sola vez.

—Ava, estás preciosa —me dijo. Claro que ya me había visto bien vestida antes, pero este era un vestido formal y, si no la conociera, diría que estaba ligeramente impresionada.

—Gracias —dije—. Tú también. — Ella siempre estaba guapa. Caminaba con una gracia regia de la que yo carecía e irradiaba una confianza que yo no tenía. Y tenía muy buen aspecto para una mujer de su edad, tenía que admitirlo. Su piel era impecable, tanto que empecé a preguntarme si los hombres lobo utilizaban Botox.

—Me alegro de que hayas accedido a reunirte conmigo hoy —me dijo, abriendo las puertas de la biblioteca—. Hay algo que quiero enseñarte.

La seguí a la biblioteca, con un poco de curiosidad. Me indicó que tomara asiento y se dirigió a un gran armario que había en un rincón. Estaba cerrado con diversos candados y cadenas, en los que encajó varias llaves. Me quedé de piedra cuando sacó un alfiler, se pinchó el dedo y lo puso sobre el último candado.

—Un candado de sangre —dijo, sonriéndome como si fuera lo más banal y obvio del mundo.

Sacó cuatro cajas forradas de terciopelo negro y las acercó a la mesa. Luego levantó todas las tapas.

¡Madre mía! Las cajas contenían joyas, pero no eran joyas normales. No reconocí ninguna de las gemas, y todas tenían un brillo extraño y

chispeante. Algunas incluso parecían cambiar de color delante de nuestros ojos.

No estaba segura de si eran collares, pulseras o qué, pero una de ellas era sin duda una tiara. Brillaba, y los colores se movían en su interior como si estuvieran atrapados dentro de las propias joyas.

—Las joyas de nuestra familia —dijo la reina Patricia, observando mi rostro.

—Son increíbles —dije, tomando aire.

—Lo son —convino ella—. Han estado en nuestra familia durante generaciones. Están hechos con cáscaras de huevos de sirena.

Oírla hablar de sirenas probablemente debería haberme desconcertado, pero me estaba acostumbrando a suspender mi incredulidad. Si decía que estaban hechas de cáscaras de huevos de sirena, entonces supongo que sí.

—Esta es la corona Luna —dijo la reina Patricia señalando la tiara—. Cada Luna de nuestra familia la ha llevado el día de su coronación. ¿Te ha contado Leo cómo ascendió nuestra familia al poder, querida? —preguntó.

Leo había mencionado que su abuelo había desafiado a un anterior Rey Alfa, y que así fue como la familia Warrick llegó a gobernar, pero no había sido muy claro con los detalles.

—La manada Sombra Negra siempre ha sido una manada poderosa. De hecho, somos una de las manadas más antiguas y puras que aún existen. Nuestras raíces son tan profundas como las imponentes sequoias. Nuestra línea Alfa nunca ha sido desafiada y nunca ha cambiado de manos. Eso es raro entre los hombres lobo —explicó—. La sangre del primer alfa de la manada Sombra Negra aún corre por

las venas de Leo y se transmite de generación en generación. —Hizo una pausa y tocó la tiara—. Como puedes imaginar, los alfas no siempre tienen hijos de forma ininterrumpida, como en el caso de nuestra familia. Pero siempre ha sido así en la manada Sombra Negra. Cada alfa durante cientos de años ha engendrado un heredero macho. Es como si la misma Diosa de la Luna lo hubiera predestinado así.

—Así que no me sorprende que Leo haya hecho lo mismo —continuó —. Tu hijo, Oliver, es ahora el heredero del trono del Rey Alfa y de toda nuestra línea familiar, y quienquiera que se convierta en su Luna y lleve esta corona pasará a formar parte de esa línea familiar, igual que yo.

Tenía una expresión de orgullo en el rostro. Era una historia interesante, pero no sabía adónde quería llegar.

—Cuando el abuelo de Leo subió al trono real, fue un día de celebración como nunca se había visto en la manada Sombra Negra —dijo con nostalgia—. Verás, él era un alfa nacido de verdad con sangre sin contaminar. Las otras manadas lo sabían y estaban felices de ver a alguien de tal pureza sentado en el trono.

¿Sangre sin contaminar?

—Gobernar puede conllevar mucha presión —dijo la Reina Patricia. Sentí que estábamos desviándonos en otra dirección. Ella tenía algo que decir, y parecía que estaba tomando la ruta más espectacular para llegar al lugar al que quería.

—Imagino que sí —respondí.

—El Rey no sólo debe defender su trono contra quienes desean usurparlo, sino que también es responsable del bienestar de todas

las manadas que preside —dijo. Por su forma de hablar... parecía recién llegada de la Edad Media. Me hizo gracia, pero, por supuesto, reprimí la risa—. Es un trabajo arduo, querida —dijo, clavando sus ojos en los míos—. Un trabajo que la mayoría no está capacitada para hacer.

Y ahí estaba el punto de destino de la conversación. Ella no creía que yo fuera digna de llevar esa tiara de conchas de sirena. Para ella, yo no era apta para gobernar con su hijo, con su «sangre impoluta». Esto no era nuevo para mí, ya sabía que pensaba así. Su antipatía hacia mí era muy, muy evidente, así que podría habernos ahorrado esta conversación.

—El rey Jonathan no es mi compañero. Nuestro matrimonio fue político, pero ha sido cordial, incluso agradable. Con los años, hemos aprendido a querernos. Como puedes imaginar, fue un gran honor para mí llevar esta corona y unirme a la larga línea de Lunas que han gobernado con gracia y compasión sobre la Manada Sombra Negra, y ahora, sobre todas las otras manadas dentro de nuestras fronteras.

Escúpalo, señora. Ya sé a dónde quieres llegar con esto.

—Si quieres quedarte, querida, por supuesto, quédate. Hay formas de hacerlo sin ser Luna. No serías la primera en vivir al lado de un rey sin llevar corona. Podrías seguir teniendo todo el amor de Leo y todas las ventajas que conlleva la vida en palacio sin la carga de gobernar. Y, por supuesto, Oliver seguiría siendo Príncipe, y podrías verle convertirse un día en el rey y el alfa que está destinado a ser.

Me estaba diciendo que fuera la amante de Leo, tal como Jade había mencionado en la fiesta del té. Me sorprendió un poco, ya que pensé

que iba a decirme que me largara, pero parecía sincera al decirme que podía quedarme y seguir con Leo. Simplemente no quería que fuera Luna, y supongo que no la culpaba. Como ella señaló, era un puesto importante que conllevaba mucho estrés. Yo no estaba preparada para algo de esa magnitud. Aún estaba aprendiendo los nombres de las manadas que había dentro de las fronteras.

Me observó mientras consideraba sus palabras. Antes de esta conversación, sólo había visto dos opciones: quedarme y ser Luna y Reina de Leo, o irme a casa y perder a Leo. Pero ahora, ella me ofrecía una tercera opción, y no estaba segura de cómo me sentía al respecto.

Podría quedarme, como ella decía, y tener todas las ventajas del palacio y mantener a Leo sin el estrés de ser Reina.

Hum… Quizá fuera una opción que merecía la pena plantearse seriamente.

Como si pudiera leerme el pensamiento, la reina Patricia alargó la mano y me dio una palmada.

—Piénsalo —me dijo—. No hace falta que te decidas ahora. Es una oferta generosa, ventajosa para todos. Ya he dicho todo lo que tenía que decir, así que te dejo por ahora. —Cerró las tapas de las cajas y las devolvió al armario—. Por supuesto, estaré encantada de responder a cualquier pregunta que puedan tener sobre esta propuesta. Ya se ha hecho antes, querida. No serías la primera, y desde luego no serás la última. —Luego me dedicó una sonrisa y me dejó sola en el estudio.

Me quedé un rato en silencio, preguntándome si, después de todo, sería una buena elección. Por curiosidad, me acerqué a una

estantería y cogí un libro. Era pesado, grueso y estaba encuadernado en cuero.

«La Historia de la Manada Corriente de Agua» se titulaba. Saqué otro. También era de historia de la manada. Fui a otro estante, que contenía un volumen titulado «Las reglas de etiqueta real». El libro era enorme, con más de 2000 páginas de letra pequeña.

¿Cómo podría aprender todo esto? Mi corazón empezó a latir deprisa. Había muchísimos libros. Todo el mundo aquí había aprendido todo esto en la escuela desde una edad temprana. ¿Cómo iba a ponerme al día con veinte años de aprendizaje? Empecé a sentirme abrumada.

No podía hacer esto. No podía ser Luna. La reina Patricia tenía razón, no estaba hecha para esto. Pero, ¿podría ser la amante de Leo? ¿Podría quedarme de brazos cruzados y verlo asistir a eventos con otra mujer a su lado? ¿Y se acostaría también con ella? No conocía todas las reglas, pero la Reina Patricia parecía conocerlas. ¿Era realmente una opción?

Justo entonces, Leo asomó la cabeza por la puerta.

—Aquí estás —dijo sonriendo y acercándose a mí. Su aroma me tranquilizó al instante mientras me besaba la frente—. ¿Cómo te fue con mi madre? —me preguntó—. Tengo curiosidad por saber por qué te trajo aquí. Cuéntamelo todo.

Pero en lugar de relatar todos los detalles de mi incómoda conversación con su madre, le miré a los ojos.

—Tu madre ha sido muy sincera conmigo —le dije.

Leo entrecerró los ojos.

—¿Cómo es eso?

—Me habló de tu familia y de su linaje. Me dijo que ser Luna era un trabajo muy duro. Y me ha dicho que muchos alfas tienen amantes.
—Ella ¿qué…? —Leo empezó, pero le corté.
—Quizá sea algo que debamos considerar —dije.
Leo abrió los ojos de golpe. Luego me estrechó entre sus brazos, acariciándome el pelo mientras me abrazaba con fuerza.
—Por supuesto que no —dijo—. Eres mi compañera y, si te quedas, serás mi Luna. No hay más. No quiero oír hablar más de ese tema.
Su voz era firme, así que supuse que esa opción estaba descartada. Entonces me soltó y dijo con una sonrisa: —Bueno, ya basta. He venido a buscarte porque quiero enseñarte algo.
—¿Otra sorpresa? —pregunté descaradamente.
—Sí. —Se rio entre dientes—. Pero esta es una especialmente buena.

27

Ava

Seguí a Leo hasta un ala del palacio cercana a mi dormitorio. Por lo que yo sabía, era una suite adicional para invitados, así que por un momento me pregunté si su sorpresa sería algún tipo de huésped. Pero cuando abrió la puerta, solté un grito ahogado.

Toda la habitación había sido renovada y rehecha, y enseguida me di cuenta de que era para Oliver por todos los juguetes. Era enorme, más grande todavía que mi habitación. Incluso tenía una pequeña estructura para trepar en una esquina. Había una cuna y una cama a la que podría pasar en un futuro, pero lo realmente atractivo de la habitación eran todos los juguetes y el espacio para jugar.

—Puede crecer en ella —me dijo Leo cuando entré en la habitación. Tenía su propio cuarto de baño y un gran vestidor. Las paredes estaban llenas de estanterías, y en una esquina había un montón de peluches. En otro rincón había un caballito balancín hecho a mano y pintado con divertidos colores brillantes.

—¿Has hecho todo esto para Oliver? —pregunté, claramente impresionada por el tiempo, la energía y la reflexión que Leo había dedicado a la habitación.

—Bueno, he tenido algo de ayuda —dijo Leo, rodeándome con su brazo—. Pero es una habitación digna de un príncipe, ¿no te parece?

Sí que me lo parecía. Fui al vestidor y miré toda la ropa. Estaba organizada por edades y tenía suficiente ropa en el armario para pasar los próximos tres años de su vida.

—Sé que aún no está preparado para dormir en su propia habitación, pero pronto lo estará —dijo Leo—. Y mientras tanto, puedes venir aquí con él y pasar el rato cuando quieras.

Me conmovió, y mi corazón se calentó pensando en el esfuerzo que había puesto en la habitación.

—Oliver siempre tendrá lo mejor de todo —dijo Leo, sonriendo—. Como Príncipe, es el heredero al trono, después de todo.

Leo sólo decía lo que yo ya sabía, pero oír las palabras salir directamente de su boca las hacía aún más reales.

En el mundo de los humanos, aunque tuviéramos una bonita casa y todo lo que nunca me hubiera podido permitir comprar, Oliver siempre sería uno más. Claro que podría ir a una buena escuela y tener una carrera increíble, viajar a su antojo y crecer para tener su propia familia, pero ninguna cantidad de dinero en el mundo humano podría darle a Oliver lo que tenía aquí en el palacio.

Aquí era un príncipe, venerado y respetado por todos. Tenía un estatus que nunca tendría en el mundo humano. Las palabras de la reina Patricia resonaban en mi cabeza: Oliver procedía de una estirpe impoluta de alfas que se remontaba siglos atrás. Aún no

entendía del todo lo que eso significaba, pero sabía que tenía peso. Si Oliver se quedaba aquí, crecería y algún día ocuparía el puesto de Leo. Era el derecho de nacimiento de Oliver. ¿Cómo podía quitárselo?

Entonces me di cuenta de que, eligiera lo que eligiera, tenía que permitir que Oliver se quedara en el palacio. No podía alejarlo de todo esto. No sería justo para Leo ni para la manada. Oliver pertenecía aquí, su sitio estaba con los lobos.

Me dolía muchísimo pensar en vivir sin Oliver. Había formado parte de mí desde el momento en que nació. Lo amaba ferozmente, de una forma que nunca podría amar a nadie más, ni siquiera a Leo.

Y parte de ese amor implicaba hacer lo que era más adecuado para Oliver.

Las lágrimas me escocían los ojos mientras me sentaba en la suave y mullida cama de Oliver.

—Ava, ¿qué pasa? ¿Cuál es el problema? ¿No te gusta la habitación? —preguntó Leo al ver mis lágrimas. Corrió hacia mí y se arrodilló frente a mí.

—Claro que sí —le dije, secándome las lágrimas que rodaban por mis mejillas—. Es perfecto. Pero es que... —Hice una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Acabo de darme cuenta de algo. —Miré a Leo a los ojos. —No importa lo que decida hacer, tengo que dejar a Oliver aquí. No puedo llevármelo conmigo si me voy. No sería... no estaría bien.

Leo asintió y me cogió las manos.

—Parece una decisión muy difícil. Nunca te presionaría en un sentido ni en otro. Pero que sepas, Ava, que decidas lo que decidas, siempre

formarás parte de la vida de Oliver. Si te vas y Oliver se queda, serás bienvenida a venir a verlo cuando quieras. Las puertas de mi palacio siempre estarán abiertas para ti.

Sabía que Leo intentaba consolarme y que lo que decía era cierto, pero la idea de que Oliver se criara sin mí seguía rompiéndome el corazón. ¿Realmente podía dejar atrás a Oliver? ¿O simplemente había decidido que yo también me quedaría? Era muy complicado y, a falta de una semana, seguía sin estar convencida de una cosa o de la otra.

Leo me rozó el muslo y de repente fui consciente de lo cerca que tenía su mano del espacio entre mis piernas. Mi mente pasó de los complejos pensamientos sobre Oliver y su futuro a una necesidad más inmediata. Aún me resultaba extraño que el más mínimo roce de Leo pudiera excitarme, pero mientras su mano subía y bajaba por mi muslo, sentí que me mojaba.

Puse mi mano sobre la suya y guie su mano entre mis muslos. Me miró, momentáneamente sorprendido cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo y de lo que quería.

—¿Aquí? —preguntó.

—¿Por qué no? —respondí. No era como si Oliver estuviera en la habitación con nosotros ahora mismo, y yo deseaba a Leo con todas mis fuerzas.

Leo me miró, con deseo en los ojos. Luego se acercó a mí y sus labios saludaron a los míos. Me besó hambriento y yo separé los labios para recibir su lengua. Su mano me subió por la pierna, entre los muslos, bajo la falda. Separé las piernas para que me tocara, pero se limitó a rozarme las bragas antes de subir a acariciarme el

pecho. Llevaba un vestido tipo corsé y la tela era demasiado gruesa para sentir su tacto. Alargué la mano para bajarme la cremallera.

—Déjame a mi —susurró Leo, llevando ambas manos a mi espalda. Me bajó la cremallera del vestido y la parte de arriba, dejando al descubierto mi pecho desnudo. Luego empezó a frotarme el pezón, a pellizcarlo, a provocarme.

Gemí suavemente, su contacto me hizo estremecer. Sus dedos siguieron jugando con mi sensible pezón e instintivamente separé aún más las piernas. Su boca seguía en la mía mientras nos besábamos apasionadamente. Entonces separó sus labios de los míos y los llevó a mi cuello. Incliné la cabeza hacia atrás mientras su lengua trazaba un patrón invisible a lo largo de mi cuello.

Me levantó para que me pusiera de pie. Me bajó el vestido y luego las bragas, dejándome completamente desnuda. Luego, con sus ojos clavados en los míos, se quitó lentamente la ropa. La visión de su dura polla hizo que recorrieran mi cuerpo oleadas de deseo.

—Eres tan hermosa, Ava —susurró Leo.

Busqué su polla, quería sentir su grosor y firmeza en mis manos, pero me apartó la mano.

—Quiero saborearte —me dijo. Luego me empujó suavemente hacia la cama.

Jadeé cuando la lengua de Leo trazó un camino desde mi pie hasta mi pierna. Se estaba tomando su tiempo, sabiendo que me estaba volviendo loca. Enredé las manos en su pelo.

Su lengua encontró mi punto sensible. Me pasó la lengua por el clítoris y gemí de placer. Introdujo un dedo dentro de mí mientras su

lengua se sumergía en mis pliegues. El placer me recorrió por dentro, pero también las ganas de más.

—Joder, Leo —dije roncamente—. Eso es increíble.

A estas alturas, Leo sabía exactamente cómo tocarme, cómo provocarme y qué me hacía sentir anhelo y dolor. Comenzó a rozar apenas con su lengua mis sensibles terminaciones nerviosas. Era algo que me volvía loca, y él lo sabía. Me arqueé contra él, apretando su cara contra mí.

Luego aumentó el ritmo, y mi respiración se entrecortó cuando su lengua penetró más profundamente.

—Córrete para mí, Ava —dijo Leo, con voz grave y sensual. Me separó aún más las piernas y se llevó mi clítoris a la boca, chupándolo mientras su dedo entraba y salía de mí.

—Leo, *sí*, por favor. No pares —jadeé. La sensación era abrumadora, y creció y creció hasta que me venció. Gemí y mi cuerpo se tensó mientras me corría en su cara.

Leo levantó la cabeza, su boca brillaba con mis jugos. Luego subió por mi cuerpo. Sentía su erección entre nosotros, me agaché y le cogí la polla con la mano. Me encantaba su tacto, su firmeza. Tiré de ella mientras me besaba.

—No puedo esperar mucho más —me susurró Leo al oído.

—No quiero que lo hagas —le susurré. Luego guie su polla hasta mi entrada.

Se deslizó dentro de mí y se quedó quieto un momento. Gemí, sintiendo cómo me estiraba y me llenaba. Me cogió de los brazos y me los puso por encima de la cabeza, con la mejilla pegada a la mía. Luego salió, casi hasta el fondo, pero no del todo.

—Quiero que te pongas encima —me dijo—. Quiero ver tu cara cuando consiga que te corras otra vez.

No tuvo que pedírmelo dos veces. Se salió de mí y rodó sobre su espalda, y yo me subí encima de él, a horcajadas. Le ayudé a introducirme su polla, apoyé las manos en su pecho y empecé a mover las caderas arriba y abajo. Me sentí tan jodidamente increíble mientras me estrechaba contra él, sintiendo que ya estaba llegando otro orgasmo.

Me cogió los dos pechos con las manos y me los apretó con fuerza.

—Inclínate hacia atrás —me ordenó.

Lo hice, apoyando las manos en sus muslos. Arqueé la espalda y él me soltó los pechos, agarrándome el culo.

—Móntame, Ava —gimió—. Buena chica, así.

Sus ojos se clavaron en mis pechos mientras rebotaban en el aire. Me agaché contra él mientras su mano comenzaba a frotarme el clítoris.

—Jesús, Leo —jadeé—. Voy a correrme otra vez.

—Eso es. Córrete para mí, Ava —dijo apretando los dientes. Sabía que él también estaba cerca, así que me dejé llevar. Grité cuando me invadió un intenso orgasmo.

—Joder, me corro —dijo Leo, con la cara tensa.

El placer alcanzó su punto álgido y sentí que mis músculos se contraían involuntariamente. Leo me miró con ojos llenos de pasión y deseo. Me invadió una oleada de éxtasis cuando tiró de mí hacia él, levantó las caderas y me penetró por última vez antes de correrse.

Me desplomé sobre él, completamente agotada y satisfecha. Me recorrió la espalda con los dedos mientras yo apoyaba la cabeza en su pecho.

—¿En qué estás pensando? —pregunté después de que hubiéramos estado en silencio un momento, recuperando el aliento.

—En ti —respondió al instante—. Siempre en ti.

28

Ava

Necesitaba espacio, eso fue lo que le dije a Leo después de haber hecho el amor en la nueva habitación de Oliver. Estaba ansiosa y abrumada.

Sabía que podía quedarme más tiempo si no me había decidido al final del plazo que nos habíamos fijado. A estas alturas estaba claro que Leo haría cualquier cosa por mí, y no era como si estuviera a punto de echarme del palacio si no le daba una respuesta definitiva al final de la semana.

Pero no quería pedir más tiempo. Llevaba aquí tres semanas y habíamos llegado a un acuerdo. Si pedía más tiempo, sentía que iba a seguir posponiendo la decisión, ¿y de qué serviría? Si no podía decidirme en un mes, ¿qué me hacía pensar que lo haría en dos meses o en tres?

Había probado de cerca la vida de los hombres lobo, lo suficiente como para saber en qué me metía si me quedaba. Había visto una coronación de Luna, visitado otras dos manadas y mantenido

innumerables conversaciones con Leo sobre todos los aspectos de la vida de los hombres lobo. Cassie también me había ayudado, respondiendo siempre a mis preguntas sin rodeos y con sinceridad. ¿Qué más había que saber? Quedarme más tiempo no me ayudaría a decidirme, y lo sabía.

Tenía que ponerme los zapatos de niña mayor y tomar una decisión, de una forma u otra, pero no podía hacerlo con Leo cerca. Cada vez que estaba cerca de él, lo único que quería era arrancarle la ropa e irme a la cama con él. Me nublaba el juicio y no quería tomar esta difícil decisión basándome en mi libido. Obviamente, él formaba parte de mi decisión -era una de las principales razones por las que habría decidido quedarme-, pero necesitaba separarme de Leo para poder pensar con claridad.

Deseaba que mi madre estuviera allí para poder guiarme. Ella había elegido vivir en el mundo humano y mantener mi verdadera identidad en secreto, y yo aún no sabía por qué. Ahora que se había ido, me daba cuenta de que nunca lo sabría.

¿Fue porque no quería ser una renegada? ¿Fue porque pensaba sinceramente que el mundo humano era un lugar mejor para nosotros? ¿Tomó la decisión por rabia, dolor o vergüenza?

Me preguntaba qué pensaría ella de todo esto.

Gracias a nuestra breve visita a la manada Tormenta Solar, el nombre de mi madre había quedado limpio. Por lo que oí, ahora tenían un nuevo alfa, uno bueno, y se había hecho un anuncio público sobre mi madre. El alfa había declarado que había sido injuriada sin motivo y que sería restituida como miembro de la

manada Tormenta de Sol, incluso aunque hubiera muerto. Aunque eso no reparaba todo lo que había sufrido, era algo.

Era primera hora de la tarde y Cassie estaba en el campo de entrenamiento. Sus pruebas de guerrera se acercaban rápidamente y ella se dedicaba a dar lo mejor de sí misma, lo que significaba pasar incontables horas en el campo. Oliver estaba en la guardería en forma de cachorro de lobo, como solía hacer últimamente, así que yo estaba sola en mi habitación.

No había visto mucho a la reina Patricia desde nuestra pequeña charla en la Biblioteca Real. Me cruzaba con ella de vez en cuando y era bastante cordial, pero no precisamente acogedora. Seguía obsesionada con la idea de que yo fuera la amante de Leo, un concepto que Leo se negaba a discutir.

Leo tampoco pasaba mucho tiempo con sus padres. Había una ruptura entre ellos, y yo era la causa, lo que me hacía sentir aún más ansiosa. Si me quedaba, ¿arruinaría su relación con sus padres, o llegarían a aceptarme? Habían aceptado a Oliver. ¿Me aceptarían a mí también o se comportarían para siempre como unos suegros diabólicos?

Decidí salir a tomar el aire y pasear por el jardín para despejarme. Tal vez incluso me adentraría sola en el laberinto de setos, algo que aún no había hecho. Quizás perderme entre aquellos gigantescos muros verdes sin nada que me distrajera sería agradable.

Pero cuando llegué al jardín, Jade estaba de pie en un sendero con las trillizas-Meredith, Mercy y Moana. Genial. Jade era la última persona a la que quería ver en ese momento.

Sin embargo, estaban bloqueando el camino, así que no tuve más remedio que reconocer que estaban allí.

—Hola —dije al acercarme. Ni siquiera me contestaron; se limitaron a mirarme.

Intenté rodearlas, pero mientras lo hacía, Jade estiró el pie. Tropecé con ella y caí de bruces al suelo. Las oí reírse detrás de mí, burlándose de mí, mientras literalmente escupía tierra por la boca. Me levanté, me quité la suciedad del vestido y me volví para mirarlas a la cara.

—Deberías mirar por dónde andas —dijo Jade con malicia mientras las trillizas sonreían.

Hasta ahí habíamos llegado. Ya era suficiente. Sentí que me invadía la furia, una ira al rojo vivo. ¿Por qué me hacía esto? ¿Qué le había hecho yo? La estaba dejando en paz. ¿Por qué ella no podía hacer lo mismo? Era una zorra, una persona mezquina y cruel, y dejé que la ira me dominara.

Sentí como se erizaba Seruse. Gruñó amenazadoramente, queriendo salir. Quería hundir sus dientes en la garganta de Jade.

Me habían advertido sobre el riesgo de dejar salir a mi lobo durante los arrebatos de ira. Era peligroso. Se suponía que no debíamos transformarnos cuando nuestras emociones estaban a flor de piel. Pero en ese momento, me importaban una mierda las reglas de los hombres lobo. Estaba cabreada, cansada de Jade y sus comentarios sarcásticos.

Así que respiré hondo y...

Dejé salir a Seruse.

Desde la primera vez, me había transformado varias veces y cada vez me resultaba más fácil, aunque seguía doliendo. Pero esta vez fue diferente, quizá porque estaba enfadada. Sentí que Seruse me desgarraba y me desplazaba tan rápido que no habría podido detenerla aunque hubiera querido.

—¿Me estás desafiando? —se burló Jade, aún en forma humana, cuando vio a mi loba.

Seruse se agachó sobre sus patas traseras, con la cabeza baja. Chasqueó la mandíbula y gruñó.

Me habían advertido sobre desafiar a otra loba a una pelea. Si perdía, podrían avergonzarme, y como, en potencia, yo era la futura Luna, me jugaba más que los demás. Leo me había advertido que no debía retar a otra loba por muy enfadada que estuviera y que la única excepción era si mi vida, o la de otra persona, estaba en juego.

Mi vida no estaba en juego, ni la de nadie. Pero no me importaba. Me invadió la rabia. Sabía que perder podía costarme mucho, incluido el respeto de la manada; así que no iba a perder, así de simple.

Seruse gruñó de nuevo. Podía sentir su ira surgiendo a través de ella. Nunca había sentido a Seruse así, primitiva e instintiva. Quería arrancarle los ojos a Jade.

—Bien —dijo Jade, mirando a mi loba, con una sonrisa maliciosa en la cara—. ¿Quieres irte, perra? Entonces, vamos allá.

Miré a través de los ojos de Seruse cómo se transformaba Jade. Su loba era mucho más grande que Seruse, y tenía un pelaje espeso y negro que brillaba a la luz del sol. Las trillizas dieron un paso atrás y

llegó más gente corriente, entre ellos la reina Patricia y el rey Jonathan. Al parecer, una pelea entre lobas era una forma segura de atraer a la gente. No lo había previsto, pero supongo que debería haberlo hecho.

La loba de Jade gruñó y nuestras dos lobas empezaron a rodearse. Seruse tenía el control absoluto y, aunque nunca había recibido entrenamiento oficial, parecía saber qué hacer, así que la dejé hacer.

Seruse fue la primera en embestir. Surcó el aire y hundió sus dientes en el hombro de la loba de Jade. La loba de Jade soltó un aullido y lanzó a Seruse lejos de ella. Seruse voló por los aires y aterrizó con un ruido sordo.

—¡Por Dios, Ava, no! —Oí una voz que gritaba: Cassie. Debía de haber oído lo que estaba pasando. Vino corriendo por el jardín, seguida de Beta Noah, la Gamma y otros guerreros.

Pero era demasiado tarde. Cassie no podía detenerme ahora, aunque yo quisiera. Seruse había probado la sangre, y quería más.

Seruse se levantó del suelo y se mofó, enseñando sus afilados dientes, y la loba de Jade hizo lo mismo. Esta vez, fue la loba de Jade la que arremetió. Se agachó y hundió los dientes en la pata de Seruse. Sentí el dolor de Seruse cuando las mandíbulas del lobo se cerraron sobre ella. Seruse agitó la pata, intentando quitarse de encima a la loba de Jade, pero sus dientes se cerraron con fuerza en torno a ella.

Por un momento, temí que pudiéramos perder. La loba de Jade era mucho más grande, y seguramente había recibido entrenamiento para luchar.

Seruse agachó la cabeza y apretó la nuca del lobo de Jade, que soltó su pata. Seruse hundió los dientes en la carne y sacudió la cabeza de un lado a otro, y la loba de Jade flotó en el aire. Entonces Seruse la soltó, y Jade cayó al suelo.

Seruse se abalanzó, arañando al lobo de Jade con sus afiladas garras. Seruse estaba salvaje y desatada, y yo la observaba a través de sus ojos, asombrada de su fuerza. La loba de Jade trató de escapar, corriendo hacia atrás, pero Seruse era implacable. Se abalanzó sobre la loba de Jade de nuevo, esta vez hundiendo los dientes en la pata delantera de la otra loba. Oí el chasquido de un hueso rompiéndose cuando Seruse cerró los dientes sobre la pata.

El lobo de Jade lanzó un aullido agónico. El olor de la sangre hacía espeso el aire, y ambas lobas estaban sangrando, pero la loba de Jade estaba en mucho peor estado que Seruse. Tenía varios cortes grandes en el vientre y marcas de mordiscos en la nuca. Seruse soltó la pata, y el lobo de Jade trató de retroceder cojeando, con la pata doblada en un ángulo extraño y antinatural.

Seruse quería más, pero la loba de Jade soltó otro aullido lastimero. Estaba retrocediendo, con la cabeza agachada. Seruse se tensó sobre sus ancas, lista para atacar de nuevo.

—Bueno, señoras, ya basta —dijo una voz. Seruse giró la cabeza, y vimos a Leo de pie frente a la gran multitud que se había reunido—. La pelea ha terminado. Seruse y Ava han ganado. Ya podéis volver a transformaros —ordenó Leo.

¿Habíamos ganado? ¿Se había acabado? Seruse no quería que terminara. Si la hubiera dejado, creo que habría matado a la loba de

Jade, o al menos lo habría intentado. Pero le ordené a Seruse que se retirara como Leo me había enseñado.

Al principio, se resistió, suplicando seguir luchando. Pero yo me mantuve firme y empujé contra ella. Ella se retiró, permitiéndome avanzar. Me transformé de vuelta y Seruse se apoyó sobre sus patas en mi mente, chasqueando los labios con satisfacción, deleitándose con el dulce sabor de la sangre de Jade.

Jade también retrocedió. Nuestros cuerpos humanos estaban perfectamente, sólo las lobas estaban heridas y ambas sanarían. Las lobas se curaban rápido, así que no se habían hecho daño, al menos físicamente.

Los ojos de Jade se desviaron hacia el suelo mientras la gente nos miraba asombrada. Supongo que no esperaban que yo ganara. No les culpaba. Mi loba era mucho más pequeña que la de Jade y Jade tenía mucha más experiencia luchando.

De repente, la multitud prorrumpió en aplausos. Me di cuenta de que estaba dirigido por Cassie. Jade dobló una rodilla con la cabeza gacha, admitiendo su derrota. Me sentí jodidamente fantástica, imponiéndome así sobre Jade, viéndola inclinarse ante mí.

Sentí un arrebato de orgullo cuando Leo se acercó a mí y me besó en la frente.

—¿Dijiste que no estabas segura de que este fuera tu sirio? —me susurró, rodeándome con un brazo—. Tu loba sugiere lo contrario.

—Mierda, Ava —dijo Cassie, acercándose a nosotras—. Ha sido increíble. Probablemente no deberías haberlo hecho, pero aun así... Le has pateado el culo.

Jade seguía arrodillada. Miré a Leo.

—Necesita que la liberes —me dijo Leo.

Cierto. Todavía había muchas cosas que no sabía.

—Puedes levantarte, Jade —dije, sonando bastante regia, aunque no esté bien que yo lo diga.

Jade se levantó, y su expresión no era la suya habitual de desdén. Ahora tenía una expresión de humildad y me miró a los ojos mientras decía: —Me equivoqué contigo.

Me quedé de piedra. Le había dado una paliza en una pelea de lobas, claro, pero ni en un millón de años esperaba que admitiera algo así.

—Gracias —dije, sin saber qué más decir.

—Parece que muchos nos equivocamos contigo —dijo otra voz. Me giré para ver a la reina Patricia y al rey Jonathan. La reina Patricia sonrió y tomó mis manos entre las suyas—. Bien hecho, Ava —dijo, con sinceridad. Luego me soltó las manos y se volvió hacia Leo—. Nos equivocamos, hijo —dijo—. Tú tenías razón. Ahora vemos lo que tú ves.

El rey Jonathan me saludó con la cabeza.

—Ava, querida, acepta nuestra invitación a cenar con nosotros esta noche —dijo.

Esto me conmovió. Habíamos cenado con ellos un par de veces, pero no nos habían invitado ellos. Sabía que esta invitación era el comienzo de algo diferente con ellos, era su rama de olivo, por así decirlo.

—Será un placer —les dije.

Sinceramente, si hubiera sabido que bastaba con ganar una pelea de lobas para ganarme su respeto, habría desafiado a Jade hace mucho

tiempo. Pero eso ya no importaba: los padres de Leo me habían aceptado y me llenaba el corazón de alegría saber que ya no me interponía entre él y sus padres.

Leo se volvió entonces hacia Jade, que seguía con la cabeza agachada.

—Podría castigarte —le dijo a Jade— por pelearte con la compañera del Rey. Pero no lo haré.

Jade levantó la cabeza, claramente sorprendida al oírlo. No se me había ocurrido que Jade pudiera ser castigada por pelearse conmigo.

—Sólo te quedan unos días de formación oficial —continúa Leo—. En un principio, estaba previsto que te quedaras con nosotros después de tu formación oficial para recibir hacer las prácticas con nuestro médico. Pero en cuanto termines tu formación, te pido que dejes nuestra manada y completes tus prácticas en otro lugar. —Leo dijo que no la castigaría, pero a mí me sonó a castigo.

En cualquier caso, Jade lo aceptó con gracia.

—Sí, Alteza —dijo, inclinando la cabeza.

Luego se dio la vuelta y se marchó, y ese fue el final de Jade.

Nunca volví a verla en el palacio.

Leo

Estaba en mi despacho cuando oí un fuerte golpe en la puerta.
—¿Qué pasa? —pregunté con impaciencia. Tenía que ponerme al día con un montón de trabajo y no quería que me molestaran. Pero el guardia de mi puerta entró, con cara de preocupación.
—Es Ava, Su Alteza —dijo—. Parece que ha… desaparecido.
—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué quieres decir con «desaparecido»?
—La vieron vio salir del recinto del palacio esta mañana temprano para ir a correr. Pero cuando las doncellas fueron a buscarla para la prueba del vestido, no estaba en su habitación. La han buscado por todas partes, pero parece que nadie ha visto a Ava desde que salió esta mañana. No quería alarmarle, mi Rey, pero hemos hecho una búsqueda exhaustiva por todo el palacio, y no la encontramos por ninguna parte.
Me dio un vuelco el corazón. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo podía haber desaparecido Ava? No parecía posible, a menos que... ¿Y si alguien se la hubiera llevado? ¿Y si otra manada la había secuestrado y

ahora pensaban pedir un rescate? No sería la primera vez que ocurría algo así.

Inmediatamente me puse en el peor de los casos.

—Cerrad inmediatamente todo el palacio —ordené al guardia—. Luego llama a los guardias y a los guerreros. Que se reúnan conmigo en el vestíbulo.

El guardia asintió con la cabeza y se marchó. Momentos después, oí las campanas de cierre resonando por todo el palacio. Me dirigí al vestíbulo, donde se habían reunido los guerreros y varios guardias, y me puse a organizar patrullas de búsqueda.

—Recorred cada centímetro del terreno —exigí—. Y no olvidéis el laberinto de setos. Le gusta entrar ahí. Podría haberse perdido. Beta Noah y yo nos llevaremos guerreros al bosque para buscarla.

Todo sucedía muy deprisa y, aunque intentaba mantener la calma, el pánico se apoderaba de mí. Sentía que el corazón me latía con fuerza en el pecho, amenazando con atravesarme las costillas.

¿Dónde podría estar? La última vez que la vieron, salía del palacio para correr. Maldita sea, le había dicho a Ava innumerables veces que no saliera a correr sola por el bosque. Aún no estaba preparada para eso. Era demasiado fácil perderse y demasiado fácil cruzar accidentalmente a territorio renegado.

Ava seguía siendo muy inocente. Simplemente no sabía lo suficiente sobre los renegados. Podías engañarla y robarla fácilmente, o podía ser secuestrada por otra manada. Por lo que yo sabía, ninguna manada tenía nada contra nosotros en ese momento, pero era posible que hubiera un levantamiento del que yo no supiera nada,

una posibilidad muy remota, dada la reciente ejecución pública de los prisioneros de Escudo de la Tormenta.

Beta Noah y yo nos transformamos mientras corríamos hacia el bosque, acompañados por algunos de nuestros mejores guerreros. Olfateamos en busca de su olor y me sentí aliviado cuando lo detectamos casi de inmediato.

«Por aquí» le dije a Beta Noah mediante un enlace mental y todos corrimos por el bosque, siguiendo su rastro.

Intenté que mi mente no entrara en barrena, pero a medida que nos alejábamos más y más del palacio, mis temores no hacían más que crecer.

«¿Dónde estás, Ava?» Intenté conectar mentalmente con ella por enésima vez, pero no hubo respuesta. Su enlace mental estaba cerrado. Aún se estaba acostumbrando a la capacidad de enlace mental y, la mayoría de las veces, lo cerraba accidentalmente, como si tuviera el teléfono descolgado sin saberlo.

Su olor nos llevó por un sendero que se desviaba a la izquierda. Todos nos quedamos atónitos cuando nos dimos cuenta de que entrábamos en territorio renegado. Mi corazón se desplomó. Estaba claro que Ava se había perdido, y probablemente ni siquiera sabía que estaba en territorio renegado.

Las reglas de nuestros fronteras no se aplicaban a los renegados. Una vez que cruzábamos su territorio, era más o menos una batalla campal. Los renegados podían hacer lo que quisieran, ya que no estaban sujetos a las mismas leyes que nosotros, lo que hacía que su territorio fuera muy peligroso. Ava lo sabía, pero no lo conocía a fondo. Le había dicho que nunca se adentrara en el territorio de los

renegados porque era peligroso, pero le había ahorrado la mayor parte de los detalles para no abrumarla con información.

Los renegados podían ser violentos, inmorales e impredecibles. Ni siquiera me gustaba pensar en todo lo que ocurría en el territorio de los renegados.

«Deprisa» insté a Beta Noah.

Seguimos el rastro de Ava hasta un pequeño pueblo de renegados. Era uno de los más respetables, así que me sentí un poco aliviado. Corrimos calle arriba y, efectivamente, Ava estaba allí.

Estaba agachada, de rodillas, en medio de una calle casi abandonada. Parecía estar hablando con un niño pequeño, y también había con ellos una mujer.

Ordené que todos volviéramos a transformarnos en humanos a medida que nos acercábamos. Si entrábamos como lobos, algunos renegados podrían verlo como una amenaza, y lo último que necesitaba ahora era una pelea.

—¡Ava! —grité, corriendo hacia ella. Estaba tan aliviado de encontrarla ilesa que apenas podía hablar. La abracé y le besé la cabeza.

—Hola, Leo —dijo Ava, sonriéndome—. ¿Qué haces aquí?

¿Cómo que qué hacía yo aquí? ¿Qué demonios hacía ella aquí? Había salido sola del palacio después de que le advirtiera que no lo hiciera y se había adentrado en un territorio que le había dicho que era peligroso. Debería haberme enfadado con ella, o al menos haberme disgustado, pero una mirada a su rostro y toda mi rabia se esfumó. No podía enfadarme con Ava.

Entonces miré al niño. Tenía la cara sucia, mugrienta en realidad, manchada de barro y comida crujiente. Supuse que la mujer que estaba a su lado era su madre. Iba vestida con harapos y desprendía un olor tan rancio que casi me provocó arcadas.

Ava presentó al chico y a su madre, claramente no era consciente del pánico que había causado.

—Este es Parker y esta es su madre, Ana. Viven aquí. Nunca me dijiste que había un pueblecito cerca —dijo inclinando la cabeza.

Fue entonces cuando se fijó en todos los guerreros y en Beta Noah, o quizá ya se había fijado en ellos, pero acababa de ver las expresiones de sus caras.

—Espera —dijo—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué estás aquí, Leo?

—Todo el palacio está buscándote. Pensamos que te había pasado algo —le expliqué—. Estás en territorio de renegados, Ava.

—Lo sé —dijo Ava, sonriéndome.

La mujer, Ana, me miró con la cabeza gacha. Miré su muñeca y vi una marca anaranjada y brillante. Era la marca de exilio de la Manada Arenisca, una manada que vivía lejos de aquí, en las montañas. Miré la muñeca del niño; efectivamente, también tenía la marca.

Suspiré y miré a la mujer con simpatía. Estaba claro que no vivía precisamente su mejor momento en territorio renegado. Me miró con ojos preocupados.

—Ava, deberíamos volver —le dije a Ava.

—Claro. Vamos. Pero ellos vienen con nosotros.

Hice una pausa.

—Me temo que no puede ser —le dije.

Pero Ava negó con la cabeza y me apartó.

—Leo, esto es horrible. Mira a tu alrededor. Es un niño pequeño, un niño inocente. Su ropa está prácticamente hecha pedazos y apuesto a que no ha comido una comida decente en meses. No sé por qué los exiliaron, Ana aún no me lo ha dicho, pero no podemos dejarlos aquí. Viven en la miseria.

—Fueron exiliados por una razón, Ava —le dije—. No podemos llevárnoslos. No es así como funciona.

—Mi propia madre fue exiliada sin tener culpa —dijo—. ¡Podríamos ser sido mi madre y yo, Leo! Podríamos haber estado viviendo en la miseria en un pueblo como este. ¿Y si este niño hubiera sido Oliver? No me importa lo que hayan hecho; nadie se merece esto. Acógelos. Por favor.

—No podemos ir acogiendo pícaros descarriados, Ava —dije.

—¿Por qué no? Tenemos recursos. Tenemos la capacidad de ayudarles. Hay espacio más que suficiente en la Manada Sombra Negra. ¿No es esto lo que se supone que debes hacer como Rey, ayudar a tu pueblo?

Inspiré con fuerza. Ava no lo entendía. No era mi pueblo, eran renegados. Intenté explicárselo con delicadeza, pero Ava se negó a escuchar. Por alguna razón, se había interesado por ese niño y su madre, probablemente porque le recordaban a ella misma y a su propia madre.

—Leo, por favor —dijo, afirmando.

Era dolorosamente consciente de que mis guerreros y Beta Noah nos observaban, probablemente escuchando nuestra conversación. ¿Qué

imagen daríamos si lleváramos al palacio a dos exiliados? Llevar renegados al palacio era totalmente contrario a cualquier protocolo.
Sin embargo, esto era lo que Ava quería, y yo no podía negarle nada a Ava.
—Está bien —suspiré.
El enlace mental de Beta Noah irrumpió instantáneamente en mis pensamientos.
«Rey Leo, sugiero que nos detengamos y pensemos en... »
Le hice callar y volvimos junto al niño y su madre.
—Os venís con nosotros —dije, ignorando las caras de asombro de mis guerreros detrás de mí. Luego me agaché para quedar a la altura de los ojos del niño—. ¿Has estado alguna vez en un palacio? —le pregunté.
Sus ojos se abrieron de par en par.
—No, señor —dijo en voz baja.
—Creo de verdad que te va a gustar —le dije. Se le dibujó una enorme sonrisa en la cara y me abrazó. Le devolví el abrazo y me levanté.
El rostro de Ana estaba húmedo por las lágrimas.
—Yo... no sé qué decir. Gracias, Alteza —dijo.
—No me des las gracias. Esto es gracias a Ava —dije, sintiendo que me invadía una sensación de ligereza. Ver el alivio y la gratitud en la cara de la mujer y la sonrisa en la del chico me llenó de una felicidad que no esperaba.
Tal vez Ava tenía razón, tal vez esto también formaba parte de ser rey, una parte de la que ningún otro rey se había dado cuenta realmente.

Nos pusimos en camino de vuelta al palacio. Ava me lo agradeció efusivamente, pero le hice prometer que no volvería a adentrarse sola en territorio de renegados. Esta situación podría haber sido mucho peor si se hubiera equivocado de pueblo.

Aceptó y empezó a contarles a la madre y al niño todo sobre su nuevo hogar.

30

Ava

—No, quiero mantas más grandes —le dije a una de las criadas—. Más esponjosas. Más suaves. Y más almohadas.

—Sí, señorita Ava —dijo la criada, y se fue corriendo a cumplir mi petición.

Las criadas y yo estábamos en una de las habitaciones de invitados, preparándola para Ana y Parker. Quería asegurarme de que estaba perfecta. No sabía cómo había sido su vida mientras estuvieron con su propia manada, pero sí sabía que había sido muy dura desde su exilio, así que quería darles un trato de reyes, por así decirlo.

Ana y Parker estaban en el comedor comiendo. Los dos se habían dado un buen baño caliente y les habían dado ropa limpia. Les dije que su habitación estaría lista en una hora, lo que no nos daba mucho tiempo.

Sabía que Leo no estaba muy contento de que Ana y Parker estuvieran aquí, igual que sabía que la única razón por la que había

accedido a que vinieran era por mí, pero no me importaba. Lo único que importaba era que ahora estaban aquí.

Cuando me perdí y entré en aquel pueblecito, nada más verlos supe que los llevaría conmigo cuando volviera al palacio. Me recordaban demasiado a mi madre y a mí como para dejarlos allí.

Ana nos contó mientras volvíamos por qué la habían desterrado. La habían acusado de traición por defender a su hermana, que había sido sorprendida robando comida de la casa del Alfa para alimentar a su familia. Su hermana era dolorosamente pobre y su marido acababa de fallecer, dejándola no sólo a cargo de su propio bienestar, sino también del de sus cinco hijos pequeños. Había empezado a trabajar como criada en la casa de la manada, pero sus hijos tenían hambre, así que cogió algo de comida de la basura para llevársela a casa a sus hijos.

Alguien la había visto hacerlo y se lo había contado al Alfa. Fue acusada de robo y condenada a muerte, y Ana había suplicado al Alfa que perdonara la vida a su hermana. Al parecer, rogar por la vida de alguien es traición en algunas manadas. Su hermana fue ejecutada, y Ana y su hijo fueron exiliados. Los hijos de la hermana de Ana fueron llevados al orfanato de otra manada que se ocuparía de los niños hasta que alcanzaban la mayoría de edad.

Era una historia horrible. La habían exiliado porque suplicó por la vida de su hermana, y a su hermana la mataron por robar comida de la basura. No hace falta decir que no me sentó nada bien.

Leo me dijo que rogar por la vida de alguien no se considera traición en nuestra manada. Creo que intentaba hacerme sentir mejor, pero no podía pasar por alto el hecho de que en otros lugares era

diferente. Esto me llevó a preguntarme qué otro tipo de reglas ridículas habría en el mundo de los lobos.

Recordé la ejecución pública. Me di cuenta de que eso, junto con las historias de Ana y Parker, me impedía decidirme a quedarme. Por mucho que me gustaran muchas partes de la vida de los hombres lobo, había un lado que me parecía y que no podía pasar por alto.

Una vez más, me pregunté si alguna vez podría aprobar este tipo de comportamiento o, peor aún, si podría apoyar a Leo si tuviera que exiliar a alguien.

—¿Está mejor así, señorita Ava? —preguntó una criada, con los brazos llenos de mantas suaves y mullidas.

—¡Sí, gracias! Mucho mejor —le dije. Las criadas se pusieron a hacer las dos camas, y yo di un paso atrás y asentí con la cabeza.

Me sentía muy bien con esto. Sabía que no compensaba a los demás pícaros, pero al menos había ayudado a dos personas a empezar una nueva vida. Su estúpida marca de exilio ya había desaparecido: ahora eran miembros de la manada Sombra Negra.

Justo entonces, Leo apareció en la puerta.

—Hola, ¡qué bien se está aquí! —dijo sonriendo al acercarse. No fue la reacción que esperaba, pensé que estaría enfadado—. ¿Has terminado? Me gustaría hablar contigo.

Asentí y seguí a Leo hasta la puerta después de dar unas últimas instrucciones a las criadas. Me preparé para recibir un sermón de Leo sobre la acogida de pícaros descarriados, pero no dijo nada. Me condujo a la parte trasera del palacio y luego a las calles de detrás, donde vivía el resto de la manada.

—¿Estás enfadado conmigo? —pregunté finalmente—. ¿Por los renegados?

Se limitó a sonreír.

—¿Enfadado contigo, mi amor? —dijo, riendo entre dientes—. Nunca.

—¿Así que no me has traído aquí para sermonearme sobre renegados y toda esa mierda? Porque realmente no creo que Ana debiera haber sido exiliada en primer lugar, y...

—Mira —dijo Leo, interrumpiéndome. No me había dado cuenta de que habíamos llegado al final del camino, donde ya no había más casas y estas daban paso a un gran campo cubierto de hierba que se extendía durante kilómetros hasta el muro del territorio.

Al principio, no entendía lo que estaba pasando. Había un montón de gente con maderas, martillos y clavos: guerreros, por lo que parecía. Pero luego lo vi más claro.

Estaban construyendo algo.

—¿No será otra habitación para Oliver? —dije, medio en broma medio en serio. No me extrañaría que Leo construyera una casa de juegos solo para Oliver.

Leo negó con la cabeza.

—Están construyendo nuevas casas —me dijo, mirando hacia la ajetreada obra.

—¿Para quién? —pregunté.

—Ava, cuando ese niño me abrazó en territorio renegado, yo... tienes razón. Podrías haber sido tú. Podría haber sido Oliver. Y estuve pensando durante nuestro camino de regreso. No puedo anular la decisión de una manada de exiliar a alguien. Debo permitir

que cada manada se gobierne a sí misma como crea conveniente y sólo interferir en situaciones extremas. Pero sólo porque no pueda interferir no significa que no pueda ayudar a aquellos que han sido exiliados.

Le seguí la corriente. Tenía la sensación de saber adónde quería llegar, pero no quería sacar conclusiones precipitadas por si me equivocaba, así que esperé a que terminara.

—Estos hogares serán un lugar temporal para los renegados indigentes —continuó—. Ava, no podemos acoger a todos los renegados, algunos lo son por una buena razón, pero he pensado en lo que has dicho y estoy de acuerdo. Algunos pícaros no merecen serlo. Así que, como Rey Alfa, voy a hacer un nuevo decreto. Como te he dicho, no puedo anular la decisión de un alfa de exiliar a un miembro de su manada, pero puedo ofrecer refugio a un pícaro si siento que su exilio ha sido injusto.

—¿Qué? —pregunté, sorprendida—. ¿Hablas en serio? ¿Has cambiado de opinión así como así?

—No ha sido así como así —me dijo—. En realidad era algo en lo que llevaba tiempo pensando, desde que supe lo de tu madre y su injusto exilio. Nos hemos acostumbrado a aceptar que haya exiliados, ¿sabes? Nunca los cuestionamos, especialmente a los de otras manadas. Pero no sé, tal vez algunos exilios *son* injustos. E incluso si no lo son, tal vez no deberíamos ser tan duros. La gente comete errores. Echarlos de su pueblo a valerse por sí mismos es bastante cruel, y transmitir ese castigo a sus hijos es aún más cruel.

—Esto es... increíble, Leo. —En mi cara se dibujó una enorme sonrisa, pero Leo levantó la mano.

—Si decides quedarte, quiero que estés orgullosa de la manada que diriges junto a mí. Y sé lo que piensas de los exiliados, así que te ofrezco esto.

Mi corazón se hinchó ante la amabilidad de Leo. Había empezado a cuestionar algunas de las tradiciones y normas de la manada, pero al fin y al cabo, sabía que lo hacía por mí. Si me quedaba, estaba segura de que podría hacerle ver con el tiempo que esto era lo correcto. Pero por el momento, el hecho de que lo hiciera era suficiente para desvanecerme.

Leo había hecho un montón de grandes gestos románticos por mí en las últimas semanas: encantadores picnics, plantar un huerto, comprarme un BMW y el dormitorio para Oliver. Pero eso eran sólo cosas... cosas que cualquier hombre lobo podría hacer, en realidad.

Miré hacia las obras. Esto era diferente. Esto iba en contra de todo lo que él creía; realmente había dejado de lado sus creencias y había intentado ver las mías. Sabía lo mucho que yo luchaba contra la crueldad de los exiliados y los renegados y los duros castigos que los acompañaban, y estaba intentando sinceramente mejorar las cosas porque confiaba en mi opinión.

Estos nuevos hogares eran para pícaros descarriados, sí, pero también eran una forma de honrarme. Después de todo, yo también había sido un pícaro.

Sinceramente, no podía pensar en un acto más romántico y desinteresado. Era algo que sólo Leo, como Rey, podía hacer, y lo estaba haciendo por mí.

—Gracias —le dije, mirándole a los ojos.

—No hay nada que no hiciera por ti —respondió. Luego se inclinó hacia mí y me besó, un beso suave, lento y cariñoso.

—¿Lo dices en serio? —le pregunté tímidamente, apartándome—. ¿Harías cualquier cosa por mí?

—Por supuesto —dijo, y pude ver el amor reflejado en sus ojos.

—Entonces ven conmigo de vuelta a Ocean Crest.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó, claramente sorprendido por mi petición.

Había tomado mi decisión y sabía exactamente cómo decírselo. Este último acto de Leo me decía que siempre me escucharía y respetaría mis pensamientos y creencias, así que había llegado el momento de comunicarle mi decisión.

Pero tenía que esperar.

—No puedo decirte por qué. Tendrás que venir y verlo por ti mismo —le contesté—. Esta vez, soy yo quien tiene la sorpresa para ti.

31

Leo

No puedo creer que accediera a hacer esto.

Estábamos conduciendo hacia Ocean Crest, y el olor de los humanos era tan denso en el aire que quería subir las ventanillas para intentar bloquearlo, pero entonces me quedaría con el olor del coche, cosa que tampoco me entusiasmaba.

Ava, sin embargo, estaba más contenta que un niño con zapatos nuevos mientras recorría la carretera en su nuevo coche. No paraba de hablar de lo mucho que había echado de menos conducir y de lo bien que se conducía este «chico malo».

Yo no habría querido venir, por supuesto. Lo último que quería era hacer un viaje al mundo humano. Sólo con ir al mercado me daban ganas de vomitar, y eso que ni siquiera estaba cerca de ningún humano.

Pero Ava me había pedido que viniera y no podía negarle nada, así que aquí estábamos.

No tenía ni idea de por qué volvíamos a Ocean Crest. Ava me dijo que tenía una sorpresa, pero ¿qué sorpresa podría haber para mí en el mundo humano? Nada que yo quisiera, eso era seguro.

Condujimos por una larga carretera y Ava señaló por la ventanilla mientras reducía la velocidad.

—Ahí fue donde nos conocimos —dijo. Era cierto, era la carretera por la que yo había salido del bosque en mitad de la noche y ella casi me había atropellado. Sin embargo, yo no sentía tanta nostalgia como ella.

No tardamos en llegar a la casita a la que me había traído para nuestra primera noche juntos. Salimos del coche y me fijé en algo que colgaba de la puerta. Ava lo arrancó y lo arrugó.

—Notificación de desahucio —dijo encogiéndose de hombros—. Lo veía venir. Llevo mucho tiempo sin pagar el alquiler. —Abrió la puerta y entramos en la casita.

Recordé aquella noche y la forma en que me había aplicado el antiséptico en la herida. Dios, ya la amaba entonces, pero no me había dado cuenta. Pensé que era sólo lujuria, pero al echar la vista atrás, me daba cuenta de que había amado a Ava desde el momento en que la vi.

—Está muy lejos del palacio, lo sé —dijo Ava—. Pero fue mi hogar durante mucho tiempo.

—Ava, ¿por qué estamos aquí? —le pregunté. Pero ella sólo se encogió de hombros y me dijo que esperara. Luego entró en su dormitorio y salió unos instantes después sin dar explicaciones.

Me pregunté si habría cogido algo del dormitorio, pero no vi nada en sus manos. Por un momento me pregunté si se iba a poner un poco

sentimental, después de todo, ésta había sido su casa, pero se mostró sorprendentemente indiferente. Sin embargo, justo antes de irnos, se volvió y apoyó la mano en la pared, mirando hacia el pequeño salón y suspirando.

Luego se volvió hacia mí.

—¿Tienes hambre?

—No sé, supongo que sí —dije. Cada vez estaba más confuso. ¿Qué demonios estábamos haciendo aquí?

—Genial. Conozco el sitio perfecto. —Volvimos al coche y Ava condujo hasta la pequeña ciudad. Había humanos por todas partes, y los miré a través de la ventanilla del coche.

Paramos delante de un pequeño pub.

—¿Es aquí donde trabajabas? —le pregunté a Ava. Me había dicho que había sido camarera en un pub, pero no me había contado mucho más.

—¡Sí! —dijo, abriendo la puerta del coche. La seguí hasta el bar. Estaba lleno de gente. Me sentí muy incómodo. ¿Íbamos a comer aquí? No me parecía muy apetitoso. Pero si era lo que Ava quería, que así fuera.

De repente, un hombre se acercó corriendo. Era grande y musculoso, con tatuajes que le cubrían todo el brazo. Sonreía de oreja a oreja mientras se acercaba a Ava.

—¡Vaya, mira lo que ha traído el gato! —exclamó, abriéndole los brazos.

Me interpuse entre ellos, impidiendo que Ava se acercara.

—Leo —dijo Ava, riendo entre dientes y moviéndose a mi alrededor —. Este es Randy. Es un amigo y también era mi compañero de

trabajo.

Me daba igual quién demonios fuera, no quería que tocara a Ava. Pero Ava me fulminó con la mirada y lo abrazó de todos modos.

—¿Dónde te has estado escondiendo? —le preguntó Randy—. Sé que te fuiste de la ciudad por un tiempo, pero nunca dijiste por qué. He estado preocupado, Ava.

—Es una larga historia —empezó Ava, pero Randy se volvió hacia mí. Sonrió amablemente y me tendió la mano.

—Déjame adivinar, la larga historia tiene algo que ver con este apuesto caballero —dijo—. Soy Randy. Es un placer conocerte.

Vale, era bastante difícil odiarle. Le estreché la mano.

—Leo —le dije.

—Bueno, Leo, ¿qué puedo ofrecerte de beber?

—Tomaremos dos Hazy IPA —dijo Ava antes de que pudiera responder.

—Enseguida. Adelante. Buscad una mesa. Ahora mismo os las traigo. —Luego giró sobre sus talones y volvió al bar.

—No es una amenaza para ti —dijo Ava, riéndose mientras nos dirigíamos a una mesa—. Es sólo un amigo, nada más.

Asentí y, momentos después, Randy se acercó con dos cervezas. Él y Ava charlaron un rato mientras yo daba un sorbo a mi bebida. No me solía gustar la cerveza, pero estaba sorprendentemente buena. Luego Randy se fue y vino una camarera. Ava la conocía, así que también empezaron a charlar. Esperé pacientemente, aun preguntándome qué demonios hacíamos allí.

Ava pidió la comida y luego volvió su atención hacia mí.

—Es bonito, ¿verdad? ¿Este sitio?

Sabía que quería que le dijera que sí, así que lo hice. Empecé a relajarme un poco y pedí otra cerveza. Ava no lo hizo ya que tenía que conducir. Llegó nuestra comida y tuve que admitir que estaba muy buena. No era tan exquisita como el pescado y las patatas fritas que mi chef privado había preparado en el palacio, pero estaba tan buena que me la comí toda.

Me senté y me impregné del ambiente del local. Era ruidoso, con mucha gente, pero tenía cierto encanto. Había una pequeña pista de baile donde se reunía la gente, bailando como humanos. Observé, perplejo, cómo movían torpemente sus cuerpos.

De repente, todos empezaron a alinearse y a hacer los mismos movimientos.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—¡Oh, es un baile en línea! El «Electric Slide». ¡Vamos!

—Claro que no —dije. De ninguna manera me iba a unir a los humanos para hacer una especie de baile coreografiado.

Pero Ava me tendió la mano, y ¿qué podía hacer yo sino complacerla?

Unos instantes después, me encontraba en la pista de baile con Ava, rodeados de humanos. Observé cómo levantaban los tacones y se deslizaban hacia delante y hacia atrás, todos al mismo tiempo. La verdad es que era bastante sencillo y enseguida le cogí el truco. Miré a Ava. Tenía una enorme sonrisa dibujada en la cara mientras se movía al ritmo de los demás.

A los pocos minutos, me eché a reír. Tengo que admitir que este «Electric Slide» era divertido y me dio un poco de pena cuando terminó.

Ava y yo terminamos nuestras bebidas y pagamos la cuenta. Abrazó a Randy una vez más antes de marcharnos y prometió ponerle al día pronto. Luego, igual que había hecho en su antigua casa, se detuvo en la puerta, apoyó la mano en la pared y suspiró.

Desde allí, dimos un paseo por el paseo marítimo que había junto al agua. Una vez más, me di cuenta de que era un lugar encantador, con gente paseando por la orilla y el aroma del océano en el aire.

—El mundo humano tiene su encanto —dijo Ava, mirando hacia el agua.

Al oír esas palabras, una sensación de hundimiento me llenó el estómago. No mejoró cuando Ava me cogió de la mano y me dijo que aquel había sido su hogar durante mucho tiempo.

—Es duro, ya sabes, dejar todo lo que he conocido.

Se detuvo y se volvió hacia mí.

Ya está. Por eso me había traído aquí. Había tomado su decisión, lo sabía. Ash aulló y mi respiración se detuvo.

—Ava —dije. Ahora que estábamos aquí, ahora que sabía por qué estábamos aquí, deseaba que lo dijera, que lo soltara rápidamente, para que fuera como arrancar una tirita.

Ella no iba a volver conmigo. Quería enseñarme cómo era su vida aquí. Sentía nostalgia y añoranza. Ella...

—¿Por qué estamos aquí? —pregunté, apartando la mirada de ella. Me preparé para las palabras que iban a destrozar mi corazón. Había creído sinceramente que Ava me elegiría a mí y a la vida en palacio, pero supongo que había sido un ingenuo.

Me levantó la barbilla con la punta del dedo.

—Me despido —dijo con el rostro serio.

Se me encogió el corazón al oír esas palabras y sentí que se me cerraba la garganta. Ash aulló de nuevo, más fuerte esta vez. Ahí estaba la decisión que había estado temiendo durante un mes.

Había hecho todo lo que se me había ocurrido y aún no era suficiente.

¿Esto estaba pasando de verdad? No. No podía ser. Mi mente daba vueltas.

Si perdía a Ava, lo perdía todo.

—¿Te despides? —pregunté, mirándola a los ojos—. ¿Así que has tomado una decisión? ¿Esto es un adiós para nosotros?

Los ojos de Ava se abrieron de golpe y luego me sorprendió riéndose entre dientes.

—No, Leo —dijo—. Quiero decir, sí, he tomado mi decisión. Pero no me estoy despidiendo de ti. Me estoy despidiendo de Ocean Crest y de mi vida humana. Quiero quedarme contigo.

—¿Qué? —pregunté, pero ella me cortó con un beso.

La rodeé con mis brazos y sentí que nunca había sido tan feliz en toda mi vida.

Claro que me cabreó un poco que el momento más feliz de mi vida ocurriera en una ciudad humana rodeada de apestosos humanos, pero da igual.

Ella se quedaba. Era mía.

Para siempre.

32

Leo

Ava y yo volvimos al palacio tras nuestra visita a Ocean Crest y anunciamos que habría una coronación de Luna. La noticia fue recibida con vítores de alegría.

Y entonces empezó el trabajo.

Estaba decidido a darle a Ava la mayor, mejor y más grandiosa coronación de Luna que nadie hubiera visto jamás. Fijamos la fecha para dentro de un mes, que era mucho tiempo para este tipo de cosas según los estándares de los hombres lobo, pero quería que todas las manadas tuvieran tiempo de sobra para prepararse. Quería que todos estuvieran allí. Quería que todos vieran la coronación de mi hermosa Luna.

El mes había pasado volando. Ahora que Ava y yo ya no estábamos agobiados por la carga de saber si se iba a quedar o no, nos sentíamos ligeros como el aire. Pasábamos juntos casi todo el tiempo que podíamos. Yo aún tenía que trabajar y Ava ya estaba metida de lleno en sus estudios. Habíamos traído de Europa a un

especialista en formación para que le diera clases particulares, y Ava estaba absorta en sus estudios. A menudo se llevaba los libros a la mesa del comedor, donde yo los cerraba y le decía que se relajara, que no había prisa y que nadie esperaba que se lo aprendiera todo de la noche a la mañana.

Por todas partes se había corrido la voz sobre nuestro alojamiento para renegados vagabundos, y Ava se convirtió en la responsable de hacerlo realidad. Fue un gran alivio para muchos miembros de la manada que habían tenido familiares o seres queridos exiliados. Construir viviendas dentro de una manada para exiliados era poco ortodoxo, pero yo era el Rey y podía cambiar las cosas si quería, así que eso es lo que hicimos.

Desde que trajimos a Ana y a Parker a vivir a nuestra manada, habíamos acogido a cinco renegados más, todos ellos exiliados injustamente, en mi opinión. Sin embargo, rechazamos a una docena más cuyos exilios estaban justificados. Mi objetivo era proporcionar un alojamiento intermedio a los renegados que dejáramos entrar hasta que encontráramos una nueva manada dispuesta a acogerlos. No preveía que eso fuera demasiado difícil; si eran lo bastante buenos como para recibir un indulto del Rey de forma efectiva, entonces seguramente eran lo bastante buenos para otra manada.

Me sentía como si viviera en un estado de felicidad permanente y, antes de darme cuenta, me desperté el día antes de la Coronación de Luna. Ava ya se había escapado de la cama, probablemente para ocuparse de algunos preparativos de última hora. Yo, sin embargo, no tenía prisa, así que decidí tomarme el desayuno en la cama.

Le pedí el desayuno a una criada, y justo cuando ella salía, entró mi madre.

—¿Interrumpo? —preguntó con una sonrisa.

—No, madre. Ava no está aquí —respondí. Me senté más derecho en la cama y le hice señas para que entrara.

Desde la pelea de lobas entre Jade y Ava, mi madre sentía un nuevo respeto por Ava. Se había dado cuenta de que la educación de Ava no era culpa suya y ahora se tomaba su tiempo para conocerla. Además, estaba completamente enamorada de Oliver.

Me había quitado un gran peso de encima saber que mis padres aceptaban a Ava, aunque no tuvieran otra opción. El lobo de Ava le había dado una paliza al lobo de Jade en aquella pelea, así que les habría resultado bastante difícil seguir alabando a Jade después de aquello.

También ayudó el hecho de que la madre de Ava también hubiera sido Luna. Eso pareció mitigar aún más las preocupaciones de mi madre. Así pues, mi madre no sólo había aceptado a Ava, sino que había desempeñado un papel decisivo en la planificación de la coronación de Luna. Esto fue un alivio para Ava porque, sinceramente, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Contaba con la ayuda de Cassie, por supuesto, pero Ava parecía respetar las ideas de mi madre sobre la coronación.

Para mi sorpresa, parecía que se habían compenetrado muy bien durante la planificación. Me encantó, pero me quedé estupefacto por el giro que habían tomado los acontecimientos.

—¿Cómo se encuentra Ava? Supongo que ahora mismo es un manojo de emociones encontradas —dijo mi madre, sentándose en

la cama a mi lado.

—Creo que está más emocionada que otra cosa —dije. Ava se había asustado un poco la semana pasada, sobre todo por asuntos relacionados con el vestido y la comida, pero Cassie la había tranquilizado y, por lo que yo sabía, estaba tan emocionada como yo por la coronación.

—He venido a darte una cosa —dijo mi madre metiendo la mano en el bolso. Sacó una caja que reconocí.

—Es una de nuestras reliquias familiares —le dije, sorprendido.

—Así es —asintió. Luego levantó la tapa. Era la tiara Luna de nuestra familia. Tenía un brillo efervescente y no pude evitar admirar su belleza.

—Todas las Lunas de la familia la han llevado el día de su coronación. Me gustaría que Ava la llevara mañana —me dijo, con los ojos brillantes.

Si tenía alguna duda sobre si mi madre había a Ava, esta ofrenda las disipó.

—Como sabes, le he contado a Ava toda la historia de la familia. Mañana, cuando sea coronada, pasará a formar parte de una familia con mucha importancia histórica. —Mi madre cerró la caja y me la pasó—. Hijo, estoy muy orgullosa de ti y os deseo a ti y a Ava toda la felicidad del mundo. Esta corona de Luna no es ni de lejos tan bonita como la propia Ava, pero espero que la lleve con orgullo.

—Lo hará —respondí, desviando la mirada de la caja al rostro de mi madre. Mi madre no era una persona sentimental, pero pude ver cómo una única lágrima resbalaba por su mejilla—.¿Por qué lloras? —le pregunté.

—Estoy muy contenta —me dijo, cogiéndome las manos entre las suyas. Luego me besó en la frente—. Pero será mejor que me vaya. Todavía hay mucho que organizar. Sólo quería robarte un momento para darte la corona personalmente, con mi bendición. Ahora me voy, tengo que empezar a recibir a los invitados. Encontrar un lugar para todos ellos ha sido una lucha, como estoy segura de que puedes imaginar. Creo que vendrán todas y cada una de las personas a las que invitaste.

Era cierto. Las confirmaciones de asistencia empezaron a llegar en cuanto se enviaron las invitaciones. Pero no me sorprendió: no todos los días se corona a una reina.

Observé a mi madre marcharse, con la caja aún en mis manos. Luego la guardé en la cómoda y fui a buscar a Oliver a la guardería de cachorros de lobo.

El palacio era un torbellino de actividad, con las criadas corriendo constantemente de un lado a otro y las habitaciones de invitados a rebosar, con todos los invitados que íbamos a recibir. De hecho, teníamos tantos invitados que habíamos tenido que alojar a algunos en los dormitorios de la manada y en las casas que habíamos construido para los pícaros díscolos.

Pensaba llevarme a Oliver fuera a jugar en la hierba. Necesitaba un poco de tranquilidad. No quería meterme demasiado en todo el caos y la planificación y no dedicar tiempo a disfrutar de verdad de estos próximos días.

Oliver estaba en forma de cachorro de lobo, así que lo saqué a un trozo de césped, pero en cuanto me senté con él, Cassie se me

acercó corriendo. Tenía una sonrisa traviesa en la cara y yo sabía exactamente lo que estaba a punto de preguntarme.

—¿Rey Leo? —dijo, con las manos a la espalda—. Estoy solicitando su permiso para llevarnos a Ava lejos esta noche para la Fiesta Pre-Luna, como es tradición.

Estaba siendo educada y pidiéndome permiso, pero Cassie sabía muy bien que Ava no necesitaba mi permiso para hacer nada. También sabía que nunca le diría que no.

Era tradición en nuestra manada que la futura Luna pasara la noche anterior a la coronación con un grupo selecto de chicas. Sinceramente, no tenía ni idea de lo que hacían; todo era muy secreto, e imaginé que probablemente era mejor que no lo supiera. Por supuesto, acepté, aunque la sola idea de pasar una noche separado de Ava me entristecía un poco. Pero era la tradición, y yo no era quién para discutirla.

—Sí, Cassie. Puedes quedarte con Ava esta noche. Sólo asegúrate de que siga de una pieza y que descanse bien.

—Dicho y hecho —dijo Cassie con una risita. Luego se dio la vuelta para encontrarse con un grupo de chicas que la esperaban en la escalinata del palacio. Asintió con la cabeza mientras corría hacia ellas, y todas chillaron, claramente emocionadas.

Oliver estaba cazando algo en la hierba, probablemente una araña u otro insecto pequeño. Su pequeño trasero peludo estaba levantado en el aire mientras merodeaba por el césped, olfateando a su paso. A lo lejos, podía ver una fila continua de invitados que entraban por las puertas. Un permanente murmullo de emoción invadía el

ambiente: todos esperaban con impaciencia la coronación de la nueva reina.

Como si hubiera salido de la nada, me sorprendió al ver a Ava, que se dejaba caer a mi lado.

—Fui a tu estudio, pero no estabas —dijo, abriendo las piernas y apoyándose en las manos. Echó la cabeza hacia atrás y sonrió—. El sol sienta muy bien, ¿verdad? —preguntó.

Asentí con la cabeza. Era tan hermosa que por un momento no pude creer que fuera mía. Sabía que sonaba imposible, pero cada día la quería más.

—Pensé que no te vería mucho hoy —dije, sonriendo.

—Bueno, no puedo quedarme mucho tiempo. Sólo quería repasar la lista final contigo antes de llevársela a tu madre.

—No tienes que consultármelo —le dije—. Estoy seguro de que lo tienes todo bajo control.

—Creo que sí, pero quiero impresionar a tu madre, así que tengo que asegurarme de que no he olvidado nada.

Sonreí. Era muy tierno que a Ava le importara lo que mi madre pensara de ella. Aunque no le hacía falta. Mi madre nos había dado su bendición.

Ava inició entonces una lista de comprobación que abarcaba todo el día siguiente: desde la primera hora de la mañana hasta el baile final que tendría lugar por la noche. Quería asegurarse de que entendía todo lo que se esperaba de ella. No sólo quería impresionar a mi madre: era su primera aparición oficial en público y quería asegurarse de que fuera perfecta. La escuché atentamente para apoyarla y, cuando por fin terminó, la rodeé con el brazo.

—Me sorprende lo mucho que has aprendido en tan poco tiempo. Todo me parece bien, pero ¿me harías un favor?

—Cualquier cosa —dijo.

—No te preocupes demasiado. Todos te querrán tanto como yo. Quiero que disfrutes de tu coronación. Eso es realmente todo lo que importa.

Ava asintió.

—Bueno, estoy segura de que lo haré, siempre y cuando no me saques algún tipo de bebida sorpresa hecha con sangre.

Me reí entre dientes.

—No, como te dije, nuestra manada no bebe sangre durante una coronación de Luna.

Ava miró a los invitados que iban llegando.

—Está llegando mucha gente —dijo.

—Es verdad —respondí—. Todos han venido a verte.

—Lo cual es mucha presión —dijo suavemente—. Sabes, podríamos fugarnos.

—¡Oliver, no! —grité. Tenía un lagarto en la boca. Saltó hacia nosotros, claramente orgulloso de su captura, pero yo estaba intentando enseñarle a no cazar lagartijas. Las necesitábamos para mantener a raya a los insectos—. Suéltala.

Oliver soltó un pequeño quejido, pero hizo lo que le pedía. La lagartija se escabulló mientras Oliver movía la cola y se fue corriendo a buscar otra cosa que cazar.

—Si quieres fugarte, podemos hacerlo —le dije a Ava.

—¿En serio? —preguntó mirándome con escepticismo.

—Claro. No hay nada que yo no hiciera por ti.

Pareció pensárselo un momento, pero luego sacudió la cabeza.
—No —dijo—. Fugarse es muy humano. Quiero hacerlo a la manera de los hombres lobo.
Entonces me puse de pie. Realmente era necesario que volviera al palacio para recibir invitados junto a mi madre y mi padre.
—Como desees —dije, haciendo una reverencia dramática. Luego le tendí la mano.
—¿Adónde vamos? —preguntó levantándose de la hierba.
—Bueno, esperaba que me acompañaras a saludar a algunos invitados. Luego tienes la reunión final con mi madre. Y después de eso, las chicas tienen algo planeado para ti.
Ava gimió.
—¿Las chicas tienen algo planeado? ¿Qué es?
—No puedo decirlo —dije misteriosamente, aunque en realidad no lo sabía.
—¿Quizá deberíamos retomar la idea de fugarnos? —me provocó, pero yo sabía que sólo estaba bromeando.
Así que nos fuimos a conocer a algunos de los Alfas y Lunas más destacados. Me quedé pegado a su lado, radiante de orgullo, mientras la presentaba a nuestros invitados antes de que las chicas se la llevaran a pasar la noche.

Ava

Me estaba aseando en mi habitación tras una larga reunión con la reina Patricia. Parecía impresionada por lo meticulosa que había sido, y eso me alegró.

Después de la reunión, me había dicho que fuera a mi dormitorio y esperara a que Cassie y las chicas vinieran a buscarme. Sinceramente, no tenía ni idea de qué iba todo eso de la noche de chicas, pero cada vez que intentaba preguntarle a la reina Patricia, ella se limitaba a sonreír con recato y decirme que ya lo averiguaría.

En mi cabeza se arremolinaban pensamientos sobre insípidas despedidas de soltera. Por supuesto, nunca había estado en una despedida de soltera porque no tenía amigas, así que me basaba en lo que había visto en las películas y en la televisión.

Por un momento me reí para mis adentros, preguntándome si los hombres lobo tendrían strippers, pero luego me recordé que lo que me esperaba aquella noche era muy diferente a cualquier despedida

de soltera humana. En cualquier caso, no me importaba en absoluto; para empezar, estaba contentísima de tener amigas.

No sabía cuándo iban a venir ni qué tendría que hacer, así que me quedé sentada en la cama esperando. Poco después de las siete, oí que llamaban a mi puerta.

—-Hum... ¿sí? —respondí, retorciéndome las manos sobre el regazo. La verdad es que estaba un poco nerviosa.

Efectivamente, se abrió la puerta y allí estaba Cassie.

—Hola —dije alegremente cuando Cassie se acercó a la cama. Me di cuenta de que tenía las manos en la espalda y una sonrisa traviesa en la cara. Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, alargó las manos y me tapó la cabeza con una funda de almohada.

—Qué pasa? —pregunté, confusa.

—Es la tradición —me siseó Cassie—. Sígueme la corriente.

Solté una risita, dándome cuenta de que se trataba de una especie de secuestro fingido. Me pareció un poco extraño. Es decir, habría ido de buena gana, pero si todo esto formaba parte de la noche, ¿por qué no aceptarlo?

Cassie me cogió de la mano y me ayudó a levantarme de la cama.

—Por favor, no dejes que me choque con nada —le dije, con la voz amortiguada por la funda de la almohada— Lo último que quiero es tener moratones en cualquier parte de mi cuerpo mañana.

Cassie no contestó; siguió haciéndome avanzar.

Nunca me habían puesto una funda de almohada en la cabeza, y tenía que admitir que era una buena venda para los ojos. No veía nada. Oí el clic de una puerta y, de repente, me quitaron la funda.

Descubrí que estaba en una habitación con Sam, Fiora, Christy y Savon. Eran las mujeres con las que más tiempo había pasado en el último mes, y me alegró ver que todas formarían parte de aquello, fuera lo que fuera. Todas llevaban vestidos de seda de distintos colores y el pelo suelto sobre los hombros. Me sonrieron cuando eché un vistazo a la sala.

Estaba todo precioso, con una mesa llena de comida. Me di cuenta de que entre la comida había pescado frito y melocotones, y me calentó el corazón que Cassie me hubiera traído mis favoritos. También había una bañera con botellas de champán enfriándose en hielo, copas de cristal y toneladas de bombones.

Miré al otro lado de la sala y vi a varias doncellas junto a unas camillas de masaje. Pero no llevaban la ropa habitual. En su lugar, todas llevaban batas de seda, pero las suyas eran de un verde intenso a juego. También llevaban el pelo suelto, lo cual era diferente de su estilo habitual.

—¿Qué es todo esto? —pregunté.

—¡Sorpresa! —Cassie y las chicas gritaron—. Es tu fiesta pre-Luna.

Me sentí abrumada, pero también aliviada al ver que se parecía mucho a una despedida de soltera humana. Eso fue hasta que Cassie me sentó y me entregó un vestido de seda. Era de un rojo intenso, pero lo dio la vuelta al entregármelo y me di cuenta de que había una capa extra de tela dentro del vestido, cosida a la cintura.

Fiora sacó un paquete de bolígrafos y las chicas se arrodillaron a mi alrededor. Sam fue la primera en coger el vestido y empezó a garabatear sobre la tela oculta en el interior.

—Sólo las lobas conocen esta tradición— me explicó Cassie—. Ni un solo lobo macho está al tanto de esto. Las mujeres que estamos aquí esta noche somos tus lobas en espera. Todas vamos a escribir cosas en esta tela oculta.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunté.

—Cualquier cosa que quieran, en realidad. Puede ser una bendición, buenos deseos o un consejo. Varía, por supuesto.

Fiora me miró con picardía.

—O cómo complacer a un hombre —dijo.

Me reí.

—¿Cómo? ¿Consejos sexuales? ¿En serio?

—Claro. Puede ser cualquier cosa. El día después de la coronación, tienes que coger este vestido y la capa secreta de tela e ir a un lugar aislado. Luego, lees todo lo que está escrito en él. Después, tienes que quemarlo, ¿de acuerdo? ¿Lo juras? —Cassie me tendió el dedo meñique.

—¿Quemar el vestido? —pregunté. Me pareció una lástima, era muy bonito.

—No, tonta. Recorta la tela secreta y quema sólo eso. Puedes quedarte con el vestido. Algunas lobas convierten el vestido en una almohada, lo usan durante el parto o lo convierten en una manta de bebé. Cosas así.

—¿Puedo quedármelo como vestido? —pregunté.

—Sí. Algunas mujeres lo hacen. De hecho, no es raro que una hija se ponga el vestido pre-Luna de su madre el día que cumple la mayoría de edad. Pero depende de ti.

Me emocioné. Era un sentimiento realmente hermoso. Estas mujeres no sólo me iban a aconsejar sobre un montón de cosas, probablemente sobre cosas de las que yo sabía poco, sino que además podría quedarme el vestido y utilizarlo para algo especial. Esa era una de las tradiciones de los hombres lobo que me gustaban: sencillas pero significativas.

—Señorita Ava, ¿puedo darle un masaje en los pies? —Apareció una criada, arrodillándose a mis pies mientras las mujeres garabateaban sobre mi vestido.

—Claro —le dije. No tuvo que pedírmelo dos veces.

Fue una noche estupenda. Comimos, nos mimaron y nos dieron masajes. Jugamos una ronda de la Fiesta del Té, y esta vez tenía algunas cosas que aportar. Desde que jugamos ese día en mi fiesta del té, me había propuesto espiar a las criadas y sus conversaciones. Las chicas tenían razón, las criadas lo sabían todo, así que me enteré de algunos cotilleos jugosos y me los había guardado por si volvíamos a jugar.

Declaré con orgullo que la doncella principal tenía una aventura con uno de los guardias y que una de las alumnas de la Escuela Real de Hombres Lobo estaba embarazada, pero no sabía quién era el padre.

—Oh, así que es una zorra —dijo Sam, con los ojos muy abiertos—. Muy bueno, Ava.

Sonreí con orgullo.

Después de ese juego, jugamos a algo llamado Confesión. Era básicamente como Verdad o Reto, pero sin el reto. Cada mujer podía hacer una pregunta a las demás y todas teníamos que responder con sinceridad. Algunas preguntaron por los primeros besos, los

enamoramientos secretos... ese tipo de cosas. Pero Fiora, fiel a su estilo, soltó: —De todos los lobos con los que te has acostado, ¿cuál tenía la polla más grande?

Cassie se sonrojó al oírlo, ya que nunca había tenido relaciones sexuales, pero las otras mujeres parecían más que ansiosas por contestar. Sin embargo, cuando me tocó a mí responder, no estaba segura de si debía decir la verdad. Era Leo, por supuesto, pero era su Rey. ¿Era apropiado hablar del tamaño de la polla del Rey con otras mujeres?

Me encogí de hombros, pensando que estaba bien. Sabía que podía confiar en ellas.

—El Rey Leo —dije, y todas se echaron a reír. Luego me pidieron más detalles, y eso sí que era algo que no estaba dispuesta a revelar.

Hacia medianoche, pensé que la fiesta se estaba acabando. Me lo había pasado muy bien y me sentía muy unida a todas aquellas maravillosas mujeres. Todas estábamos llenas y relajadas, y nos dolía la cara de tanto reír. Pero justo cuando iba a preguntar cuándo debíamos ponernos el pijama, llamaron a la puerta.

Todas las mujeres se pusieron en pie e inclinaron la cabeza cuando una mujer extraña entró en la sala. No la reconocí en absoluto. Tenía el pelo rojo y rizado y llevaba una larga capa plateada. Llevaba lo que parecía un gran cubo.

Se acercó al centro de la habitación.

—Desnudaos —fue todo lo que dijo.

Las mujeres a mi alrededor empezaron a quitarse los vestidos.

—¿Qué está pasando? —le susurré a Cassie.

—Es otra tradición —explicó Cassie—. Ésta es sagrada.

Cierto, otra tradición. Me sorprendió un poco ver a las mujeres desnudarse sin ningún reparo. La verdad es que nunca había visto a muchas mujeres desnudas y de repente me sentí un poco pudorosa. Pero cuando Cassie dejó caer su vestido de seda y me miró de frente, totalmente desnuda, como si fuera lo más normal del mundo, tiré la cautela al viento y dejé caer también mi vestido rojo.

La mujer se acercó a Fiora y metió la mano en el cubo. De su mano rezumaba una sustancia fangosa de color marrón oscuro. Empezó a aplicarla sobre el cuerpo de Fiora y me di cuenta de que era una especie de barro. Las chicas no dijeron nada mientras la mujer aplicaba el barro, pero todas tenían miradas serenas y la atmósfera de la habitación había cambiado a un estado de ánimo más intenso.

Yo fui la última, pero en lugar de hacerlo sólo la mujer, todas las chicas metieron las manos en el cubo y empezaron a untarme de barro. Canturreaban en voz baja mientras aplicaban el barro, aunque yo no tenía ni idea de lo que decían. Sin embargo, al cabo de unos minutos, el sonido de sus voces cantando al unísono se volvió un poco hipnótico. Tenía que admitir que era muy extraño que unas mujeres cantando me untaran barro por todo el cuerpo desnudo, pero también me tranquilizaba. El barro estaba fresco, pero no frío, y sus caricias eran suaves. Me encontré disfrutando de esta extraña tradición.

Al final, todas se detuvieron. Nos quedamos en círculo, cubiertas de barro, mientras la señora me presionaba la frente con el dedo. Susurró algo en lo que parecía otro idioma.

—Fertilidad —me dijo Cassie—.Es lo que llamamos una Reliquia. Conoce antiguas tradiciones y lenguas que le han transmitido otras Reliquias. Acaba de bendecirte con fertilidad.

Le di las gracias con la cabeza, pero no me contestó. Se limitó a recoger el cubo y salir de la habitación.

—¿Y ahora qué? —pregunté. Supuse que iríamos todas a ducharnos o algo así. El barro empezó a secarse y se agrietó cuando las chicas sonrieron.

—Ahora…—dijo Cassie frotándose las manos—, ¡corremos!

Todas salieron al unísono hacia la puerta.

—Hum... espera... ¿qué? —pregunté.

¿Salíamos corriendo de la habitación? ¿Salir al palacio, desnudos y cubiertos de barro? ¿Y si alguien nos veía? En realidad no tuve mucho tiempo para preocuparme, porque las chicas ya estaban en el pasillo, y me quedaría atrás si no salía corriendo de allí y las seguía. Me lancé a la puerta tras ellas.

Gritaban y vociferaban mientras recorrían los pasillos del palacio. Sonaban como guerreros, lanzando puñetazos al aire y emitiendo una amplia gama de sonidos que oscilaban entre los gritos agudos y los gemidos guturales. La verdad es que resultó muy divertido cuando dejé de preocuparme de que me vieran.

Varias personas nos vieron, pero simplemente se arrinconaron contra la pared para dejarnos pasar, como si lo que estuviéramos haciendo no fuera nada del otro mundo. Me di cuenta de que se lo esperaban: sabían que, en algún momento de la noche, unas cuantas mujeres saldrían cubiertas de barro y correrían por el palacio.

Seguí a las demás fuera del palacio y a través del césped. Corrimos por todo el jardín. La puerta ya estaba abierta y corrimos a través de ella hacia el bosque.

Estaba oscuro y era difícil ver, así que confié en la visión de Seruse, ya que los lobos ven mejor en la oscuridad. Tropecé varias veces con algunos troncos caídos, rezando en silencio para no caerme y hacerme daño o magullarme. Pero a medida que el bosque se hacía más espeso, aminoramos la marcha hasta que dejamos de correr.

Finalmente, nos detuvimos junto a un riachuelo.

Estábamos bastante lejos del palacio y el bosque estaba lleno de sonidos nocturnos. Los grillos cantaban, las hojas susurraban al viento y, de vez en cuando, algún búho lanzaba un ululato. Nos quedamos en silencio, formando un círculo, y nos cogimos de la mano.

—A mi Luna, Ava, le ofrezco mi corazón y mi mano —dijo Fiora en primer lugar—. Prometo ser tu amiga, tu confidente y mantener tus secretos a salvo. Te guiaré y protegeré mientras tú guías y proteges a nuestra manada. Este es mi voto sagrado para ti.

Cada mujer repitió la frase, de una en una. Me sentí abrumada por las palabras y la hermandad que sentí, y para cuando Cassie lo dijo, las lágrimas corrían por mi cara. Me miró a los ojos mientras decía su voto, pero terminó el suyo con algo diferente.

—Te elijo a ti, Luna Ava, como mi hermana del alma. Que la Diosa Luna nos bendiga a ambas y nos una más con cada día que pasa.

—Yo también te elijo a ti —solté, lloriqueando—. ¿Puedo hacerlo? —pregunté a las chicas, temiendo momentáneamente haber metido la pata en algo especial.

—Sí —se rio Cassie—. Tú también puedes elegirme tu hermana del alma.
—Entonces lo hago —dije, soltando las manos que tenía cogidas y agarrando las de Cassie—. —Te elijo a ti. Quiero que seas mi hermana del alma.
Las chicas rieron suavemente.
—Entonces está hecho —sonrió.
Una a una, las chicas se arrodillaron en la blanda tierra.
—Que vuestro amor crezca tan fuerte como las raíces de los árboles en la tierra —dijeron al unísono—. Ese es nuestro último deseo para ti.
Cuando se levantaron, yo estaba llorando tanto que me goteaban los mocos de la nariz. Estaba hecha polvo, abrumada por estar allí, en el bosque, con esas mujeres increíbles. Por primera vez en mi vida, tenía amigas, amigas de verdad, y saber eso hizo que se me hinchara el corazón.
Fiora fue la primera en animar el ambiente y se metió en el arroyo, donde empezó a lavarse. Todas la seguimos, aunque el agua estaba muy fría. Pero empezamos a chapotear y mis lágrimas dieron paso a la risa. Una vez limpias, desfilamos de vuelta al palacio, cogidas del brazo.
Las criadas nos esperaban en la puerta. Nos entregaron nuestras batas y volvimos a la habitación, donde nos metimos en nuestras camas y acabamos durmiéndonos.
Estaba muy lejos de ser una despedida de soltera humana, y cuando estaba a punto de dormirme me di cuenta de que nunca tendría una despedida de soltera humana.

Pero no me importaba: mi Fiesta pre-Luna era ahora una de las noches más especiales de toda mi vida.

Ava

La mañana de la coronación me desperté muy temprano. Lo primero que hice fue buscar a Leo, pero no estaba. El dormitorio estaba lleno de chicas, todas durmiendo en lugares distintos. Sabía que debía quedarme con las lobas hasta la ceremonia, como era tradición, pero echaba de menos a Leo.

Decidí escabullirme para ir a ver a Leo antes de que nadie más se despertara. Caminé de puntillas por el pasillo. Era tan temprano que el palacio aún no se había despertado, así que conseguí llegar a la habitación de Leo sin ser vista.

Abrí la puerta y me acerqué sigilosamente a su cama. Debió de oírme, porque se despertó sobresaltado.

—¿Ava? —dijo, incorporándose y frotándose los ojos. Luego miró por la ventana—. Es temprano. ¿Qué haces aquí? ¿Ocurre algo?

Me llevé el dedo a los labios para indicarle que guardara silencio. Luego desabroché la cinta de la parte delantera del camisón y lo

dejé caer al suelo. Me quedé desnuda a los pies de la cama. Leo se incorporó aún más, con los ojos clavados en mi cuerpo.

—Eres la Luna más hermosa que jamás haya existido —suspiró—. Pero se supone que no debes estar aquí. Estamos rompiendo la tradición.

—¿Realmente rompemos la tradición si nadie se entera? —pregunté tímidamente mientras me arrastraba lentamente por la cama hacia él.

—Yo... bueno... — contestó Leo, pero le aparté las mantas antes de que pudiera decir nada más.

Estaba desnudo, como siempre en la cama. Mis ojos se clavaron en su polla, y de repente me entraron unas ganas tremendas de chupársela. Leo era el primer hombre al que le practicaba sexo oral, y él me había guiado durante todo el proceso. Sinceramente, creía que iba a ser algo que no me gustaría, así que me sorprendió lo mucho que me excitaba. Extendí la mano y la cerré alrededor de su polla. Ya notaba cómo se ponía dura.

—Ava —susurró Leo—. Si nos atrapan...

—¿Si nos atrapan qué? —Me reí entre dientes—. ¿Qué van a hacer? ¿Exiliarnos por tener sexo?

Leo también se rio, pero su rostro volvió a ponerse serio cuando me incliné y le lamí la punta de la polla. Pasé la lengua por encima y clavé mis ojos en los suyos. Entrecerró los ojos y apretó los labios. Luego se echó hacia atrás, cediendo ante mí.

Me llevé su polla a la boca y sentí cómo se endurecía aún más. Me encantaba cómo se sentía en mi boca, y sentí que me mojaba. Abrí la garganta lo mejor que pude y me la metí hasta el fondo.

—Jesús, Ava —gimió, enredando sus manos en mi pelo. Yo también gemí mientras dejaba que su polla se deslizara dentro y fuera de mi boca. La agarré por la base y empecé a frotarla mientras chupaba la punta. Sabía que eso lo volvía loco y empezó a jadear. Me encantaba tener ese control sobre él, saber que podía hacer que se corriera sólo con mi boca.

Volví a metérmelo en la boca, profundamente, y lo mantuve allí. Gimió y jadeó. Pero entonces dijo: —Para. No. Quiero correrme dentro de ti. Es la última vez que hacemos esto antes de que seas oficialmente mi Luna. No quiero correrme en tu boca... pero joder, Ava, estoy tan cerca.

Sabía lo que necesitaba. Estaba lista para él, excitada por chuparle la polla, así que me subí encima de él y me puse a horcajadas sobre él. Se deslizó dentro de mí con facilidad.

—Estás tan jodidamente mojada —gimió, arañando mis caderas—. Jesús, que bien me haces sentir, Ava.

Subí y bajé sobre él, apretándome contra él, sintiendo que mi orgasmo ya estaba creciendo. Pero con un fuerte movimiento, alargó la mano y nos dio la vuelta. Me puso las manos sobre la cabeza y me besó profunda y lentamente.

—Quiero sentir todo lo que pueda de ti —dijo, apretando su pecho contra el mío. Luego volvió a deslizarse dentro de mí. Sus labios no se separaron de los míos mientras me penetraba lentamente. Me mordió los labios con hambre, gimiendo, mientras mantenía mis manos presionadas sobre mi cabeza. Nuestras pieles se tocaban, desde el pecho hasta los muslos. Me sentía más unida a él que nunca.

Ahora mi clímax casi había llegado, estaba creciendo y creciendo.
—Voy a correrme —susurré en la boca de Leo.
—Bien. Sí. Córrete para mí, mi Reina.
Eso fue todo lo que necesité. El orgasmo alcanzó su punto álgido y me inundó, electrizante y eufórico. Mantuvo mis manos firmemente apretadas sobre mi cabeza, su boca sobre la mía, mientras daba una última embestida. Sentí cómo su cuerpo se tensaba contra el mío mientras gemía en mi boca.
—Te quiero —dijo cuando terminó. Seguía dentro de mí. Me dio besos por toda la cara y me acunó la cabeza entre las manos—.Te quiero, te quiero, te quiero —me arrulló.
Pero justo entonces, se oyó un golpecito en la puerta.
—¿Señorita Ava? —Era una criada, y no hacía nada por disimular el desdén en su voz—. La necesitan en la habitación de las lobas.
—Joder —le dije a Leo—. Parece que nos han pillado.
No pude evitar soltar una risita. Me sentí como si fuéramos dos niños pequeños a los que regañan por escaparse de clase.
—Ah, bueno, —respondió Leo—, ha valido la pena, ¿no te parece?
—Señorita Ava —dijo la criada con severidad, aún de pie al otro lado de la puerta.
Leo se quitó de encima de mí para que pudiera salir de la cama. Me puse el camisón, pero me cogió de la mano antes de que saliera.
—La próxima vez que te vea —me dijo, con una mirada seria y llena de amor—, será para convertirte en mi Luna.
Sonreí y asentí. Luego le di un beso rápido en la frente y salí a toda prisa de su habitación. Sonreí tímidamente a la criada mientras me

llevaba de vuelta a la habitación donde todas las chicas estaban levantadas y esperando.

—Ava! —me dijo Cassie—. No debías salir de esta habitación —me reprendió, juguetona—. ¿Dónde estabas? No, en realidad, pensándolo bien, no quiero saberlo.

Las otras chicas soltaron una risita. Estaba bastante claro dónde había estado por mi pelo desordenado y mis mejillas sonrojadas.

—Bueno, estás hecha un desastre —dijo Cassie, levantando las manos en señal de frustración—. Menos mal que tenemos toda la mañana para limpiarte.

Y con eso, todas las chicas y las criadas entraron en acción. Fue un festival de mimos como nunca había visto. Me atendieron con esmero. Me peinaron, me maquillaron, me arreglaron las uñas... todo. Todas charlamos alegremente y bebimos una copa de champán mientras mordisqueábamos melocotones frescos y quesos y panes variados. La mañana pasó tan deprisa que me sorprendí cuando los guardias llamaron a la puerta, indicando que ya era la hora.

—¿Ya? —pregunté.

Cassie me giró para mirar mi reflejo en el espejo.

—Ésa sí que es una reina —dijo sonriendo de oreja a oreja.

Jadeé ante mi propio reflejo. Estaba… estaba perfecta, mucho más hermosa de lo que jamás había esperado. Mi vestido estaba totalmente hecho de encaje y caía en cascada desde mi cintura. Era de un azul sutil, ya que los hombres lobo no se casan de blanco como los humanos. Elegí el azul porque me recordaba a los ojos de

Oliver. El top era de tirantes, tipo corsé, y acentuaba mi pecho de un modo sensual pero regio.

Tenía una capa de seda que se unía al vestido para la coronación de Luna, y Cassie me la puso ahora. Me cubría los hombros y se extendía por el suelo detrás de mí. También tenía una capucha que me colocó suavemente sobre la cabeza. Me la quitaría cuando el anciano que presidía la ceremonia me coronara. La capucha simbolizaba mi vida anterior a la coronación, como una persona normal, y cuando llegaba el momento de ser coronada, me la quitaría, lo que significaba que entraba a formar parte de la realeza.

Leo me dijo que su madre le había dado personalmente la corona para que la llevara, y eso me emocionó mucho. Como ya no tenía a mi madre, esperaba que la reina Patricia y yo pudiéramos estrechar lazos. Aunque habíamos tenido un comienzo difícil, me estaba cayendo bien, y esperaba que yo también le cayera bien a ella. Su actitud hacia mí era irreconocible respecto al momento en que me sentó en la Biblioteca Real y me dijo que no era lo bastante buena para llevar la corona.

Es extraño cómo resultan las cosas a veces: la Reina Patricia era ahora la que me ofrecía la corona.

—Señorita Ava —dijo uno de los guardias—. Su pueblo está esperando.

Mi pueblo. Creía que nunca me acostumbraría a ese concepto, pero sonreí de todos modos.

Cogí la mano de Cassie y caminamos codo con codo por el palacio en una larga procesión. Como mi loba de compañía, Cassie caminaba conmigo, seguida de mis otras chicas. Detrás de ellas iban

los padres de Leo, y detrás de los padres de Leo iban Beta Noah, Gamma Sirus y varios guerreros de alto rango.

Todos salimos al jardín. El enorme grupo de invitados estaba separado por un camino que no discurría por el centro, sino que formaba una «S». La teoría era que yo debía pasar a través de mi pueblo y permitirles que me tocaran la capucha al pasar. Se suponía que les traería paz y prosperidad.

La tarde fue todo lo agradable que podía esperar mientras me abría paso entre la multitud de invitados. Me llevó un rato, debo admitirlo, pero disfruté viendo todas las caras sonrientes, especialmente las de los niños pequeños. Me miraban con fascinación y sonrisas de asombro.

—Mamá, la he tocado —oí susurrar a una niña al pasar—. He tocado a la nueva Reina.

—Yo no he llegado —oí gemir a otra niña. Esto me hizo detenerme. Me di la vuelta para encontrar a la niña entre la multitud.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Cassie entre sus dientes apretados—. Se supone que no debes ir hacia atrás.

Recorro con la mirada los rostros que me rodean hasta que me fijo en el de una niña con los ojos llenos de lágrimas. Me acerqué a ella y la comitiva retrocedió. Estaban claramente confusos, pero no me importó.

Nunca, ni en un millón de años, me atreví a soñar que sería reina. Sabía cuánto deseaba la niña tocar mi túnica. Probablemente había soñado con ello toda la noche, y no quería su único recuerdo de la Coronación de Luna fuera que se había sentido decepcionada.

Me arrodillé frente a ella mientras la gente se apartaba.

Miré a Leo, que me esperaba de pie sobre una plataforma elevada. Sonreía perplejo al verme arrodillada.

Le tendí la mano a la niña.

—Puedes tocarme la capa —le dije amablemente—. Pero preferiría que me dejaras besarte la mano.

Oí jadeos de sorpresa a mi alrededor. La niña esbozó una enorme sonrisa y me tendió la mano con cautela.

—¿De verdad? —susurró.

—Este es un beso especial —le susurré con mirada conspiradora—. Te dará buena suerte. Te ayudará a crecer y a ser todo lo que siempre has soñado. —Entonces, ceremoniosamente, besé el dorso de la mano de la niña.

Era una especie de improvisación, pero ya sabía lo suficiente sobre los hombres lobo como para saber que le dan mucha importancia a este tipo de cosas. Era una especie de acto kármico por mi parte: había conseguido todo lo que esperaba para mí, así que intentaba devolver el favor.

No es que realmente pensara que mi beso era mágico o algo así, pero había algo poderoso en creer. Si la niña creía que mi beso tenía poder, lo tendría para ella.

La niña se miró la mano como si le hubiera dado lo mejor del mundo. Su madre me dio las gracias y yo me levanté y asentí. La gente empezó a aplaudir.

—La Reina ha bendecido a la niña —dijeron, mirándome con reverencia—. Es una reina tan buena y amable que ha besado la mano de una niña.

Seguimos caminando.

—Has estado muy bien —susurró Cassie, dándome un codazo en las costillas—. Como no te querían ya lo suficiente...
—Simplemente me ha parecido bien —repliqué.
—Bueno, tú eres la Reina —dijo Cassie, encogiéndose de hombros.
Finalmente llegamos delante y la ceremonia transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. Nos arrodillamos ante el Anciano, que nos ató las manos con una cuerda sagrada de satén. Luego se dirigió a mí, recordándome la responsabilidad que tenía, pero sin concretar demasiado. Después nos desató las manos y Leo se levantó mientras yo permanecía arrodillada. Me quitó la capucha y me colocó la tiara en la cabeza, sacándola de la caja.
—Por la presente declaro a Ava Withers Reina y Luna de la Manada Sombra Negra, gobernanta de todas las manadas dentro de los límites de la Manada Sombra Negra, compañera del Rey Leo Warrick y protectora de todos.
Era un trabalenguas, pero no lo discutí. Me puse en pie y todos los que me habían acompañado en la procesión subieron al escenario de uno en uno. Todos se arrodillaron, me besaron el pie y me bendijeron.
Se me encogió el corazón por mi madre cuando la Reina Patricia se arrodilló para besarme el pie. La eché más de menos en ese momento que en todo el tiempo que había pasado desde que falleció, pero me gustaba creer que ella lo estaba viendo todo desde algún lugar y que también estaba arrodillada, dándome su bendición personal.
Después de eso, tuvimos que permitir que el Alfa y la Luna de cada manada nos besaran las manos.

Me invadió la alegría, aunque la diadema pesaba un poco más de lo que pensaba. Aunque era muy bonita, me alegré un poco cuando me la quité esa misma noche en la hoguera.

El banquete transcurrió sin contratiempos, y Leo y yo pasamos la mayor parte del tiempo en nuestra mesa al frente de todas, admirando la hermosa escena que teníamos ante nosotros. En ese momento, comprendí lo que realmente significaba gobernar. Significaba querer ver a tu pueblo feliz, y esa noche todos lo estaban. Mi corazón se hinchó mientras la gente comía, charlaba y bailaba. Luego, se encendió una gran hoguera para que la fiesta continuara hasta bien entrada la madrugada.

Leo y yo nos quedamos hasta el final. No quería perderme ni un momento, y vimos a los últimos rezagados regresar a trompicones al palacio justo cuando salía el sol.

—Todo ha pasado muy rápido —le dije a Leo mientras me llevaba a la pista de baile vacía. Me abrazó y empezamos a bailar.

—Yo quería tener el último baile —me dijo sonriéndome, y luego me besó la coronilla.

Nos balanceamos juntos, solos a la luz de la mañana. Me entristecía que la coronación hubiera terminado, pero me quedaban muchas cosas por delante.

—¿Nos vamos a la cama? —pregunté después de un rato.

—La cama puede esperar. Bailemos un poco más —dijo. Le complací. Luego me abrazó y me miró amorosamente a los ojos.

—Mi Luna, mi amor —dijo—. Mi todo.

Se inclinó hacia mí y apretó sus labios contra los míos. Mientras me besaba, mi corazón se inundó de alegría. Sabía que siempre estaría

a mi lado y me protegería. Iría hasta el fin del mundo por mí, sólo para verme sonreír, y yo haría lo mismo por él.

Aún me quedaba mucho por aprender, pero allí de pie con Leo, en la pista de baile, besándonos bajo el sol de primera hora de la mañana, supe que había tomado la decisión correcta.

Al diablo con el mundo humano, era una reina loba y estaba locamente enamorada.

Epílogo

Ava

Cinco años después

—¡Julia! ¡Johnny! ¡Volved aquí! —Llamé a los gemelos en una petición desesperada por contenerlos. Tenían dos años y estaban llenos de energía, sobre todo cuando estaban en forma de lobo como ahora.

Hicieron caso omiso de mis súplicas y siguieron corriendo por los pasillos del palacio, aullándose juguetonamente el uno al otro.

Cuando me enteré de que estaba embarazada de gemelos, mi corazón se paró literalmente por un momento. Recordé lo duro que había sido cuando Oliver era sólo un bebé en el mundo humano. Los gemelos supondrían el doble de trabajo, el doble de tomas nocturnas y el doble de pañales. Pero Leo había estado encantador y me di cuenta de que esta vez sería muy diferente. Al fin y al cabo, yo era una reina y tenía un séquito de doncellas que me ayudaban. Así que mis temores se transformaron en la misma alegría que

sentía Leo. Los gemelos eran una bendición: sería el doble de alegría, el doble de besos y el doble de mimos.

Celebramos una gran fiesta cuando nacieron los gemelos para darles la bienvenida. Tuvimos uno de cada: una preciosa niña de pelo oscuro y llamativos ojos azules, y otro varoncito perfecto. A la niña la llamamos Julia por mi madre y al niño Jonathan, aunque le llamábamos Johnny para abreviar, por el padre de Leo.

Por supuesto, la Reina Patricia y el Rey Jonathan volaron inmediatamente de vuelta a palacio cuando se enteraron de que estaba embarazada. Habían estado en las Maldivas tomando el sol, pero la Reina Patricia insistió en estar presente durante todo mi embarazo y el primer año de vida de los gemelos.

Sinceramente, fue de gran ayuda, y mi embarazo no hizo sino consolidar el vínculo que ella y yo ya teníamos. Era la abuela perfecta y se había convertido en una madre para mí. Al final del embarazo, cuando estaba enorme, hinchada y me dolía todo el cuerpo, la Reina Patricia insistió en que no hiciera nada más que descansar y se hizo cargo de mis tareas en la manada mientras yo descansaba esperando la llegada de los gemelos.

Los gemelos se transformaron pronto por primera vez, y me sorprendió ver que ambos tenían un impresionante pelaje plateado. La Reina Patricia me dijo que era raro, pero el pelaje plateado era un rasgo genético en la familia Warrick. Oliver, como primogénito, gobernaría un día como Rey, pero Julia y Johnny llegarían a ser poderosos por derecho propio, me dijo.

Oliver había sido un hermano mayor orgulloso y cariñoso desde el principio. Durante el embarazo, a menudo se acostaba a mi lado por

la noche, me pasaba la mano por la barriga hinchada, se inclinaba para hablar con los bebés y, cuando nacieron, fue uno de los primeros en cogerlos en brazos. Era muy protector con ellos y los quería ferozmente. Ya se había graduado en la guardería de cachorros de lobo y ahora estaba inmerso en su entrenamiento, aprendiendo a reprimir a su lobo. Lo estaba haciendo muy bien, y cada día nos contaba a Leo y a mí historias de su día, su entrenamiento y sus progresos.

—¿Buscas esto? —apareció Cassie, con Julia y Johnny metidos cada uno bajo un brazo como balones de fútbol. Llevaba puesto su uniforme de guerrera, e imaginé que acababa de salir del campo de entrenamiento. Había superado las pruebas de guerrera con éxito y, en los últimos cinco años, había destacado como guerrera, hasta el punto de que ahora se entrenaba personalmente con el Gamma.

El Gamma se estaba haciendo viejo y quería jubilarse pronto. Cassie le había echado el ojo al puesto y, conociéndola, lo conseguiría. No había nada que detuviera a Cassie cuando se proponía algo. Aún no había encontrado a su pareja, pero no parecía importarle demasiado. Parecía perfectamente satisfecha por el momento ella sola. Además, como mi hermana del alma elegida, tenía un rango especial en lo que se refería mis bebés. Era como una especie de madrina, y los gemelos la mantenían ocupada.

—Llegaron por la esquina dando tumbos, —dijo Cassie, acercándose a mí mientras Julia y Johnny se retorcían bajo sus brazos—. En realidad iba a buscarte. La exiliada ha llegado para la vista de las dos de la tarde.

Cassie me pasó a Julia pero siguió sujetando a Johnny mientras caminábamos hacia la guardería de cachorros de lobo.

—¿Has visto a la nuevo renegada? —pregunté curiosa. Había sido exiliada de la Manada Agua de Arena, pero consideraba que era un exilio injusto y buscaba refugio en nuestra manada.

Habíamos establecido un proceso para esto en los últimos cinco años. Un renegado podría apelar a la corona y tendríamos una audiencia. El Rey Leo, Beta Noah, tres de nuestros Ancianos más respetados, Cassie y yo nos sentábamos a escuchar la historia del exiliado. Entonces, decidíamos si le alojábamos o no en una votación silenciosa.

Pronto me di cuenta de que Leo tenía razón: muchos renegados habían sido exiliados por una buena razón y, aunque me sentía mal por ellos, a menudo votaba en contra de aceptarlos. Pero había casos en los que se consideraba que su exilio había sido injusto, y en ese caso, eran aceptados en nuestra manada de forma temporal y alojados en el pueblo de los antiguos renegados hasta que les encontrábamos una nueva manada.

—No —dijo Cassie—. Pero la Manada Agua de Arena tiene reglas muy estrictas respecto al exilio, como sabes, así que no me sorprendería que este caso en particular se inclinara a favor del renegado.

Lo sabía, lo sabía todo sobre cada una de las manadas que quedaban dentro de nuestras fronteras. Me había esforzado con los libros y había trabajado sin descanso con el tutor privado para aprender, bueno, todo lo que había que aprender. Era parte de mi

papel como Luna. No podía ayudar a las manadas si no las conocía, y cada manada tenía sus propias leyes, tradiciones y rituales.

En los últimos cinco años, varios exiliados de la Manada Agua de Arena habían apelado a la corona, y en todas las ocasiones habíamos fallado a favor del renegado. Ya estaba haciendo una lista mental para avisar a las criadas de que prepararan una casa para el nuevo exiliado mientras dejábamos a mis cachorros en la guardería.

—Tengo que pasar por mi despacho para recoger unos formularios antes de la reunión. Ha sido un día muy ajetreado y aún no he podido revisarlos. —Los formularios eran de la manada Tormenta Solar. Habían solicitado una expansión, lo que significaba que querían crear otra manada en otro lugar, probablemente incluso en otro país. La manada había prosperado bajo su nuevo Alfa, y buscaban nuestro apoyo para su expansión.

—Por supuesto —dijo Cassie—. Me interesa saber dónde tienen puestas sus miras.

En mi despacho, recogí la pila de formularios que detallaban el plan de la Manada Tormenta Solar. Pero mientras lo hacía, Oliver irrumpió en mi despacho con una enorme sonrisa.

—Mamá —dijo—. ¡Tía Cass! ¿Adivinad qué? —preguntó saltando excitado de un pie a otro—. ¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido! He vuelto a ser humano a propósito. He controlado a mi lobo.

—Oh, Ollie —dije, sonriéndole orgullosa—. Es maravilloso. Estoy muy orgullosa de ti.

—Humm —dijo Cassie—. Lo has conseguido muy pronto, Oliver. Debes de ser muy fuerte. Quizás vea un entrenamiento guerrero en tu futuro.

Puse los ojos en blanco hacia Cassie.

—¿Cuántas veces te he dicho que dejes de intentar reclutar a Oliver como guerrero? Algún día será Rey, Cass, no un guerrero.

—Lo sé, lo sé —dijo riéndose—. Pero no puedo evitarlo.

Oliver recibiría algún día entrenamiento de guerrero, pero sería personalizado y no a través del programa de entrenamiento específico que teníamos en la Manada Sombra Negra. Cassie, por supuesto, quería entrenar ella misma a Oliver, pero sólo podría hacerlo si fuera Gamma. Estaba bastante segura de que habría conseguido el cargo para cuando Oliver tuviera edad suficiente para entrenar, así que cumpliría su deseo, como siempre.

—Voy a decírselo a papá —dijo Oliver. Y sin decir nada más, salió corriendo del despacho en busca de Leo.

Cassie y yo llegamos temprano a la audiencia. Hacía poco que la había nombrado miembro del Consejo de Renegados porque sabía que podía confiar en su opinión y, sinceramente, necesitábamos otro punto de vista femenino. Cassie se había sentido honrada y se tomaba muy en serio su papel en el Consejo.

Mientras esperábamos, repasamos los planes de expansión de Tormenta Solar. Querían expandirse a Europa, Francia o Bélgica, para establecer algunas empresas humanas en el sector turístico. Yo no veía ningún problema en su petición, pero lo hablaría con Leo más tarde.

Leo, Beta Noah y los tres Ancianos se unieron a nosotras y escuchamos el caso de la exiliada. Se retorcía las manos mientras hablaba. Era joven, sólo tenía 18 años, y la habían desterrado por

transformarse antes de cumplirlos, lo que estaba estrictamente prohibido en la Manada Agua de Arena.

—No era mi intención —dijo, con lágrimas rodando por su cara—. Mi loba es... es salvaje, y no puedo domarla, por mucho que lo intente.

La escuchamos hablar de sus luchas con su loba. El caso me pareció bastante claro: esta pobre chica necesitaba formación especializada y debería haberla recibido hace años. Había un lugar en las montañas donde enviábamos a los que no podían controlar a sus lobos. Los dos adiestradores de allí hacían maravillas con los jóvenes que tenían lobos salvajes.

—Yo... no... sé... qué... hacer —jadeó, ahogándose con sus lágrimas.

—Cariño, tómate un momento. Respira. Todo va a salir bien —le dije.

Le pedimos que se retirara mientras votábamos. Fue unánime: la aceptaríamos en nuestra manada y luego la enviaríamos a los adiestradores especializados. Volvió a entrar y le comunicamos nuestro veredicto. Observó, atónita, cómo se desvanecía su marca de exiliada.

Tras la reunión, acompañé a la joven a instalarse en la aldea de los pícaros mientras Leo se ocupaba de otros asuntos de la manada. La tarde pasó volando, como de costumbre, entre un aluvión de responsabilidades de Luna, incluida una conferencia que di como invitada en la Real Escuela de Hombres Lobo sobre la ética de la manada para algunos estudiantes que se estaban formando para ser consejeros de manada.

Al final del día, estaba agotada, pero a diferencia de otros días en los que Leo y yo nos sentábamos en el comedor y disfrutábamos de una cena tranquila seguida de un poco de Netflix en nuestra

habitación, lo tengo enganchado a varias series, y se ha fascinado bastante por el mundo humano a través de los atracones de capítulos, hoy era un día diferente.

Se cumplían cinco años desde que dejé oficialmente el mundo humano y, cada año, Leo y yo lo celebrábamos volviendo a Ocean Crest. Era una cita especial para los dos solos, y cada año la esperaba con impaciencia. Creo que Leo también, aunque no lo admitiría.

Así que me puse mis vaqueros y mi camiseta de los Beatles y me reuní con Leo en el exterior. Mi coche nos estaba esperando.

—Hola, guapa —me dijo Leo, sonriéndome. Estaba guapísimo con sus vaqueros y su jersey de cuello redondo. Había sido un infierno intentar que Leo se pusiera vaqueros, pero se los ponía una vez al año, solo para esta ocasión especial.

Me dio un beso en la mejilla y subimos al coche. Charlamos mientras avanzábamos por el sendero del bosque, con el sol bajo colándose entre los árboles. Le conté mi día y él me contó el suyo.

Atravesamos el bosque y salimos a la carretera principal. Bajé las ventanillas y el aroma del aire salado del mar llenó el coche. Seruse gimió contenta con el aroma. Resultó que le encantaba el agua. Leo y yo a veces íbamos de vacaciones a algún lugar remoto y tropical, y cuando lo hacíamos, Seruse nadaba durante horas.

Entramos en el aparcamiento del pub justo cuando se ponía el sol y Randy nos saludó. En los últimos cinco años, había llegado a esperar nuestra visita anual, así que nos había preparado una mesa en la esquina. Se había entristecido cuando le dije que me iba porque me

mudaba a la ciudad, lo cual, por supuesto, era mentira, pero también se había alegrado mucho por mí.

No reconocí a ninguna de las camareras, había pasado un año desde nuestra última visita, y el lugar tenía una alta rotación de personal, pero nuestra camarera fue muy agradable mientras tomaba nuestro pedido.

—Pescado con patatas y una Hazy Pale Ale —dijo Leo, devolviendo el menú a la camarera. Era lo mismo que pedía siempre en nuestro aniversario. Pedí lo mismo y ella se fue corriendo.

Algunos borrachos que estaban sentados en la esquina la miraron con mala cara cuando pasó junto a ellos. ¿Yo había sido así de verdad? ¿De verdad había trabajado de camarera aquí? ¿De verdad había servido cerveza a hombres borrachos y había aguantado sus horribles comentarios despectivos y sus intentos de flirteo? Me parecía que había pasado toda una vida y, a veces, me costaba creer que hubiera vivido en otro lugar que no fuera el palacio.

Quería que todos mis hijos experimentaran el mundo humano de una forma u otra. Tenía toda la intención de mostrarles su belleza y contarles que una vez viví en él. No quería que mi pasado fuera un secreto profundo y oscuro, como lo había sido el de mi madre. Quería ser abierta y sincera con mis hijos sobre quién era yo antes de convertirme en Reina.

Llegaron nuestras cervezas y Leo levantó la suya.

—Por el mundo que perdiste —dijo.

—Y por el mundo que gané —respondí, chocando su vaso contra el mío. Era el saludo que hacíamos todos los años en el bar, nuestro homenaje personal a la vida que dejé atrás.

—Nunca deja de sorprenderme —dijo Leo, arrellanándose en su asiento.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—A cómo no cambia nunca este lugar —comentó.

Era verdad. Era básicamente igual. Randy era un poco mayor y el local mostraba algunos signos de desgaste, pero las cosas se arreglaban o se renovaban y todo volvía a estar como nuevo. Los clientes eran más o menos los mismos: estudiantes universitarios que venían de la ciudad, una pareja en su primera cita, un matrimonio que salía por la noche, un grupo de mujeres que querían divertirse. Sin embargo, eso me reconfortaba. Sabía que el mundo humano continuaba sin mí, pero me gustaba que algunas cosas, como el bar, siguieran igual.

En ese momento, el tintineo de la música country llenó el pub.

—¿Es... el «Electric Slide»? —preguntó Leo, poniendo las manos sobre la mesa con las palmas hacia abajo. Su rostro esbozó una sonrisa maliciosa.

—Sí, creo que sí —dije riendo.

—Bueno, ¿a qué demonios estamos esperando? —preguntó, poniéndose en pie y tendiéndome la mano. Parecía que, sin falta, la noche que veníamos al bar en nuestra visita anual tenía que sonar algún tipo de baile en línea. Con los años, Leo se había convertido en todo un experto en bailes en línea. No tenía ni idea de por qué le gustaban tanto, pero tenía una extraña afición. Incluso cuando lo veíamos en una película o en un programa de televisión, se le iluminaban los ojos.

En cuestión de segundos, estábamos en la pista de baile, en la primera fila del grupo que se había formado. Recordaba los pasos con facilidad y hacía círculos con la mano en el aire como si sostuviera un lazo mientras bailaba. Aquello distaba mucho de los actos elegantes y regios a los que solíamos asistir como Rey y Reina. ¿Quizás ese era el atractivo? ¿Quizás Ocean Crest y nuestra visita anual se habían convertido en la única noche al año en la que Leo no tenía que ser el rey? Aquí podía ser alguien totalmente distinto, como un maníaco bailarín en vaqueros y jersey de cuello redondo, gritando por toda la pista de baile con una cerveza helada en la mano.

Podía ser, me di cuenta, humano.

Me reí a carcajadas de Leo mientras levantaba los talones y daba media vuelta. Una noche al año en el mundo humano era suficiente para él, pero esa noche pude ver una faceta de Leo que nadie más veía, lo cual era muy especial para mí.

La canción terminó y empezó otra más lenta. Me dispuse a volver a la mesa; nos habían servido la cena mientras bailábamos y aquel pescado frito me llamaba. Pero Leo se detuvo, me cogió de la mano y tiró de mí.

—¿Qué prisa tienes? —dijo—. Quédate. Baila conmigo.

Me rodeó con sus brazos y su aroma a rosas me inundó. Nos balanceábamos al ritmo de la música, una pareja humana de aspecto normal entre las demás parejas humanas de la pista de baile.

Excepto que no lo éramos. Éramos el Rey y la Reina de una enorme frontera de territorios de hombres lobo, padre y madre de tres hijos,

Luna y Alfa, compañeros unidos por la mismísima Diosa de la Luna. Y mientras bailábamos sobre el suelo de ese bar, los lobos que había dentro de nosotros suspiraban contentos.

—Te amo, Leo —le dije, apoyando la cabeza en el pliegue de su cuello mientras me abrazaba con más fuerza.

—Yo también te amo, Ava —me susurró.

—¿Más de lo que amas la cerveza Hazy Pale Ale y bailar en línea? —bromeé.

—Más que a nada —respondió—. Lo eres todo para mí, Ava. Mi principio, mi medio y mi fin.

Ni siquiera nos dimos cuenta cuando la música cambió a una canción más rápida. Seguimos balanceándonos a nuestro ritmo, perdidos en nuestro amor mutuo.

FIN

PULSE AQUÍ

para suscribirte a mi boletín y recibir actualizaciones EXCLUSIVAS sobre todas las ofertas, avances secretos y nuevos lanzamientos.